
ANA R. CAÑIL
SI A LOS
TRES AÑOS
NO HE
VUELTO

Madrid, primavera de 1939: Jimena Bartolomé, apenas salida de la adolescencia y recién casada con el amor de su vida, es encerrada en la cárcel de mujeres de Ventas. En esta siniestra institución, su directora, María Topete, gobierna el destino de las reclusas y de sus hijos…

Ana R. Cañil recrea en *Si a los tres años no he vuelto* unos hechos terribles y prácticamente desconocidos de nuestra posguerra: la historia de las prisioneras cuyos hijos les fueron arrebatados por sus carceleros para internarlos en seminarios y conventos o darlos en adopción.

Si a los tres años no he vuelto se convierte en una novela imposible de soltar por el hecho terrible que denuncia y por el enfrentamiento entre Jimena y María, dos mujeres inolvidables.

Ana R. Cañil

Si a los tres años no he vuelto

A la abuela Lily.

A Joaquín, Carlota.

Javier y Trampas.

PRIMERA PARTE

1

—Cuando la nieve cae en trapos grandes, se hace el silencio. No hay que tener miedo. Callad. ¿Escucháis? Sólo el ruido del arroyo Garcisancho se atreve a desafiar a la nada. Afuera no hay nada, hijas. Quizá algún corzo asustado, más asustado aún que vosotras. Hasta los lobos que bajan de Malagosto tienen miedo y cuidado cuando cae la nieve en trapos. No pasa nada por tener miedo. Los valientes son quienes lo vencen. Sólo los idiotas no tienen miedo. ¿Os cuento lo de la noche de El Paular con la loba parda?

—Déjalo ya, Lorenzo —dijo Carmen, su mujer—. Las vas a asustar todavía más. Estoy harta de tus viejas historias. Luego no pueden dormir, gritan en sueños y un día las van a oír hasta los fascistas de los altos de Navafría.

—Padre, no haga usted caso a madre. Cuéntelo otra vez, por favor, por favor… —rogó la pequeña Amalia.

Las caritas de las niñas, que escuchaban embelesadas a su padre dentro de la cueva en la que se habían refugiado de los bombardeos, eran suplicantes.

Lorenzo, *el Lorito*, sonrió mientras sus manos seguían trenzando una cesta de mimbre. Carmen se afanaba sobre los pucheros que hervían en las dos trébedes puestas al fuego. Sólo encendían la lumbre al anochecer, cuando las columnas de humo ya no podían verse desde los búnkeres de la sierra. Había que darse prisa y, tras las primeras llamas de las teas y el pino seco que llevaban a la chiquillería a extender sus manitas heladas, enfundadas en guantes de lana rotos por los que asomaban dedos infantiles con uñas de luto, la madre espantaba sin contemplaciones a las niñas a la parte de atrás del improvisado hogar. Sin tregua, atizaba el fuego con el roble que tanto trabajo había costado guardar seco. Dejaba más ascua que el pino y los pucheros cocían despacio.

El olor de la liebre con patatas despertaba los recuerdos de Carmen. Echaba de menos el fogón de la gran cocina bilbaína que su madre, la Justa, tenía en la pensión de El Paular. Allí cocinaba, a fuego lento y en grandes ollas, el guiso de caza que siempre estaba a punto para cuando llegaban, muertos de hambre, don Francisco Giner de los Ríos y don Manuel Bartolomé Cossío con la prole de la Institución Libre de Enseñanza después de haber triscado todo el día por el camino de El Palero hacia el Puerto de Los Cotos.

La mujer sacudió la cabeza, despejando las telarañas que por un momento habían nublado su memoria. Hacía más de veinte años de aquellos recuerdos.

Carmen y Lorenzo tenían una pequeña pensión a la entrada de Los Cascajales, separada de los huertos y del toril por el río Artiñuelo, que cruzaba el pueblo de Rascafría. La casa, modesta y rematada con las manos de Lorenzo y sus hijas, estaba al final del pueblo, cerca de la carretera, en el camino de El Paular y el Puerto de Los Cotos. Desde que habían empezado los bombardeos al principio de la guerra, la familia dejaba la pensión y se instalaba por temporadas en la cueva de la Peña Hueca.

La nieve seguía cayendo. Despacio, mansa, callada, sólo roto el silencio por el sonido cristalino del arroyo. Dentro, la voz de Lorenzo hacía eco, con los lobos ya comiéndole las posaderas.

—Entonces, una ráfaga de viento apagó la llama de mi farol y trastabillé, a punto de caerme. Mi amigo Gorreta, que venía conmigo, me agarró del brazo para sujetarme y su manta se le resbaló hasta los pies. Tropezamos y los dos nos fuimos de bruces. También su farol se apagó. Sentíamos a los lobos jadeando, pero teníamos tanto miedo que no atinábamos a ponernos de pie.

De pronto, la tuve enfrente. Como yo os tengo ahora a vosotras, como si los ojos de la loba parda fueran los vuestros, mirándome desde ahí mismito. Tras ella, otro montón de pares de ojos se acercaban, desafiantes. Notábamos su aliento. Había dejado de nevar. Lo que soplaba era una ventisca terrible. No sé de dónde sacó Gorreta el palo para tirárselo a la loba ni cómo logramos ponernos de pie. Echamos a correr todo lo rápido que la cuarta de nieve nos permitía mientras el ruido del viento en los chopos grandes nos hacía creer que la manada de lobos que nos perseguía, en vez de ser cuatro o cinco, era un centenar. Pasamos el cruce del camino a los Batanes y el arroyo y, de pronto, vimos la tapia de la fábrica de los belgas.

No sé cuánto gritamos. La ventisca hacía imposible que Luisón, el encargado de la fábrica, y los suyos nos escucharan. Sentí un tirón en mi manta, esta misma, ¿lo veis? La abuela Justa la zurció después. La loba parda me había mordido y cuando ya le iba a decir a Gorreta, que corría delante, «¡no me dejes solo, que me comen!», se oyó un disparo. Y luego otro, y otro. No recuerdo los tiros que pegó Luisón mientras avanzaba por el medio de la carretera con Toñín, su chico el mayor, que llevaba un farol en la mano. La Petra, tapada con el mantón negro cubierto de nieve, gritaba también desde las puertas de la fábrica, pero no entendía lo que decía. Y entonces, ¿sabéis lo que pasó?

Las caritas ansiosas y rojas se movieron, negando al unísono, fijos sus ojos en la cara de Lorenzo. Éste se llevó una mano a la frente, echó su boina negra hacia atrás y se rascó las entradas del pelo, dejando al descubierto sus grandes orejas.

Jimena, la hija mayor, escuchaba a su padre desde la puerta de la cueva. Era un buen narrador. Según lo que estuviera contando, matizaba la voz para sembrar el misterio, la risa o el miedo. Sin embargo, esa noche, la historia tantas veces oída durante años le irritaba. Por primera vez estaba de acuerdo con su madre en que el humor, el buen carácter y la calma chicha de su padre podían sacar de quicio a cualquiera.

Arrebujada bajo la toquilla y el mantón, parapetada tras el zarzo que servía de puerta a la gran cueva, aguzaba su oído, agazapada bajo el saliente de la roca, como si fuera el corzo que teme el ataque del lobo, aprovechando la dificultad de la nieve para escapar.

Los copos eran pequeños trapos blancos que se enganchaban en las zarzas y en los pinos, cuyas ramas bajas la nieve vencía ya, hasta rozar el suelo. Cada poco tiempo sacaba sus manos sin guantes y tiraba la nieve acumulada sobre los palos del zarzo. Tenía los pies helados, pese a llevar encima de los zapatos y de los calcetines unas gamuzas envolviéndolos. Le ayudaban a soportar la fría espera.

—Por Dios, padre. Calle un poco. Son más de las nueve y tenía que estar aquí ya. No se tarda tanto en subir desde el pueblo. Deje que salga hasta el cruce, por si se ha perdido.

—¡Ni te muevas, Jimena! Tú estás loca.

La voz de Carmen tronó desde el fondo de la cueva. Su grito fue acompañado con un gesto amenazante de la mano, en la que blandía la cuchara de madera. Lorenzo trató de calmarla.

—Vas a tirar el puchero, Carmen. Jimena, hace una noche de perros y lo mismo ha decidido salir de madrugada, cuando pare la nevada. Tranquilízate, hija, ya sabes que lo de Luis ha sido poco.

Jimena no sabía si lo de Luis había sido poco o mucho. Sospechaba que sus padres le habían mentido esa mañana cuando subieron de Rascafría con la mula cargada y le contaron los últimos acontecimientos.

Cinco días antes, el 7 de febrero de aquel año de guerra de 1938, dos secciones de esquiadores de los nacionales habían tendido una emboscada a la patrulla del Batallón Alpino cerca del Pico del Nevero. Había muerto un soldado y otros tres resultaron heridos. La patrulla consiguió huir. Cargando con los heridos a cuestas, algunos lograron bajar hasta Rascafría. Llegaron agotados, hambrientos y desmoralizados.

Cuando esa mañana su padre le dijo que sí, que Luis era uno de los heridos, mientras su madre le cogía la cara entre las manos y le aseguraba que sólo tenía un brazo roto, Jimena sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. Las piernas le flaquearon y su madre la sostuvo mientras la arrastraba hacia el fondo de la gruta. La recostaron en un taburete de ordeñar, con la espalda contra la roca.

—Trae un poco de agua —le pidió a Irene, otra de sus hijas.

La niña dejó de enrollar el colchón de borra y salió disparada hacia el arroyo. La cara pálida de su hermana mayor, siempre tan rosada por los hermosos coloretes del frío, la dejó impresionada. Regresó con el pocillo de porcelana blanca desportillado lleno de agua helada del Garcisancho.

—Madre, me está usted mintiendo. Tengo una cosa en el estómago desde hace días que me dice que a Luis le ha pasado algo.

Carmen se esforzó por tranquilizar a Jimena, jurando por lo más sagrado que le contaba la verdad. Los del Batallón Alpino habían salido perdiendo de la emboscada, pero podía haber sido peor. Unos habían logrado escapar hacia Cercedilla y otros a Rascafría. Los tres heridos, Luis entre ellos, habían sido trasladados a la clínica de los bajos del ayuntamiento.

2

Al estallar la guerra, Rascafría había caído en el lado de la República y la pensión de Carmen y Lorenzo había sido ocupada por los mandos republicanos. A la Carmen no le gustaba nada meterse en líos. Durante su infancia y juventud, había aprendido de sus padres, Justa y Leandro, que su familia, mesoneros de una pensión en El Paular desde finales del siglo XIX, miraba, escuchaba y callaba en cuanto a política se refería. Mientras todos pagaran, el negocio primaba sobre las ideas.

La señora Justa había educado a sus hijas en el arte de aprender sin opinar desde que comenzaran las disputas en el comedor del antiguo monasterio entre los partidarios del rey y de Primo de Rivera o los defensores del cambio de régimen. Todo empezaba cuando la infanta Isabel, *la Chata*, paraba allí de camino hacia sus veraneos en el Palacio de La Granja y luego en San Sebastián; o poco después, en junio, cuando, acabado el curso escolar, las familias de la Institución Libre de Enseñanza y algunos noruegos y alemanes con negocios en Madrid se trasladaban allí para pasar una buena parte del estío en el viejo monasterio de los cartujos.

En aquellos largos atardeceres serranos en el patio de Santa María, con el sonido de la gran fuente y bajo la torre desmochada de El Paular, aquellos viejos amigos, tras regresar de la excursión del día, ya aseados y con una copa de vino, se enfrascaban en largas discusiones o en lecturas de novelas y poesías. Cuando tocaba política, se enfrentaban conservadores y liberales: primero, los de Cánovas contra los de Sagasta, y años después, los de Maura contra los de Canalejas. Hasta que acabaron los monárquicos frente a los republicanos.

Durante treinta años, la Justa y el Leandro aprendieron a escuchar a políticos, profesores, pintores, escritores, poetas, todos «leídos e intelectuales». Pero ellos callaban, echándose para el coleto cada palabra y muchas de las ideas que allí se desgranaban con esa sabiduría que da la tierra a quienes han crecido en familias de campesinos humildes. Con una media sonrisa ante aquellas disputas, oían y cabeceaban, sin asentir ni negar.

A veces, después de la cena, sencilla pero abundante, la bronca subía de tono. Los rostros enrojecidos parecía que se iban a desencajar por culpa de las botellas de rioja que llegaban con los carreteros que transportaban desde Madrid las vituallas necesarias para la parada de la Chata.

La sangre nunca llegaba al río, porque siempre una o dos señoras se acercaban y ponían orden. Con cajas templadas mandaban a la cama a sus maridos, unos señores que eran la *crème de la crème* de la intelectualidad de España y en esos momentos parecían sólo unos mendigos. Se levantaban cada mañana al amanecer para subir hasta la laguna de Peñalara. Eran jornadas duras y debían reponer fuerzas.

Por todo lo aprendido entre las faldas de su madre, a Carmen no le gustaba significarse políticamente. Pero el pueblo había caído del lado del bando legal, el de los republicanos, y necesitaban su modesta pensión, montada a la sombra de los viajeros que le enviaba su madre,

porque el sueldo que Lorenzo cobraba como obrero de la Sociedad Belga de los Pinares de El Paular apenas daba para sacar adelante a sus cuatro hijas.

Bien diferente fue la reacción de Lorenzo cuando un par de sargentos y un teniente republicano con cuatro soldados se instalaron en su casa. Él era socialista. Socialista y de la UGT, que para eso tenía su carné del sindicato. Formaba parte del comité de los obreros de la fábrica. La mejor madera de pino de toda España, decía el padre de Jimena a los camaradas soldados sobre los árboles de Valsaín. Estaba encantado de alojar a los compañeros en su casa, pese al gesto adusto y silencioso de su mujer, convencida de que aquello no traería nada bueno.

Mientras la nieve bajaba del cielo lechoso y caía con la suavidad de la pluma, cubriendo el suelo, los árboles y las zarzas, Jimena repasaba el barullo de sus pensamientos. Lorenzo seguía tejiendo el mimbre de la cesta y contaba a sus hijas cómo la loba parda y sus secuaces habían salido espantados al oír los tiros del encargado de la fábrica de los belgas.

—Padre, ¿sabe qué le digo? ¡Qué me voy a acercar al pueblo! Ustedes me han mentido esta mañana y Luis no viene porque está malherido.

Lorenzo tiró la cesta a un lado y no quiso oír las protestas de sus tres hijas pequeñas. Más rápido que su mujer, se acercó a la puerta, metiéndose en el camino de Carmen, que ya se secaba las manos en el delantal y se dirigía hacia su hija. El padre se plantó a la espalda de la hija mayor, su debilidad, y con una mano le hizo señas a su mujer para que retrocediera y le dejara a él.

Apartó un poco las mantas que cubrían la entrada y se sentó en el saliente de la roca. Pasó un brazo por los hombros de Jimena, que se estremeció. Su padre era un hombre callado que se había plegado al carácter de su madre desde la muerte de su hijo Joaquín, víctima de una gangrena producida por una rozadura al caerse del caballo. Había fallecido unos meses antes de que estallara la guerra. Desde ese momento, el carácter de Carmen, vestida de negro ya para toda una vida, cambió y nunca volvió a ser el mismo. Jimena se lamentaba de que sus tres hermanas pequeñas ya sólo recibieran los mimos de la madre cuando estaban enfermas.

Para Jimena y su padre, Carmen sólo guardaba reproches. Para el padre, en voz alta. Todo lo hacía mal. Para Jimena, en voz baja y exigente. Parecía que hubiera preferido que uno de ellos dos hubiera muerto en vez de su único hijo, que la desidia del médico le arrancó en menos de quince días. En aquellos momentos, Jimena estaba muy lejos de imaginar que un día entendería la amargura de su madre.

—Escúchame, Jimena, no te hemos mentido. Luis sólo tiene unos rasguños y el brazo roto, entablillado. No ha subido porque no está bien que suba hasta aquí. Ya sabes cómo es tu madre, no le gustan las confianzas. No está segura de vosotros, no se le olvida que es el hijo de don Martín Luis Masa y de doña Elvira. Es un veraneante de El Paular, Jimena.

—Pero, padre, Luis es mi novio. Se lo dijo a usted y a madre. Usted es su amigo. Recuerdo lo contento que se puso cuando apareció por casa, vestido con el uniforme del batallón, el invierno pasado. Usted quiso darle patatas para su madre. Y un par de chorizos cuando le contó el hambre que había en Madrid. Los dos me han enseñado que no hay clases, que esas cosas no importan…

—Y es verdad, hija, y menos en estos tiempos, pero a tu madre no hay quien la cambie. Lo que te juro es que Luis no está…

Lorenzo no acabó la frase. Como un resorte, estiró la mano hacia atrás y cogió la escopeta de caza que estaba escondida a su espalda. El silencio de la nieve no lo rasgaba sólo el Garcisancho. Alguien se acercaba por el camino. Jimena se puso en pie despacio e hizo una seña a su madre llevándose el dedo a los labios.

Carmen paró de recitar la cuarta estrofa de «El conde Sol», su alternativa a la loba parda de Lorenzo para que la chiquillería se estuviera quieta y entretenida.

—*Grandes guerras se publican en la tierra y en el mar y al conde Sol lo nombraron…*

Lorenzo cargó la escopeta de postas y se llevó el cañón a la cara, apuntando al otro lado del arroyo. Los ruidos, pese a que la nieve amortiguaba las pisadas, estaban ya muy cercanos.

—¡Eh, Lorenzo! ¡No tire, que soy yo!

Jimena lanzó un grito, dio un codazo a su padre y se lanzó a cruzar el arroyo. A ciegas, sin mirar si era el paso de piedras grandes que había preparado su padre, resbaló en el tablón que hacía de puente para las niñas, se cayó y notó cómo el agua helada le cubría todo el cuerpo. Sin embargo, no sintió frío. Se le salía el corazón por la boca.

—Luis, Luis… ¿estás ahí? —susurró.

Empapada, con la ropa chorreando en plena noche y los copos sobre el pelo y la toquilla negra, ahora pesada y con el olor de la lana mojada, salió a rastras del arroyo y se arrojó a los pies del hombre que adivinó que estaba a lomos de una burra, cubierto con una manta y doblado hacia delante, como si se tratara de una de las ramas de pino que agachaba la nieve.

El hombre se incorporó. Con dificultad, cruzó la pierna y se dejó resbalar por el lomo del animal. Le había hecho parar cuando vio salir del arroyo a aquel fantasma jadeante, cuya figura negra se recortaba entre la blanca nieve que cubría las orillas.

—Jimena, mi vida, mi amor… Chisss, calla. Soy yo.

Luis aguantó el dolor del brazo al meter a Jimena bajo su manta. La muchacha escondió su cara de agua y nieve en el hueco de su cuello. El joven sintió cómo resbalaban por la camisa las gotas heladas del Garcisancho mezcladas con las lágrimas calientes de ella. La cobijó bajo su brazo izquierdo y, con la mano vendada y en cabestrillo, levantó su rostro para recorrerlo con los labios, bebiéndole el agua, los copos de nieve y las lágrimas, una mezcla que en su vida olvidaría. Apartado, Lorenzo esperaba en la oscuridad, al otro lado del río, con el farol de petróleo encendido.

Jimena temblaba. Las piernas volvían a fallarle como unas horas antes, pero le daba igual. Cuando Luis terminó de besarle los párpados, levantó la cabeza para pasar sus manos por la cara del joven, buscando las heridas, los arañazos, la muestra de la cruel guerra en aquel cuerpo por el que ella hubiera dado la vida. Mientras sus dedos resbalaban en busca de cicatrices, vio a su padre, recortado al contraluz de la cueva, con el farolillo en una mano y con la otra apartando algo de sus ojos. La muchacha tuvo la sensación de que su padre también se quitaba algo más que los copos de nieve.

El fuego crepitaba dentro de la cueva y el humo se escapaba por el agujero que hacía de chimenea. Era un refugio contra los caprichos del Pico Peñalara. Cuando Peñalara se moja, Rascafría se enoja, decía el refrán. O se acongoja, decía Lorenzo cada vez que los nubarrones se cernían sobre la cumbre.

Jimena seguía tiritando, aunque su madre y su hermana Irene le habían quitado la ropa mojada. Luis, metido bajo una manta, la miraba. Su hermoso pelo negro, rizado, empapado y humeante, como el vaho que salía de la ropa tendida ante la chimenea, le daba un aire de misterio. De pronto, tuvo miedo de que se fuera a evaporar. La lumbre iluminaba su perfil, su nariz pequeña, perfecta, que aún aleteaba porque seguía respirando entrecortadamente, como si se ahogara.

A cada minuto, la joven giraba la cabeza y sus enormes ojos se detenían en el rostro de Luis, asombrados, sonrientes, reflejando la luz anaranjada del fuego, como si no se creyera que él estaba allí, sentado a su lado. Mientras, Lorenzo, testigo ahora mudo del reencuentro que había presenciado bajo la nieve, escondía su sorna y se llevaba a la boca un vaso de vino caliente con higos secos.

3

«Es guapa Jimena», pensaba Luis mientras sus ojos verdes la devoraban con calor y ternura. Lo vio nada más conocerla, durante el primer y último verano que había estado en El Paular, con su madre recién enviudada. Les había invitado Giner de los Ríos. Aunque Luis había ido allí con frecuencia en invierno, cuando era alumno de la Institución Libre de Enseñanza, en la pensión de la señora Justa en El Paular no estaban sus nietas.

Fue después, en aquel verano, cuando Jimena y su prima Pilar llegaron de Rascafría para ayudar a su abuela, que cada día estaba más mayor para los trotes que le daban las familias de la Institución.

Jimena estaba a punto de cumplir los quince años y Luis y su hermano Ramón, con dieciocho y dieciséis, vivían sus primeras vacaciones de huérfanos, arropados por las familias de los amigos de su padre.

Aunque siempre guardando las distancias, a media tarde, cuando las tareas de las nietas de la Justa terminaban y la prole de la Institución dejaba sus deberes, Jimena y Pilar se sentaban con los demás jóvenes en los poyetes del patio de Santa María.

Lo de Jimena y Luis había sido más que un flechazo de adolescentes en pleno verano; había sido un reconocimiento de dos almas que se encuentran y dos cuerpos que se atraen, aunque el fuego abrase y la presión del entorno asfixie. El estómago de la pobre niña adolescente se agitaba cada vez que veía a aquel chico que ya era un hombre. Era tan guapo y tan atento…

Los años que se llevaban no habían sido óbice para que Luis no pudiera despegar sus ojos de aquella cara morena, perfecta, de enormes ojos negros, como su pelo, cuyos rizos se escapaban por la frente y no necesitaban de artificios —si acaso una cinta blanca para apartarlos de la cara cuando estaba en la cocina o servía la mesa—. Era alta, de cintura estrecha y menuda como un pájaro, pero con unas piernas hermosas, nervudas, acabadas siempre en unos calcetines blancos enrollados en el tobillo y metidos luego en unos espantosos zapatos marrones, atados con cordones. Por las tardes, Jimena y Pilar cambiaban sus batas de faena color azul, que les habían cosido sus madres, por un par de vestidos camiseros, con menudos estampados de flores y un gran cinturón que les hacía sus cinturas de avispa aún más estrechas.

Cada vez que sus ojos se cruzaban, Jimena se ponía roja como un tomate y a Luis le sacaba de sus casillas que los chicos se rieran cuando la muchacha servía la mesa y le temblaba el pulso al echarle el agua en el vaso. Por ello, desde el tercer o el cuarto día, Luis había decidido ser el aguador de todos. Sin embargo, si Jimena cogía su plato para servirle, él aprovechaba para rozarle los dedos, la mano, arrimar el hombro a su cintura. Una corriente de alto voltaje se descargaba entre ambos jóvenes al más mínimo roce. Los dos lo sabían.

Estaban enfermos de amor, de ese amor que todo lo devora a los catorce y a los dieciocho. Jimena se moría literalmente cada vez que él aprovechaba cualquier circunstancia para rozarle

las yemas de los dedos, el dorso de la mano, ya fuera en la mesa o durante los juegos de la tarde, en la puerta o en el patio.

¡Habían pasado tantas cosas desde aquel verano! Jimena se acordaba muchas veces de la romería del 15 de agosto en la ermita de la Virgen de la Peña, en las afueras de El Paular. Fue la primera vez que bailó con Luis. Ella temblaba por la osadía de él, que le abarcaba la cintura con un solo brazo y deslizaba las manos por su espalda, suave, despacio, sin que nadie lo notara. Jimena, temblando, derritiéndose, era incapaz de levantar la cara. Temía que en cualquier momento su madre o su abuela apareciesen por la romería y le cruzasen la cara delante del gentío del valle.

Llegó septiembre y el final del verano. El chico de las sombras del monasterio, que aparecía en cada esquina abandonada de la enorme cartuja, que la perseguía, que surgía entre las sábanas blancas de añil y lejía que ella y Pilar tendían en la parte de atrás de la pensión, sólo para asustarla, para pasarle un dedo por la mejilla, tenía que volver a Madrid.

Mientras recordaba aquel primer adiós de final de verano, Jimena repasaba con ansiedad la cara del joven en busca de alguna cicatriz en el rostro amado, tan soñado durante los últimos estíos, desde que logró robarle el primer beso; inocente ella, mucho menos él.

Los tiempos de juegos parecían muy lejanos. La vida les había dado la vuelta, como si se hubiesen subido en un tiovivo. Pero para ellos dos, pese a la tragedia de la guerra, todo había sido para mejor.

Después de aquel triste adiós de septiembre pasaron algún verano sin verse y la guerra les había vuelto a juntar a principios del invierno de 1936.

Tras la sublevación de los militares golpistas el 18 de julio, Luis acudió a apuntarse al Batallón Alpino Juventud, autorizado por las Juventudes Socialistas Unificadas en Cercedilla. Conocía bien el pueblo por sus excursiones con los compañeros de la Institución, aunque no había vuelto a ir por aquella zona en verano.

Doña Elvira Pérez de Santos, la madre de los chicos Masa, tras el primer verano de viuda en El Paular, había decidido que era mejor veranear en su pueblo castellonense. Cada vez más alejada del entorno de la Institución, había vuelto al redil de su familia conservadora y católica.

Su padre había sido un modesto zapatero artesano, nacido en Burriana y emigrado a la capital desde Levante. El humilde remendón tuvo el suficiente ingenio para hacerse un hueco entre las buenas familias de la capital gracias a sus hábiles manos. Ocupado en labrarse un nombre para él y sus hijos, había dejado al frente del hogar a la abuela de Luis y Ramón, tan temerosa de Dios que a veces al zapatero le ponía nervioso. Sus tres hijos —dos chicas y un chico— le habían salido también muy meapilas, pensaba el viejo de Burriana, y algo pretenciosos, pero, afortunadamente, su hija Elvira se casó con un hombre que a él le resultó un excelente yerno, Martín Luis Masa. Entre los dos lograron que los chavales crecieran en el laicismo y la buena idea de enseñarles a pensar.

Muertos el zapatero y el profesor Masa, doña Elvira volvió a rezar el rosario todas las tardes, en Madrid y en Cercedilla, de regreso a sus costumbres de soltera. Aquel entorno tenía poco que ver con la mentalidad de su difunto marido, un liberal que, cuando murió, estaba muy cercano a las ideas demócratas y socializantes de Giner de los Ríos y de Bartolomé Cossío.

Pero para sus hijos ya no hubo vuelta atrás. Educados en la Institución, todos los fines de semana, ya fuera invierno, primavera, otoño o verano, se escapaban hasta la sierra para hacer

grandes marchas y escalar en los montes de La Cabrera y del valle del Lozoya. Durante aquellas escapadas de la infancia, Luis, de la mano de los hombres del Club Alpino o de las gentes de la Institución, había aprendido a esquiar y a patear el monte.

Por esas y otras razones, en cuanto el joven se enteró de que algunos miembros del Batallón Alpino que tanto admiraba tenían como base un palacete requisado en la calle Velázquez, no tardó ni un día en presentarse voluntario. Él fue uno de los jóvenes que formaron la primera compañía del batallón cuando se anunció en el Coliseo de Pardiñas, en Madrid, una tarde en la que como colofón al acto se incluyó el pase de la película rusa *Los marinos del Kronstadt*.

Aquel primer invierno de la guerra, sin grandes choques tras establecerse el frente en Somosierra, Luis, a las primeras de cambio y en cuanto tuvo permiso, dijo a sus compañeros que bajaba hasta El Paular en vez de ir a Madrid a ver a su madre. Puso como disculpa que en el monasterio, ocupado por los milicianos, tenía conocidos, mientras por su cabeza pasaba el rostro moreno de Jimena. Por más que hubiera coqueteado con otras chicas, la sombra de la joven se le había clavado en el corazón como un recuerdo dulce y ardiente, nunca olvidado, sólo orillado a la espera del día en que pudiera regresar a El Paular. No había pasado ningún año sin que Luis, al regreso de sus veraneos en Burriana, preguntase por las nietas de la Justa a su amiga Fernanda de los Ríos o a alguno de los Menéndez Pidal, que seguían frecuentando la fonda de la abuela de Jimena.

—¡Ay, Luisito, qué te dejarías tú en aquel verano de El Paular! Sí, Jimena sigue allí, y cada día más guapa, más hecha y señorita, como su prima Pilar. Ahora, que sepas que están yendo los hijos de los noruegos, rubios y más guapos que tú —le contaba Fernanda, siempre con un deje de ironía.

Por eso, la primera tarde que se pudo escapar del batallón con un permiso, los esquíes de Luis volaban por la carretera de Los Cotos. Cuando llegó a El Paular las cosas habían cambiado mucho. La señora Justa había muerto y el monasterio era poco menos que un lugar abandonado, con milicianos cansados, mal vestidos, peor calzados y poco que comer.

Ni corto ni perezoso, atraído como un imán, Luis siguió otros dos kilómetros escasos hasta la pequeña pensión de Los Cascajales, en Rascafría, donde Carmen y Lorenzo tenían alojados a algunos de los mandos republicanos que subían y bajaban en los camiones hacia el frente del Reventón. No podía esperar más para ver a Jimena.

4

Anochecía y Luis estaba reventado. Se paró ante los zarzos de madera que, sin duda, habían hecho las habilidosas manos de Lorenzo con las tablas que sobraban de la fábrica de los belgas. El corazón se le subió a la garganta.

«Luis, por Dios, que eres un hombre. Tranquilízate. ¿Qué coño de historia es esta que te tiene loco?». Porque allí estaba Jimena, de perfil, en el patio cuadrado de aquella casa humilde, de dos pisos y escalera exterior. La muchacha sujetaba la puerta de la leñera con un pie mientras cargaba en su brazo los palos de pino cortados para la estufa. Luis esperó unos minutos bajo el cielo plomizo de diciembre. Necesitaba calmarse. Estaba seguro de que era ella: aquel perfil con la nariz menuda, perfecta, y el cuerpo esbelto, más flaco de lo que recordaba, pero con las curvas ya hechas. Jimena había crecido. Era una mujer, como le había comentado Fernanda.

—Jimena.

La joven volvió la cabeza y los palos que con tanto esfuerzo había ido acumulando cayeron de golpe sobre sus pies. Llevaba unas zapatillas de paño y los consabidos calcetines blancos enrollados al tobillo, pero debajo lucía unas medias de lana negras, bien tupidas.

Jimena lanzó un grito que murió en su garganta y se llevó las manos a la boca por el susto, el golpe de los palos en los empeines y la visión de aquel rostro, a escasos metros de ella.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿No estás en el frente, como todos?

Se dio cuenta tarde de que la pregunta era una tontería. Luis llevaba el uniforme del Batallón Alpino. Alguno de sus miembros había bajado ya hasta el pueblo, buscando chicos que supieran esquiar y quisieran alistarse. Uno de ellos había estado en la pensión preguntando por mozos del valle que se sujetaran sobre unas tablas. Y llevaba el mismo uniforme que Luis: un pantalón de paño gordo y amplio y una blusa larga con capuchón, impermeable al agua y al viento. Unas prendas que Jimena había envidiado para su padre, en lugar de las mantas palentinas, que, por muy bien que escurriesen el agua y la nieve, nada tenían que ver con aquella fibra.

Luis llevaba también un gorro con la estrella roja en el frente, porque los trajes los había regalado la nueva URSS a la joven República española, según le habían contado.

Mientras Jimena le miraba, pasmada aún, Luis parecía enajenado, con una sonrisa boba en la boca. Por fin pudo susurrarle:

—Jimena, sí, estoy aquí. Soy yo. Bajo del frente.

E intentó quitarse el gorro con las manos aún enfundadas en las manoplas de tres dedos, sin atinar.

—Tienen tres dedos para poder disparar el fusil —le dijo estúpidamente mientras se quitaba una, desistía del gorro y cruzaba el zarzo del patio, donde Jimena seguía clavada, con los palos de pino esparcidos a sus pies.

Luis acercó su mano hasta el rostro de Jimena. Le puso la palma en la mejilla, recorrió con el índice el óvalo perfecto y le apartó los dos rizos rebeldes que se le metían en los ojos.

La muchacha se retiró, como si Luis quemara. No le había visto desde aquel adiós de septiembre, aunque ella bien sabía de él por los otros chicos de la Institución que habían seguido subiendo a El Paular. Pero ahí estaba Luis Masa, que preguntaba por ella a los amigos que seguían yendo a El Paular, que le enviaba recuerdos y, una vez, hasta una postal. Pero nada más. Era hijo de un profesor de Ciencias Naturales, decían que no rico, pero con una madre que ya no quiso volver a Rascafría, como en su primer verano de viuda. Y sus hijos tampoco. Desde la última vez que vio a Luis, cuando éste iba a coger el coche de línea para Madrid, Jimena había evocado su rostro todas las noches antes de dormir. Recordaba sus ojos y sus manos, aquellas que en la pradera de la Virgen de la Peña le habían hecho intuir lo que debía de ser una mujer perdida en los brazos de un hombre.

Ahora lo tenía allí, frente a ella, con la cara más morena, quemada por la nieve de la sierra, y esos ojos que apenas podía distinguir porque la noche se les había echado encima.

—Jimena, ¿pero qué haces? Trae la leña, que tengo la tapa apartada desde hace un rato y me voy a quemar con el gancho. Se está llenando todo de humo…

Lorenzo no terminó la frase cuando se asomó al patio. Al ver al soldado del Batallón Alpino pensó lo peor: un extravío, una mala noticia, una necesidad de ayuda…

—Señor Lorenzo, que soy yo, ¿no se acuerda? Estuve hace pocos veranos en El Paular, en la pensión de su suegra, con los De los Ríos. Mi padre era amigo de don Enrique de Mesa y don Enrique de la Vega. Era el profesor Martín Luis Masa.

Lorenzo dejó el gancho sobre el poyete que había junto a la puerta y se fue hacia el muchacho para darle un abrazo. Al sentirle helado, le empujó dentro de la casa.

—Y tú, hija, que pareces un pasmarote ahí clavada. Si os conocíais ya, ¿cómo te asustas así? Anda, recoge los palos y ven a echar leña al fuego. Entra, muchacho. La Carmen tiene ya las sopas de ajo y hoy sólo están dos mandos, un teniente y un sargento que mañana parten hacia Buitrago. Allí las cosas están peor que aquí, aunque aún los sujetamos arriba, ¿no? Cenarás con nosotros. ¿Tienes dónde dormir?

—Iba a volver a El Paular. Estoy en el Batallón Alpino y tengo una semana de permiso. No sé si sabe usted que el pasado septiembre nos reunimos las seis compañías. Patrullamos desde Navacerrada y Los Cotos hasta Reventón y Malagosto. Es como volver a hacer las excursiones con mi padre y sus amigos. He querido bajar para recordar viejos tiempos, cuando todo era distinto.

—Sí, hijo, sí. Bien distinto. Pero hasta ahora habéis tenido suerte. No estáis de excursión, sino haciendo la guerra. ¡Carmen! Ven aquí, mira quién ha venido. Tenemos a uno de los viejos huéspedes de tu madre. ¡Pon otro plato a la mesa!

Carmen vio a Luis y de inmediato supo que era el hijo de doña Elvira y Martín Luis Masa. Desde el verano que habían pasado en El Paular, su hija Irene no hacía más que canturrear a su hermana mayor lo de que «¡a Jimena le gusta Luis y bailan en la Virgen de la Peña!». A la madre nunca se le había escapado el tono púrpura y la irritación de su hija mayor ante los piques maliciosos de su hermana.

Sea como fuere, aquel chico estaba allí y tenía que cenar. Delante de un plato de sopa de ajo, con pan, bien de huevo, pimentón y hasta un poco de jamón sofritado, Luis explicó a Lorenzo y a los dos mandos republicanos los actos del 1 de septiembre, cuando en el monasterio de El Paular

se realizó la formación completa del Batallón Alpino, que luego se llamó Batallón de Montaña del Ejército del Centro.

Durante su perorata, el muchacho no apartó ni un segundo sus ojos de una Jimena que servía la mesa, como aquel verano. Las sopas de ajo de Carmen olían como las de la señora Justa, y las manos de su nieta eran aún más largas, incluso elegantes, a pesar de los dedos rojizos de lavar en el agua helada; a pesar de llevar las uñas recortadas hasta la yema. Luis no tardó en reanudar el juego perdido en las noches de cena del monasterio: el roce del dorso de su mano con la de ella al coger el pan, sus dedos aferrándole la muñeca para retirarle la jarra de agua y luego el porrón del vino peleón que se servía en la mesa. Su hombro le rozaba la cintura, si cabe más cimbreante; su cabeza acariciaba como sin querer el seno de Jimena, que, ahora sí, era el pecho de una mujer.

La tensión entre ambos se hizo insoportable. Jimena temblaba como una hoja. Cuando fue a depositar la cazuela con el conejo al vino en el centro de la mesa, la muchacha se cambió de lado, por temor a que Luis la tocara cuando se estirara para dejar la fuente.

Aprovechando que su madre sirvió la compota de manzana, Jimena escapó al frío del patio. Era una noche de diciembre. Hacía una semana que no nevaba, aunque en las cunetas, a la orilla de las caceras y en los rincones de los ventisqueros aún se veían restos de la última nieve. El cielo estaba raso y la estrella polar brillaba sobre Peñalara. Jimena se echó encima la toquilla negra que su madre siempre tenía colgada a la entrada y respiró profundamente, con el deseo de que su corazón se tranquilizara.

Aspiró el frío, el olor a humo y leña de pino y roble que salía de las chimeneas. A la gente le daba miedo encenderlas por el día. Cuando llegaron los primeros bombardeos del verano y los fascistas estaban cerca, se optó por esconder el fuego de los hogares. Los fogones y las chimeneas se encendían al anochecer y se guisaba para los días siguientes.

No le había terminado de entrar el aire en los pulmones ni su vista había descendido de la estrella sobre Peñalara cuando sintió a su lado a Luis, empujándola ligeramente, con ese saber hacer que a ella tanto miedo le daba.

—Jimena… No te he olvidado nunca, ni un segundo, ni un minuto, ni un día en estos inviernos y veranos… Tenía miedo de que estuvieras ya ennoviada… Tus labios, Jimena, tu piel de melocotón…

Y las manos de Luis, ahora sin las manoplas, recorrieron el rostro de Jimena. Sus ojos negros se confundían con la noche, pero reflejaban ligeramente la luz de la lámpara de petróleo que se filtraba por la ventana del comedor que daba al poyete en el que estaban sentados.

Su voz calaba a la joven, taladraba su corazón, su estómago, su cuerpo, sus piernas y sus rodillas temblorosas, debilitándola, impidiéndole ponerse de pie. No podía hablar. Las palabras se le quedaban en la garganta en un nudo de soga que le impedía articular la voz.

—Es mentira. He mentido al batallón diciendo que venía a ver a unos amigos que tenía en El Paular, pero sólo he venido a buscarte. Déjame quererte, Jimena. Cada vez que estoy en las cumbres, sorteo las laderas de Malagosto o del Reventón y veo el camino que baja al monasterio, siento la tentación de dejarlo todo, hasta esta guerra por la que soy capaz de dar tanto, y bajar a buscarte. No sé qué tienes, no sé qué me diste, además de aquel beso que te robé. Di algo, por Dios, Jimena, que nos van a matar un día y yo sólo quiero saber que sientes lo mismo por mí, aunque te suene a locura, después de estos veranos lejos.

Pero Jimena no podía decir nada. Su boca se entreabrió, exhalando el vaho por los grados bajo cero de aquel rincón. Miró a Luis a la cara y de sus ojos cayeron dos lágrimas enormes, lentas, hasta la comisura de su boca…

—A nosotros no nos matarán, Luis.

Murmuró las seis palabras, sorbiendo sus lágrimas, en una promesa rotunda. Luis cogió el rostro entre sus manos y se dispuso a aspirar aquel vaho y aquellas dos lágrimas que se perdían en la comisura de aquellos labios que primero besó con cuidado, después con ternura y por último con pasión, mientras con su lengua perseguía recuperar las lágrimas que Jimena había tragado.

Al día siguiente, Luis madrugó. Había dormido en el mismo cuarto que los dos oficiales republicanos, pero sin pegar ojo pensando en Jimena, en su resistencia inicial y después entregada, en sus respiraciones anhelantes, en su pecho, que él había sentido a través de la ropa, en sus cuerpos fundidos en el poyete, ardiendo a bajo cero, mientras Carmen llamaba a su hija desde la cocina para recoger la mesa.

Con el tazón de malta en las manos y la blusa del uniforme sobre los hombros, salió a hablar con Lorenzo, que estaba cortando teas con el podón para encender la estufa al atardecer.

—Señor Lorenzo, quiero a Jimena. Quiero ser su novio y creo que ella también me quiere. Es más, quiero que nos casemos enseguida, no sea que esta guerra nos mate.

Lo soltó todo de carrerilla, sin respirar. Sabía que en aquel hombre maduro, un trozo de pan, buena gente, que compartía sus ideales políticos, tenía un aliado frente a la resistencia que intuía que iba a oponer Carmen; sin duda, más pragmática, menos creyente en la lucha de clases.

Lorenzo dejó en el suelo la tronca de tea que iba a partir en dos y, podón en mano, se volvió hacia el soldado. Se echó la gorra hacia atrás y con los hombros intentó ajustarse la chaqueta parda de pana.

—¿Te quieres casar para dejar viuda a mi hija? Vaya humor que gastas. Hijo, en esta casa, ésas son cosas de la madre. A Carmen no le va a gustar nada esto, son malos tiempos para el amor y tú eres hijo de un profesor, de otra clase, de otro mundo. Mi hija es muy lista y educada, que para eso se ha criado con su abuela en El Paular, entre los tuyos, pero no sé, no sé…

—Señor Lorenzo, por Dios. Anoche nos quedamos discutiendo con el sargento y el teniente. Todos pensamos que eso de las clases es una tontería, usted es de la UGT, va a los mítines del pueblo, a las eras, a los del ayuntamiento, a escuchar a todos. Para eso también estamos haciendo esta guerra…

—No, hijo. Esta guerra primero la estamos haciendo contra los fascistas, porque los obreros queremos comer y acabar con los sueldos de la madera a dos perras. Siempre somos pobres los mismos.

—Es igual, señor Lorenzo. Su UGT y mis Juventudes Socialistas queremos acabar con las clases. No me hable usted de que Jimena y yo no podemos estar juntos ni tener una familia. Ni siquiera he podido terminar el primer curso de Ingeniería por la guerra… Y no sabe usted cómo quiero a su hija.

Lorenzo agachó la cabeza sobre el tajo donde reposaba la tea y la partió de un golpe seco con el podón. Sonrió al bajar la vista hacia la leña y pensó que sí, que sabía cómo quería a su Jimena nada más verle la noche anterior, solo, en pleno diciembre, a la puerta del patio, las manos sobre el zarzo y con su hija embobada, ella, tan ordenada, con los palos tirados por el suelo.

—Prueba con la Carmen, hijo. Ahora es buena hora. Os está preparando los picatostes, que sepas que no hay azúcar, y está en la cocina. La pillarás desprevenida. Ojo, que si tú no te la cargas, se la cargará mi Jimena. Ánimo, chaval.

La charla de Luis y Carmen en la cocina, a solas, debió de ser de lo más extraño, pensó después Jimena cuando ese mismo día, al anochecer, los dos volvían a pelar la pava en el poyete de la casa tras un día ajetreado. Cuando Luis se cruzó con la muchacha en el pasillo de las habitaciones de arriba y le susurró: «Les he dicho a tus padres que te quiero y me voy a casar contigo», Jimena tuvo que sujetar la jofaina de agua que llevaba al cuarto del sargento para no volver a tirar algo al suelo.

Cada vez que se encontraba con Luis, algo se le caía de las manos. Se apretó contra la pared del pasillo para que él pasara, roja como un ascua, si bien Luis no desaprovechó la oportunidad de aplastarla y robarle un beso. Jimena tenía prisa. El sargento estaba a punto de partir hacia Buitrago para reforzar la retaguardia.

Entre risas y con la jofaina en las manos, Luis la mantuvo contra la pared encalada para darle otro beso, esta vez detrás de la oreja, ese lugar escondido en el que había descubierto una puerta vulnerable hacia el corazón y los sentidos de Jimena.

Hasta la noche, de nuevo en el poyete y mientras la tenía escondida bajo su guerrera, Luis no relató a Jimena el desconcierto de su madre cuando, en seco, se plantó en la cocina y, entre picatostes que Carmen movía sobre el fogón en aquella amanecida, el frustrado ingeniero le soltó de sopetón:

—Señora Carmen, que me quiero casar con su hija y ella conmigo. Que dice el señor Lorenzo que usted manda y yo quiero decirle que la quiero como a nada en este mundo. A su hija, claro.

El lenguaje directo, rápido y sin un titubeo del joven no desconcertó a Carmen, que sólo giró la cabeza hacia el chico para espetarle:

—Cuando acabe la guerra y si aún la quieres. Tú tienes mucho que correr.

—Lo que usted diga. Cuando acabe la guerra y si estoy vivo, pero mientras, soy su novio formal. Y si la guerra no acaba nunca, ¿usted no se compadecerá de nosotros?

Carmen sólo asintió. Luis salió despacio de la cocina y aún pudo observar que el pulso firme de la que esperaba que fuera su suegra no temblaba mientras con la paleta sacaba el pan frito hasta la fuente. Dejando el olor del pan en la sartén a sus espaldas, Luis trepó escaleras arriba y se topó con Jimena. El joven no pudo evitar robarle un beso y que la muchacha estuviera a punto de tirar la jofaina.

5

Había transcurrido más de un año desde aquellos días de noviazgo. Jimena y Luis estaban sentados en la cueva. Esa noche les relató cómo se había producido el encontronazo con los nacionales un par de semanas antes.

—Nos tendieron una emboscada en toda regla. Íbamos demasiado confiados, señor Lorenzo. A uno de mis compañeros le entró el tiro por la mandíbula y le salió por la sien. No pudimos hacer nada por él. Tres de nosotros fuimos arrastrados por el resto del batallón. Mi bala fue fácil de sacar, la tenía aquí, en el antebrazo. Pero a mi otro compañero le han destrozado el fémur. Está en el hospital, ya evacuado, en Madrid. Al otro, una bala le entró y le salió por el hueco de la clavícula. Los dos tuvimos mucha suerte.

Lorenzo escuchaba al chico con atención mientras Carmen murmuraba por lo bajo contra aquella maldita guerra que parecía no acabar nunca.

Esa noche, Luis durmió bajo el mismo techo que Jimena. Dispusieron que los hombres durmieran en la entrada de la cueva y las mujeres y las niñas al fondo. Y así fue durante toda la estancia de Luis.

El joven envió recado a su madre, doña Elvira, a Madrid, diciéndole que estaba reponiéndose en El Paular, pero que estaba bien y que en cuanto pudiera cogería el coche de línea para la capital.

Fueron unas semanas para toda una vida. Luis y Jimena acompañaban cada mañana a Lorenzo hasta Rascafría, con la burra con las alforjas vacías a la ida y cargadas a la vuelta. Carmen intentaba acompasar su ritmo al de su hija y su novio, muerta de miedo como estaba de que sucediera lo que no tenía que suceder. A la mujer no le cabía en la cabeza que aquel amor del hijo de un profesor por su Jimena fuera a terminar en un altar o ante un juzgado de lo civil por más que Lorenzo y el joven, o su Jimena, le soltaran el discurso de que estaban abolidas las diferencias de clase, por más que fueran juntos a los mítines que aún daban el PCE, el UHP o la UGT —cada vez con menos público a medida que la guerra avanzaba— con gentes venidas desde Madrid o desde el frente, o por más que supiera lo que valía su hija, que además de ser una mujer de su casa, sabía leer y escribir y las cuatro reglas.

A Carmen, aquella doña Elvira que ella había vislumbrado tres o cuatro veces durante aquel verano, cuando alguna tarde iba a visitar a su madre, siempre le había parecido la más estirada de todas las sencillas y elegantes señoras de la Institución.

Si la guerra acababa pronto, pensaba Carmen, y ojalá fuera así, o si Luis se marchaba pronto a Madrid y le explicaba a su madre que se iba a casar con la nieta de la cocinera de El Paular, ya se vería en qué acababa la cosa. Pero todo eso no lo podían adivinar ni el ingenuo de su Lorenzo, siempre con su bondad boba, ni dos muchachos enamorados hasta los tuétanos.

Mientras, la pareja esquivaba, a cada minuto de la tarde o de la mañana, cualquier vigilancia o compañía que les fuera impuesta. Y mientras Luis llevaba a la burra del ronzal camino de

Rascafría con Jimena encima, de pronto se inclinaba y obligaba al animal a bajar la cabeza —como si fuera a recoger una seta, un palo, una flor, unas margaritas para manzanilla, unas hojas de romero— sólo para tener la oportunidad de agacharse y besar la pierna de Jimena cuando resbalaba sobre el lomo de la mula; el tiempo suficiente para posar la boca y hacerle sentir su aliento en aquel frío gélido.

Las esquinas del pasillo encalado de la casa de Rascafría delataban a Jimena. Su ropa quedaba blanca de cal cuando Luis la recostaba contra la pared para robarle un beso. En los paseos que daban con las niñas por la orilla del arroyo, Luis aprovechaba cualquier descuido de éstas para estrecharla entre sus brazos y hundir la cabeza en su melena, que olía a campo y a humo de la cueva.

Sobre el 10 o el 11 de marzo, una mañana que bajaban hacia Rascafría, al pasar por El Paular el miliciano de guardia paró a Luis.

—Mal asunto, mi sargento. Me han dicho que se lo diga. El otro día, en la noche del 8 al 9, los nacionales nos han vuelto a vapulear. Su batallón ha perdido los puertos de Malagosto, el Reventón y la Flecha. Avanzan imparables esos cabrones.

Jimena y Lorenzo, igual que el miliciano, percibieron la palidez de Luis, que soltó el ronzal de la mula.

—¿Sabes cuántos heridos ha habido?

—No, señor, pero mi teniente, el de regulares, que acaba de subir hacia el Reventón con un camión y otra compañía medio deshecha, me ha dejado encargado que se lo dijera. Que quizá sería mejor que se fuera usted a Madrid, a ver qué se puede hacer. No sabemos qué queda de su batallón. La carretera de Buitrago a Madrid está aún transitable, pero también puede usted subir por ahí enfrente, por La Morcuera, hacia Colmenar Viejo. Pero dice mi teniente que usted verá, que depende de cómo vaya su herida.

Fue la primera vez que los dos kilómetros hasta Rascafría se hicieron en silencio entre el padre, la hija y el novio. Jimena bajó de la burra. Callada, empezó a caminar al lado de Luis, junto al río, por la cañada de los chopos, aquella en la que había aparecido la loba parda que quería atacar a su padre.

Jimena pensaba que eran los hijos de esa loba parda quienes querían comerse a bocados a Luis y a ella, a su amor, a su futuro. Si la guerra tomaba el cariz que todos presentían y no asumían, no sabía qué iba a ser de ellos. Allí, al lado de Luis, en silencio, mientras la suave brisa de marzo movía las hojas de los chopos de la cañada y con el ruido del Lozoya como fondo, la muchacha tomó una decisión.

A la entrada del pueblo, junto a la Cuesta del Chorro, por donde algunos días bajaban camiones cargados de heridos del frente del Reventón, al pie del cementerio, Jimena pronunció las cinco palabras que cambiarían su destino:

—Me voy contigo a Madrid.

Por primera vez en su vida plantó cara a su madre. No quería separarse de Luis ni un momento. No quería quedarse viuda antes de casarse y tenía miedo de que a Luis le volvieran a herir, o peor, que le mataran. La sensación de la brevedad del tiempo, de la ausencia del mañana y el amor, sobre todo el amor, le dieron alas para sostener la mirada a su madre, escuchar sus reproches, sus amenazas y sus miedos.

Imperturbable, soportó la retahíla de razones y sinrazones de aquella mujer vestida de negro, con las primeras canas ya en el pelo y un rostro hermético, carente de emociones tras la muerte de su primogénito, y que por primera vez en los últimos años estaba a punto de descomponerse.

Cuando la madre comprendió que la determinación de su hija era inamovible, sólida, que no le iba a arrancar ni una mala palabra, pero menos aún un cambio de actitud, zanjó el asunto dándole la dirección de su tío Leoncio, el hermano de Lorenzo, que vivía por el barrio de Chamberí, y la de su hermana Rosa, en la calle Fernández de los Ríos, por Argüelles.

—Madre, no voy a casa de ninguno de los tíos. Si acaso, la primera o la segunda noche a dormir. Voy a buscar trabajo con las Juventudes Socialistas o con el sindicato y a vivir en un piso con otras jóvenes que ayudan en la retaguardia, en los hospitales, lavando y planchando ropa para los enfermos, o repasando uniformes para el frente.

Carmen, de naturaleza tranquila, estuvo a punto de perder los estribos y cruzar la cara a su hija. Estaba levantando la mano cuando comprendió que a quienes tenía que sacudir las ideas era a su marido y al mismo Luis, que en los últimos tiempos, y más aún en las últimas semanas, no habían hecho sino alentar a la muchacha para que asistiera a las discusiones políticas con los militares republicanos y algunos leales al Gobierno que cada noche se reunían en la taberna de Pericotón o en el modesto local que el sindicato tenía frente a la parada del coche de línea. Un mal presagio.

6

El sol despuntaba por La Morcuera cuando Jimena salió al patio de aquella casa que había sido la suya durante toda su vida. Salvo los veranos en El Paular ayudando a la abuela Justa y los meses que se refugiaron en la Peña Hueca huyendo de los bombardeos, allí había gastado los casi siete mil días que llevaba vividos.

A Jimena le gustaba hacer aquellas cuentas tontas, como a su padre. Como le gustaba el olor a humo del pueblo al amanecer y al anochecer, la tea húmeda y astillada que daba aroma a todo el patio en invierno, aunque su padre la tuviera a cubierto, debajo de la escalera, al lado del poyete. Llevaba metido en sus venas el efluvio de la resina de los pinares de Valsaín. Su mirada bajaba desde La Morcuera hasta las zorraquinas mientras clavaba en su retina el amanecer del valle y sentía todos los poros de su piel abiertos. Necesitaba que el entorno y la silueta del viejo Peñalara calaran hasta sus entrañas, porque era la primera vez en su vida que sentía lo que era un adiós a la tierra, al hogar. El peso del miedo a no volver.

Nunca percibió tan intensamente aquel camino de amanecida, aún de color naranja, que llevaba a Miraflores por el Puerto de la Morcuera. Ella lo había recorrido hacía unos años, para ir a Madrid con su padre, su madre y la abuela Justa. Fueron en carro para que la abuela, ya muy mayor y con las piernas vendadas por las varices, pudiera ver a su hija Rosa y a sus nietas.

No hacía mucho que había muerto su hermano Joaquín, y su madre iba ya de negro. Jimena rememoraba el abrazo de las dos hermanas en el portal de Argüelles, cuando la tía Rosa bajó a recoger a su madre y a su hermana más cercana. Ésa fue la última vez que la hija vio llorar a la madre, metida en los brazos de la tía Rosa, sollozando despacio, ante la impotencia de la abuela Justa, que predicaba sin mucho éxito la resignación de su hija ante la pérdida del hijo mayor y único.

Jimena pasó unos días con sus primas, sobre todo con Pilar. Compartían edad y gustos, además de las complicidades creadas entre ambas por los veranos pasados en el monasterio.

Aquella última mañana, en la cabeza de Jimena resonaban las ruedas del carro de bueyes, que tuvieron que cambiar en Miraflores. Estaba segura de que también había sido el último viaje de la abuela Justa, quien, como cada año, cobró los intereses de sus ahorros en el banco de la capital, compró algunos dulces a sus nietos y volvió unos días después, con sus hijos y sus nietas, al valle del Lozoya.

Pero esa vez regresaron por el camino a Francia, hacia Irún, en el coche de línea. Y después, un coche de caballos —una diligencia, decía su prima Pilar, que era más fina— les había llevado hasta El Paular. La abuela ya iba cansada, muy cansada, y unas semanas después se marchó al otro mundo, sin molestar a los hijos que le quedaban en el valle, cuando ya los señores de letras que disfrutaron de sus veranos en la vieja cartuja, del sonido del arroyo de Santa María a la sombra del Peñalara, veían más cercano el alumbramiento de la República, con todas las esperanzas puestas en el futuro.

El día que la Justa dijo adiós, el sacristán voleó las campanas en demasía, hasta que un excursionista le preguntó a qué se debía tanto escándalo, además del toque a clamor. «¡Ha muerto la Justa, la más generosa! ¡Toda la vida hizo honor a su nombre!», contaban sus tíos que había respondido el Ratonero.

Cierto o no, en el siguiente número de la revista *Peñalara*, los *peñalaros* que tantas veces habían sido acogidos por la matriarca de El Paular le dedicaron un artículo de despedida —«¡Ha muerto la Justa!»—, reconociendo que en la vieja cartuja y en el monasterio ya nada sería lo mismo. Pero hacía años que ya nada era lo mismo, y en los dos últimos, desde el alzamiento militar contra la República, muchos de aquellos ilustrados que habían despedido a la mesonera ya habían cruzado las fronteras escapando de la guerra, de la persecución, del tiro en la nuca, de las tapias de los cementerios, mientras que otros de aquellos sabios se cobijaban a la sombra de los militares golpistas, más allá del frente de Somosierra. Se habían trasladado a Salamanca o a Burgos.

La muchacha aspiró fuerte el olor de la tea para guardarlo dentro de sus pulmones. Acompasó su oído al ruido del Artiñuelo, que pasaba al otro lado de la calle, oyó a Silverio abrir el pajar y arrear a las vacas hacia el prado cuando aún el sol sólo apuntaba media curva y el naranja de La Morcuera se teñía de tibio blanquiazul. Porque en marzo, durante alguna semana engañosa, despuntaba la primavera y el ganado salía a pastar con sus terneros. Los cencerros se adelantaban a veces al sonido del gallo y a la sirena de la fábrica belga, que llamaba a los obreros a la entrada al tajo. Había que aprovechar los primeros pastos y la falta de nieve para que la hierba seca aguantara un poco más en los pajares. Porque tras los días tramposos del marzo ventoso y un abril lluvioso, en Rascafría no siempre mayo era florido y hermoso. Alguna nevada traicionera podía arruinar el mes de la Virgen y cubrir de nuevo las cumbres de Peñalara, Cabeza de Hierro y la Mujer Muerta. Jimena aún recordaba un año, cuando subió a la laguna de Peñalara en agosto y los neveros del Reventón estaban repletos de hielo. Eran tiempos en los que la mancha blanca, en las faldas del pico, enlazaba con las primeras nieves de finales de octubre.

Atrapada por la memoria, se arrebujó en la vieja toquilla de su madre, que aún olía al humo y al hollín pringoso de la Peña Hueca. Una oleada le atenazó el alma al reparar en que ese año no recogería las violetas silvestres ni haría el ramillete para las mesillas. Se perdería la fragancia del lilo del patio y de los que cubrían la pared de Los Batanes, frente a El Paular, al otro lado del arroyo de Santa María. Tampoco tendría que sacudirse las avispas que chupaban el cáliz de las peonías de Santa Ana.

Con una intensidad nunca antes vivida, por las aletas de su nariz penetró el aroma del arroz con leche con naranja y canela que tantas veces había rebañado en la cocina de aquella casa o en los fogones del monasterio, los restos pegados que la abuela dejaba limpiar a sus tres nietos. Una enorme congoja se le extendió por el pecho, un sollozo le subió a la garganta. Nadie dentro de la casa, aún durmiente, debía escucharla. Se acercó a apoyarse en el zarzo justo cuando Silverio cruzaba hacia el puente con las vacas suizas, mansas, bobas, y sus terneros, camino del pilón y el toril.

La puerta de doble hoja se arrastró detrás de ella y un efluvio de achicoria llegó por su espalda, con los pasos de Luis, que, con la guerrera sobre los hombros, la estrechó por la espalda contra su pecho y hundió el rostro en su cuello.

—Nunca dejarás de oler así, a manzana, a humo, a lluvia, a campo…

La muchacha comenzó a sollozar despacio, con una fuerza que la sacudía como si fuera una hoja de fresno, pequeña, frágil, batida en una tormenta de agosto por el aguaviento y el granizo.

—Jimena, no tienes por qué venir. Nos casamos aquí, hoy mismo, en el ayuntamiento si tú quieres. Tengo miedo por ti. En Madrid todo está muy difícil. Podemos perder la guerra, vamos a perder la guerra…

El susurro de Luis entre su oído y su nuca mientras la abrazaba con fuerza y estiraba su guerrera hasta los hombros de ella no impidió a Jimena negar con la cabeza, con una testarudez y una resolución que nunca antes Luis había visto en ella. Sin duda, y pasara lo que pasara, sería la mujer de su vida.

Cuando entraron en la casa, Carmen y Lorenzo se afanaban sobre el fogón ya encendido. Carmen retiraba el cazo con la leche, el agua de achicoria estaba en la mesa, y Lorenzo cortaba sobre la tabla rebanadas de la hogaza de pan. Les ordenó en voz baja que se sentaran en el escaño mientras él sacaba la banqueta de debajo de la gran mesa tocinera.

Desayunaron en silencio, mirando por la ventana que daba a la calle alta la luz que iba entrando tímidamente sobre la encimera y el azulejo blanco, la gran pila moteada y el fogón. Carmen abrió el cajón de la mesa y de una servilleta, de cuadros verdes, sacó los dos grandes bocadillos que luego metió en un talego blanco, con cuatro manzanas reineta.

—Madre, no hace falta…

No pudo seguir hablando, mientras su madre la levantaba del escaño, y por segunda vez en seis años, al tiempo que empujaba a su regazo el talego, la estrechaba contra sus brazos.

—Recuerda, hija, eres la nieta de la Justa, la hija de la Carmen y Lorenzo, tan clara como las aguas de los arroyos y los ríos de este valle.

Jimena pasó a la alcoba donde dormían sus tres hermanas con el estómago en la garganta y el calor del cuerpo de su madre en la piel. Miró a Irene dormir, su cabello rubio y el rostro dulce sobre la almohada, al lado de la huella que ella había dejado un rato antes. En la otra cama, el pelo negro y rizado de Tere, con su cara picara hasta dormida, se extendía y rozaba la dulce paz del semblante de Amalia, la más pequeña de las tres, a la que más iba a echar de menos. Se limitó a rozar sus cabezas con un beso y salió atropelladamente de aquel cuarto en el que tantas noches había reinado el romance de la loba parda y la aventura del conde Sol.

Y al conde Sol lo nombraron por capitán general. La condesa, como es niña, no hace sino llorar. Acaban de ser casados y se tienen que apartar.

Subió al coche de línea con una maleta de cartón atada con cuerda, aunque la cerradura no estaba rota. Carmen y Lorenzo le habían metido los restos de la ropa que había heredado de las señoritas del veraneo, o de lo que su madre le había repasado en cuatro días, como el trajecito de chaqueta azul cobalto. Casi todo el peso se debía al saco pequeño con patatas y a los chorizos envueltos en papel de estraza que le habían dado sus padres para sus tíos, porque en la capital, ya se sabía, no había que comer. De nada sirvió el esfuerzo de Luis por quitarle la maleta de la mano. Su brazo herido podía sujetar algo de peso, y su petate al hombro no era tampoco muy grande.

La muchacha no soltó el asa metálica negra, y sólo recordó que no le había dicho a su padre que se llevaba el romancero rojo de tapas de tela sobadas que había traído de la desvencijada biblioteca de El Paular. Tampoco le había dicho que allí estaba el romance de la loba parda y la historia del conde Sol, que Jimena recitaba mientras el coche de línea arrancaba en aquel día ya amanecido. Al girar en la plaza, ante el gran olmo centenario que escondió al bandido Tuerto Pirón, cerró los ojos para decir adiós al árbol y a Peñalara.

7

En la primavera de 1938 en Madrid se respiraba de todo menos primavera. Cuando Jimena llegó a casa del tío Leoncio con las patatas y las ristras de chorizo, fue acogida como una reina maga. El pisito donde vivían, en la calle Ponzano esquina a Ríos Rosas y haciendo patio interior con la editorial Espasa-Calpe, no estaba lejos de la Ciudad Universitaria y del Hospital Clínico. Entre el barrio de Chamberí y Cuatro Caminos era habitual la caída de obuses y algunas bombas, aunque no tanto como en el de Argüelles, frontera con la Ciudad Universitaria, donde se libraban los combates más duros contra los nacionales.

A la muchacha de pueblo, que sólo unos años antes había recorrido lo más florido de la capital con sus primas, no sabía si le impresionaba más la Gran Vía y la Puerta del Sol bombardeadas o aquel edificio de la Telefónica ahumado, pero que aún resistía. El más alto de la ciudad, que con tanto orgullo le mostrara su prima Pilar años atrás, era ahora una torre renegrida de donde entraban y salían periodistas de todo el mundo para informar de la guerra en España.

Luis pronto le explicó que a la Cibeles la llamaban «la linda tapada» por los sacos terreros que la protegían; Neptuno, un poco más abajo, era «el emboscado», y la Gran Vía, «la avenida del quince y medio» por el calibre de los proyectiles que tiraban los fascistas.

El otro impacto fue el hambre que padecían sus familiares. Las gentes, oscuras, tristes, flacas, estaban hartas de dos años de guerra, y el «no pasarán» que aún ondeaba en las pancartas cada vez era gritado con menos fervor por los ciudadanos de a pie.

La noche que durmió en casa del tío Leoncio, al que conocía poco, lo mismo que a su mujer, la tía Pepa, y a sus dos hijos adolescentes, Jimena se dio cuenta del esfuerzo que tenían que hacer para no devorar los chorizos y las patatas. Era la tía Pepa quien ponía orden entre sus dos chavales, que no reparaban en la prima venida del pueblo. Cuando entraron de la calle la primera tarde, su pituitaria ya detectó que había chorizo en la casa. Fueron derechos hacia la fresquera de la cocina.

—Perdónalos, hija. No saben lo que es merendar chorizo desde hace un par de años —explicaba el tío Leoncio, bajito, flaco y con la misma frente despejada y grandes orejas que su padre, pese a los veinte centímetros que separaban en estatura a ambos hermanos. Era el empleado de una carbonería, a esas alturas de 1938 también sin carbón. Ya sólo quedaban el dueño y él, que de vez en cuando conseguían una remesa de sacos, traídos de Asturias, gracias al mercado negro.

Luis fue a buscarla a la mañana siguiente de llegar. En una jornada y del brazo de su novio, Jimena aprendió lo que era el racionamiento. La capital, asediada, cada vez tenía más problemas para el abastecimiento, explicaba Luis. Paraban en las tiendas de ultramarinos y en los mercados a mirar. Un kilo de judías, 2,20 pesetas, el aceite, 2,80 el litro y un kilo de café, 18 pesetas. Una docena de huevos, 8 pesetas y un kilo de tocino, 5.

La chica comprendió el afán de sus padres por qué llevara la maleta llena de comida a sus tíos, en vez del traje de chaqueta y el vestido, más la chaquetita de punto y el abrigo. Se sintió culpable. Además, poco previsora, había sacado los paquetes en la casa del tío Leoncio y no había dejado nada para la tía Rosa y sus primas. Se consoló al recordar que al hogar de su tía, en Fernández de los Ríos —no sabía si aún vivirían allí, en pleno barrio de Argüelles, tan cerca del frente—, llegaban paquetes que enviaban a su tío político desde Oteruelo.

De la mano de Luis, o con su brazo protector sobre los hombros, recorrió las calles de la capital bombardeada, esqueletos de edificios patéticos donde aún se podían ver, en ocasiones, los pisos de arriba derrumbados sobre los más bajos, entre cuyos escombros asomaba una cama de hierro renegrida y un crucifijo encima.

—Ya ves, amenaza ruina y nadie se ha atrevido a trepar ahí para quitar el Cristo —le explicó Luis, que, aunque comunista, no compartía el radicalismo y la tragedia de los primeros días de la guerra en Madrid.

A la chica recién llegada de la sierra también le asombraba el cambio de vestuario. Ya no había sombreros ni corbatas por las aceras, por donde la gente caminaba pegada a las paredes, en una costumbre adquirida desde los primeros bombardeos de dos años antes. Preguntaba por los sombreros elegantes de los hombres y los vestidos lujosos de las mujeres.

—Los han escondido todos en casa. Los amigos de mi madre, todos de derechas, se visten con mono y gorra. Hasta con alpargatas. Las mujeres ya no sacan sus joyas, temerosas de que los obreros, como ellas dicen, se las arranquen. Y porque has llegado ahora, pero en los primeros meses, hasta el año pasado, hubo señoritas del barrio de Salamanca, cerca de donde vive mi madre, que llegaron a ponerse el mono y el correaje de las milicianas para salir de una casa a otra o ir a comprar.

Horrorizada mientras escuchaba a Luis, Jimena miraba los restos de las iglesias quemadas. Él le estaba contando más detalles sobre la brutalidad de los primeros meses de la contienda, entre julio de 1936 y la primavera de 1937, cuando los hombres de las sacas se presentaban en las casas de los sospechosos de apoyar la sublevación militar y se los llevaban a las tapias del cementerio para fusilarlos. Aquellos primeros meses, terribles, donde se quemaban las imágenes y las iglesias.

Jimena recordaba que, en Rascafría, al cura del pueblo un grupo de milicianos —no sabía de qué ideología— se lo habían llevado y su padre les había dicho después, disgustado, con pesar, que le habían fusilado junto a otros curas de otros pueblos de la sierra. Aquel día Lorenzo sí que estaba triste, porque no entendía las sacas, la falta de orden entre los republicanos, donde los comunistas se imponían a los anarquistas, o viceversa.

Pero lo habían vivido a más distancia. Rascafría cayó del lado republicano y, más allá del paso de algunos jóvenes, hijos de los pudientes del pueblo, a las filas fascistas, las cosas no habían ido tan lejos. Madrid era un espectáculo brutal a ojos de una muchacha de poco más de veinte años a la que le llenaba de asombro que en los periódicos fuera noticia el anuncio de «¡Reparto de jamón! 50 gramos por persona a 1 peseta la ración». Ellos, mal que bien y gracias al buen hacer de su padre y de otros vecinos, habían podido tener cerdos escondidos a la requisa de los milicianos y habían disfrutado de jamón bien curado para las ocasiones extraordinarias hasta hacía poco tiempo. Y patatas y cebollas, incluso judías, pese a los bombardeos del primer año.

—¿Ahora comprendes por qué me entusiasmaban las patatas con mansarones que hizo tu madre antes de venirnos? He pasado mucha hambre, Jimena. En el frente y hasta en mi casa, donde mi madre siempre tiene alguna joya para que la chica consiga algo de carne, café o azúcar en el estraperlo.

—O sea, ¿qué me quieres por los guisos de mi madre y de mi abuela?

Por un momento, las risas de los dos sorprendieron a los viandantes de la calle Bravo Murillo, adonde se dirigían tras bajar del tranvía en Cuatro Caminos. A Jimena, su tío Leoncio le había conseguido un trabajo por la mañana en un bar, en la esquina de Bravo Murillo con la misma glorieta.

Luis protestó mucho, pero ella no quería que doña Elvira les ayudase. Aunque Luis no hablaba del asunto, Jimena intuía que su futura suegra no la estimaba. O más bien, no la quería ver ni en pintura, pese a que Luis le había dicho que una tarde tendrían que ir a visitarla.

Ante el arqueo de cejas de la chica y la mirada inquisitiva, Luis se vio obligado a confesar que su madre sabía lo loco que estaba por ella, pero ni se le pasaba por la cabeza que iban a casarse en unos días, antes de que él tuviera el brazo bien y pudiera volver al frente.

Porque Luis lo tenía muy claro. No podía vivir sin que aquella mujercita fuera suya. En lo espiritual y en lo sexual. No podía más, necesitaba acostarse y levantarse con ella en la misma cama, en el mismo hogar, aunque tuvieran que vivir debajo de un puente o en una buhardilla.

Fue su hermano Ramón, que, al contrario que Luis, había permanecido al margen de la contienda, sin defender posiciones políticas claras y haciéndose cargo de los negocios heredados del tío soltero, hermano de su padre —un almacén de telas de la calle Pontejos, unos cuantos paquetes de acciones que ahora no valían nada y algunas fincas en Cercedilla—, quien se ofreció a ayudar a Luis, al enterarse de que, por fin, había sacado a Jimena de Rascafría. Aquella chiquita tan mona de hacía años, que el chico mayor de los Masa nunca se había quitado de la cabeza desde que rozara su piel de melocotón.

—¡Así que te la has traído! —le dijo Ramón la primera noche, cuando Jimena ya estaba en casa de sus parientes—. A mamá le va a dar un síncope cuando se entere de que su hijo favorito se casa con la nieta de la portera de El Paular. Y encima no querrás hacerlo por la Iglesia, supongo.

—Supones bien. Ni Jimena ni yo creemos en eso y menos con la prisa que tenemos. Me voy al frente en quince días o un mes. Tengo el brazo mejor. Al menos lo suficiente para sujetar un fusil. Mira cómo está la cosa de mal. Quiero que nos casemos antes.

—Querrás decir que tú no crees en eso de la Iglesia y se lo impones a Jimena. Que yo recuerde, la señora Justa era bien católica, y lo mismo sospecho de los padres de la chica. Bueno, allá tú, pero que sepas que aunque no has querido saber nada del dinero, aquí tienes un pico guardado.

—Ramón, me preocupa más dónde vamos a vivir.

—Ya lo he pensado. ¿Te acuerdas del pisito que hay encima del almacén de Pontejos? Está en condiciones. Los inquilinos se marcharon, se pasaron a zona nacional en cuanto pudieron. No lo he vuelto a alquilar.

Luis dio un abrazo a su hermano. Los dos estaban en la cocina de la casa de Don Ramón de la Cruz, donde doña Elvira se había instalado con su madre, la abuela de los chicos, al comenzar la guerra. Había dejado su piso de la calle Alonso Cano, más grande, para que lo utilizaran las

monjas del Sagrado Corazón de Jesús, perseguidas y desalojadas de su colegio de Martínez Campos, el colegio donde doña Elvira se había educado. Cuando la madre entró en la cocina y vio a los dos hijos abrazados por encima de la mesa, que ocupaba el centro de la estancia, mientras Vicenta, la chica para todo, trajinaba, sospechó que algo no le iba a gustar nada. Pero aquella noche optó por la paz. Hacía mucho tiempo que no tenía juntos a la mesa a sus dos retoños, ambos tan fuertes, tan guapos y tan diferentes.

No llevaba tres días en la capital cuando Luis fue a recoger a Jimena al bar, donde los pocos comensales terminaban de almorzar las consabidas lentejas de plato del día. Esperó a que ella se desatara el delantal, se quitara la pañoleta del pelo que le protegía de la grasa de la fritanga —se freía con manteca dado el precio del aceite— y, ante el espejo del cuchitril del retrete, se pasara el peine por su hermoso pelo de rizo ancho y se diera un toque con la barra de labios.

—¿Adónde vamos con tanta prisa?

—Tengo una sorpresa.

De la mano, vadeando como un loco entre la gente, la arrastró hasta el tranvía de Cuatro Caminos. Pagó los veinte céntimos del billete para los dos y la obligó a acomodarse, diciéndole que iban hasta el final, hasta la Puerta del Sol. Jimena observó por la ventanilla la calle Bravo Murillo, luego Quevedo, Fuencarral, la Red de San Luis y la calle Montera, hasta desembocar en la Puerta del Sol. Luis iba susurrando a su novia todo lo que iban viendo mientras aprovechaba para esconder su cabeza en su cuello y en su pelo.

En Montera con la Gran Vía, le mostró el desastre del impacto de un proyectil sobre una casa de cuatro pisos. Le contó la crónica de los diarios sobre aquel incidente, un año antes. Tres ancianas estaban sentadas alrededor de una mesa. Dos quedaron aplastadas y la tercera, con las rodillas rotas, estuvo siete horas junto a los cadáveres, con la espalda atrapada entre una viga y un muro.

Más allá se veían los raíles del metro, dentro de un boquete que reventó la estación subterránea, donde se guarecían del bombardeo viejos, mujeres, niños. Pero también le enseñó los cines de Fuencarral, los cafés y los teatros aún en funcionamiento, hasta que se bajaron en la Puerta del Sol, después de dejar atrás el edificio cadavérico de la esquina con Montera, detrás de cuyos balcones asomaba el cielo de abril de Madrid, salvo en los dos últimos pisos. En el chaflán se mantenía el anuncio de un comercio: Luis F. Camino. Jimena, mientras era arrastrada por su novio fuera del tranvía, se preguntaba si el tal Luis F. y su familia seguirían vivos o habrían muerto en uno de los pisos de la parte alta de la casa, ahora sólo un escaparate de balcones que enmarcaban un día limpio, soleado y lleno de nubes blancas que volaban deprisa a través de esos cuadros improvisados, vivos.

La llevó por la calle hasta detrás del edificio de Correos o Gobernación. Precipitadamente, Luis sólo tuvo tiempo de enseñarle el gran balcón sobre el que se anunció la II República el 14 de abril siete años antes, ¡qué lejos parecía todo!, y el reloj que coronaba el edificio, una de cuyas esferas estaba rota por un bombardeo. Era el reloj de las doce uvas, las doce campanadas del final del año, le explicó mientras tiraba de ella hasta la plazoleta de detrás, donde arranca la calle Pontejos.

Ante una puerta desvencijada, con la respiración de Jimena entrecortada por las prisas con que Luis la había hecho correr —por un momento pensó que él temía un bombardeo—, el

hombre se sacó del bolsillo derecho unas llaves. Aún tuvo que buscarlas con la mano izquierda, porque llevaba el brazo en cabestrillo, aunque a veces se deshacía del pañuelo que se lo sujetaba.

Con la misma ilusión e idénticas prisas, empujó la puerta tras girar la enorme llave. Entraron en un portal sombrío y húmedo. Una formidable escalera, con el primer peldaño redondeado en el lado izquierdo y una barandilla de madera que reposaba sobre barrotes con filigrana de hierro, arrancaba del lado derecho. A la izquierda, bajo los escalones, se veía una puerta de cristales, ahora rotos y con una cortina renegrida.

—Ven. Ahora ya no hay portero. Creo que se marchó a su pueblo y su hijo está en el frente.

Jimena le siguió perpleja. Tan desconcertada que tropezó en el saliente redondeado del primer escalón y no lograba que Luis le explicase a casa de quién iban. Él sólo tiraba de ella, sujetándola para que no se cayera de bruces.

Ya no la soltó. Sólo se llevó su dedo índice a los labios y después a los de ella. En el primer rellano, como cuando estaban en la casa del pueblo, la arrimó contra la pared y la besó, primero despacio, después buscándole de nuevo el aliento, que aquel día no estaba helado como en el patio de Rascafría. A ella le volvieron a temblar las piernas mientras sentía las manos de Luis perdidas en su espalda, buscando el cierre de su sujetador.

—Por favor, Luis, nos van a ver, alguien va a salir. Por favor, por favor —jadeó la muchacha.

A duras penas llegaron al segundo piso y ante una de las tres puertas, la de la letra C y de doble hoja, Luis volvió a sacar las llaves y, tras un forcejeo más motivado por los nervios que por lo complicado de la cerradura, logró abrir la puerta, que cerró sigilosamente, consciente de que su hermano Ramón le había dicho que en al menos uno de los pisos quedaban vecinos.

Olía a polvo, pero no a humedad. Las ventanas estaban cerradas y por las rendijas de las contraventanas se filtraba una luz de las cinco de la tarde, luz de la primavera madrileña, que reflejaba las motas de polvo del recibidor. La ventana del vestíbulo daba a un patio enorme, bien iluminado. Jimena pudo verlo al abrir un segundo la contraventana.

Luis no paraba, no la dejaba. Rápidamente, iba abriendo puertas, dos dormitorios enfrentados al principio del pasillo, uno sin cama, pero con una vieja coqueta; el otro con una cama de matrimonio y colchón, incluso una manta. En un reflejo instintivo, Jimena pensó que habría que lavarlo todo, que todo olería a rancio, que la polilla habría hecho de las suyas, porque para entonces ya había adivinado que era allí, en aquella casa, donde Luis quería que vivieran en cuanto se casaran. ¡En unos días y sin que nadie más se enterase! Ni sus padres. Pobres, sus padres. Por un momento le subió la congoja al recordar la casa con el patio que amanecía cada mañana mirando a Peñalara, pero tenía poco tiempo para la nostalgia.

Era un piso grande y desvencijado, pero al que se le podía sacar partido. Había aprendido a hacer eso de su abuela, de su madre. Había algunos muebles sucios y antiguos, pero que con una buena mano de linaza quedarían hasta señoriales, como el sofá, el armario y el arcón que los noruegos habían enviado a su madre, desde su casa de Madrid, en el camión de la lechera. Tras una buena lavada con lejía y cepillo de raíces, más aceite de linaza, los tres muebles eran ahora el orgullo de la casa de sus padres, pese a la austeridad de los escaños y la mesa tocinera de la cocina.

—El salón, con un mirador y un balcón; la cocina, una despensa, aunque no sé qué vamos a meter de comer, un baño que apesta…

Luis describía las estancias, sin soltarla, a la vez que le ponía sus grandes manos sobre las caderas y apoyaba la barbilla en la clavícula de la chica. Cuando terminó el recorrido, la giró de nuevo hacia el pasillo, pero esta vez cruzando sus brazos en la cintura de ella, asiéndola. Una mano sobre su vientre y vuelta la otra, perdida, a la pelea con el cierre del sujetador. Con el pie empujó la puerta del dormitorio que tenía cama y colchón, y allí se tiró con ella encima, riéndose, nervioso. Mientras, Jimena, desbordada, desmadejada, aterrada y feliz le dejaba hacer, porque acababa de comprender lo que iba a ocurrir. Agarró la manta para taparse, pero él no le daba tregua. Por su cuerpo, por sus piernas, por su estómago, subía la misma sensación que aquel primer día del baile del 15 de agosto, en la Virgen de la Peña, cuando él deslizaba despacio las manos por su chaqueta de punto. Sólo que ahora no tenía chaqueta de punto, ni blusa, ni sujetador. Las manos de Luis habían pasado de ser unos dedos atribulados y temblorosos a unas palmas suaves, abiertas, que avanzaban desde su espalda hacia el pecho, se paraban en sus pezones y por unos segundos sus dedos jugueteaban. Con la otra mano, desde dentro, tiraba suavemente del sujetador desabrochado, se deshacía de los botones sin romperlos, metiéndolos entre los ojales, para que con cada botón que se abría, los pechos de Jimena, blancos, menudos, hermosos, de unas areolas oscuras, se fuesen abriendo a la boca de Luis, que arrastraba sus labios por el camino que marcaban las palmas de sus manos.

La boca del hombre recorría su estómago, sus costillas, bajaba hacia su ombligo, sus manos ya estaban de nuevo en la espalda, desabrochando la falda con forro, mientras la respiración de Jimena se ahogaba y él sólo susurraba amor, mucho amor y Jimena pensaba «no estoy casada, no estoy casada», para luego pasar a «era esto, me voy a morir aquí mismo, de amor, o mañana en un bombardeo, como tantos otros», mientras sentía el calor que le quemaba las mejillas y a Luis que perdía las manos entre sus muslos.

—Te quiero, no puedo vivir sin ti, nunca he podido, ni podré, mi amor, mi vida, tu piel…

Y mientras pasaba sus labios y su lengua, Luis aspiraba el olor de aquella piel, bajaba la falda y perdía su cara en aquellas ingenuas bragas blancas de algodón, de niña. Y en ese momento, paró para subir hacia su rostro, comenzar a besar los párpados amados y descubrir las lágrimas que asomaban…

—Nos vamos a casar mañana, mi vida. Si tú quieres nos vamos ahora mismo de aquí, de la que será nuestra casa mientras esta guerra nos deje estar juntos.

La voz baja, bronca, algo jadeante se ahogaba en el cuerpo de ella. Pero Jimena movió la cabeza de un lado a otro, cruzó las manos sobre la nuca de Luis y, por primera vez, fue ella quien llevó los labios hasta su boca, quien se la abrió y pasó suavemente la lengua por sus dientes, asombrada de su audacia, mientras apretaba suavemente su vientre y su pelvis contra Luis, que gimió como un niño, perdido el control.

8

No fue al día siguiente, pero sí a la semana de llegar a Madrid cuando Jimena y Luis pasaron por el juzgado para firmar su matrimonio. Podían haber ido a la sede del partido de Luis o al sindicato, pero el muchacho quería hacerlo bien y eligieron el juzgado de la plaza de las Salesas. Les acompañaron Ramón y el tío Leoncio, que juró a su sobrina que no diría nada a sus padres. Fue una ceremonia rápida y breve; la pareja era una más de las muchas que esperaban para firmar los papeles.

Jimena se fijó en una de las que les precedían, un poco más allá de ellos. El hombre era alto, rubio, y hablaba con acento extranjero. Le recordó a los noruegos y los alemanes de El Paular. Luis le aclaró que era miembro de las Brigadas Internacionales. Era un americano o un inglés del Batallón Británico o del Batallón Lincoln. La muchacha sobre la que se inclinaba con solicitud y a la que cogía la barbilla, una castaña graciosa pero con carita de preocupación, estaba embarazada de varios meses.

Tras la breve ceremonia, Luis se escapó un momento para llevar los papeles al Registro Civil mientras Ramón, Leoncio y Jimena le esperaban tomando un vino en la plaza de las Salesas. Después comieron juntos en una tasca de Barquillo, durante una comida que a Luis se le antojó una eternidad, porque sólo soñaba con llegar al piso de Pontejos y perderse en la cama de sábanas blancas que su mujer —sí, su mujer, cómo le sonaba de dulce y extraño— había dejado hecha por la mañana temprano.

Todo lo soñado, lo sospechado durante esos años, aquel recuerdo adolescente que se llevó de El Paular de la joven con piel de melocotón, se había convertido en una realidad confirmada. Jimena y él eran uno. En el amor, en la vida diaria, en la necesidad de saber, que en la joven se estaba convirtiendo en ansiedad. Aunque no se había hecho el carné de las Juventudes Socialistas Unificadas —y Luis no le había confesado que tenía el del Partido Comunista ni que era un miembro activo—, cada tarde, tras la siesta, cada uno se encaminaba a sus respectivos lugares de ayuda a la guerra en la retaguardia. Luis, a la sede del partido, a enterarse de cómo estaban las cosas y en espera de pasar la revisión última en el hospital de Maudes, antes de reincorporarse al frente. Jimena, al taller que había encontrado a través de las JSU, donde se seguía cosiendo, o más bien remendando, la poca ropa que quedaba para las tropas.

Pero aquel día 12 de mayo, el día de su boda, después de hacer el amor cuanto quisieran y sin mala conciencia, Jimena y él irían al cine. Ella no había ido más que una vez en su vida, cuando estuvo en casa de sus primas en Madrid. Tenía pensada la película. En el Avenida ponían *Sueños de juventud*, de Katharine Hepburn y Fred MacMurray.

La miró de nuevo, sentada al lado de su hermano. Para la ocasión, tan pobre para una muchacha de pueblo que seguramente habría soñado con ir de blanco, como una reina, como hacían las hijas de las amigas de su madre, Jimena se había puesto su traje de chaqueta azul cobalto, con ribetes de piqué blancos, el único que tenía y que él ya sabía que había heredado de

una de las muchachas de la Institución que veraneaban en El Paular. Carmen cosía bien y ella y su hija lo habían ajustado a la cintura de avispa de Jimena, añadiéndole un cinturón negro, ancho, que la hacía más esbelta y flaca de lo que era. Lo arreglaron un par de días antes de salir del pueblo y, seguramente, Carmen nunca imaginó que aquél iba a ser el traje de boda de su hija mayor.

La tarde anterior, Luis la había obligado a comprar unos zapatos de medio tacón, en vez de los de cordones de colegial que llevaba desde que la conocía, aunque siempre relucientes. Fue imposible conseguir unas medias de seda.

Subida sobre los tacones, con su traje de chaqueta y un pañuelo al cuello, más un hermoso recogido que se había hecho como si fuera un moño, terminado con sus rizos en lo alto de la nuca, Luis creyó por un momento que su novia tenía hasta un aire a lo Hepburn. «Sí, realmente estoy embobado», se confesó. Pero la encontraba tan hermosa, cada día descubría alguna de sus virtudes. Cuando paseaban, Jimena preguntaba cómo era posible que siguieran abiertos los cafés, con gente alegre dentro; por qué los cuadros del Museo del Prado habían sido evacuados, si a ella le hubiera encantado verlos; y en la Cuesta de Moyano, Jimena disfrutaba como una niña cada vez que Luis le descubría alguno de los libros cuyo autor ella había conocido en El Paular.

Luis reflexionaba sobre todo lo vivido durante esos días mientras la miraba y, de pronto, llegó el esperado final. Su hermano Ramón propuso un brindis con una botella de champán que mejor no saber de dónde había salido. La había llevado envuelta en un periódico. Y un puro, que Luis se guardó, apresurado, porque era una ostentación en ese Madrid apenas ya sin tabaco. Se despidieron de los dos, de Ramón y de Leoncio, atropelladamente, y cuando ambos se giraron camino de Recoletos, Jimena le paró.

—Lo siento, acompáñame. Es por mi madre. Quiero entrar cogida de la mano en la iglesia.

Cogidos de la mano, entraron unos segundos en la iglesia de Santa Bárbara. Ni una palabra, ni un comentario. Jimena le pidió perdón a su madre en silencio. Sabía que no lo entendería nunca, pero no tenía ningún sentimiento de haberle fallado.

Del brazo de Luis y con los pies deshechos por los zapatos nuevos, los dos se encaminaron calle Barquillo abajo, también maltrecha por los bombardeos, para cruzar la Gran Vía, Alcalá y llegar a su casa, detrás de la Puerta del Sol. Jimena sabía muy bien por qué tenía tanta prisa su marido.

9

Luis y Jimena iniciaron su vida de matrimonio en un Madrid cada día más hambriento, donde los periódicos republicanos ya no podían disimular las malas noticias. Poco antes de la boda, Luis había comunicado a su mujer que los nacionales habían llegado al Mediterráneo por Vinaroz. La zona republicana quedó dividida en dos y era cada vez más difícil abastecer a la capital.

Pese a estar encerrados en su amor, era imposible andar por la calle y no ver a la gente hambrienta, mujeres o ancianos que se desmayaban de debilidad en cualquier esquina, en cualquier cola, esperando el pan o la leche, y temiendo el bombardeo.

Jimena se asombraba de lo que escuchaba a sus compañeras en el local donde la habían enviado las JSU para echar una mano.

—Anoche mi madre y yo preparamos un cocido a los pequeños que estaba para chuparse los dedos. Cardos, dientes de león, hojas de violeta y tallos de cebollas. Los estofamos con vino blanco y laurel. Es la primera vez que hemos dormido con el estómago lleno en el último mes.

—¡Qué suerte! ¿Y de dónde sacaste los cardos y los tallos de cebolla?

—Un vecino ha recogido la primera cosecha de su huertecillo. Sembró el otoño pasado en el solar del patio de una casa bombardeada.

Jimena escuchó la conversación de las compañeras anonadada y con cierta vergüenza. Ella y Luis sobrevivían con lo que les pasaba Ramón. De vez en cuando tenían harina, algo de aceite y hasta un poco de tocino y judías. Sabía que su cuñado lo sacaba del estraperlo, y aunque Luis se enfadaba cada vez que llegaba por la noche a casa —estaba en la retaguardia, cerca del Hospital Clínico y del frente de la Ciudad Universitaria, pero la mano no le había quedado bien para sujetar un fusil, así que se limitaba a tareas de apoyo— y encontraba la remesa de su hermano, ella le recordaba que seguía enfermo y débil.

Jimena también adelgazó, más si cabe. Su piel tersa, rosada, seguía siendo de melocotón, pero ahora estaba pálida y ojerosa, como todos en la ciudad machacada, tras dos años de contienda, de resistir, de no pasarán.

Ninguno de los dos quería hablar de doña Elvira ni de la catastrófica visita al piso de Don Ramón de la Cruz, cuando Luis se la presentó a su madre como su esposa.

Jimena sólo recordaba la voz sorda, sibilina, de la mujer, negándose a reconocer a aquella chica flaca, de pueblo, que era capaz de vivir con un hijo suyo sin haber pasado siquiera por la iglesia. Luis no consintió ni en sentarse tras escuchar las primeras palabras de su madre. Los dos bajaron sin hablar las escaleras de la señorial casa, en donde ni una bomba había rozado la fachada. Él la llevaba, una vez más, guarecida bajo su brazo sano.

Les bastaba su amor. Las malas noticias que a veces Luis traía del frente cada noche las olvidaba entre sus brazos, mientras ella le iba enseñando libros que conseguía aquí y allá, preguntando, queriendo saber, afianzándose en sus creencias. También leía el *ABC* republicano.

Y oía la radio. A Jimena, por las mañanas, mientras recogía la casa cuando Luis ya se había ido, la radio le hacía mucha compañía y seguía creyendo a pies juntillas las noticias sobre el frente, las soflamas de la Pasionaria o cualquier otro líder obrero. Aunque encontraba cada vez más débil la voz del presidente Azaña.

Seguía con pasión la batalla del Ebro, que había comenzado a principios de julio. Sabía que con el general Modesto estaba Vicente, el hijo de la señora María, su vecina en el pueblo. Un chico que coqueteaba desde pequeño con su hermana Irene. Y su primo Enrique también andaba por el frente de Aragón, quizá con el regimiento del Campesino. Por eso, cuando en otoño leyó los periódicos y se enteró de la retirada republicana del frente del Ebro, de que habían perdido la gran batalla, Jimena lloró a solas, pensando que tal vez el pesimismo de Luis estuviera justificado, pese al valor que todas las tardes demostraban las chicas de la agrupación, seguras como estaban de que llegarían más armas de los rusos o los ingleses. Incluso de los americanos. Por un momento, Jimena pensó en si su primo Enrique o su vecino Vicente estarían entre los miles de muertos que los republicanos iban dejando atrás mientras se replegaban.

Ahora ya compartía con Luis la premura de la guerra. El miedo al futuro incierto que les llevaba a hacer el amor cada tarde que podían, todas las noches. Jimena se había vuelto audaz, justificando sus osadías y juegos en la cama con la conciencia de que a la mañana siguiente podían estar muertos los dos. O uno de los dos, y ella no podía concebir la vida sin Luis.

Cada desastre del frente era un desenfreno de amor en la casa de Pontejos. A veces era ella la que le arrancaba de la radio, tras la cena, y le iba desnudando por el pasillo, rozándole la espalda con sus besos, perdidas sus manos en los genitales de Luis. Cuando llegaban a la cama, él ya no podía más. Y Jimena siempre le agradecía que tras sus primeras embestidas, que ella había provocado, él se derramase sobre su vientre, para pasar luego a ocuparse de ella, que se había quedado a medias en el placer.

Lo habían hablado mil veces. No era momento para quedarse embarazada, por más que ambos desearan vivir como una pareja normal, formar una familia, sí, pero una familia donde ver crecer a una criatura sin miedo, fruto de aquella pasión, de aquel compañerismo y complicidad que compartían.

Pasaron la Navidad solos. En la tarde del 24 de diciembre, Ramón se presentó con unos huevos y medio pollo que, una vez más, Jimena no quiso saber de dónde habían salido. Su cuñado fue prudente y, tras felicitarles y tomar una copa de vino, se marchó poco antes de las nueve sin probar una peladilla, con el argumento de que le esperaban en casa. Tuvo el detalle de no mencionar a su madre y la pareja se lo agradeció. Le acompañaron hasta la puerta cogidos de la mano mientras por el pasillo se extendía el dulce aroma de la piel de la manzana y la canela que Jimena había puesto a cocer en un cazo con un poco de leche, para hacer el postre. Recordó a sus padres y a sus hermanas, segura como estaba de que rascarían la botella de anís El Mono con el cuchillo mientras su padre tarareaba *La Pastorela*. Pero la nostalgia sólo fue un atisbo, porque Luis la adoraba con la mirada desde el otro lado de la mesa.

Una noche de enero de 1939, Luis llegó más triste que de costumbre. Descompuesto. Los fascistas habían entrado en Barcelona mientras que en Madrid las disputas entre comunistas, socialistas y anarquistas eran cada día más duras y el frente en la Universitaria no se podía sujetar.

Jimena intentó tranquilizarlo. Aquella noche sólo había para cenar un clásico de la temporada: tortilla sin huevos que había preparado con papilla de harina. Y chuleta de puré de algarrobas. Hacía unos días que Ramón no enviaba nada.

—¿Sabes que hoy me he enterado de por qué no hay perros y gatos por las calles? Yo creía que en la ciudad no os gustaban. Pero resulta que la gente se los ha comido.

Cualquier tema servía para distraerle. Luis sonreía, enternecido por su esfuerzo. Cada día la quería más y cada vez se sentía más culpable por haberla arrastrado a esa locura. La atrajo a sus brazos, la sentó en sus rodillas y comenzó la charla de las últimas noches.

—Jimena, debes volver al pueblo con tus padres. No quiero que te pase nada. Todo está perdido, no sé qué va a ser de nosotros si esto sigue así…

Con un mohín, Jimena saltó de sus rodillas, enfadada. Desde el centro de la sala helada —hacía semanas que no había carbón porque Ramón tampoco lo encontraba ya fácilmente y ella guardaba un poco para guisar—, embutida en su falda, su chaqueta de punto, un jersey gordo de canalón gris que había sido de Luis, rematado en cremallera alta hasta el cuello, y sus zapatillas de paño sobre dos pares de calcetines, Jimena Bartolomé Morera era más nieta de la Justa e hija de la Carmen que nunca. No necesitaba poner los brazos en jarras, sólo llevar las manos juntas al centro y apuntar con las palmas unidas hacia su marido.

—Jamás. Salí de Rascafría contigo y contigo volveré. No nos volveremos a separar nunca. Me lo prometí aquella madrugada y así será. ¿Y dónde está ese optimismo tuyo? Nos ayudarán más los rusos; los franceses y los ingleses tienen que reaccionar. Queda mucha gente dispuesta a luchar, lo veo todas las tardes entre las mujeres del local…

Luis callaba y la miraba embobado bajo la bombilla pelada del salón. Admiraba su fuerza, la transformación que se había obrado en ella en un año escaso. Su palidez y las ojeras le resultaban aún más atractivas, enmarcaban unos hermosos ojos negros, más hondos. Y no quería decirle que los franceses cerraban la frontera, un día sí y otro también, a los republicanos que intentaban huir; ni que tenía información sobre extrañas maniobras en la cúpula del Gobierno del doctor Negrín; ni lo que había oído sobre el general Casado; ni que Madrid estaba invadida de quintacolumnistas.

Habían pasado dos años desde que el loco del general Queipo de Llano anunciara desde Radio Sevilla, en una de sus arengas incendiarias llamando al exterminio de los rojos, que en Madrid había una fuerza secreta, formada por falangistas y militares, perfectamente organizada para la acción e iban a tomar la capital desde dentro.

Él estaba entonces en el frente, con su Batallón Alpino. Cada vez que llegaban noticias de la capital y de los desmanes de los chequistas que se dedicaban a asesinar a supuestos miembros de la quinta columna, un desasosiego recorría su estómago. Su hermano Ramón sabía nadar y guardar la ropa, pero su madre, desde que se quemaron las iglesias y los conventos, en los primeros días de la guerra, era cada vez más radical.

Mientras que en 1934, cuando las otras quemas, las viejas amistades de su padre que aún frecuentaban le ponían freno, ahora campaba con sus ideas católicas y sus relaciones de juventud. La única vez que, de permiso, Luis fue a verla a Madrid —el resto de las libranzas las había dedicado a El Paular— le contó con pelos y señales cómo había encontrado la basílica de Nuestra Señora de Atocha al día siguiente de ser arrasada «por esos bárbaros con los que tú haces la guerra». Entonces todavía discutían. Luis aún le recordaba que habían sido los alemanes

quienes habían bombardeado el Palacio de Liria. E incluso un año antes, recién llegado a Madrid con Jimena, echó en cara a su madre que fueron los obuses disparados desde la Casa de Campo por los fascistas los que arrasaron el claustro de las Descalzas Reales y las bóvedas, con frescos de Claudio Coello y de Francisco de Ricci. Aquélla fue la última discusión. Unas semanas después, cuando fue a visitarla con Jimena ya como su mujer, ni siquiera se sentó ante doña Elvira, tal había sido el recibimiento que les había dispensado.

Con todo, hacía muy pocos días que había tenido la debilidad de volver a ver a su madre, aunque nunca le perdonaría el daño hecho a Jimena. Pero ese día había sido especialmente malo en la retaguardia de la Ciudad Universitaria. Los fascistas seguían atrincherados en el Clínico, cada vez más fuertes a medida que se acercaban las tropas a Madrid. Y había visto morir en la camilla a uno de los chavales de su agrupación del partido, que se acababa de incorporar a la batalla. No debía de tener los dieciséis años. Era de Carabanchel y Luis estaba seguro de que había mentido para que le dejaran alistarse. Había muerto mientras él y otro compañero le sujetaban, con las tripas fuera, reventado por un obús. Y esa noche, Luis comprendió que cualquier día a él le podía suceder lo mismo. Quería ver a su madre, aunque fuera un segundo. Sólo para darle un beso silencioso.

Pero cuando llegó al piso, sólo estaban la vieja Vicenta y su abuela, inmóvil, sin oír ni ver, en la cama. Vicenta le contó que su madre había salido hacia una reunión en la legación noruega, donde aún se alojaban muchos amigos, perseguidos por los republicanos. Iba a dar la vuelta sin pasar del recibidor cuando vio sobre la consola un sobre abultado. Indudablemente, contenía libros o revistas. Luis lo tomó entre sus manos, como cuando iba a ver a su abuela y, ya con problemas de vista, le abría la correspondencia. Del sobre salió el ejemplar de una revista, *Semana Médica Española*, editada en San Sebastián, año I.

Era la primera vez que Luis veía aquella revista, sin duda publicada en zona nacional. Entre las páginas asomaba una hoja blanca que, con toda seguridad, marcaba un artículo. Título: «Psiquismo del fanatismo marxista». Autor: Antonio Vallejo-Nágera. Era el psiquiatra militar que, antes de la proclamación de la República, había sido conocido e incluso amigo de su padre.

Luis recordaba perfectamente una conversación de su progenitor, años atrás.

—Vallejo se ha vuelto chaveta en Alemania. Viene encantado con las tesis de los nazis. Ya sabes que le han invitado a un congreso de psiquiatría. Se está volviendo cada vez más reaccionario. Incluso más que Ramiro de Maeztu.

—Al menos, son dos buenos y excelentes católicos —fue la respuesta de doña Elvira durante la cena.

Ahí acabó la conversación, porque a su padre nunca le gustó discutir de política y de fe con su esposa.

Luis abrió la revista por la página marcada y se encontró con un párrafo que le puso los pelos de punta:

> La enorme cantidad de prisioneros de guerra en manos de las fuerzas nacionales salvadoras de España permite efectuar estudios en masa, en favorabilísimas circunstancias, que quizá no vuelvan a darse en la historia del mundo. Con el estímulo y beneplácito del Excmo. Señor Inspector de los Campos de Concentración, al que agradecemos toda suerte de cariñosas facilidades, iniciamos investigaciones seriadas de

individuos marxistas, al objeto de hallar las relaciones que puedan existir entre las cualidades biopsíquicas del sujeto y el fanatismo político democrático-comunista.

La revista era el número 6, fechado en octubre de 1938, unos meses antes de que llegara hasta el vestíbulo de la casa de su abuela, dirigida a su madre. ¿Era doña Elvira un buzón de la quinta columna? ¿Para qué? ¿Para quién? ¿A quién debía entregar aquel ejemplar? ¿Su madre estaba dispuesta a que a su hijo, si se le hacía prisionero, se le estudiaran las relaciones de sus cualidades biopsíquicas con su supuesto fanatismo político-comunista?

Tras la lectura del artículo, Luis entrevió por primera vez que podía haber cosas peores que morir en el frente. ¿Cómo iba a explicarle aquellos terrores interiores a Jimena cuando la tenía allí, frente a él, convencida de que aún había esperanzas para la República, bajo la luz amarillenta de una triste bombilla pelada, que pronto se apagaría al ruido del aviso de bombardeo?

10

En la noche del 4 de marzo de 1939, por primera vez desde que se casaron, Jimena esperó en vano a Luis. La una, las dos, las tres, las cuatro de la madrugada. Ni una señal, ni un aviso. Nunca antes había sucedido nada parecido. Si Luis había tenido que hacer guardia en las posiciones, siempre había encontrado una manera de avisarla. Angustiada, pensando en lo peor, asomándose cada media hora al balcón que daba a la plaza de Pontejos, en ningún momento pudo distinguir la figura de su marido con los restos de su uniforme militar: la vieja guerrera encima de un jersey de cuello alto que ella le había hecho, y con el cuello de la camisa de cuadros de felpa, también de fabricación casera, gracias a que Ramón les había suministrado algunos retales del almacén de debajo de la casa, que, sin saber cómo, aún permanecía abierto con los paños y las telas a precio de oro.

Jimena no vio a Luis, pero sí que sintió un trasiego importante en torno al edificio de Gobernación, cuya puerta principal daba a la Puerta del Sol; ella dominaba una de las entradas laterales, la de la calle Carretas. Algo sucedía, pero la radio no daba noticias.

De madrugada, se quedó dormida. Se despertó helada, encima de la cama y vestida. Salió descalza hacia el salón, con la esperanza de que Luis se hubiera quedado echando una cabezada para no molestarla. Pero la casa estaba vacía. Todo lo contrario que la calle. Alrededor de Carretas había un alboroto desacostumbrado. Coches que paraban, entraban y salían, metían gente o la sacaban. Jimena no se atrevía a abrir del todo la ventana. Su inquietud iba en aumento, tenía el corazón en un puño y la seguridad de que a Luis le había pasado algo. Puso un poco de agua a calentar en el hornillo para hacerse una achicoria y salir disparada a la calle. Pero ¿adónde iba a ir a buscar a Luis? Nunca había pasado de la frontera del barrio de Argüelles. Había visto la calle Rodríguez San Pedro, destrozada, Andrés Mellado, Fernández de los Ríos, donde vivían sus primas, a las que llevaba sin ver desde que había llegado a Madrid. Sospechaba que no les gustaría la vida que estaba llevando.

Pero no podía quedarse en casa. Ya estaba vestida con su falda de paño —de la misma tela de cuadros que la camisa de Luis, pero con forro, todo un lujo, gentileza de los almacenes familiares —, su blusa blanca y su chaqueta de punto cuando llamaron a la puerta despacio, pero de forma insistente.

—Jimena, abre. Soy yo —oyó cuando ya corría por la mitad del pasillo, pensando que era Luis.

Pero no. Era su cuñado y, por su aspecto, no parecía traer buenas noticias. Envuelto en su zamarra buena —los abrigos también habían desaparecido del Madrid republicano— y con guantes, sujetaba un paquete entre las manos. Ramón parecía atribulado y pálido para el frío que hacía en la calle.

Empujó la puerta y suavemente apartó a su cuñada a un lado, llevándose el consabido dedo índice a la boca. No hablaron hasta que llegaron al fondo, al salón, donde había menos tabiques

con los pisos vecinos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Luis?

—Nada. Cálmate.

Al ver la expresión aterrada de la muchacha, la tomó por las manos y la obligó a sentarse. Olió la achicoria que salía de la cocina y fue a por la taza que su cuñada se había dejado servida.

—Bébetelo mientras me escuchas atentamente. Ha habido un golpe militar del general Casado.

—¡Pero Casado es republicano!

—Jimena, tengo mucha prisa. No nos vamos a parar ahora con matices. Casado ha tomado el poder contra los comunistas. Ha formado un Consejo de Defensa Nacional y trata de negociar con Franco la rendición a cambio de meter a los comunistas en la cárcel. Luis está escondido, a salvo, en casa de un viejo amigo nuestro, nacional pero más amigo que fanático de sus ideas. Mi hermano me pide que no salgas a la calle, que esperes. Vendrá en cuanto pueda. Están deteniendo y mandando comunistas a la cárcel desde ayer. A manadas.

—Pero tu hermano no es comunista, sólo simpatizante.

—Mi hermano tiene el carné, Jimena. Además, es muy conocido en los círculos de los intelectuales que se han quedado en el bando nacional y de los quintacolumnistas. Lo tiene todo para ser una pieza de caza deseada por todos. Ni mi madre ni sus contactos pueden garantizar su seguridad, aparte de que en estos momentos lo peor es que hay una guerra entre los mismos republicanos, entre las izquierdas. Es todo una locura. Te dejo un paquete de comida y procura no salir. Yo vendré todos los días, con la disculpa de ver cómo va el almacén. No abras la puerta a nadie que no sea yo o Luis. ¿Me lo prometes, Jimena?

Como un año antes —parecía haber transcurrido un siglo desde aquel otoño de la sierra, a la puerta de la Peña Hueca—, Jimena sintió que el suelo se deslizaba sobre sus pies. Pero esta vez no era la nieve, los trapos suaves y silenciosos los que caían sobre sus hombros. Una losa terrible, el miedo, el caos, la sensación de no comprender pesaba sobre su espalda, sobre su cabeza. ¿A Luis le perseguían los republicanos, no los fascistas? ¿Y le estaba diciendo la verdad Ramón? ¿No estaría herido o capturado?

Respiró hondo, y con la resolución que su marido ya le conocía, pero que era nueva para Ramón, Jimena se dirigió a su cuñado:

—Voy a esperar un par de días, Ramón. Lo razonable. Si para entonces Luis no ha venido, es que me estás mintiendo y está herido. Ya he pasado por esto. No sé si tú lo entiendes, pero tu hermano es mi vida. Ya lo ves, no me importa confesártelo aunque no sea muy ortodoxo o púdico. ¿Decís vosotros eso? Y voy a ir a buscarle allá donde esté. Al hospital, a la cárcel o al cementerio. Si está vivo, él sabe que lo voy a hacer. Dame alguna prueba, por favor.

Ramón no pudo sino admirar la firmeza de la chica, que ahora más parecía una mujer resuelta y con cierta clase, aunque no sabía muy bien de dónde la había sacado. Quizá la había tenido siempre. Sí, la recordó aquel primer y único verano en que la vio en El Paular, tan alta, tan perfecta de facciones, con aquella melena rizada, tan fresca y tan tímida. Jimena era ahora más guapa, menos tímida, y de ella emanaba una fuerza extraña. Recordó una confidencia que su hermano le había hecho una tarde reciente mientras los dos tomaban un coñac, antes de que Luis subiera a su casa:

—Si algo nos pasara, Ramón, Jimena lleva dentro la firmeza de Peñalara, como ella dice, y la agilidad de todos los ríos del valle del Lozoya, como te digo yo. No lo olvides.

Sí, aquella mujer que tenía enfrente era las dos cosas: roca y agua.

No habían transcurrido dos días, que fueron un infierno para Jimena, cuando pasada la medianoche sintió la llave de la puerta, que se abría sigilosamente. Saltó de la cama y salió al pasillo. Allí estaba Luis, despeinado por la gorra que se acababa de quitar, vestido con una chaqueta oscura, sin su guerrera, y un jersey debajo que no era el que ella le había hecho. Sin mediar palabra, se abrazaron en el centro del pasillo. Jimena sólo quería palparle, oler su cuello, coger su cara entre las manos, besarle, acariciarle el brazo que había tenido herido, mientras Luis la dejaba hacer, hasta que la levantó en brazos y la llevó a la cama, aún caliente del cuerpo de ella.

Después de meterla en la cama y arroparla, comenzó a desnudarse, tarea complicada porque Jimena no hacía nada más que abrazarle, repasarle con sus manos, ayudarle a desvestirse para confirmar que no estaba herido.

—Calla, habla despacio. Sólo tengo hasta el amanecer. Estoy bien, pero siguen deteniendo comunistas. La cárcel de Ventas está llena de mujeres. A Porlier llevan a los hombres. Todo es una locura. El presidente Negrín y los principales dirigentes del partido que quedaban en Madrid se han tenido que escapar. Podían fusilarlos. Estoy escondido en casa de un amigo de confianza, en el barrio de Salamanca. No puedo decirte dónde para no meterte en problemas. Estoy preparando la forma de marcharnos de Madrid. Franco no ha hecho caso a Casado, todo está perdido y los nacionales van a entrar de un momento a otro. Por lo que más quieras, no salgas a la calle. No vayas al local de apoyo a las JSU. No queda nadie. Todos están detenidos o escondidos.

Luis hablaba atropelladamente mientras la atraía hacia sí. Los dos arropados, aunque no sentían el frío. Jimena le dejaba hablar y hacer mientras asimilaba tanta información a borbotones. ¡Sus compañeras del taller, la mayoría de las JSU, estaban en la cárcel!

Poco a poco, su cuerpo se centró en el calor del de Luis, en sus manos perdidas en ella, en los besos en la nuca, en el cuello. El olor de Luis, sus labios en su hombro, en su pecho. Durante un tiempo, sólo existieron ellos dos, amándose locamente, como si fuera la última vez. ¡Habían temido tanto ese momento! Cuando apuntaba el amanecer por la rendija del gran ventanal, Luis se vistió, arropó con cariño a su mujer, le prohibió que se moviera de la cama, que fuera hasta la puerta.

—No quiero. Te dejo aquí, como si fuera a trabajar. Y aquí quiero verte cuando regrese para marcharnos los dos dentro de unos días. No salgas, no llores, tú eres la roca y el agua. Hoy sólo puedes ser la roca Jimena.

11

Pasaban los días y Jimena apenas podía sujetar sus nervios ni su ansiedad. Aunque durante la última noche habló con Luis de la posibilidad de volver al pueblo, con sus padres, ambos lo desecharon. Ni Carmen ni Lorenzo estaban preparados para recibir a su hija, casada con un comunista sin que ellos se hubieran enterado, y como le recordó Luis con un punto de realismo cruel, tampoco era seguro que su padre, un pobre militante de la UGT de una fábrica de maderas en un pueblo que había sido rojo hasta hacía unos días, fuera a salir bien parado si los vencedores, como parecía tras el desprecio de Franco a la propuesta de Casado, no traían ninguna intención de piedad para con los vencidos.

El día 28 de marzo, por la mañana, su cuñado Ramón llamó a la puerta, temprano.

—Hoy entran los nacionales en Madrid, Jimena. Toma, te traigo una carta de Luis. Ambos creemos que lo mejor es que empieces a salir un poco conmigo a la calle, a dar paseos y echar un vistazo. No correrás peligro a mi lado.

La muchacha abrió la carta.

Jimena de mi corazón, aquí sigo, escondido, pero de momento en un sitio seguro. Alguien está intentando ayudarnos, pero la cosa se complica por días. Haz caso a Ramón, mi vida. No puedes estar ahí encerrada o terminarás por volverte loca y los vecinos sospecharán. Te subirá a buscar de vez en cuando. Baja a tomar un café. Te echo de menos, te necesito, te quiero y cruzaría este Madrid que ya nos han robado para abrazarte, tenerte un rato a mi lado, aun a pesar de las balas. Pero no sólo tengo que pensar en mí, sino en ti, lo más importante que tengo. Y en nuestro futuro. Por favor, haz caso a mi hermano. Te quiere, Luis.

Ramón esperaba mientras su cuñada leía la carta una y otra vez. En un gesto, se retiró algo que le asomaba a los ojos con un golpe del dorso de la mano izquierda, huyendo de la debilidad. Después le dijo que, como en las películas de espías, tenía que romper la carta de Luis. Jimena no le entendió al principio. Se negó, pero Ramón se la quitó de las manos, en mudo y tenso forcejeo. «Haz caso a mi hermano», leyó Jimena cuando quiso sujetar la carta de Luis entre las manos. Y cedió. Ramón destrozó la nota en mil pedazos y los metió en el fogón de la cocina. Después arrojó una cerilla. Se giró hacia la puerta, desde donde ella le observaba.

—Arréglate un poco, aunque estás guapísima. Vamos a tomar un café ahí enfrente, a La Mallorquina. Y hacemos los planes para estas semanas, ¿te parece, cuñada? Anímate, con un poco de suerte pronto estaréis los dos fuera de este país que durante mucho tiempo va a oler a sangre.

Eran poco más de las nueve y la cafetería tenía parroquianos silenciosos, expectantes. La radio nacional, puesta en alto, anunciaba que en ese momento las tropas de Franco bajaban por el

paseo de la Castellana y miles de madrileños, brazo en alto, saludaban a los camiones con los soldados. Ramón comprendió que era demasiado para Jimena, así que la sacó de allí y pasearon calle Mayor abajo, hacia la plaza del Ayuntamiento.

El 1 de abril, Franco anunció el fin de la guerra. «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales…».

La muchacha quitaba la radio, porque a veces no podía más. Cada día, daba un corto paseo con su cuñado por el barrio, el centro de la capital, e iba notando los cambios que se sucedían. En la calle Montera, número 6, la sombrerería Brave se anunciaba ahora con un eslogan, «Los rojos no usan sombrero», que también se incluía en la publicidad de los nuevos periódicos del régimen.

Seguían las cartillas de racionamiento —ella no la tenía, Ramón le traía la compra cada dos días—, pero en los bares comenzaba a aparecer el menú único y otras comidas nuevas, que si no hubiera sido por lo dramático de la situación, habría sido para reírse a carcajadas. Una mañana, en un bar de Arenal, Ramón y ella leyeron «ensaladilla nacional, 80 céntimos». No sabían qué ensaladilla sería ésa. Entraron a tomar el café y Jimena, por curiosidad, preguntó al camarero qué llevaba esa nueva ensaladilla.

—Señorita, es la antigua —y bajó la voz—, la rusa, pero ya sabe que ahora no se puede ser de ese país.

Jimena y Ramón soltaron una carcajada por primera vez en muchas semanas.

Otro día, su cuñado le consiguió la imprescindible «ficha azul», la que repartía el Auxilio Social cuando donaba la cuestación que las damas del auxilio, flanqueadas por uniformados falangistas, pedían por la calle. Sin la ficha no se podía entrar al cine. Y Jimena quería ir a ver *Entre esposa y secretaria*, de Clark Gable, Jean Harlow y Mirna Loy. Necesitaba despejar la cabeza y el cine le recordaba a Luis.

Se equivocó. Salió tristísima del cine, recordando la primera vez que, hacía no tanto tiempo, había ido a ver otra película con Luis. Algo en el corazón de Jimena no funcionaba, aunque cada dos o tres días Ramón traía una nota de su marido, siempre en el mismo sentido: «Paciencia, pronto nos iremos».

Una de esas mañanas de la victoria, a las que la joven aún no se había acostumbrado, Ramón le espetó:

—Vamos a ir juntos al desfile, Jimena. Quiero que te vean conmigo, que la gente se vaya acostumbrando a que eres una persona de mi familia. Tendrás que echarle valor. Tengo amigos entre los vencedores. No se te oculta que he comerciado con todos durante estos tres años mientras mi hermano y tú os dedicabais a ser puros con vuestros ideales.

Era la primera vez que Jimena notaba un reproche, un cierto resentimiento en las palabras de su cuñado, que, desde que ellos habían llegado a Madrid como pareja, les había apoyado en todo, frente a la frialdad de doña Elvira. Jimena y Ramón se llevaban menos años. Luis tenía cuatro más que su mujer, pero Ramón sólo dos. Ella nunca le había visto con una chica formal y Luis alguna vez le había contado que su hermano no quería compromisos y le había dado a entender que frecuentaba algunos prostíbulos, algo que a Jimena le producía cierto repelús, a sabiendas de que en Madrid esos prostíbulos muchas veces estaban ocupados por mujeres que habían sido o eran víctimas de aquella guerra. Ya fueran de uno u otro bando. Pero ella no tenía ni un reproche para él. Era verdad, se había ocupado de la parte más desagradable durante esos tres últimos

años. De mantener a flote el negocio del almacén de telas y paños, de controlar las fincas de Cercedilla, que intencionadamente habían caído en manos de unos vecinos del pueblo, republicanos pero amigos de la familia de los Masa. Y para colmo, les había asistido con el dinero del almacén sin abrir la boca. Así que esa mañana Jimena aguantó sin rechistar el toque resentido de su cuñado, porque intuyó que él sí que se había tenido que manchar las manos con los estraperlistas, sin mirar ideologías. Pero Luis y ella habían cogido el dinero. Sólo lo necesario para subsistir, sí, pero sabiendo de dónde venía.

Poco después, giraron desde la desembocadura de la calle Mayor, casi en la plaza de Oriente, y siguieron hablando. Ramón le contó que el desfile sería un despliegue aplastante, que Franco quería hacer un alarde ante Alemania e Italia, que pronto estarían en guerra con el resto de Europa. Ya a la puerta del almacén de Pontejos, Jimena abrió el portal y Ramón entró un momento en la tienda para charlar con sus empleados. Quedaron para la mañana siguiente.

El resto del día, Jimena lo pasó pensando en cómo reordenar su vida, mientras trasteaba en la casa, recogía y barría. Había intentado escuchar un rato la radio, pero no podía más con las soflamas. Había una parte de la charla con Ramón que la confundía. Su cuñado había dicho que Luis y ella se irían pronto de España y sintió miedo, mucho miedo. Por la tarde, cogió de nuevo su traje de chaqueta azul cobalto, con el que se había casado un año antes, y le sacó el dobladillo a la falda, hasta bien abajo. Previsora, ella y su madre habían guardado tela del primer recorte que le habían hecho hasta debajo de la rodilla. Ahora, Jimena aprovechó el dobladillo, lo deshizo y añadió el otro trozo, que había venido en su maleta del pueblo, aún sujeta con una cuerda en uno de los enormes armarios del dormitorio. Estaba a punto de dejarse arrastrar por la nostalgia, por el olor que aún desprendía la maleta a su hogar, a humo, a resina… pero no podía permitírselo.

Para tapar la costura nueva que alargaba la falda, Jimena aprovechó un trozo blanco del piqué que remataba la chaqueta y, en forma de pequeña jareta, lo utilizó para cubrir el costurón añadido. Satisfecha con la obra, se encaminó a la cocina y puso las planchas de hierro a calentar.

Mientras se dirigía al armario, a buscar un trapo blanco para poner encima del traje al pasar las planchas, se dio cuenta de que ya era de noche y encendió la radio. El sonido de la marcha militar se interrumpió para anunciar la intervención del periodista y escritor falangista, el «gran» Ernesto Giménez Caballero: «¡Pueblo de España…! Ya lo dijo el Caudillo: la guerra no ha terminado. La guerra sigue. Sigue en silencio: en frente blanco invisible. Y una guerra tan implacable como la que sufrieron hasta el 1 de abril nuestros cuerpos y nuestras vísceras. Es la misma guerra; son los mismos enemigos. Es la misma canalla, que no se resignará hasta su aplastamiento definitivo. Histórico». Jimena sintió frío, aunque las planchas ardían.

Una noche de finales de mayo, cuando la muchacha ya había soportado el primer Desfile de la Victoria del día 18 de mayo y había visto a Franco en persona, de lejos, subido a un estrado, vestido con el uniforme de capitán general —todo se lo explicó su cuñado—, camisa azul de los falangistas y boina roja de los requetés, ridículo, bajito, mequetrefe, la puerta del piso de la calle Pontejos se abrió de madrugada.

Como la última vez, saltó descalza de la cama y salió a buscar a su marido. No hubo palabras. Luis iba vestido de civil, con traje de chaqueta y una camisa nueva, sin duda proporcionado todo por su hermano. Volvía a parecer el joven de buena familia que había

conocido en el verano de El Paular. El pelo cortado a cepillo y bien afeitado. Estaba guapísimo, pensó Jimena mientras hundía su cara en el cuello de Luis y le mojaba con sus lágrimas.

—Debe de ser nuestro sino, mi vida. Cada vez que nos encontramos, algo se te cae de las manos, tus lágrimas me resbalan por el cuello, y yo quiero bebérmelas —le susurró al oído, ocultando su propia emoción mientras sujetaba la cabeza de Jimena contra su pecho y, con la otra mano, intentaba levantarla del suelo.

En silencio, sin comentarios, ni siquiera con esas frases de amor nunca gastadas entre los dos. Sólo dos pieles que se reconocían, dos cuerpos en silencio que se olían, se tocaban, se recorrían con una enorme parsimonia, sin las prisas de otras veces. Luis le acarició el pelo una y mil veces, besó sus párpados cerrados, la comisura de su boca, la garganta, el valle entre sus pechos. Y Jimena quería pararle para poder ella besarle a su vez en la nuca, en su cuello, en su espalda, recorrer con sus finos dedos aquellas cejas, los ojos, el perfil de la nariz, como si fuera una mujer ciega que tratara de grabar en las yemas de sus dedos, no sólo en su retina, la imagen de su hombre. Porque eso era Luis: su hombre, su amor, su vida, su compañero.

Fue la primera vez en un año largo de matrimonio que en el momento del gemido final de Luis, mucho tiempo después de haberse reconocido los cuerpos, Jimena no le dejó escapar. Cruzó sus piernas con fuerza sobre los riñones de él, sujetó las nalgas del hombre contra su pelvis con sus manos. Luis lanzó un último jadeo y un «estás loca, vida mía», pero ya era demasiado tarde.

—Necesito algo tuyo dentro de mí, porque ¿te vas, verdad? Para eso has venido.

Todavía encima, con las manos de ella en la espalda masculina y las de él sujetándole la cara, Jimena percibió que había dado en la diana. Luis tenía que irse solo. Nunca antes había sucedido desde que le conocía, pero ahora era él quien escondía su cabeza en el hueco del pecho de ella y comenzó a sollozar como un niño, como si hiciera muchos años que no lo hacía, abrazado a su cuerpo, empapando su estómago y su vientre con unas lágrimas que no sabía que aún podía verter después de todo lo que había visto en los tres últimos años de guerra.

Jimena le acarició el pelo, le susurró como a un bebé, le hizo sonreír cuando murmuró:

—Tus lágrimas son más calientes que las mías y creo que más gordas, mi amor.

Calmados los ánimos, él le explicó que tenía que cruzar a Francia. Pero él solo, porque así lo había establecido el partido, al final, el único capaz de organizar su salida y la de algún otro compañero. Las cosas que estaban pasando en Madrid y en provincias eran terribles. No quiso entrar en detalles con ella, pero le pidió que confiara en Ramón, su hermano.

—Tiene amistades en el nuevo Gobierno. Yo no sé cuándo podré volver, pero él sí que puede hacer algo por sacarte fuera. No te asustes si los primeros meses no aparezco. Es más, tengo que desaparecer, mi amor. Han cogido expedientes y documentación del partido que no dio tiempo a destruir por el golpe de Casado. Hasta ahora, me he salvado por los pelos. Han ido a buscarme hasta a casa de mi madre.

Y poco más quisieron hablar, salvo del mañana, del poco tiempo que transcurriría hasta que volvieran a verse.

—¿Cuántos días, cuántos meses piensas estar por allá?

Recitaba Jimena el romance del conde Sol que tantas veces le había contado en la cama, después de hacer el amor, igual que le había leído el de la loba parda, aquella que quería comerse a su padre en una noche de nieve. Mil veces sacados y releídos del viejo y pequeño romancero forrado de tela roja, de seda sobada que un día llegó a Madrid en la maleta de asa de hierro desde Rascafría. Desde entonces, dormía en el cajón de la mesilla.

Deja los meses, condesa, por años debes contar. Si a los tres años no vuelvo, ya puedes salirme a encontrar.

Luis cambió la última estrofa del romance, porque lo que tenía muy claro es que a él nadie le iba a dar por muerto. No pensaba dejarse matar.

Como la vez anterior, al amanecer, Luis le rogó que no se moviera de la cama. Quería recordarla allí. Se vistió ayudado por ella, pero después la obligó a meterse entre las sábanas y Jimena ocupó el hueco que había dejado Luis. Él subió las sábanas y la colcha hasta el cuello de ella, le besó los párpados y los labios, y se deslizó por el pasillo. Durante los siguientes años, en las situaciones más brutales de la vida que le iba a tocar vivir, Jimena nunca olvidaría ni el calor de los labios de Luis en sus ojos ni el suave clic del pestillo de la puerta al cerrarse aquella mañana de finales de la primavera de 1939, en un piso de la calle Pontejos, en el corazón del viejo Madrid.

Cuando dos días después estuvo en condiciones de ponerse en pie, de recomponer su cara y su palidez con los polvos de arroz que Ramón le había traído con un sencillo mensaje de «todo ha salido bien», lo cual significaba que su marido estaba a salvo, Jimena puso la radio. Celia Gámez cantaba *Ya hemos pasao*. La nieta de la Justa, la hija de la Carmen y del Lorito, la mujer de Luis Masa se juró en ese momento que por ella no, por ella no habían pasado ni iban a pasar jamás.

Lo primero que hizo Ramón fue conseguirle una cartilla de racionamiento. La llevó una mañana a su despacho, también en plena Puerta del Sol, pero en la esquina de la Carrera de San Jerónimo, la sentó frente a su mesa y se dispuso a hacer unas llamadas. Cada conversación que su cuñado iniciaba por el teléfono negro de baquelita arrancaba con un «¡Arriba España! ¡Viva Franco! Buenos días, fulano, soy Ramón Masa. Sí, sí estoy bien. Doña Elvira también, gracias a Dios. Oye, necesito una cartilla de racionamiento para un familiar mío. No, no. Familia política de mi padre. Sí, es una mujer. Jimena Bartolomé Morera. Sí, ha estado escondida, la pobre, ya sabes, en estos tiempos… Está en Madrid. Sí, sí. Se aloja con mi madre y conmigo. Gracias, fulano. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!». Clic del teléfono.

Jimena miraba a su cuñado perpleja. Toda aquella parafernalia le producía cierta mezcla de irritación y comicidad. Se reía de su cuñado, que la miraba sonriente a su vez.

—¿Te parezco ridículo? Yo también me lo parezco, pero soy un tipo pragmático. En dos días tienes que ir a recoger la cartilla. Ponte guapa, como tú sabes. Y hazte un «¡Arriba España!» en la cabeza.

Jimena arqueó las cejas. No entendía a Ramón.

—¿Cómo se hace un «¡Arriba España!» en la cabeza?

Su cuñado se carcajeó con ganas.

—Como no lees los periódicos del régimen ni te buscas amigas de las nuevas, no te enteras. Ese peinado que ves a todas por la calle, cardado hacia arriba, como si llevarais un arbusto bien podado en la cabeza, ese que os hace más altas, se llama «¡Arriba España!». Así que vete a la peluquería y pide un «¡Arriba España!» antes de pasarte a por la cartilla. Ah, Jimena —y esta vez la risa de su cuñado había desaparecido—, tienes que trasladarte a vivir con mi madre y conmigo. Ayer fueron dos policías de la secreta a buscar a Luis a Pontejos. Entraron en el almacén. Saben perfectamente que vivíais allí. Ya me he encargado del asunto, pero no puedo protegerte de los falangistas.

A la chica se le cortó la respiración. Durante unos segundos se quedó muda. Se había levantado y recogía el bolso tras la explicación de su cuñado sobre el peinado, pero el «ah» final y la noticia de que tenía que compartir piso con su suegra, a la que había visto una vez en la vida y de refilón, salvo aquel lejano verano cuando conoció a Luis y a Ramón y casi ni se fijó en la madre recién enviudada, había paralizado sus movimientos. Se acordó del desprecio de aquella tarde de recién casada, cuando acompañó a Luis, y en la que su marido ni la dejó entrar en la sala, tras cruzar unas palabras airadas con su madre. No creía que pudiera soportarlo.

Se había convertido en estatua de sal y su cuñado, a su espalda, lo adivinó.

—Jimena, es por tu seguridad. He hablado con Vicenta, la criada de toda la vida. Es como nuestra segunda madre y tiene debilidad por Luis. Te ha preparado su cuarto, que está hasta con sus cosas de pequeño. Te acompañará. En cuanto a mi madre, ni siquiera tendréis que veros.

Silencio. Jimena siguió clavada en el centro de la estancia, medio inclinada sobre su bolso. Su imagen le resultaba irreal a su cuñado, que no quería parar en su monólogo. No podía, porque sabía que si paraba, ella notaría la incredulidad de él en sus propias palabras.

—El piso es enorme. Le he dicho a Vicenta que estaba seguro de que preferías comer con ella en la cocina. No por ofenderte, sino porque te resultará más cómodo. Y también, la verdad, porque mi madre no quiere cruzarse contigo, así que estáis en la misma situación. No me lo pongas más difícil. Estoy en el medio y lo que sí que sé es que no puedes quedarte en Pontejos. Con la cartilla, ni tendrás que pedir nada a mi madre. He jurado a mi hermano que me ocuparía de ti, y te prometo que así lo haré, quieras o no. Mañana te recojo en el almacén, antes de que abran. Entra por la puerta de atrás, que nos vamos a Don Ramón de la Cruz. Salamanca es el barrio más seguro de Madrid y los falangistas no te van a buscar ahí.

12

Las cinco semanas que estuvo en Don Ramón de la Cruz quedaron como una extraña nebulosa en la mente de Jimena. No veía a su suegra, pero sí la sentía. Y a sus amigas, que acudían los miércoles por la tarde a tomar el té. Todas señoras con peinado «¡Arriba España!» y peineta para ir a misa los domingos, a los Jerónimos, según le contaba Vicenta, su único y mejor apoyo en aquel tiempo oscuro.

Con desenfado, su suegra había recuperado su vida de antes de la guerra. Cuando doña Elvira salía a última hora de la mañana a tomar el aperitivo en Embassy, Jimena ya había ido a la compra con Vicenta, le ayudaba en la cocina y, aprovechando que la dueña no estaba, echaba una mano a la vieja criada también para cambiar a la abuela, un vegetal que ni sentía ni oía, pero a la que había que mover, sentar en un sillón para que no se le llagara el cuerpo y cambiar las ropas de la cama todos los días.

Ramón se irritaba si pillaba a Jimena trabajando como si formara parte del servicio. Una tarde que doña Elvira había salido a echar la partida de *bridge* y Ramón regresó antes de tiempo, la encontró en la cocina, quitando las vainas de las judías verdes —un lujo aún en Madrid, pero que ella y Vicenta habían conseguido a través del portero—. Ramón, sin mediar palabra, le quitó el cuchillo y la judía de las manos, la cogió del brazo y la llevó a la salita, que Jimena ni siquiera pisaba para ayudar a limpiar. Doña Elvira se le hacía muy cuesta arriba en todo. Incluso con su ausencia en la sala.

—Eres la mujer de mi hermano, Jimena. No una criada. Te prohíbo que ayudes a Vicenta. Si mi madre no quiere verte o tú a ella, me parece muy bien. Vete al salón verde o a la biblioteca, pero no quiero ver más esas manos sucias, pelando judías o patatas.

Por más que Jimena le explicó que necesitaba tener las manos y la cabeza ocupadas, que prefería ayudar a Vicenta, Ramón se negó. Ambos se pusieron en pie al mismo tiempo, dando la conversación por terminada. Sus cabezas chocaron, y Ramón, en un impulso que no se perdonaría en la vida, se delató ante sí mismo y ante su cuñada cuando, sin poder contenerse, se inclinó a besarla. Ella torció la cara en un gesto instintivo y el muchacho, porque en ese momento sólo era un muchacho azorado, salió de la sala con un precipitado: «Perdona. ¡Por Dios, perdóname!».

Dos semanas después, Vicenta comunicó a Jimena que el señorito Ramón había alquilado otro piso, bonito y señorial, en la calle Ayala, muy cerca.

—Para mí, señorita Jimena, que don Ramón tiene una mantenida y no quiere que doña Elvira se huela nada.

Jimena calló. Para entonces, finales de junio, su suegra estaba en la sierra, en una de sus fincas de Cercedilla, que era ahora su lugar de veraneo, y ella tenía otras preocupaciones en la cabeza: si en una semana no tenía la menstruación, sería su primera falta. No le importaba. Era

su hijo y el de Luis, una muestra de su amor, de que por más que el mundo quisiera, nada podría separarlos.

Doña Elvira envió recado a Vicenta. Hacía calor y pensaba quedarse en Cercedilla todo el verano, como algunas de sus amigas, para recordar y retomar los largos veranos de antes de la contienda. Para Jimena fue un alivio. Precisamente en esa primera semana de julio, después de varios días pasando sólo de visita a ver cómo funcionaba todo, Ramón se había presentado en la casa a media tarde con noticias de Europa. Según su cuñado, la guerra era inminente, porque a Hitler no había quien lo parara. Aquella tarde, en un aparte en la cocina, cuando Ramón pasó a dejarle el dinero a Vicenta para las necesidades de la semana, la vieja fámula le dio la noticia:

—Señorito, no sé si eso es bueno o malo en estos momentos, pero siempre es una bendición de Dios.

—¿De qué hablas, Vicenta?

—¿No se lo ha dicho la señorita Jimena? A mí tampoco, pero no hace falta. Está embarazada. Seguro. Tiene arcadas y no sujeta nada en el estómago desde hace unos días. Señorito, o mucho me equivoco, y de esto sé algo, o va usted a ser tío.

Ramón salió dando tumbos del piso. No pudo despedirse de su cuñada. Una mezcla encontrada de sentimientos, de ternura, de miedo, de vergüenza, de responsabilidad le invadía. Y lo peor era que no sabía dónde encontrar a Luis. Ni siquiera si sería conveniente informarle. Que había cruzado los Pirineos era seguro. Pero la única señal que obtuvo del hecho fue mediante una nota que le dejaron en el buzón, escrita a máquina, en un sobre y con un simple «todo en orden». Tenía que hablar con Jimena. Tenían que organizarse más allá de lo que dijera su madre. Su madre. De pronto, por el rostro de Ramón pasó una sombra cuando pensó en su madre y su reacción el día que le dijera que iba a ser abuela. Pero antes tendría que confirmárselo Jimena.

No hubo oportunidad. Una semana después, y antes de que volviera doña Elvira, se presentaron tres falangistas con correajes en Don Ramón de la Cruz pasadas las doce de la noche. El sereno les había abierto la puerta y Vicenta, ingenua cuando oyó que venían de parte de doña Elvira, también. Sacaron a Jimena de la cama, le dieron sólo el tiempo necesario para cambiarse mientras esperaban en la sala ante una Vicenta horrorizada, que no entendía nada, y la bajaron por las escaleras. La criada sólo tuvo tiempo de ver el coche que arrancaba mientras lanzaban a la muchacha sobre el asiento de atrás con modales bruscos. Durante unos segundos, dudó entre dejar o no a la abuela sola.

Esperó un rato, se echó una rebeca a los hombros y salió corriendo por la calle Velázquez, hasta el piso de Ayala donde vivía el señorito Ramón.

Sus palmadas parecían no tener eco para el sereno, que tardó en abrirle, pese a la fuerza con que la vieja criada gritaba el recién instaurado «¡Sereno, ave María Purísima!». Por fin, oyó la respuesta y las llaves: «Ave María Purísima, las doce y sereno».

Vicenta subió las escaleras hasta el segundo piso. Llegó sin resuello. Eran cerca de las dos de la madrugada y aporreó el timbre. Ramón apareció, embutido en su batín, mesándose el pelo tras abrir la mirilla, y asustado al reconocer a Vicenta.

—¿Qué pasa? ¿La señorita Jimena se ha puesto enferma?

—No, señor. Se la acaban de llevar los falangistas. Perdóneme. Les he abierto porque han dicho que si estaba doña Elvira y que venían de parte de ella. No sé, señor, pero la han metido en un coche con muy malos modos.

Disparado, Ramón regresó a su dormitorio. Sus manos temblaban mientras intentaba abrocharse los pantalones. De pronto, como una ráfaga, una idea pasó por su cabeza.

—Vicenta —llamó—, ¿le comentaste a mi madre que iba a ser abuela?

Desde el vestíbulo, Ramón pudo percibir el silencio aterrado de la criada. Después, la respuesta.

—Señorito, la semana pasada, cuando la Juana volvía a Cercedilla con sus señores, ya sabe, los amigos de su madre, sí, sí que se lo dije. Pero doña Elvira no sería capaz…

—Cállate, Vicenta. Y vuelve a casa con la abuela.

Durante las tres semanas siguientes, Ramón movió cielo y tierra por todo Madrid. Levantó a sus amistades, visitó hasta los despachos de alguno de los ministros del nuevo Gobierno, elegido en agosto, entre los que tenía amigos. Todo en vano. A su cuñada se la había tragado la tierra o, como él temía, una de esas comisarías siniestras que tenían los falangistas. Funcionaban las checas del partido del mártir José Antonio Primo de Rivera, pero en secreto, a veces en colaboración con la policía secreta, obsesionada con el comunismo y la masonería.

Ramón sabía que se preparaba un tribunal especial contra la masonería y el comunismo al que pronto se daría forma legal. Allí se llevaban a supuestos masones, ilustres sospechosos, viejos amigos de su padre, y no quería escuchar más. Tenía mucho de qué ocuparse, entre otras cosas de las preguntas que todos los días le llegaban sobre el paradero de su hermano. Recados de amigos bien situados en el régimen sobre lo conveniente que sería que Luis apareciera y se integrara en el nuevo sistema. Todo le sería perdonado con un poco de colaboración. Ramón no sabía dónde estaba su hermano, pero lo que sí sabía era que nunca colaboraría.

Como autodefensa, también hacía oídos sordos y vista ciega a lo que veía entrar y salir del Ministerio de Gobernación, la antigua Casa de Correos, desde cuyo balcón, tan lejano como hacía ocho años, se proclamó la República.

Daba igual que su cuñada estuviera en manos de falangistas o secretas. O de una combinación de ambos. En aquellos días, los ánimos estaban exaltados tras la declaración de guerra de los aliados contra Alemania. Los falangistas querían parecerse a las firmes, brillantes y negras SS. La brigada de lo político-social estaba encantada de emular a la Gestapo. Alemania y su Führer eran tan admirados como el propio Franco.

13

No le hicieron falta explicaciones. Durante el año que había vivido en la casa de Pontejos, con Luis o sola, había tenido demasiado tiempo para observar aquella entrada lateral que se veía desde el balcón del salón. El método empleado con ella fue el mismo que tantas veces había observado con los coches de los milicianos y, en los últimos meses, con los falangistas o los policías de la secreta, que ahora habían recuperado el sombrero y la gabardina, al estilo de alguna película americana de cine negro que había visto con Ramón, en ese intento de llevar una vida normal que le habían impuesto su cuñado y su marido.

Durante el trayecto nocturno, nada más tirarla en el asiento de atrás del coche negro —no había podido ver la marca, ni entendía de marcas, pensaría luego—, desde Don Ramón de la Cruz hasta la Puerta del Sol, empotrada entre los dos hombres, Jimena no abrió la boca. Tampoco oyó mucho, sólo el comentario que inició el más joven y que cortó inmediatamente el que estaba sentado a su izquierda.

—Así que los señoritos rojos se enrollaban con paletas de pueblo y luego dejaban el muerto a sus santas madres. ¿Creías que por estar aquí no te íbamos a pillar?

—Cállate, imbécil. Esto es distinto y hay que hacerlo con discreción. No se preocupe, no le haga caso. Pronto volverá usted con su suegra. Son unas sencillas diligencias sobre su marido.

Pero las palabras del que parecía mandar en aquella manada de tan sólo tres lobos no hicieron sino intranquilizarla aún más.

No recordaba en qué momento se encontró en una celda de los sótanos, con otras dos mujeres tiradas en el suelo. Ambas eran jóvenes, tenían la cara morada de golpes, pero, sobre todo, una de ellas estaba destrozada.

Recostada en la pared, aún con sus zapatos de cordones y sin calcetines, con su trajecito azul cobalto, a la luz amarillenta de la bombilla que colgaba del cable trenzado, Jimena observó horrorizada las manos de la chica.

Tenía las palmas vueltas hacia arriba y sus dedos estaban abrasados y en carne viva. Las venas de sus muñecas eran una llaga.

Sin mediar palabra, las dos mujeres la observaron desde el suelo, y Jimena se fue resbalando muy despacito, recostada en la pared, hasta el cemento.

—¿Quién os ha hecho eso?

La más menuda y herida sonrió sin ganas. Una mueca en una cara destrozada, con los pómulos morados y abiertos, restos de sangre resecos.

—¿Eres nueva o te mandan a espiarnos?, —oyó Jimena que susurraba. Y ya no pudo escuchar lo que iba a añadir la otra chica, de pelo rapado a conciencia, tan a conciencia que la máquina le había dejado una enorme cicatriz por encima de la oreja derecha, cerca de la mejilla.

El grito que se oyó desde otro lugar de los sótanos taladró la puerta y los oídos de las tres muchachas, que, instintivamente, se llevaron las manos a las orejas. Pero todo fue en vano. Un

hombre lanzaba berridos animales, salvajes, hasta desfallecer.

Desde otro lugar se oían otras voces gritando: «¡Hijos de puta! ¡Asesinos! ¡Cabrones! Dejadlo ya».

Aquella noche Jimena supo lo que eran los sótanos de Gobernación, que la compañera destrozada se llamaba Petra Cuevas, que las heridas en los dedos y en las muñecas provenían de las corrientes eléctricas que, con toda seguridad, estaban poniendo a los hombres y las mujeres que estaban gritando hasta desmayarse, hasta oír los cuerpos arrastrados por los pasillos para arrojarlos a otras celdas como la que ocupaban las tres chicas. Que el extraño olor, además de a humanidad, que había en aquella celda era de la ropa de Petra, que olía a gasolina, porque cada vez que le aplicaban las corrientes, le empapaban las manos en gasolina para que el voltaje fuese más fuerte. Petra, como si Jimena tuviese que saber el nombre de aquel tipo, dijo que uno de los que había encargado que le pusieran los cables eléctricos sobre las heridas de días anteriores lo llamaban el carnicerito.

La otra muchacha no habló. Sólo dijo que se llamaba Aurora y que era de un pueblo de Badajoz. Era evidente que no se fiaban de Jimena y Petra se lo dijo.

—Si les vas a ver pronto, diles de mi parte que van de culo. Espero que hoy me dejen en paz gracias a tu llegada. Pero ya ves, esto es todo lo que sé.

Aurora se limitó a preguntar a Jimena si llevaba enagua debajo del traje. Llevaba días intentando vendar a Petra las heridas. Sí, Jimena llevaba una combinación de tela batista, de cintura hacia abajo. Había sido un regalo de Vicenta. Se la quitó, para empezar a rasgarla con premura en tiras e intentar tapar aquellos dedos y aquellas manos que, por un momento, estuvieron a punto de hacer que la chica de Rascafría perdiera el conocimiento.

Luego, el silencio cayó sobre la celda, siempre roto por los gritos, los golpes, las carcajadas, que arreciaron entre las tres y las cinco de la mañana. Las manos sobre los oídos no servían de nada. Y en un momento de extraño silencio, Jimena vio cómo Aurora se escondía en el rincón más oscuro de la celda y cómo por los ojos de Petra resbalaban las lágrimas, pero sólo murmuraba un «hijos de puta».

Con segundos o minutos de retraso, al oír el grito horrible de una mujer, pero esta vez de dolor y rabia, y las carcajadas y obscenidades de alguno de los hombres, Jimena comprendió que estaban violando a una chica. E instintivamente, con las manos sobre su vientre, pensando en su hijo, se retiró a la otra esquina oscura de la celda.

Nunca supo cuánto tiempo transcurrió hasta que el sol entró por la ventana de la celda, que seguramente daba a una de las calles que ella conocía tan bien y donde había vivido con Luis. Luis, ¿dónde estaría? Ni siquiera podía decirle que esperaban un hijo.

Durante los diez días que estuvo en Gobernación aprendió a ansiar la luz del día y a temer la noche, las madrugadas siniestras. Aconsejada por Petra, supo cómo utilizar los viajes al cuarto de baño, pero tuvieron que pasar más de cuarenta y ocho horas para que la rebelde y joven sindicalista de Orgaz, dirigente del Sindicato de la Aguja, confiara un poco en ella. No le dio tiempo a entablar ninguna relación con Aurora, porque la sacaron a los tres días para un interrogatorio y ya no volvió. De ella, Petra sólo dijo que era de la CNT, pero que la habían detenido porque no encontraban ni a su padre ni a su hermano.

Su primer interrogatorio fue de día, algo seguro y mejor para ella, según Petra. La subieron a las oficinas y la sentaron ante un policía de corbata y traje gris, con bigotito fino y buenos

modales.

—¿Qué? ¿Le ha contado algo la zorra de esa comunista con la que está usted? ¿Y la otra? No se preocupe, usted no terminará así. Sólo tiene que decirnos dónde está su marido, para que lo sepa doña Elvira, y se puede ir por esa puerta.

El instinto de la loba parda se instaló en la joven nada más oír el nombre de su suegra y las preguntas sobre su marido y su compañera de celda. Lo primero que pensó Jimena era si aquel tipo sabría que estaba embarazada. En principio no, porque su suegra no lo sabía y a ella aún no se le notaba. Había adelgazado tanto que su trajecito de chaqueta le sobraba en un par de tallas.

Lo segundo que no podía consentir era que la golpearan. Por ella y por el hijo que llevaba en las entrañas, y eso no sabía cómo iba a lograrlo, porque no tenía nada que ofrecer a aquellos hombres. Ni sabía dónde estaba su marido, ni sus compañeras le habían dicho nada que sirviera. Una lucidez extraña se instaló en su cabeza. Sus manos dejaron de temblar cuando comprendió, además, que aunque supiera dónde estaba Luis y aunque sus compañeras le hubieran contado algo que resultara de valor para aquella gentuza, no hablaría. Asimiló pronto que se arriesgaba a terminar como Petra, o como los otros pobres que había oído durante esas noches, pero también recordó que era astuta, hija de campesinos apegados a la tierra y que sabían escuchar sin marcarse. Durante un segundo entornó los párpados para entrever los rostros de sus padres y de su abuela, y la voz de su madre: «Recuerda siempre que eres clara como el agua de los ríos del valle», y la voz de Luis: «Tú eres la roca, Jimena». Eso sería. A veces roca, a veces agua.

—Perdone, señor comisario. Mi cuñado, Ramón Masa, me debe de estar buscando ya. Supongo que, efectivamente, pronto podré salir de aquí. No sé dónde está mi marido, como seguro que ustedes saben. Desapareció hace meses. Me abandonó y mi cuñado me recogió para llevarme a casa de mi suegra.

—Sí, sí. Eso ya lo sé. Y, efectivamente, su cuñado ya la está buscando. Incluso ha pasado por aquí, pero nadie le ha dicho que usted estaba porque como esto es una visita cordial, no ha habido necesidad de violentarle y que llame a sus amistades. En cuanto a su suegra, no sé si doña Elvira está muy convencida de que usted es su nuera. No ha pasado usted por la Iglesia, señorita Bartolomé, y no señora Masa. Como usted sabe, en el nuevo estado nacional católico, en nuestra santa patria, ésta del Movimiento Nacional, usted no deja de ser una puta mientras su marido no aparezca y se casen. Son cosas, ya ve, de chicos que no debieron torcer el camino —dijo socarronamente aquel tipo que a la primera había captado que la chica no era tonta y había que dejarle claro que él era más listo.

No la tocaron, pero Jimena se percató de que el hombre que estaba sentado tras la máquina de escribir no tecleó ni una frase. Aquello no era una declaración, como le aclaró después Petra, porque cuando la devolvieron a la celda, explicó todo lo sucedido a su compañera, excepto que estaba embarazada. Sí, la habían metido con ellas en la celda para que fuera una chivata, aprovechándose de su supuesta ingenuidad.

—Creen que somos idiotas por ser mujeres —comentó Petra—. Escucha, si tu marido es del Partido, mantente en que no sabes nada. Es probable que esta tarde nos devuelvan con las otras compañeras a los calabozos. Estamos en la zona de los archivos. Nos trajeron aquí para ver si tú cantabas algo.

Tal y como Petra había previsto, después del tazón de caldo de agua sucia, que se suponía que era comida, las devolvieron a la zona de calabozos. El horror de Jimena no tuvo parangón.

Allí había más mujeres torturadas, rapadas, maltrechas, de todas las edades y con las puertas de algunos calabozos entreabiertas, porque muchas aprovechaban la petición para el retrete como sistema de comunicación. Dejaban una nota diminuta que nadie sabía nunca de dónde había salido en origen y podían comunicarse quién había caído, quién había cantado en los interrogatorios y quién había muerto por los excesos de una paliza.

Por primera vez en su vida, descubrió los piojos, las chinches y las paredes manchadas de sangre. Mujeres llenas de golpes, de costras, sin paños para cambiarse si tenían la menstruación, motivo de ascos o de carcajadas por parte de los interrogadores cuando comenzaba la fiesta de cada madrugada.

Al cuarto día de estar allí se volvieron a llevar a Petra una madrugada. La oyeron gritar y después la devolvieron rota, esta vez de la espalda. Aquella noche, Petra no abrió la boca. Ni al día siguiente.

Mientras, Jimena repitió durante los primeros días, por la mañana temprano, la misma escena con el comisario. Mantenía que no sabía dónde estaba Luis y que su compañera en los calabozos no confiaba en ella. Por fin, un día, aquel tipo atildado, lleno de gomina y que repasaba sus uñas con un cortapapeles, igual que en las películas, la sentenció:

—Señorita Bartolomé…

—Perdone, comisario, señora Masa…

Las carcajadas del comisario fueron más estentóreas.

—Le enseñan a usted deprisa ahí abajo. Señorita Bartolomé, me temo que va a tener usted que aprender mucho de las mujeres que tan bien la aconsejan. Yo lo he intentado todo por su suegra, pero ya veo que con usted es imposible.

Petra rompió su silencio cuando Jimena le explicó la última entrevista.

—Prepárate para esta noche. Te van a llamar para que cantes.

Y la chica de Orgaz le explicó algunas cosas, tales como soportar el dolor pensando en los suyos u odiando con mucha fuerza a aquellos hijos de puta a los que no les iba a dar el placer de cantar. También le contó por qué había gritado.

—Un tipo me ha puesto bocabajo, sin bragas, ante Arias y eso me ha salvado. Ha dicho que le da asco la carne de las rojas. Pero sé que hay un guardia de la armada, se llama Domingo, que me la tiene jurada. Tú grita, como he hecho yo. Y las compañeras te ayudaremos como sea.

Estaba aterrada. Había visto y oído de todo en aquellos días. Incluso ya le habían contado la historia de Paz Azzati, la valenciana a la que habían aplicado corrientes hasta en los pechos; y también la de la madre de dos milicianos que no aparecían, a la cual le habían puesto los cables en la vagina. Algunas decían que eran preferibles las corrientes, que te podían dejar inconsciente y te sacaban, a las palizas, en las que te partían los huesos de las manos uno a uno. O las piernas, o los brazos. Jimena ya había visto a un chico que era de las JSU, de la agrupación de Cuatro Caminos, según las mujeres, al que tenían en una camilla durante el día, bajo el hueco de la escalera, para sacarle por la noche, quitarle los vendajes que le había hecho el médico y volver a empezar. Creían que pronto moriría, y era lo mejor que le podían desear.

La primera noche la amenazaron con las corrientes, después de haberle cruzado la cara a bofetadas mientras estaba sentada en una silla. A cada pregunta respondía:

—No sé dónde está mi marido. —La hostia, como decían ellos, la enviaba directamente al suelo, de donde la volvían a recoger y a sentar.

—Zorra, no es tu marido. Eso es lo que tú quisieras. Es un señorito de mierda, un traidor, que se hizo rojo por señoritingo. ¿Quién le ha ayudado a escapar? Sabemos que ya está en Francia. ¿Cómo te comunicas con él?

Era la primera vez desde aquella madrugada en la que engendraron a su hijo que Jimena tenía la confirmación de que Luis estaba en Francia. Ramón sólo le había dicho que estaba a salvo, pero podía ser en Portugal, en Italia, en América. Ramón tampoco lo sabía, según le había confesado.

Acabaron con la tanda de golpes, en cuyo proceso Jimena aprendió que lo mejor era no contestar. Le aplicarían las corrientes en aquella habitación casi pelada de muebles, que apenas contaba con unas sillas, unos cables y unas barras. Las paredes estaban pintadas con manchas de sangre de distinto tono: rojo más fresco, más marrón y oscuras otras. En el suelo era más difícil distinguir las tonalidades, porque era de una especie de piedra porosa. La consciencia embotada le daba para pensamientos absurdos.

«Parece de calizo, como el fondo del río del pueblo por las zorraquinas. ¿Será sangre de Petra, o de Aurora, o de Paz? ¿O del chico que murió ayer? Cuánta sangre de tantos, ¿y por qué, madre?».

Se entretenía en hilvanar esas ideas mientras seguían las preguntas y las bofetadas. Pero el recuerdo de su madre la devolvió a la realidad. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No podía darle el gusto a aquella gentuza. Ni por asomo, nadie, nadie de su familia, debía nunca enterarse de todo eso. Su padre se moriría, saldría de esa modorra de la que le acusaba su madre, vendría con la vieja escopeta. Y su pobre madre, tan dura, con un hijo muerto y quizá también ella estaría desaparecida o muerta pronto. Se quedaría sin saber que su hija estaba casada y embarazada. Con un enorme esfuerzo de voluntad, pasó a concentrarse en el dolor, como le había enseñado Petra.

«No me puede doler más, sí, me puede, pero no importa…».

Oyó una voz:

—No se te ocurra. Le dejarán marcas y el cuñado anda como loco buscándola. Tiene señoritos poderosos arriba, ya sabes, de los burócratas, en el mismo Gobierno. Mejor otro método que las corrientes.

Y el otro método, que para Jimena fue un alivio pensando en que la iban a violar, fue dislocarle primero la muñeca derecha y después el hombro izquierdo. Bajó a los calabozos hecha un guiñapo, pero, como decía Petra, pensando en que más les habían hecho a otros. Allí, unas mujeres que conocía tan sólo desde hacía unos días la rodearon. Rápidamente examinaron los destrozos. Una de ellas, que era enfermera y había conocido a Luis Masa en el hospital de Maudes durante los meses que había ido a curarse, le colocó el hombro dislocado y la muñeca. Jimena ni siquiera gritó. Le habían metido en la boca unas vendas que Petra se había quitado para que las mordiera. Las vendas que habían hecho unos días antes con su enagua. Parecían haber transcurrido siglos, pero estaba segura de que su hijo seguía en su vientre y vivo.

14

A principios de verano de 1939, la cárcel de Ventas era el averno, un horno maloliente donde miles de mujeres se hacinaban en lo que un día fue una prisión modelo, ideada por Victoria Kent para que las presas pudieran estar en la cárcel con sus hijos, tratadas como personas y no como animales. Tenía grandes ventanales, setenta y cinco dormitorios individuales, cuarenta y cinco cuartos de baño, enfermería con calefacción, salón de actos, biblioteca y un departamento en la parte alta del edificio con mucha luz para las madres reclusas con hijos.

Tres meses después de que finalizara la guerra, allí había más de cinco mil mujeres, llenas de piojos, sucias, con sarna, y niños enfermos y desnutridos que morían cada día como moscas. Llegarían a ser once mil. Unas, sabiendo por qué estaban allí. Otras, sin la menor idea. Porque cuando los vencedores fueron a buscar al padre, al hermano, al novio republicano, y no estaba, se las llevaron a ellas.

Jimena fue a parar a la galería tercera izquierda, a una celda, la número siete, donde había más de una docena de mujeres en un espacio pensado para dos personas. Tras el estado de *shock* inicial y escuchar cómo las puertas se iban cerrando a sus espaldas, poco a poco fue ubicándose en aquel mar humano donde reinaban la tristeza, el miedo y el desconcierto.

En aquella galería, Jimena conoció a Trini Gallego, comunista, enfermera y comadrona que estaba presa con su madre y su abuela. Con ellas vivió su primer amanecer en Ventas. Brutal. Como el de todas sus compañeras. Cuando la luz de las estrellas se entibiaba por la amenaza del sol, lentamente, la docena de mujeres amontonadas en aquella celda se incorporaban en silencio.

Los cuerpos se apoyaban unos en otros; las que estaban contra la pared ayudaban a sujetar a las del centro. Un roce de ropas silenciosas, de humanidad sudada, de respiraciones entrecortadas o ansiosas se extendía por aquel lugar donde olía a muerte.

—Esta noche creo que no se ha abierto ninguna celda —murmuró Trini Mora, la octogenaria abuela de Trini Gallego.

El ruido acalló sus palabras. Uno tras otro se oyeron los fusiles que disparaban en las tapias del cercano Cementerio del Este. Como los gritos de los torturados en Gobernación, las ráfagas de balas provocaban en las mujeres un dolor que a muchas les hacía doblarse, sujetándose el estómago; otras lloraban mientras contaban los tiros de gracia y otras, destrozadas e iracundas, soltaban su rabia insultando a «los bestias, los asesinos», a quienes no les bastaba con haber ganado la guerra. Seguían sedientos de sangre.

Cuando Jimena salió poco a poco de aquel estado de espanto y comprendió la enormidad del terror, posó sus ojos en la mujer que tenía al lado, la vieja de ochenta y siete años que había comentado lo de la apertura de celdas. Se giró muy despacio, y con la voz estrangulada, como temiendo una respuesta que pudiera llevar a aquella joven al mismo paredón de donde acababan de oír los tiros, Jimena preguntó a la enfermera:

—Trini, ¿vosotras por qué estáis aquí?

15

Hacía calor aquel 12 de abril de 1939 en Madrid. Al menos, eso es lo que sentía Trini en el cuchitril que correspondía a la portería de la finca del marqués de Santo Domingo, sita en Marqués de Villamagna, 6. Su casa desde que nació, desde que su abuela, la lavandera Trinidad Mora, natural de Cogolludo, pobre, viuda y con dos hijas, conquistó por méritos propios el modesto castillo que fue hogar de tres mujeres y media: Trinidad Mora, sus hijas Petra y Basilisa, y su nieta, Trini Gallego. La media mujer correspondía a Basilisa, que servía en casa de unos señores y pasaba los veranos en sus fincas, en Santander.

Cuando Trini oyó llamar a la puerta aquella mañana, se le encogió el estómago. Sólo por el tono de los golpes, intuyó que algo iba a suceder. Habían pasado poco más de quince días desde que las tropas fascistas entraran en Madrid y el cirujano jefe del hospital donde Trini había pasado el último mes en sus tareas de enfermera les anunciara que se había firmado un acuerdo. La guerra había terminado, como rezaba el parte de Franco leído once días antes por la radio. Les mandaron a cada uno a su casa. «Franco ha dicho que los que no tengan delitos de sangre no tienen nada que temer. ¡Suerte!».

La enfermera Gallego no sabía cuánta suerte iba a necesitar en la próxima década, ni cuán falsos eran los anuncios del nuevo régimen sobre el perdón, pero tomó el autobús de vuelta a Madrid con las piernas pesadas como el plomo, como si aquel trayecto hasta la portería de su abuela significara desandar todo lo que había andado en los últimos cuatro años, desde que en 1935 entrara en el PCE.

Mientras los golpes atronaban la humilde puerta del cuchitril, la comadrona Gallego tuvo tiempo de respirar hondo, sujetar por el brazo a su abuela, para ir ella hacia el hueco y abrir, mientras recordaba el «¡No pasarán!». Sí, habían pasado y ahora estaban en su puerta.

Trini no había salido mucho las dos últimas semanas. Algún vecino de buena voluntad, aunque en la casa eran de mayoría fascista, le había advertido que tuviera cuidado con otros inquilinos. El chivatazo era el pan nuestro de cada día, la hora de tomar venganza.

Por fin, un día se atrevió a salir. Cruzó a por el pan y a buscar un poco de achicoria. Al primer vistazo, su mirada atrapó los cambios nada sutiles ocurridos durante las semanas que había estado encerrada desde que había regresado del hospital. El barrio de Salamanca había permanecido bastante a salvo de los bombardeos. Su aspecto era muy diferente del que presentaban las zonas de alrededor del Clínico, adonde Trini había acudido el 19 de julio de 1936, enviada por el partido, y de donde había regresado tres años después. Tan lejos y tan cerca en la misma capital. Sólo en media docena de ocasiones había escapado del olor de los enfermos para visitar a su madre y a su abuela por la noche.

Mientras atravesaba la calle recordaba aquel día de julio, recién conocido el alzamiento de los militares, cuando partió hacia el hospital con otras camaradas. El coche que las transportaba llevaba un colchón en el techo para protegerlas de las balas y las bombas. En la capital, los

milicianos buscaban enfermeras de quirófano y profesionales que supieran hacer una transfusión de sangre a los heridos que llegaban del Cuartel de la Montaña, por eso una camarada fue muy temprano a buscarla. Nada más llegar crearon un banco de sangre con la gente que tenía carnés de militante de algún partido o del sindicato del Frente Popular. De algunos médicos no se fiaban.

Fueron días tan intensos que Trini perdió la noción del tiempo. Trabajaba día y noche con otras compañeras, en sustitución de las monjas, que no se quedaban en las horas nocturnas por miedo a los rojos.

Trini sólo salía del Clínico para asistir a alguna reunión del partido o encontrarse a hurtadillas con Antonio, un médico del que se había enamorado perdidamente en aquel ambiente de asfixia y dolor. Por aquel hombre perdió la cabeza durante mucho tiempo y por aquel hombre y la guerra olvidó a las mujeres de su cuchitril de portería. Ahora se le antojaba que había transcurrido un siglo desde que de jovencita paseaba por el barrio donde había nacido.

Incluso esa mañana en la que, por fin, se atrevió a aventurarse a la calle en busca de unas provisiones que escaseaban, iba pensando en dónde estaría Antonio mientras rememoraba la intensidad de los meses y meses vividos en ese Madrid bombardeado, acosado hasta anteayer y que ahora le parecía un sueño lejano. Era la misma ciudad de hacía un par de semanas, cuando regresó a casa con la guerra perdida, sólo que ahora aquellas calles de toda la vida le parecían otro lugar, otro mundo.

Perdida en sus recuerdos, regresó al cuchitril de la portería con las manos vacías. Se le cayó la cara de vergüenza. En los días que siguieron, su madre le enseñó dónde encontrar algo de comida.

A Trini le costó acostumbrarse a buscar pan negro y algo que llevarse a la boca, pero en cada salida vislumbró el Madrid repleto de negros hábitos de monjas, de sotanas de curas, de uniformes militares. Y la ausencia absoluta, como por ensalmo —se debían de haber evaporado por las chimeneas—, de los monos azules de los obreros, de los pañuelos al cuello de los madrileños chuletillas, del ¡resistiremos! No había intentado contactar con el partido. Sabía de detenciones y caídas, pero había pasado la guerra como enfermera, roja, sí, del PCE, sí, pero sin un delito de sangre.

Sin embargo, cada vez que se cruzaba con los uniformes falangistas, una plaga de la capital, se cambiaba de acera. Detrás o delante de las sotanas y los hábitos, entre las gentes vestidas de negro, ya fuera por luto de unos u otros, siempre aparecía un falangista. Si no en carne y hueso, en los escaparates, donde los retratos de Franco y José Antonio competían, mirándose uno a otro de frente o de reojo. Por todo el barrio, de los balcones o las ventanas, colgaban las cintas rojas y negras que a Trini le daban un poco de risa entre tanta tragedia. Su madre aún le preguntaba cómo era posible que los de Primo de Rivera tuvieran los mismos colores que los anarquistas. Escudos de flechas y yugos por todas partes. De la noche a la mañana habían desaparecido la hoz y el martillo, el puño en alto o cualquier otro símbolo que recordara al Madrid frentepopulista.

Fue con el escudo de las flechas y el yugo bordado en la camisa azul con lo primero que Trini se topó aquella mañana cuando por fin abrió la puerta. Dos jóvenes falangistas preguntaban por ella: «Sí, soy yo, ya voy». Acto seguido, cuando se disponía a dar la espalda para coger una chaqueta y despedirse de su madre y de su abuela, los dos chicos, rifle en mano pero sin apuntar, leyeron sus nombres.

De nada sirvieron las protestas de la nieta.

—¡Tiene ochenta y siete años! ¡Dejadla aquí!, —insistía Trini, a punto de perder los nervios al ver que también se llevaban a su abuela.

—No es para nada. Se trata de unas formalidades. Enseguida estarán de vuelta.

Las tres mujeres dejaron la portería, flanqueadas por los dos falangistas, mientras algunas puertas de los vecinos se arrastraban con sigilo. Otros sólo abrieron la mirilla. Atrás quedaban las décadas de servicios prestados por Trinidad Mora, portera para todo, para amortajar a los muertos venidos a menos, para lavar a las viejas marquesas que olían mal. Allá también iba, camino de las Salesas, su hija Petra, la modistilla que arreglaba los vestidos por dos perras gordas, que había copiado figurines y cosido sábanas y colchas hasta altas lloras de la madrugada, porque la señorita, hija de la marquesa, necesitaba los últimos retoques del ajuar; y allá iba también la otra Trini, la nieta, la niña que había cuidado y entretenido a los otros niños de la casa cuando la fámula libraba los jueves por la tarde o cuando era despedida por la señora al descubrirse que echaba la siesta con el señor mientras la dueña estaba en la partida de *bridge*.

Allá iba la niña que quería ser comadrona, como había visto hacer al médico ginecólogo del tercer piso. Nada le parecía más apasionante a Trini que ver parir. El día que tuvo que ayudarle en una emergencia, cuando el ginecólogo tiró de aquel trocito de carne que se atascaba entre las piernas de una madre primeriza y detrás salió el cuerpo y la bolsa, la niña adolescente supo que aquello era lo que ella quería hacer de por vida: ayudar a venir al mundo. Parir era mucho más apasionante que dar las prendas a su abuela para amortajar a los viejos ricos de la casa. Era sólo una chica menuda cuando aprendió el recorrido entre nacer y morir. Sin transición, sin aspavientos.

Todo eso y mucho más quedaba atrás cuando caminaba con su abuela y su madre, empujadas por los falangistas. Al fin y al cabo, ¿qué iban a ser una lavandera convertida en portera, una modistilla y una nieta con pretensiones, que desde adolescente había constatado que los niños que cuidaba en la casa y la querían no la conocían en la calle? Pues republicanas y rojas.

Por eso nadie movió un dedo, aunque la nieta sospechaba quiénes eran los vecinos que las habían denunciado. Estuvieron días detenidas en los sótanos de las Salesas, rodeadas de otras mujeres en situación similar, sólo que las Trinis y Petra ignoraban de qué se las acusaba.

Sin conocer los cargos, fueron trasladadas a la prisión de Ventas. Aquel olor podrido, mujeres tiradas por las esquinas, los pasillos, las escaleras, al lado de las letrinas que desbordaban mierda. Entraban a riadas, a manadas, sacadas de los camiones que abrían su compuerta trasera para arrojar masas de mujeres con el pelo rapado, algunas aún descompuestas por el aceite de ricino que en cantidades brutales las habían obligado a beber en sus pueblos los triunfadores para luego pasearlas por la calle principal mientras se cagaban encima.

Venían de los cuartelillos de la provincia de Madrid, de Guadalajara, de Toledo. Más tarde de Badajoz, de Valencia, de Murcia. No importaba. Ventas, el modelo soñado por Victoria Kent para redimir mujeres, se había convertido en un contenedor de carne humana al que las funcionarias voluntarias, camisas viejas y nuevas, intentaban convertir en basura, en despojos.

Aquellas manadas de jóvenes de las Juventudes Socialistas Unificadas, chicas que aún entraban desafiantes, como la propia Trini, eran inconscientes de lo que les esperaba allí dentro.

Pero Trini no hacía más que pensar en los ochenta y siete años de su abuela y en los cincuenta de su madre. Se encontraban allí por su culpa. Y le daba vueltas y más vueltas

mientras peleaban por repartir el baldosín de la celda o del pasillo para dormir, mientras intentaba echar una mano a otras viejas como su abuela, mientras maldecía y trataba de encontrar en aquel abril, recién estrenado el triunfo fascista, a viejas camaradas o amigas. La mantenía con fuerza pensar que todo aquello tenía que durar muy poco tiempo, porque los suyos volverían. Rellenó la ficha de ingreso en la prisión y escribió: enfermera y comadrona.

Para cuando la enfermera terminó de relatar a Jimena su historia, estaba ya avanzada la mañana. Suspiró y miró a la mujer que la había escuchado sin abrir apenas la boca. Había hablado y hablado, sólo interrumpida por la bajada al patio y los cantos del *Cara al sol*. Jimena, dentro de su tristeza y del dolor, entendió otra pieza más de aquel horror y que no estaba sola. Durante aquella madrugada había nacido una amistad.

A la joven comadrona también le impresionó gratamente la de Rascafría. Tenía una fuerza extraña, una energía férrea que sacaba de quicio a las funcionarias más crueles.

Porque Jimena no se enrabietaba como ella u otras presas, reflexionaba Trini mirándola. No. Jimena masticaba el silencio, cargaba su cabeza y su alma, y no tenía muy claro que fuera comunista, pese a los ideales del marido. ¿Cómo se podía sobrevivir allí con esa dignidad sin tener claras las razones ideológicas por las que estabas encerrada?

—Mi padre es socialista. Se llevaba bien con Luis. Bueno, las veces que estuvieron juntos. Yo tengo las ideas confusas aún entre vosotros, los comunistas, y los socialistas. Pero sé que tengo corazón de izquierdas. Me late más deprisa por ese lado —ironizó ante las preguntas de la Gallego.

Sí, Jimena no era comunista, pero había sido admitida en la pequeña comunidad montada en la celda siete durante mayo y junio. Se repartía todo lo que llegaba, que era muy poco, porque las familias de las presas tenían tanta hambre fuera como ellas dentro.

Ella no tenía quien le llevara nada. Su familia no sabía que estaba en la cárcel y, por alguna extraña razón, estaba segura de que iba a salir pronto, porque tampoco tenía la menor idea de por qué estaba allí. Era difícil explicarle que ser la mujer de un comunista destacado, y fugado, por más que perteneciera a una buena familia, era motivo suficiente para que la tuvieran encerrada a la espera de que él apareciera para detenerlo.

Jimena aprendió eso con Trini y con las otras compañeras de celda por las noches y en el patio, cada vez más extenuadas por el hambre y la falta de agua. Pero su amiga siempre pensó que tenía algo distinto, etéreo, que era capaz de mirar a la Veneno, una de las funcionarias más crueles, sin verla, como si la repugnante guardiana fuera más transparente que el agua de una fuente. Un día, en otra conversación en el patio, así se lo comentó.

—¿Cómo haces para no verlas? Las haces invisibles, como si fueran agua. O será que me lo parece por la sed que pasamos.

—Sí, agua que corre en las caceras de mi pueblo, porque si estuviera estancada se reflejarían en ella. Y yo no quiero que su reflejo se detenga ni un segundo en mis ojos, Trini. No existen.

—Salvo cuando nos inflan a hostias.

—Tampoco. Los golpes nos los dan unas tipas que son basura y quieren convertirnos en basura a nosotras. Ellas lo son por dentro, mientras que de nosotras sólo conseguirán que lo seamos por fuera.

—¿De dónde coño sacas esas ideas, esa fuerza, con el lío ideológico que tienes en la cabeza?

—No lo sé. Del miedo. Del recuerdo de mi abuela, de mi madre. ¿O es que tú no sacas toda la fuerza de tu abuela Trini?

Y la Gallego se calló. Sí, ella tiraba cada día adelante mirando a su abuela, a la que nada ni nadie, por más suelos que había restregado en escaleras de madera y pisos de ricos con lejía y cepillo de raíces, con la espalda doblada, nunca, nadie, había podido humillar.

SEGUNDA PARTE

1

Cuando la galerna se abatía sobre Ondarreta, la niña María Topete Fernández se sentía feliz de estar en la Torre Satrústegui, en aquel palacio de cuento y en aquel dormitorio que compartía con alguna de sus cuatro primas. Era un día de agosto de la segunda década del siglo, pero no había llegado la Gran Guerra. El atardecer se había hecho noche por culpa de negros nubarrones fabricados con la pez más espesa.

—Amenaza una galerna frontal —había anunciado solemnemente Enrique Satrústegui a su esposa, sus hijos y sus sobrinos.

Desde ese momento, había poco más de diez minutos para preparar el palacio contra los embates de la malvada, pero sus habitantes estaban tan entrenados que, como si el primer soplo del viento del noroeste fuera el toque de corneta, en la hermosa mansión todo funcionaba como un reloj para enfrentarse a la enemiga.

Un trajín de criados uniformados cerraban ventanas, atrancaban postigos, retiraban enormes macetas y butacas, prendían lámparas por los cuatro pisos y daban un aire de misterio tembloroso a todas las salas.

A María le emocionaban aquellas nubes siniestras después de un día de juegos por la playa y los hermosos jardines del palacio, esos que su tía Rosita, la baronesa, siempre decía que había creado el francés Ducassé. Ella había tenido buen cuidado de aprenderse el nombre, porque sonaba a duque, y María estaba enamorada de la nobleza desde su infancia.

El grueso de la chiquillería —los bebés ya estaban con las nanas camino de los cambiadores, los pijamas y las cenas— se arremolinaba alrededor de María Rosa Fernández Vicuña, la señora de la Torre, en cuanto oían echarse los postigos. Sentadas sobre confortables cojines esparcidos por el suelo, las niñas y las muchachas se agarraban de la mano unas a otras al oír cómo batía el viento en las contraventanas, mientras los chicos y María se hacían los valientes.

Estaban resguardados en uno de los acogedores salones de la segunda planta, vestido con muebles de caoba y nogal de estilo inglés, mezclados con los de toque colonial que habían ido llegando en los barcos de la naviera familiar, allende los mares. Las mecedoras, los sofás y las butacas tapizados con suaves terciopelos, adamascados en colores sólidos o hermosos estampados ingleses, junto a los altos orejeros de respaldo capitoné de cuero ya ajado, convertían aquella estancia en un refugio para las tardes de lluvia norteña.

La entrada de la tía Rosita, con su vestido verde haciendo frufrú sobre las nobles maderas del suelo, seguida de la institutriz francesa —la mejor para las historias, pensó la niña María, que admiraba a la *frau* alemana por su porte y amor al orden, no gustaba de la envarada *nurse* inglesa y le encantaba la dulzura de la francesa—, aumentó la ansiedad en las caras de los chicos. Tía Rosita tomó asiento en la butaca más cercana a la chimenea, con el enorme mirador a sus espaldas, ahora bien cerrado. A través de los cristales se sentía al viento noroeste, que luchaba por entrar en la casa.

Comenzaba la hora de los rezos y luego la de las historias, de bajar la voz para contar los cuentos o verdades sobre el último barco que había naufragado un año antes, o dos, o treinta. Las anécdotas de aquellos pobres marineros o pescadores que lograban llegar hasta la playa, náufragos agarrados a los maderos, restos de sus humildes barcas o de los grandes mercantes, ponían los pelos de punta a María y a todos sus primos, aunque ella era de las que mejor disimulaba y mantenía la entereza.

La señora de la Torre comenzaba por relatar cómo había sido su estreno de noche de galerna en el palacio. Era su primer verano de casada en San Sebastián y estaba en la cama, con un libro de historias de santos recostado sobre el pecho y rezando muy bajito, para que el tío Enrique no se riera más de ella, una buena chica que había nacido en Santiago de Chile. Ella no conocía las bravuras del mar Cantábrico, ni las olas de cuatro metros que rompían contra las rocas en un rugir de monstruos que salían de las profundidades de la tierra, por debajo del mar, donde estaba el infierno del malvado Satanás, y que con sus brazos larguísimos aporreaban las ventanas de aquella enorme mansión queriendo entrar para llevársela.

Al principio de la galerna, cuando la vio encogerse en la cama, su marido, divertido, le había contado una historia mitad verdad, mitad mentira.

—La galerna del Cantábrico es una mujer malvada que se enfada a menudo y se llena de aire caliente. Vive en el corazón de los Picos de Europa, en Asturias, frente al mar, y el aire que lleva dentro se va calentando y calentando y cuando está a punto de explotar, otro viento temible y más frío del noroeste, que quiere enfadarla más aún, la ayuda a reventar. Entonces, aliados la galerna de aire caliente y el viento helado más frío forman este terrible monstruo que viene hacia nosotros para devorarnos.

Enrique estaba encantado con su historia. Ya quisiera que su tutor se la hubiera contado a él así de bien, pero no pudo dejar de sorprenderse al ver que su mujer, una niña recién casada, se escurría más en las sábanas, aterrada. Entonces cambió el tono, más compadecido ya que divertido.

—Rosita, por Dios, no tengas miedo. Estamos en una bahía. Ni rugen los monstruos del mar ni van a romperse los cristales. Son las ramas de los abedules y los robles. Mujer, estamos sobre un monte, el monte Igueldo, ¿es que lo has olvidado?, —decía el tío Enrique a su joven esposa, con voz tierna.

Y la señora de la Torre continuaba con su relato a los niños:

—Pero yo, queridos niños, tenía mucho miedo, porque aún recordaba el viaje que había hecho con mis hermanas, la tía Ángela, tu mamá, María, y la tía Felisa. Mi padre, vuestro abuelo Braulio, también se reía de nosotras cuando las olas pasaban por la cubierta del barco y nos moríamos de miedo, abrazadas las tres en nuestro camarote.

—Sí, eso ya nos lo habéis contado, tía. Pero ¿qué pasó en una noche de galerna como ésta? —preguntó María, que desde muy pronto había comenzado a temer el desorden en las narraciones de los mayores. Odiaba la dispersión de los objetivos en las mentes no muy ordenadas. Ahora estaba inquieta porque no quería que su tía perdiera el hilo.

Eran pocas las veces que la niña Topete podía quedarse a dormir en la Torre con sus primas. Los Topete Fernández eran diez hermanos, con no mucha diferencia de edad. María ocupaba el puesto número seis. Siete chicas y tres chicos competían para lograr ser el elegido y quedarse a dormir con los primos Satrústegui en la Torre, el hogar de los veranos donostiarras para todas las

ramas familiares de Enrique Satrústegui y Rosa Fernández Vicuña. Y dormir allí una noche de galerna era una aventura, pensaba la niña invitada.

A María no le gustaba desperdiciar las oportunidades, acostumbrada como estaba desde muy corta edad a sobrevivir entre tantos hermanos con ayuda del orden y a la caza de la primera posibilidad para no ser ignorada, pese a los esfuerzos que Ángela Fernández Vicuña, su madre, y Ramón Topete, su padre, hacían por ser justos con todos sus hijos.

Tía Rosita sonrió ante la impaciencia de su sobrina.

—Pues veréis, de pronto las aldabas de la gran puerta de la Torre sonaron, atronando hasta el cuarto piso. Es como si ahora escuchaseis «¡pum, pum!», y luego «¡naufragio, ayuda, socorro!» con una voz de hombre muy ronca, muy sofocada. Y el tío Enrique me tomaba el pelo. Cuando oyó las aldabas, dejó de sonreír. Sí, había habido un naufragio. Entonces saltó de la cama, se quitó el gorro de dormir y se puso la bata y las pantuflas y me ordenó que no me moviera. Pero yo no quería quedarme sola y seguían sonando los golpes. Todo el suelo de la casa crujía, alguien arrastraba los pies por el pasillo de la tercera planta…

—¡Qué miedo! —exclamó uno de los primos.

—Chissss, callaos o no oiremos ni a la tía ni al demonio salido del mar que arrastraba los pies por la casa —murmuró María en el tono de su tía.

—Ay, María, no nos metas miedo —gritó la más pequeña, aferrándose a la falda del hermoso vestido de seda que llevaba su madre.

—Entonces, vi una sombra muy larga, muy larga, que bajaba por la escalera principal y se movía temblando, y yo no sabía si meterme en la cama y taparme la cabeza, o salir detrás del tío Enrique, aun a costa de desobedecerle, que ya sabéis que nunca lo hago ni lo deberéis hacer vosotras con vuestros futuros maridos o mayores. Pero de pronto, cuando iba a gritar porque la sombra cubría ya a Enrique —seguía la voz hermosa y bien educada de la tía—, comprendí que no era el fantasma del bueno del tío abuelo Joaquín, el primer barón de Satrústegui, que mandó construir esta casa y el pobre nunca pudo verla terminada.

—¿Y quién era, mamá?

—Era vuestro abuelo Patricio, el padre de papá, que traía una lámpara en la mano e iba seguido ya por algunos de los criados que habían ido a buscarle. La galerna parecía que quería arrancar las dos torres de la casa. Todos bajaban corriendo las escaleras, que crujían tanto como ahora y eran igual de hermosas, aunque más nuevas. Fue entonces cuando me llevé otro enorme susto. La tía Ángela y la tía Felisa, las dos aún solteras e invitadas a pasar unos días con nosotros, estaban en una esquina de la segunda planta, asomando sus cabezas cubiertas con los blancos gorros de dormir, y tenían más miedo que yo. Chocaron con el abuelo y papá, que casi se las llevan por delante. Gracias a Dios, vuestro padre les ordenó subir conmigo. Las tres nos sentamos en la cama, recostadas en los almohadones, y empezamos a rezar con un rosario que yo tenía en la mesilla. Estábamos convencidas de que los brazos de los monstruos del mar, como yo les decía, iban a entrar por las ventanas y a llevarnos. Rezamos y rezamos, hasta que ya al amanecer nos quedamos dormidas.

»Al día siguiente por la mañana, el abuelo y papá nos contaron que casi todos los hombres del naufragio se habían salvado. La galerna ya había pasado, aunque había dejado destrozos en el puerto y restos de barcos en la playa. Seguramente, Dios escuchó nuestros rezos.

La tía Rosita era así de buena y meticulosa. Hasta para detallar cosas como lo del fantasma del primer barón de Satrústegui que le daba miedo, pero sus historias siempre acababan bien, pensaba ahora María, mientras los pinos, los castaños, los manzanos, los abedules, todos los árboles del monte Igueldo que alguna de las institutrices les hacía repasar en los paseos estivales amenazaban con entrar por la ventana del cuarto que compartía con sus primas. Las otras niñas dormían. María no. Imaginaba.

Sólo que no se estaba imaginando que a ella la atrapaba un monstruo que salía del mar para robarlas de aquella habitación con camitas de altos cabeceros, vestidas con sábanas blancas rematadas en hermosos encajes y colchas también blancas y drapeadas, que contrastaban con los maravillosos paneles de madera que cubrían una parte del cuarto y amortiguaban la humedad que se metía por todos los rincones del palacio.

La niña María tampoco soñaba con morir mártir y ser santa, como algunas de sus hermanas y primas, aunque ella quería muchísimo al Niño Jesús, que era niño como ella y estaba en los cielos. No. Ella soñaba en convertirse en una princesa rubia con un vestido azul y bordado de dorados, como las de los cuentos, y que del mar salía un príncipe valiente que venía a buscarla y la llevaba en un barco blanco y grande, en el que los dos salvarían al mundo, con la ayuda de Dios, claro, como siempre decía su madre, pero luchando contra los moros en Tierra Santa, como también contaba su madre que habían hecho muchos caballeros y príncipes cruzados. Aunque nunca hablaban de que hubiera *caballeras* por aquellos lugares santos. Bueno, Santa Juana de Arco sí que fue como una *caballera*, aunque no había luchado contra los moros.

Mientras su rubia cabeza iba relajándose sobre la almohada y los párpados cubrían sus ojos azules, María pensaba que el príncipe y ella tendrían una casa tan bonita como la Torre Satrústegui o el Palacio de Miramar, con unos jardines encantados a los que también invitaría a pasear a las reinas María Cristina y Victoria Eugenia, Ena, como decía tía Rosita cuando estaban a solas con la mamá de las infantas Beatriz y Cristina, que era una reina de verdad, casada con un rey de España de verdad, don Alfonso XIII.

Todo eso lo sabía muy bien la niña María, porque, aunque sus amigas Beatriz y Cristina tenían otro palacio en Santander —seguro que menos bonito y, desde luego, con nombre más feo: ¿cómo se podía poner a un palacio un nombre de chica como Magdalena?—, seguían escapándose con sus hermanos a ver a la abuela reina María Cristina al de Miramar, tan cerca de la Torre.

Cuando regresaban al lado de la reina, los infantes Alfonso y Jaime y las infantas Beatriz y Cristina invitaban a los primos Satrústegui y Topete a merendar, o éstos iban a la Torre; pero nunca a casa de María y sus nueve hermanos. Su piso de verano era demasiado pequeño para juntar a todos y no había tan hermosos jardines.

María era mayor que las infantas, cercanas a la edad de su hermana Blanca y de sus primas más pequeñas. Era una criatura meticulosa y observadora que se maravillaba de lo graciosas y elegantes que siempre iban vestidas las princesas. Sí, porque ella, en su fuero interno, gustaba de llamarlas princesas, porque eran hijas de reyes, como en los cuentos. Lo de infantas le parecía más vulgar.

Y estaba la reina abuela, o reina madre, como la llamaban los mayores, a quien siempre recordaría como la primera vez que la vio. Tan extranjera, castaña clara, de pelo rizado y piel tan

blanca. Elegante y con ese moño y esos vestidos hermosos, de rasos frescos, maravillosos. Alta, envarada, digna.

Aunque María conocía a la reina María Cristina de toda la vida, había conservado en su retina la primera vez que la había visto. Fue a principios de un verano; de eso estaba segura por la luz y el color del jardín. Desde luego, el retrato de su memoria lo capturó en la Torre, que aún no tenía tanto musgo ni enredaderas en la fachada.

Cuando María nació, en 1900, la Torre Satrústegui, que habían mandado edificar el barón Joaquín Satrústegui Briz —ese que tía Rosita creía aquella noche de galerna que iba a aparecer convertido en fantasma— y su hermano Patricio, el abuelo de sus primas, era ya un magnífico edificio de estilo inglés que, con sólo diecisiete años de vida, parecía haber estado allí siempre.

El mar Cantábrico, las lluvias, los vientos y la brisa marina que acaricia o sacude Igueldo, depende de sus ganas, junto con la hermosa vegetación y el parque que rodeaban la Torre inspirada en el Renacimiento inglés del siglo XVII vistieron pronto al edificio con una pátina de húmedo verdín, visible allá donde no trepaban las enredaderas. La impresión de vetusta elegancia británica la había impuesto el clima norteño, al humedecer las piedras de sillería.

En muchas tardes de lluvia y frío, María, sus hermanos y sus primos habían oído contar cómo el barón de Satrústegui había invitado a la reina madre a pasar el verano de 1887 en la Torre, mientras se acababa el Palacio de Miramar, tan hermoso también, con aquellas torres y tejados puntiagudos.

La tía Rosita y Ángela, su madre, les habían enseñado cuadros de aquellos tiempos, con la reina madre recién enviudada, toda vestida de negro, y su hijito tan blanquito y pequeño en los brazos. Pero a las niñas Topete y Satrústegui siempre les había gustado más recordar a la abuela de sus amigas Beatriz y Cristina con los vestidos de los veranos posteriores, cuando ellas la conocieron, paseando por los salones entelados de flores, muebles blancos y grandes arañas de cristal que cubrían Miramar. Ya no vestía de luto riguroso, sino con trajes claros o hermosas faldas con adornos de guirnaldas en los bajos y con blancas camisas de cuellos altos, rematados en exquisitos encajes o gargantillas de brillantes o esmeraldas, su pelo castaño y rizado recogido con alguna diadema real y elegantes moños. María siempre soñaba con hacerse aquellos moños.

En casa del barón había alguna foto y daguerrotipo de aquel lejano verano, cuando la tía Rosita aún no había aparecido en la vida de los Satrústegui, porque vivía en ultramar, en Santiago de Chile. Fue después, al llegar a España con el abuelo Braulio, cuando los sueños pergeñados por las tres guapas hermanas —Rosa, Felisa y Ángela Fernández Vicuña— desde que supieron que iban a vivir en la madre patria comenzaron a construirse. Para las niñas de las colonias, conocer a toda una reina de España, como María Cristina de Habsburgo y Lorena, emparentada con el rey de Inglaterra y las casas reales más importantes de Europa, había sido hacer realidad su cuento de princesas de cuando eran niñas.

De las tres hermanas, una había tenido más suerte que las otras. Tía Rosita y Ángela se profesaban un cariño fraternal profundo, pero Rosa, consciente de que su enlace con Enrique Satrústegui había sido más ventajoso que el de su hermana Ángela con Ramón Topete —su cuñado era un abogado de rancio apellido marino, pero con escasos posibles para mantener el tren de vida de la sociedad aristocrática y burguesa que les rodeaba—, pronto convirtió la Torre en la casa madre de toda la prole de primos y hermanos.

No sólo los hijos de Ángela, sino también los de la tercera hermana, Felisa, casada con un Fesser, se enseñorearon de los estíos donostiarras en aquel lugar maravilloso. Con el tiempo, serían los niños de Ángela los que más jugarían con los primos Satrústegui en la Torre, conformándose así un clan que duraría hasta finales del siglo XX, cuando las cuartas y quintas generaciones de primos ya fueron perdiendo el contacto y los valores de toda la prole no eran compartidos de la misma manera.

A ese ambiente donostiarra, en el que se mezclaban la monarquía, la aristocracia y la nueva burguesía pudiente de los navieros que hacían fortuna en las colonias de América y los empresarios que pujaban en la cercana Bilbao con los altos hornos, llegaban cada verano María y sus hermanos, ajenos a los intereses económicos y políticos que les rodeaban.

Lentamente, en la piel de la niña no sólo se adherían las sensaciones de las noches mágicas de galerna, sino los pequeños detalles del lujo austero y la elegancia que después la perseguirían durante toda una vida, aun a costa de otras privaciones vitales.

Cada día del verano donostiarra que Ángela Fernández Vicuña, la madre de la tropa, conminaba a sus hijos a arreglarse con sus mejores galas para subir a Igueldo a ver a los primos Satrústegui y a los infantes que pasaban de visita, las protestas se oían por toda la casa, aunque al final todo terminaba felizmente. Por fortuna, no siempre estaban los diez chicos juntos.

—Mamá, ¡María me ha perdido el sombrero! Le he dicho mil veces que no toque mis cosas, que no coja nada de mis cajones ni de los de Carmen —protestaba la poderosa Amalia, la segunda de las siete chicas, más fuerte que sus hermanas, con unos ojos enormes y una autoridad sorprendente para sus diecisiete años bien cumplidos.

A María era a la que menos le imponía.

—Si quieres ser como una novicia enamorada del Sagrado Corazón, a él seguro que le da igual que lleves un sombrero u otro. Es mejor que nadie se enamore de ti para que Jesús no se ponga celoso.

—¡Eres una impresentable, María! Y casi una sacrílega.

Carmen, la mayor de los diez Topete, era la que ponía orden entre aquellos dos fuertes caracteres mientras su madre arreglaba a los pequeños con la única criada que tenían ese verano.

—Por favor, por favor, no seáis maleducadas las dos. Parece mentira, Amalia, no le hagas caso. Coge mi sombrero de cinta blanca y ve a ayudar a mamá y a la muchacha a vestir y a peinar a Blanca, a Rosita y a Josefina. Todavía tienen que cambiar a Menchita los zapatitos y los pañales. Os esperamos abajo con los chicos.

Amalia salía refunfuñando de la habitación que compartían las mayores, seguida de una mirada divertida y triunfadora de María. Ella llevaría el sombrero blanco que la tía Rosita había traído la temporada pasada de Biarritz, con hermosas cintas de raso y flores menudas de suaves colores primaverales. Quedaría perfecto sobre su melena rubia.

—María, no puedes ser así. Estás todos los días chinchándola. Es más mayor que tú.

—Perdona, Carmen, es una mandona.

—Mira quién fue a hablar.

La recriminación de la sensata Carmen a la sexta de la tropa fue interrumpida por Juan, el mayor de los chicos, que en ese momento entró en la habitación.

—Oye, ¿qué hacéis? A Ángel y a Ramón les están saliendo raíces de los zapatos esperando abajo en la esquina. Hemos quedado con los primos y el infante don Alfonso para hablar de los

rudimentos del polo.

María estuvo a punto de preguntar cómo un infante tan débil como don Alfonso, con esa enfermedad que no se nombraba nunca, iba a jugar al polo, pero optó por callarse a tiempo. Desde su adolescencia precoz, comprendió que la familia de la reina María Cristina, sus hijos y sus nietos eran sagrados para toda la rama familiar de sus padres, ya fueran Topete o Satrústegui Fernández. Los problemas físicos de don Alfonso o la sordera de don Jaime eran temas tabúes. No existían.

—Ya bajamos, Ángel —respondió la comedida Carmen a su hermano, cambiando una mirada cómplice—. Voy a hablar con mamá, por si quiere que tú y yo vayamos subiendo con éstos o prefiere que esperemos a los pequeños.

Dos de los hermanos Topete mayores tenían plena conciencia de que en su casa no había más que una doncella para todo. Pero ya lo habían aceptado con la dignidad y la resignación que les habían enseñado sus padres y la humildad del Sagrado Corazón de Jesús, siempre presente en aquel hogar. María estaba en proceso de aprendizaje.

Esa resignación y esa humildad se llevaban con la cabeza bien alta entre una prole en la que eran todos guapos y distinguidos. Si albergaban algún resentimiento, lo ocultaban.

A menudo, la madre permitía a sus vástagos mayores avanzar con una parte de los ya endomingados hacia el hermoso palacio del monte Igueldo, donde la tía Rosita solía preparar una merienda norteña, repleta de picatostes, bollos de todas las clases, chocolates, limonadas, tés y cafés para agasajar a los nietos de la reina madre, recién llegados hacía unos días a San Sebastián, como en los viejos tiempos.

Subir desde el piso alquilado en la avenida Zumalacárregui, justo al inicio de la playa de Ondarreta, hasta la Torre, lloviese o no, era un paseo, pero la recompensa bien merecía la pena. Las meriendas en la Torre Satrústegui eran auténticos banquetes y además se respiraba tranquilidad y cariño por parte de la tía Rosita.

Como una gallina que abre las alas desde junio hasta septiembre, la baronesa de Satrústegui acogía a todos los polluelos de sus hermanas y también a una gran parte de la prole de sus sobrinos políticos, los hijos de los cinco hermanos de Enrique, pero con una ligera inclinación hacia los de Ángela y Ramón Topete, menos pudientes. Las institutrices, ya fueran inglesas, francesas o alemanas —dependía de las necesidades de los más mayores—, se compartían con los chicos de las hermanas Fernández mientras pasaban el día en la residencia del monte Igueldo.

A veces, los primos se trasladaban a la cercana Bilbao, donde frecuentaban lo más granado de los apellidos del norte, ya fueran aristócratas o industriales, burgueses venidos a más: los Ybarra, los Aznar, los Oriol, los Urquijo, los López y López, los Vilallonga, los Zabalburu, los De la Sota…

La niña María pronto se aprendió todos aquellos apellidos, creció entre ellos, se consideró una más, incluso soñó con que el príncipe del mar que la rescataría en las noches de galerna estaba entre aquellas familias, amigos de su infancia, de edades muy similares.

—Pero, María, ¿qué haces? Mamá está esperando el camafeo…

Amalia se quedó con la palabra en la boca y luego no pudo contener la carcajada.

—Te has puesto el camafeo con la cinta de terciopelo por la cabeza. Es para el cuello, bobita.

—Es para el cuello de mamá, pero cuando yo sea princesa o infanta, lo llevaré así, en la frente, como una diadema de reina.

—Eres una pretenciosa, María. Y una presumida. ¿Por qué te has creído que te vas a casar con un príncipe?

Amalia nunca le daba tregua. La rivalidad entre las dos hermanas más fuertes de carácter era una preocupación para sus padres; aunque de momento siempre ganaba la mayor, María iba aprendiendo a defenderse.

—¿Y tú por qué te has creído que Cristo estará contento de desposarse contigo? ¿No era él también un rey?

—Más que boba, eres una majadera. Ahora no tengo tiempo para decirte cuatro verdades que te bajen los humos. Vamos, quítate eso, que mamá no vea tu falta de humildad. Está esperando con los pequeños abajo.

—Yo soy humilde y tan creyente como tú…

—Sí, ya lo veo —respondió Amalia, irritada, en parte también porque era consciente de ser más mayor y no sabía contenerse a tiempo frente a las ínfulas de una de sus hermanas pequeñas. Ella no quería que sufrieran como todos.

Pero ni el carácter fuerte ni la fe de Amalia serían suficientes para proteger a sus hermanos. Muy poco tiempo después de aquel atardecer en el que tía Rosita relató su primera vivencia del viento del noroeste enfadado con las aguas del Cantábrico, María comenzó a comprender que todo aquel entorno no le pertenecía. Era un préstamo educado de su familia materna. El aprendizaje fue doloroso.

2

La Torre fue un dispendio que los Satrústegui ya se podían permitir a finales del siglo XIX, aunque el gran hombre de negocios de la familia, don Patricio Satrústegui Briz, se pensaba muy bien los gastos, porque era un excelente comerciante e industrial. Nunca olvidó sus orígenes y lo que le había costado prosperar en las Américas.

Fue allí, entre La Habana y las Antillas, donde se afianzó la amistad de por vida entre el hábil Patricio y el aventurero y ambicioso Antonio López López, primer marqués de Comillas.

Cuando por la Torre Satrústegui correteaban sus hijos y los de sus cuñados, don Patricio, el suegro de tía Rosita, era ya un hombre viajado. Se había casado con Georgina Barrié Labrós, hermana del mariscal de campo Enrique Barrié Labrós, famoso por haber votado a favor de que se instalara una factoría naval en Cádiz.

Todo quedaba en casa, entre amigos y familiares, entre complicidades y negocios forjados al otro lado del Atlántico, porque los Barrié Labrós también formaban parte del entramado del marqués de Comillas y trabaron amistad con los Satrústegui. Patricio era el principal socio del marqués. Juntos habían fundado la compañía naviera La Trasatlántica a finales del siglo XIX, una empresa que atravesaría todas las tormentas del penoso siglo XX español, aunque no sin dificultades.

Desde tiempos inmemoriales, sobre las cenizas de un imperio se reafirma otro y, en esta ocasión, la historia no iba a ser diferente. Fue Patricio quien viajó en varias ocasiones a Inglaterra y a Amberes para comprar la flota de vapores de la arruinada Sociedad Trasatlántica Belga, que cubría la línea Bélgica-América del Sur con buques de vapor. También quien negoció con las autoridades españolas la aprobación de los barcos recién adquiridos, cerrando lo que resultaría un contrato histórico.

El gran naviero y empresario dejo así establecido en la familia la importancia que para los negocios tenían las buenas relaciones con el gobierno de turno y, sobre todo, con la monarquía. Para tales fines, los signos de bonanza y alta clase social, como la casona de la Torre Satrústegui, eran todo un símbolo.

Las dos torres laterales almenadas, de forma hexagonal, junto a la gran escalinata que daba acceso desde el jardín al porche, ayudaban a las ensoñaciones de la jovencita María, que, como sus seis hermanas y sus primas Satrústegui, siempre recordaría a la reina María Cristina y a sus nietas, vestidas con vaporosos trajes blancos, subiendo aquellas escaleras. La regente sujetaba en su mano izquierda la sombrilla mientras la derecha, enguantada con mitones de un suave tejido veraniego, se deslizaba por la barandilla, sin mancharse de musgo, como si la mano alada de María Cristina nunca terminara de posarse, mientras el corsé mantenía rígida su cintura de avispa, pese a la edad. La reina madre subía los peldaños sin pisarlos, y un tenue rayo de sol se reflejaba en el pelo aún cobrizo de la viuda de Alfonso XII. Tal era el recuerdo que de ella mantenía María, atrapado en el marco del verano donostiarra.

Pasaron los estíos y, con ellos, el tiempo de la infancia a la adolescencia. María aún habitaba en esa nebulosa encantada que envolvía su memoria, alimentada por la tía Rosita y su madre. Tras el rosario, cuando no había aventuras de naufragios o de santos, las historias de la familia real se relataban dentro de aquellos salones. En las noches de galerna o en las tardes de lluvia, la imaginación de aquella muchachita rubia y ya elegante, avispada y que gracias a su donaire no pasaba desapercibida entre los adultos, silenciosa y educada hasta que se la pinchaba, corría en pos de aquel poder —daba igual que fuera económico o político— que destilaban las elegantes visitas a sus tíos.

De vez en cuando, mientras las demás chicas jugaban en el parque o en los cuartos de los niños, María se perdía por la planta noble, la de recibir, donde el barón de Satrústegui atendía a sus hermanos, al mismísimo rey o a los banqueros y políticos de Madrid y Bilbao, con sus sombreros de verano, sus trajes de chalecos claros, a menudo complementados con los jipijapas panameños y las chaquetas de hilo crudo o blanco de los ricos indianos. María miraba los sombreros colgados en el perchero y sabía que los señores de traje de hilo que se arrugaba con mirarlo habían pasado por Buenos Aires, La Habana o Santiago de Chile, como su abuelo Braulio.

Fumaban habanos, llevaban largas patillas sobre sus mejillas rasuradas, se reían o hablaban de asuntos muy serios, con enormes copas de cristal en la mano, que reflejaban la llama de la cerilla para el puro.

Igual soñaba que se deslizaba por esas salas como se imaginaba vestida con el mismo traje que la reina había lucido la última vez, antes de que su hermana Amalia la pillara. María también se quedaba extasiada al pie de la puerta entreabierta del salón de los caballeros o de la biblioteca, de donde emanaba olor a tabaco, a dinero y a poder. Su padre, Ramón, nunca estaba allí. Trabajaba durante todo el año en un despacho de abogados. María lamentaba la ausencia de su adorado padre y que las mujeres no pudieran sentarse entre aquellos hombres para poder mandar. Ella mandaría como los hombres.

En San Sebastián, entre la Torre y Miramar, María, sus hermanos, sus primos y la aristocracia donostiarra acercaron aún más la relación con algunos de los nietos de María Cristina, los hijos de Alfonso XIII y de Ena: Alfonso, Jaime, Beatriz, Cristina, Juan y Gonzalo. Cristina, la cuarta hija del rey, se hizo íntima amiga de por vida de las hermanas Topete, especialmente de Blanca y de María. También con la infanta Beatriz hubo una cierta amistad, pero era menos accesible. Con Cristina la cosa fue distinta y la amistad perduró por encima de las vicisitudes que tuvieron las vidas de aquellos niños privilegiados.

Los hermanos Topete Fernández no pertenecían a lo Viejo —aunque vivieran cerca de allí en verano— ni eran miembros de pleno derecho de la zona de Igueldo, por más que tardaran en descubrirlo. Entre aquel enjambre de niños vestidos con trajes primorosos —blancos encajes y maravillosos lazos atados a rubias melenas lavadas con camomila las chicas, y hermosos trajes de marinero los chicos—, los Topete eran unos niños de segunda aunque llevasen las mismas gorras marineras azules y blancas que sus primos.

Una mañana en Ondarreta, María descubrió que no era pobre como los hijos de los pescadores del puerto, pero tampoco rica como sus amistades de por la tarde. Había entrado en la caseta de baño de la familia para ajustarse el bañador de rayas, que se le aflojaba y le daba vergüenza —le quedaba algo grande, porque lo había heredado de Amalia, más ancha que ella, y

los arreglos de su madre en los tirantes no habían sido suficientes— cuando escuchó la conversación de una madre y otra niña en la caseta de al lado.

—Mami, ¿has visto qué gorro tan bonito lleva la niña rubia de al lado?

—Sí, hija, pero es que ésa es una de las que va a la Torre. No tienen una perra gorda, pero su tía les presta todo. No te preocupes, tú pronto tendrás uno. Son todo apariencia, no como tu padre, que este otoño será vicepresidente de la fábrica de altos hornos.

—¡Ay, mami! Pues qué aires se dan todos. Viven al lado de nosotros.

—Bah, da igual. Como no pillen un buen partido, no sé qué va a ser de ellas. Son siete chicas.

María se quedó envarada mientras se colocaba el tirante. ¿Se referirían a ella? Sin duda, era la única niña rubia con gorro envidiable —de Biarritz— que había entrado en la caseta. Se puso roja como la grana. Tras el primer sopetón, apartó con ira contenida la puerta y se quedó fuera, esperando a las vecinas. Cuando la madre y la muchacha salieron —la chica tenía los años de María, más o menos— se encontraron con una adolescente que las miró de arriba abajo con el mayor desprecio que sus ojos azules podían expresar a esa edad. Después, con enorme desdén, se giró sobre sus talones, la cabeza y el cuello bien estirados. La esposa del futuro vicepresidente de los altos hornos se quedó sin palabras, mientras su hija atinó a decir:

—¿La ves? Qué descaro y qué presumida.

Consciente de que la seguían cuatro ojos perplejos, María llegó hasta sus hermanos, aún roja y tiesa como un palo. Sólo cuando sus pies se hundieron en las olas espumosas, se dedicó a dar patadas al agua, con una rabia de la que sólo su hermana Carmen se percató.

—Pero, María, ¿qué haces? Vas a mojar a las señoras.

—Me da igual, ¿te enteras? Exactamente igual.

Y con los ojos turbios y húmedos empezó a correr por la orilla, odiando por primera vez los regalos de tía Rosita.

Carmen se apresuró detrás de ella, y le costó cogerla de un brazo y sacarla del agua.

—Pero ¿qué mosca te ha picado?

—¿Somos pobres y por eso tenemos que encontrar un buen marido?

—¿Qué dices, María?

—Te lo he preguntado. Tú eres la mayor. ¿Por qué no te buscas un rico para que no tengan que darnos todo prestado?

Carmen intuyó que su hermana acababa de descubrir lo que ella ya sabía hacía tiempo. No sin esfuerzo, consiguió que María le resumiera la conversación en la caseta de al lado.

—Lo que tienes es un pecado de soberbia que nuestro Señor te puede castigar. Somos pobres si te comparas con los reyes o el tío Enrique. Somos ricos si te comparas con los niños descalzos del puerto. Nuestros padres son buenísimos, María. Estás cometiendo un pecado. El Señor nos pone a cada uno en un sitio para poder superarnos. La felicidad no siempre está en los bienes terrenales. En eso tiene razón Amalia.

—Pues yo quiero mucho a Dios y al Niño Jesús, pero prefiero casarme con un príncipe, ¿te enteras?

Carmen le acarició el pelo salpicado por las gotas de las olas y sonrió.

—Algún día comprenderás. Da gracias por los padres que tenemos y todo lo que nos rodea, María.

María pensó que no cambiaría a su padre por el tío Enrique, que Dios seguramente les había hecho menos ricos para que demostraran de lo que eran capaces, pero no olvidó nunca la conversación en la caseta. Sólo la silenció en un pequeño recodo de su hermosa cabeza rubia, que comenzaba a amueblarse, cada vez más lejos de la noche de galerna y la magia de la Torre Satrústegui.

Era cierto que la tía Rosita, siempre atenta a los detalles, se encargaba de equipar a todos para el verano de manera muy parecida. Y los trajes entre los primos Satrústegui y los primos Topete se heredaban discretamente, con la complicidad y la elegancia con que las dos hermanas actuaban, sin necesidad de palabras. Rosita sabía dar y Ángela tomar sin humillar a su marido ni a sus hijos, le explicó unos días después su madre, una vez que Carmen le contó la conversación con su hermana María, la más guapa junto con Josefina y Blanca. También la más sólida y dura, pensó Ángela. Aprovechó una mañana temprano, cuando ambas estaban solas en la cocina, preparando el desayuno, y la criada había bajado a por el pan. Ese día a su hija le tocaba poner la mesa.

—María, ¿has rezado esta mañana y anoche tus oraciones?

—Sí, mamá.

—¿Con fe y pidiendo perdón por la soberbia?

—Ya has hablado con Carmen. No es soberbia, madre. Perdóneme. Es que no quiero ser menos que los demás. No sé por qué los hombres pueden pelear por más y nosotras conformarnos con buscar un marido.

—Nadie en esta casa te ha dicho que busques un marido, hija. Y modera esa lengua. Hay muchas formas de servir en esta vida.

—Pero yo no quiero ser monja, como Amalia. O como Josefina y Rosita, que son pequeñas y sólo piensan en ser como Santa Teresita de Jesús. Perdóneme, madre, pero yo no soy así de buena. Hubiera preferido ser chico, y trabajar y mandar y poder hacer las Indias.

—¡María! No ofendas a Dios. Ser mujer es lo más hermoso, hija. Si Dios te ha creado así, será porque espera algo de ti. Ser madre es lo mejor de la vida, hijita.

—Perdóneme, madre.

—Eres muy bonita, hija. Yo sé que tú lo sabes. Y lo notas. Ten cuidado, cariño. Podrás ser lo que tú quieras, pero siempre con humildad y resignación, hija. Recuerda que eso es lo que más gusta a los hombres buenos. La belleza física se marchita, la espiritual perdura.

—Sí, madre. Lo que usted diga.

—Reza para consolarte, hija. En las avemarías, en nuestra señora la Virgen, madre de Cristo, siempre encontrarás consuelo.

María agachó la cabeza mientras colocaba las últimas tazas en la mesa y su madre la miró con cara preocupada. Ramón y Ángela bastante tenían con dar estudios y colocar bien a sus tres hijos, Juan, Ángel y Ramón.

La sexta de la prole poco a poco aprendió las normas y, aunque nunca se sometió del todo a ellas, fue interiorizándolas. Tanto en la casa de Zumalacárregui, en San Sebastián, como en el hogar madrileño y de renta antigua alquilado en el número 5 de la calle Lista, en el barrio de Salamanca —su hogar durante los nueve meses del resto del año—, todo se tapaba con una fina brocha de pintura sobria, un barniz sin brillo, acompañado de una humildad impuesta por un catolicismo místico, entregado, que las hermanas mayores ahondaron. ¿Qué mejor marido que

Cristo para damas de escasa dote pero con abolengo a quienes desde pequeñas se les había inculcado una fe absoluta en el Altísimo?

Con todo, María no dejaba de atormentarse. Ver a sus hermanas con aquella fe, especialmente a Amalia y a las aún jóvenes Josefina y Rosita, dispuestas a entregarse al Sagrado Corazón, la admiraba y la inquietaba. Ella no sentía lo mismo. Tan mal lo pasaba que hasta su madre entendió su tormento, pese a lo hermética que era.

—No te preocupes, hija —le decía Ángela—, si tú no sientes la luz interior del Sagrado Corazón que te llama, será porque estás destinada a otros quehaceres. Hay muchas formas de servir al Altísimo, desde ser una buena esposa y madre, hasta obrar como seglar.

—Pero, madre, perdóneme. Tendría que enamorarme para ser esposa y madre. Y que alguien se enamorara de mí.

—Existen muchas formas de amor, María. Piensa que el cariño y la ternura perduran y que el amor desbocado es pecaminoso, agota y se acaba.

—Pero usted y papá se casaron enamorados.

Ángela sonreía con la dulzura que la caracterizaba. ¡Su noviazgo y los primeros años de matrimonio quedaban tan lejos! Ahora su marido estaba enfermo. Su salud flaqueaba. Tanto los Topete como los Satrústegui ayudaban desde sus puestos importantes. Los Satrústegui seguían siendo poderosos en la naviera que compartían con el marqués de Comillas, pero a su marido todo aquello le daba pudor. Siempre fue tan bueno como apocado y no iba a pedir ayuda para cambiar de trabajo ahora que tenía una salud delicada. Sacudió la cabeza y retomó la conversación con su hija.

—Y quizá tú te enamores. O quizá no, pero puede que encuentres un hombre bueno —le decía a María, la más inquieta, la más preguntona, la única que se permitía hojear el periódico de su padre y discutir con sus hermanos hasta de fútbol.

Tanto al final de la *belle époque*, que aromatizó San Sebastián ligeramente, como durante los años veinte, menos felices en España que en el resto de Europa, casar bien a tantas hijas no era tarea fácil. Eso lo sabía Ángela, por más que su hermana Rosita la animara, recordando lo bonitas que eran sus criaturas.

Aquel clima de prestancia rancia y buenos patrimonios, justo en el momento en que en Bilbao y San Sebastián se asentaban los cimientos de la floreciente industria vasca y cuando los matrimonios formaban parte de alianzas para los negocios que afianzaban los imperios industriales como antiguamente se afianzaban reinos, no parecía el más propicio para una familia venida a menos.

3

Todas las barreras que la religión había infiltrado en la conciencia de María contra el género masculino se fueron abajo cuando en su vida se cruzaron los jóvenes navieros Aznar. Por mor de sus primos y hermanos y de su amiga Encarnita Coste Acha, la prometida de José Luis Aznar, el primogénito de don Luis, una tarde de verano que habían hecho una escapada a Bilbao para ver a sus amigos y asistir a los entrenamientos del Club de Polo —los Aznar habían creado la Sociedad de Lamiaco, con un toque muy británico—, María sintió que el estómago se le caía a los talones cuando su amiga le presentó a su futuro cuñado, Juan Antonio Aznar.

Su mano sintió la fuerza de aquellos dedos largos, que le transmitían una corriente que quemaba desde la nuca hasta las piernas, mientras el joven se enganchaba a los ojos azules de aquella hermosa valquiria, sin dejarlos escapar.

—Encantado, María. Pero que muy encantado. —Y sin pausa y sin soltarle la mano, que María pugnaba por retirar, añadió—: Querida Encarnita, ¿dónde tenías escondida hasta ahora a esta amiga tuya?

Encarnita sonrió.

—Cuidado, Juan Antonio. Es una de mis mejores amigas.

—Sí, pero usted, María, ha salido de las olas de Ondarreta directamente, ¿no?

Por primera vez en su vida, María no encontró las palabras correctas para responder a aquel descarado cumplido, pese a su vocabulario perfectamente educado en la capital, con institutrices y monjitas, y con tutores y chicas extranjeras durante los veranos en San Sebastián. Su piel blanca y hermosa, ligeramente dorada por la brisa marina, se tornó roja hasta la raíz de sus rubios cabellos. Su amiga acudió en su rescate tomándola del brazo.

—No le hagas caso, María. Juan Antonio es así de galante y divertido.

Y se la llevó camino del porche de estilo colonial que las esperaba con los elegantes y altos sillones de mimbre blanco, trenzados con filigranas de pavos reales en los respaldos.

María necesitó mucho más que el trayecto hasta el lugar donde estaban las otras damas para conseguir que su corazón frenara el galope y su sangre dejara de golpearle las venas. Su azoramiento la desconcertaba.

Juan Antonio era apuesto. Alto, moreno, con el labio inferior ligeramente más grueso que el superior, una cara redonda hermosa y unos grandes ojos claros, cobijados bajo el tejado de unas espesas cejas.

El tercero de los hijos de Luis Aznar no dudó ni un segundo en comenzar el asedio a la fortaleza de la sexta Topete Fernández. Aprovechando que la boda de su hermano mayor, José Luis, y Encarnita se celebraría un año después, en 1919, y los preparativos iban a movilizar a las dos grandes familias, además de a todas las amistades cercanas, decidió que la sirena o la valquiria —así la llamaba entre sus amigos— sería su dama.

A Encarnita le gustaba que su amiga María la acompañara a Bilbao mientras organizaba su gran boda. Como cualquier joven casadera, además de la compañía de su madre, necesitaba la de sus amigas para las pequeñas y tímidas confidencias. Para colmo, estaba encantada con el entusiasmo de su futuro cuñado con su gran amiga.

—¡Ay, María! Con los nervios que tengo, cómo te agradezco que estés aquí estos días. Bueno, y no sólo yo, sino también Juan Antonio, claro está —le dijo un día mientras repasaban el ajuar, tomando nota de la lencería, la ropa de cama, las sábanas bordadas y los camisones con cuadrado delante abrochado con ojales y botones que ninguna de las dos se atrevía a mirar.

—A mí no me cuesta nada acompañarte. Es más, gracias por tu hospitalidad, pero de tu cuñado, mejor no hablamos. ¿No es un poco osado?

A Encarnita no se le escapó la contradicción en la respuesta de su amiga. No quería hablar de Juan Antonio, pero deslizaba una pregunta sobre su osadía.

—Es un bromista, pero ¿no se habrá sobrepasado?

—Por Dios, no. Ni yo lo hubiera consentido, pero tiene unos ojos…

—Lo sé, que desnudan. Perdona la crudeza. A mí me pasaba lo mismo con José Luis, pero no sé, ahora… tengo miedo, María.

—¿Tú? ¿De qué? Vas a hacer un buen matrimonio.

—Ése es el asunto. No sé si me caso o me casan. José Luis es un gran hombre, pero no sé si se casa conmigo por mí o por la insistencia de nuestras familias.

—Bueno, mi madre y mi tía Rosita dicen que las dos cosas son importantes. ¿Tú le quieres?

—Oh, sí. Como me manda Dios. Le encuentro atractivo, aunque sé que tu Juan Antonio lo es más… pero tengo miedo.

—Sabrás estar a la altura de las circunstancias. Para eso nos han educado, Encarnita. Y no vuelvas a hablar de «mi» Juan Antonio. No hay nada de nada.

—Ya, bueno. Mira qué preciosidad de mantelería de hilo y qué encaje de remate. Las puntillas de bolillos son de las monjitas. Es de doce cubiertos. Mi madre está pesada y quiere que lleve una de hasta treinta y seis. Dice que en el comedor grande la necesitaré. Y lo mismo opina mi suegra, doña Encarnación, que ya sabes que manda mucho. No sé, María, estoy aturullada.

—¿Cómo es doña Encarnación Zavala Arellano?

A menudo, a María le encantaba enunciar el nombre completo de la gente poderosa.

—Una dama, y, sobre todo, una *amatxu* de sus hijos. ¿Te hago una confidencia? La temo, aunque espero poder quererla de corazón algún día.

Las dos amigas terminaron de ordenar los armarios con la ropa blanca e inmaculada antes de exponerla a las amistades de la madre y la futura suegra. Del magnífico armario de nogal salía la fragancia de lavanda guardada en bolsitas de fino hilo.

Lo que la joven María ocultó a su amiga es que había tenido ensoñaciones pecaminosas desde que Juan Antonio se había cruzado en su camino. No sólo el corazón y el cuerpo se le templaban a la vista del chico Aznar, sino que su imaginación cabalgaba por sendas que nunca debió permitirse imaginar. En una de esas sendas estaba ella paseando con doña Encarnación, como si fueran suegra y nuera. Las traiciones de su cabeza eran tan graves, pensaba María, que mejor llevarlo todo sepultado en lo más profundo de su cerebro. No quería sufrir ni precipitarse. Juan Antonio la cortejaba constantemente. No sólo la desnudaba con los ojos cuando las jóvenes se sentaban en un porche o salían del club de polo. Es que era evidente que en cuanto su hermano

mayor, el novio oficial, llegaba de visita a casa de los Coste, el tercero de los Aznar le acompañaba con la broma de que iba de carabina. Se sentaban en los jardines o paseaban por Neguri, que, aunque no eran los parques del monte Igueldo, a María cada día le parecían más hermosos.

El muchacho se le acercaba demasiado para hablarle. Había cogido una costumbre que a María le avergonzaba y le hacía feliz. No importaba que estuvieran en la sala de música, en la biblioteca o en el jardín, Juan Antonio se aproximaba suavemente, por detrás, con un vaso de agua o de naranjada, y se inclinaba hasta su nuca, para lograr echarle el aliento tan cerca que María se estremecía de pies a cabeza y los pezones se le ponían como tuercas, muy a su pesar. No podía hacer nada, y menos aún retirarse bruscamente o llevarse las manos al pecho, como hizo la primera vez. Él soltó una sonrisa suave y le oyó que murmuraba:

—No eres de mármol, sirena. Bendita seas —añadió mientras soplaba suavemente los pelillos que le caían por la nuca, escapados de su elegante moño.

María se moría de vergüenza y de contento al tiempo que pedía perdón a Dios por su carne. Por fin, tras unos meses de resistencia, un día cualquiera, María, tan prudente y distante para evitar la mínima tentación de la carne, tuvo que confesarse que el corazón se le había escapado tras el joven naviero. Primero, en los discretos escarceos de Bilbao, a la sombra de la boda del mayor de los hijos de don Luis Aznar y doña Encarnación. Después, en los suaves encuentros de Madrid, siempre rodeados de hermanos, primos y amigos. Juan Antonio lo había planeado todo, obsesionado como estaba por seguir a su valquiria hasta la capital.

4

Los padres de los Aznar Zavala siempre tuvieron muy claro que Bilbao y las visitas esporádicas a Donostia de la regente María Cristina eran para la temporada estival, pero el núcleo, y desde donde había que tener puesto un ojo en los negocios y el otro en Neguri, era en la capital, Madrid, donde estaba el Gobierno y, por tanto, el poder. Por eso, el matrimonio pasaba parte del año en el número 9 de la calle de Felipe IV, a la espalda del Museo del Prado. Un emplazamiento perfecto, a un paso del caserón del Retiro y esquina con la calle de la Academia. Era el barrio de los Jerónimos, el mejor junto con el de Salamanca, y les convertía en vecinos de don Antonio Maura, por entonces líder del partido conservador y en alternancia constante en el gobierno con el otro don Antonio, Canalejas, líder de los liberales.

Pero lo que resultaba aún más importante para los planes de Luis Aznar es que su casa estaba al lado de la plaza de la Lealtad, donde se ubicaba el Palacio de la Bolsa de Madrid, a pocos metros del hotel Ritz. Don Luis y doña Encarnación sabían muy bien dónde se metían cuando años más tarde compraron el edificio completo de Felipe IV.

Tres de los hermanos Aznar, José Luis, Juan Antonio y Javier, se instalaron en el piso de Madrid para estudiar la carrera de Derecho. Los chicos se movían en los ambientes que les eran propios, en contacto con los jóvenes de su clase social, con los Satrústegui, los Topete o los Fesser, además de los Ybarra, Aguirre y Oriol. En aquellos años, los estudiantes de Derecho o de Ingeniería eran aún un puñado de apellidos, hijos de las familias adineradas y herederos del desarrollo industrial del norte, ya fuera de las minas, las naves o los altos hornos, mezclados con algún aristócrata venido a menos de los grandes terratenientes de Andalucía, Extremadura o Salamanca. Pero éstos eran otra clase de señoritos, menos apegados al trabajo y a la obligación de seguir con los negocios industriales.

Un día muy deseado, al tercero de los jóvenes Aznar le tocó el turno de trasladarse a la capital para estudiar. Atravesó la meseta mirando por el cristal del coche aquellos campos secos y áridos de finales de verano que le recordaban el cabello de la sirena rubia. Tan alta, tan bien formada, con la tez blanca y suave, dorada por la brisa del verano, y aquel pelo que le había deslumbrado; aquellas piernas que él adivinó como columnas cuando un día la observó al levantarse delicadamente del césped. Desde que la muchacha había ido a Bilbao, no le había abandonado su imagen. Su hermano José Luis, que ya estudiaba en Madrid, le había prometido que le presentaría rápidamente a los Topete, especialmente a Ramón y a Ángel. El muchacho enamorado confiaba en que a través de ellos pronto tendría acceso a María. Soñaba con verla de nuevo.

Las expectativas de Juan Antonio tuvieron que esperar un tiempo, mientras trababa amistad con Ramón. El joven se tomó muy en serio la relación con él. Pese a que en Madrid el ambiente era menos asfixiante que en Bilbao o San Sebastián, Juan Antonio se dio cuenta muy pronto de que, en el caso de las muchachas Topete, las estrictas normas del norte eran las mismas que en

Madrid. Los meses se le hicieron eternos, pero le sirvieron para entrometerse en la amistad de su hermano y Ramón. Éste era un tipo simpático, formal, pero también dado a la farra —con límites, claro—, como él mismo. Un día se atrevió a confesarle que tenía grabada en la retina la imagen de su hermana.

—¿Ah, sí? ¿De cuál de ellas? Tengo siete, aunque alguna te viene muy pequeña —bromeó Ramón ante un café en la calle Jorge Juan.

—Eres aún más descarado que yo. Me refiero a María. Así me la presentó Encarnita, la novia de José Luis.

Ramón lanzó un silbido.

—No tienes mal gusto, pero vas a tener que trabajar mucho. María tiene genio y es muy suya.

—Bueno, podrías hacer que nos encontráramos…

—No sé, no sé. Mis hermanas son sagradas, y lo digo en todos los sentidos. Para ti y para mi casa. Ellas se sienten sagradas. La mitad van a ser monjas.

—¿María también? No tenía ese aspecto.

—No, creo que María no. Aunque le gustaría sentirse tan monja como algunas de las otras. Bueno, veremos cuándo se presenta la ocasión.

Y los dos amigos siguieron charlando, a la espera de que llegaran el resto de sus hermanos y otros colegas, previa promesa de Ramón para con Juan Antonio sobre cómo le mantendría el secreto.

Un día, por fin Ramón pudo cumplir con su amigo. Al joven, preocupado ya por los problemas de salud de sus padres y los escasos ingresos de la casa, aquellas jugadas no le parecían mal. Es más, eran lo natural, un estilo clásico entre todos ellos. ¿Qué mejor forma de vigilar a los futuros novios y maridos de las hermanas que teniendo un profundo y previo conocimiento de ellos y sus familias?

Una fría mañana de la capital, la niña María que correteaba por la Torre Satrústegui o el Palacio de Miramar y soñaba con un príncipe valiente en los húmedos veranos donostiarras confirmó interiormente que ya era una mujer que a veces se desbocaba, por más educada y correcta que tuviera que lucir, si enfrente tenía al chico de los ojos que la desnudaban.

Ella era ya una pollita a la que dejaban ir a tomar un aperitivo los domingos, tras la misa, y dar una vuelta por el Paseo de Coches del Retiro, donde de vez en cuando se ofrecía algún pequeño concierto, aunque el templete de música era sólo un proyecto que culminaría una decena de años después.

Los paseos por el parque, en compañía siempre de alguna de sus muchas hermanas —a veces iba Amalia, que, con su alta figura y su magnífico hábito, acompañaba a su madre y a sus hermanas—, eran una de las pocas oportunidades que las chicas Topete Fernández tenían para tratar con las amistades masculinas de sus hermanos.

Ese día, los castaños del Retiro vestían de otoño el parque y el grupo de doña Ángela y sus hijas se cruzó con dos de sus vástagos —Ángel y Ramón— y su cuadrilla. Para la madre, había una figura nueva entre aquellos muchachos. Para María, era una figura, más que conocida, soñada y deseada en Madrid. Un buen mozo que destacaba en estatura más que la media y que inmediatamente se colocó detrás de Ramón Topete cuando éste se acercó a saludar a su madre y a sus hermanas.

—Por Dios, Juan Antonio, no me atropelles. Casi beso a mi madre en el cuello —comentó jocosamente Ramón, sonriendo a doña Ángela mientras sentía la presión de la mano de su amigo en la espalda.

—Perdona, Ramón. Perdone, usted, doña Ángela, señoritas…

—Mamá, hermanitas, os presento a Juan Antonio Aznar. Ya conocéis a José Luis, su hermano mayor. Y tú, mamá, a sus padres, don Luis y doña Encarnación. María, creo que tú le viste en Bilbao, en casa de Encarnita Coste.

María era de mármol. No movió ni un músculo, atareada como estaba en que su agitación no trascendiera. No podía abrir la boca ni para murmurar un cumplido que la sacara del paso, porque temía que el corazón se le escapara por la boca y cayera al suelo, allí, delante de todos.

Juan Antonio Aznar se había quitado los guantes y el sombrero, y trataba de sujetarlo todo sobre la mano izquierda, en la que ya llevaba un magnífico abrigo de pelo de camello y un coqueto bastón. Necesitaba la mano derecha para coger la de la madre de su amigo. Era todo un caballero, como el resto de los jóvenes que acompañaban a los Topete.

Mientras se inclinaba para besar la mano de la madre, Juan Antonio retomó la costumbre. Arrastró los ojos desde los azules de María, escote abajo, hasta el estómago y el vientre, para pararse en las finas manos enguantadas que la joven entrecruzaba, sujetando un bolso limosnera que intentaba no balancear demasiado. La joven sintió el descenso de aquellos ojos osados y cálidos. Se deslizaron por su boca, su garganta, sus senos y su estómago. Eran como dos ascuas que le iban quemando y se quedaban enganchadas en sus dedos, para no seguir por debajo de su vientre y sus bien tapadas piernas.

Tras el primer momento de autocontrol, todo dentro de ella explotó. Sintió la oleada de calor que acompañó aquella mirada y pensó que el rubor que se extendía por su frente hasta la garganta y las finas orejas era visible para los presentes, un corro formado por media docena de jóvenes endomingados, vestidos de traje gris o negro, pantalones de raya impecable, bastones más por adorno que por necesidad, sombreros hongos y alguna chistera, camisas claras y finas corbatas oscuras que colgaban de alzacuellos impolutos.

Ellos a un lado y ellas al otro, con doña Ángela al frente. Pero todos en la misma acera del Paseo de Coches. María destacaba entre sus hermanas no sólo por su estatura, sino por su pelo rubio y sus elegantes redondeces, que le nacían ligeramente por debajo de la estrecha cintura. Sólo Blanca y Josefina, esta última vestida con una túnica muy similar ya a las de la novicia que estaba a punto de ser, podían hacerle sombra, pero eran apenas unas adolescentes, mientras que la sexta hija de Ramón y Ángela era una joven recién salida de la adolescencia que apuntaba ser una mujer prometedora, con sus formas rotundas pero elegantes.

Durante unos minutos que a María se le hicieron segundos, su hermano Ramón habló de su amigo con cierta ironía. Era evidente que habían coincidido en el paseo a petición del joven bilbaíno, pero doña Ángela no se dio por enterada, ni de los ojos osados del joven ni del rubor asombroso de su hija María, siempre tan en su sitio.

—Pero, muchacho, creo que yo a usted le conozco —dijo la dama.

—Es un placer, señora. Sí, nos hemos visto una vez, con su hermana y los Satrústegui, en una merienda de los Coste. A su hija María la he visto luego en casa de mi cuñada.

—¡Qué barbaridad! Cómo cambian ustedes, los jóvenes. Se ha convertido en todo un hombre. ¿Cómo están sus padres?

—Muy bien, doña Ángela. En el norte aún, pero pronto vendrán para acá. Mi madre, ya sabe, prefiere estar cerca de nosotros. Los tres estamos ya en la universidad.

—Claro, claro. Ya recuerdo, viven ustedes por aquí, ¿no? Al lado del Museo del Prado.

—Sí, señora, sí. Allí tiene usted su casa cuando quiera. Y las señoritas, por supuesto.

Mientras hablaba, Juan Antonio no tenía inconveniente en retirar su mirada de la madre para posarla en el rostro de María, que, recuperada cierta calma, seguía la charla aparentemente impávida.

Le fascinaba su osadía y lo guapo que estaba. ¡Por fin iba a quedarse en Madrid! Le dolía el nudo del estómago, pero no podía evitar que su cabeza se disparara adonde no debía. O eso pensó ella mientras recordaba que se llevaban muy pocos meses, que ella era de 1900 y él de 1901, según los comentarios sueltos que su amiga le había ido haciendo durante las tardes de intimidad, preparando el ajuar. Sí, allí estaba uno de los Aznar, los propietarios de la naviera que amenazaba con hacerle la competencia a La Trasatlántica del marqués de Comillas y de los primos Satrústegui. Aunque eso ella lo situaba en un segundo plano, siempre estaba bien saber la situación del enamorado.

Bajó de las nubes con otro comentario osado del joven, que demostraba su desenvoltura.

—Perdonen ustedes. Las hemos parado al sol y eso puede estropear la piel de sus hermosas hijas y la suya, doña Ángela.

A doña Ángela la apreciación le hizo sonreír. ¿Acaso una de sus niñas iba a tener una oportunidad con aquel joven tan elegantemente descarado? Era muy pronto para las esperanzas, pero…

—Sí, es cierto, gracias. El sol de octubre aún es peligroso. María, por favor, abre tu sombrilla. Encantada de haberle saludado. Dé recuerdos a sus padres. Ramón, no llegues tarde a comer, ya sabes que tu padre se enfada.

Y doña Ángela y su prole giraron al unísono, tras las debidas inclinaciones, mientras los jóvenes se cubrían la cabeza con sus sombreros, justo en el momento en que ellas desandaban el camino hacia su casa.

—Eres un descarado, Juan Antonio. María se ha dado cuenta de todo. Creo que hasta se ha ruborizado —comentó Ramón a su amigo en un tono de voz discreto mientras su familia se alejaba.

—Es más guapa aún de lo que la recordaba. Creo que me ha mirado y ha sonreído.

—No. Tú la has mirado a ella, como estás haciendo ahora. Oye, que es mi hermana.

—¡Qué andares! Sí, es una valquiria.

—Basta ya, Juan —remató Ramón, que empezaba a sentirse molesto.

María avanzaba hacia la salida del Paseo de Coches, para enfilar la calle Velázquez arriba, consciente de que llevaba los ojos del joven Aznar clavados en su espalda. Nunca antes había estado tan agradecida a sus rotundas caderas y a su fina cintura. Afortunadamente, el traje que lucía —heredado de su hermana mayor— era imposible que marcara sus hermosas nalgas.

Para cuando llegaron a su casa, tras la saludable caminata, María ya había comprendido que aquel chico de Bilbao, hermano del prometido de Encarnita, le había terminado de robar el corazón con aquella osadía de arrastrar los ojos por su cuerpo.

Que la casa de Lista fuese un piso alquilado, de renta antigua, no quitaba méritos al hecho de que la prole Topete Fernández fuese capaz de sobrevivir con dignidad en el corazón del barrio de

Salamanca. Incluso en una zona más noble que la nueva de José Abascal, al otro lado del paseo de la Castellana, adonde se trasladarían los primos Satrústegui, o los hijos de tía Felisa, los Fesser Fernández, que también se habían alejado del corazón del barrio aristocrático. Pero los Aznar estaban cerca, muy cerca, al otro lado de El Retiro, y eso inflamó el corazón de la muchacha, alejando momentáneamente los temores que a veces se le aparecían al recordar la conversación que había oído en la caseta de baño unos años antes.

Desde aquel domingo en El Retiro, Ángela levantó ligeramente la mano para dejar que su hija María —siempre acompañada por sus hermanas y hermanos o alguna prima— no sólo paseara por el parque tras la misa, sino que de vez en cuando pudiera frecuentar los lugares de té y café; los más propicios para encuentros dignos, como Sakuska. Eso sí, guardando las formas hasta el último detalle, porque Ángela era plenamente consciente de que la dote económica que les faltaba a sus hijas tenía que ser compensada con una enorme dignidad, una fe religiosa a prueba de bomba y unos modales y un prestigio que no pudieran igualar ninguna de las otras muchachas de casas más pudientes.

El caso es que entre mucha carabina, hermanos que hacían de guardia de corps y hermanas que vestían hábitos, María intentaba romper el círculo asfixiante con que la sociedad de la época obligaba a rodear a las muchachas de bien. Podía encontrar huecos para verse con el apuesto Juan Antonio, pero siempre entre amigos. El joven le había robado la serenidad y había despertado en ella todo lo que una mujer siente por un hombre, incluidos el sexo y la femineidad. Sin embargo, para una muchacha rodeada de hermanas con tendencias místicas y puras, en una casa acérrimamente católica, el amor y el deseo físico sólo podían significar un enorme pecado y un continuo sentimiento de estar sucia. Un tormento.

María sólo se desinhibía al lado de Juan Antonio. Formaban una pareja de excelente porte. El joven no escapaba a sus encantos: cuando recordaba sus pechos puntiagudos, con sus juegos traidores en la nuca, el cuerpo se le erizaba. Cada día se sentían más enamorados y tenían en Encarnita una aliada auténtica y fiel, pese a que María fuera contenida en el verbo incluso para hablar con su amiga sobre su cuñado. Pero su pasión era tal que no pudieron ocultarla durante mucho tiempo. Incluso sometida al comedimiento asfixiante de María, la atracción era palpable para los jóvenes que les rodeaban. O quizá fuera tan visible por la represión con que la joven trataba sus sentimientos. Pese a todo, eran mayoría las ocasiones en que no podía sujetar el temblor de sus manos cuando entraba en Sakuska y estaba Juan Antonio. O el calor que la invadía, el corazón galopando como en las novelas de amor que tenía prohibidas, cuando acompañaba a Encarnita y a las niñeras para echarle una mano con los bebés.

Fue en una de esas visitas a Bilbao, para acompañar a su amiga después de dar a luz, cuando sucedió el episodio que María pensó que la había condenado toda la vida ante Dios, a no ser que redimiera el enorme pecado con una larguísima penitencia.

Ya había pasado tiempo desde que se había iniciado aquella pasión reprimida. Juan Antonio era un tipo fogoso que se moría por ver un tobillo de María o, al menos, por arrancarle un beso. Pero salvo en los breves momentos en que la pillaba desprevenida —ya fuera en una visita a su casa para cambiar unos apuntes con Ramón y Ángel, donde aprovechaba el paso a la salita de las damas para toparse con ella y robarle un suave deslizamiento de mano por su cintura, o en Sakuska por las tardes o en el aperitivo de los domingos en la Cruz Blanca, en Goya, para rozarle los dedos—, lo cierto es que era muy difícil arrancarle a María un gesto como los que lograba en

los veranos donostiarras o bilbaínos, cuando le soplaba en la nuca o deslizaba su mano por el suave tobillo mientras estaban sentados en el césped, alrededor de una saludable merienda campestre.

Juan Antonio era incapaz de imaginar la lucha interior que se libraba en el cuerpo de su amada, lo apasionada, alegre y sucia que se sentía. Todos los estados de ánimo se sucedían en el alma de María durante breves minutos, torturándola y, lo que era peor, distanciándola de sus hermanas y de su madre. Cada vez que a María se le cruzaban por la cabeza las ideas pecaminosas que la llevarían al infierno era incapaz de mirar a los ojos a su madre o a sus purísimas hermanas mientras rezaban el rosario. A ella le hubiera gustado ser como la Virgen María, sin pecado concebida, pero su cuerpo no respondía. Además, no sabía si era también sacrilegio desear ser tan pura como la Virgen.

Al novio no formal todas esas trabas le enardecían aún más. Aunque no era un ingenuo —sus compañeros de universidad y sus hermanos le habían descubierto las noches madrileñas, no exentas de lugares de diversión y desahogo en aquellos años veinte un punto descocados, aunque no tanto como en la loca Europa de entreguerras—, bastaban sus escapadas nocturnas para después devolverle a los sueños con su valquiria en un estado en el que le resultaba aún más deseable y pura que el día anterior a la juerga.

Unas vacaciones de Pascua, Juan Antonio regresó a Bilbao, sabiendo que ella estaba en casa de su hermano y de su cuñada. Soñaba con la complicidad de Encarnita, que seguía siendo su principal aliada. Le bastaba con poder estar un rato hablando a solas, poderla coger de las manos, mirarla a los ojos, besarla sin aquel entorno opresivo que siempre les rodeaba. Además, también tenía la intención de abordar el asunto con sus padres para formalizar el noviazgo. Era plenamente consciente de que a don Luis y a doña Encarnación la relación no les entusiasmaba. Tenían otros planes para sus hijos.

Sus padres preferían que Juan Antonio siguiera la estela de su hermano mayor y se casara con una joven como Encarnita, más cercana a la pujante burguesía industrial que florecía en Bilbao. La naviera Aznar iba camino de convertirse en la primera de España. Doña Encarnación no había perdido oportunidad de recordarle a su hijo sus deberes para con la saga familiar, indicándole a menudo caminos alternativos. ¿Por qué era tan complicado Juan Antonio cuando en ese mismo Madrid al que ella y su marido habían enviado a sus hijos, a pocos metros de su casa de Felipe IV, vivía la otra saga notable y clave para el futuro industrial del País Vasco, los Ybarra, que junto con apellidos como los Arregui y los Gorbeña, estaban fabricando el gran Neguri?

El muchacho se resistía desde hacía tiempo a los sordos deseos de su familia. María le parecía una belleza. Puede que un poco hierática, sí, pero él sabía que en la intimidad, las escasas veces que lograba aproximarse a ella, al rozarla con su cuerpo en un encuentro tan breve como buscado por él, María era como una *edelweiss* entre las rocas, que se abre con los rayos de sol más calientes. Eso a él le hacía sentirse muy hombre, sólo que al primer avance del ansioso novio hacia ese corazón palpitante, María siempre sacaba espinas. Durante esa Pascua —reflexionaba Juan Antonio en el tren camino de Bilbao—, iba dispuesto a conocer hasta dónde llegaba el amor de su amada y a enfrentarse a la situación familiar.

Para averiguar el estado de una primera parte de sus planes no tuvo que esperar mucho, aunque no todo salió como hubiera querido. Fue una tarde en la que estaba irritado. Había ido al

Club de Polo con su hermano por la mañana y luego habían comido juntos. Llevaba tres días en Bilbao y no había logrado cruzar con María más de media docena de frases. Siempre estaba rodeada, o bien de la familia, de su hermano y su cuñada, o bien de otras amigas, o bien de las institutrices. Estaba harto de los cafés de media tarde, de alguna mirada cómplice y poco más. Y eso que María lucía cada día más guapa. Ya era una mujer que había pasado bien los primeros veinte años. Estaba en su plenitud absoluta. Siempre elegante, aunque quizá un poco monjil en el largo de sus faldas, según apreciaba Juan Antonio, recordando a las muchachas francesas que veían en las escapadas a San Juan de Luz o a Biarritz.

Es verdad que llevaba alguna de esas faldas estrechas, a media pierna, que le dejaban ver el tobillo y casi hasta la rodilla cuando se sentaba, pero jamás cruzaba las piernas. Era pecado y, así, le privaba de la elegancia que veía en las películas de cine mudas y en las jóvenes vecinas europeas que a veces iban a San Sebastián. Claro que aquélla iba a ser su mujer, no una muchacha para pasar el rato. Él seguía pensando en el fuego que había debajo de aquellos trajes y vestidos sobrios, siempre de elegante corte, pero un punto más rancios de lo que a él le hubiera gustado. No era consciente de que María siempre llevaba ropa heredada y arreglada de sus hermanas o sus primas mayores.

José Luis y Juan Antonio llegaron a casa pasadas las cuatro de la tarde, cuando en la mansión reinaba el silencio de la siesta. El enamorado preguntó a Encarnita por María, y ésta le dijo que había subido a su cuarto para leer. Sabía dónde estaba su habitación. La había ocupado alguna vez cuando se quedaba a dormir allí tras una cena larga, sobre todo en invierno. Mientras el matrimonio charlaba de las naderías del día, Juan Antonio se deslizó hacia la escalera. Sus pies sobre los peldaños quedaron amortiguados por la gruesa alfombra que los revestía. El dormitorio de la joven estaba al lado del de los niños. María tenía la puerta entreabierta por si se despertaban. Las niñeras estaban en la cocina, preparando la merienda.

Estaba sentada en una butaca, tapizada con cretona de suaves estampados ingleses, al pie de la ventana. A solas, suavemente desmadejada e iluminada por la intensa luz de un día claro que filtraban los visillos blancos, tenía una pierna cruzada sobre la otra con el descuido de quien se sabe en soledad. Tenía la falda ligeramente subida por encima de las rodillas. Su pelo se veía transparente y dorado, con un par de mechones sueltos, dependiendo de los reflejos que recibía de la ventana. Con una sonrisa, el joven se deslizó dentro de la coqueta habitación.

Para cuando María levantó la cabeza, su amado ya estaba a su lado, con una expresión de enorme ternura en la cara y un dedo en los labios. Se inclinó sobre ella para besarla primero en la frente, después en la punta de la nariz y, por último, en los labios, levantándole la barbilla con el dedo índice. María era incapaz de moverse. Se aferraba al libro gordo que tenía entre las manos y escuchaba sus susurros.

—Te quiero, María. Te he soñado así, así…

Y le abría la boca con la punta de la lengua. Su cálido aliento olía a habano, a buen vino y a la hierba del Club de Polo, pensó María mientras separaba los labios sin pensar en lo que estaba haciendo. Más atento, Juan Antonio sintió ruidos en el pasillo o en la habitación de al lado. Tiró de ella, la perdió entre sus brazos y la arrastró hacia la única salida que vio en el cuarto. Empujó una puerta de pesada madera que hacía las veces de armario y vestidor. Dentro olía a lavanda, a naftalina y a cuero. María no se resistía, salvo por el hecho de que él la arrastraba con sus brazos en vez de caminar. La metió en el vestidor, y entre ropas y cajas de zapatos repartidas por el

suelo, siguió besándola por el cuello y bajó al valle de sus senos, al tiempo que, con sorprendente agilidad, le desabrochaba los botones de la chaqueta y de la blusa.

María sintió las manos de su amado sobre sus pechos y creyó desfallecer. Seguía besándola y besándola mientras lograba también desabrochar los corchetes de la falda, que cayó al suelo y la dejó con una fina combinación. Estaba paralizada, las piernas le temblaban, pero él la sostenía mientras le murmuraba las frases más tiernas y obscenas que nunca hubiera podido imaginar. Una mano de él, enorme, cálida, la sujetaba por la espalda mientras la otra frotaba por encima de la combinación, perdiéndose en su ropa interior, por debajo de su vientre, con unos dedos sabios que no paraban de agitarse. La joven y entera María sintió que algo le estallaba en la nuca, entre las piernas que apretaba sujetando la mano de su amado, mientras él, jadeando, lograba pegarla a la pared y llevar la mano de María hacia su entrepierna.

Ya no se oía nada en el dormitorio, pero en el oscuro vestidor dos respiraciones brutales, gimientes, pugnaban por no ahogarse. Se había desatado la pasión reprimida durante años y años. Juan Antonio tuvo tiempo de tapar la boca de su amada con la mano cuando ella lanzaba el último y más elevado jadeo, al tiempo que acallaba los suyos escondiendo la cara entre los senos de ella. Después, un silencio. Sujetó a María, que retiraba la mano del pantalón húmedo y sin desabrochar de él, como si quemara. Si no la hubiera sujetado entre sus brazos, se habría caído al suelo. Trató de taparse la cara y esconder las lágrimas, pero luego recordó que tenía que abrocharse la blusa y la falda. Juan Antonio la atrajo hacia su pecho.

—María, te quiero. Por Dios, no te avergüences, no ha pasado nada de nada.

Pero María había comprendido la situación en segundos. Toda la laxitud, la paralización y luego el temblor que la habían inmovilizado durante los escasos veinte minutos que a ella le parecieron veinte años se transformaron en terror. Alguien podía haber entrado en cualquier momento en el dormitorio y preguntarse dónde estaban. Los niños podían haberse despertado en el cuarto de al lado, aunque el vestidor no daba a sus paredes. Y, sobre todo, ella había cometido lo peor del mundo: el pecado de la carne. Y él estaba frente a ella, también descompuesto aún, con la chaqueta y la camisa húmeda de sus lágrimas, por no hablar del pantalón, adonde María no habría bajado la vista aunque la hubieran matado.

De poco le sirvió la ternura con la que el muchacho la ayudó a vestirse bien, a poner cada cosa en su sitio, incluida la falda, la única prenda que estaba en el suelo. Le dio la vuelta y se la abrochó, entre continuas disculpas:

—Perdona, amor mío, perdona, pero ha sido maravilloso, somos un hombre y una mujer…

María seguía sin pronunciar palabra. En la oscuridad del vestidor —sólo una tenue raya de luz se filtraba por el suelo de la puerta— no abrió la boca ni al entrar ni al salir. Cuando ambos estuvieron más o menos dignos, Juan Antonio empujó la puerta muy despacio y la sacó al dormitorio vacío, tal y como lo habían dejado poco antes. Pero la María que salió del vestidor y alcanzó a sentarse delante de la coqueta isabelina para peinarse y recomponer su figura nunca volvió a ser la misma.

Nunca más se sintió limpia. Nunca se perdonó aquella debilidad. Aunque el muchacho restó importancia al incidente y se marchó feliz, dispuesto a hablar con sus padres, el desenlace del episodio hizo que María confirmara en su propia carne lo que había temido desde el día de la caseta en la playa: que la dote y la fortuna de la novia eran un problema para el amor en aquel mundo. También interiorizó que Dios la estaba castigando por la debilidad de su carne, aunque

sólo hubiera sido un día durante breves minutos. Y, como dijo su amado, no había pasado nada grave. Pero ésas eran las creencias de los hombres.

5

Don Luis Aznar, como miembro de una vieja familia de raigambre militar, sabía que, en cuanto a la estirpe, María no tenía nada que envidiar a nadie —valoraba más que bien quiénes eran los Topete en la historia militar de España—, pero como hombre de negocios e impulsor de Neguri y la nueva sociedad oligarca vasca coincidía con su esposa en que no era lo más adecuado que su tercer vástago terminase en brazos de una Topete Fernández. Buena gente, pero no hacía falta buscar informes excesivos para saber que el padre, Ramón Topete, era un abogado de capital modesto, enfermo y con dificultades para sacar adelante a sus diez hijos, aunque gran persona.

Hasta entonces, ni él ni su mujer habían tomado cartas en el asunto, pero, avanzados los años veinte, don Luis se sentía ya mayor. José Luis, su primogénito, había respondido a las expectativas de los progenitores, incluida su alianza matrimonial. En cuanto a Javier, ya había comprendido en su fuero interno que era una sensibilidad distinta y distante. Pero Juan Antonio sería un gran apoyo. Era listo, terminaría su carrera sin problemas, comprendía el negocio, que iba viento en popa pese a los tiempos que corrían, con un rey, don Alfonso XIII, allegado a los norteños pero débil y voluble para con los gobiernos y sus espadones. A don Luis, el papel cada día más excesivo de Primo de Rivera le parecía preocupante, aunque había soslayado la política mientras fue un asunto de liberales y conservadores. Le gustaba la tradición de su tierra vasca, pero no iba a caer en Sabino Arana, como algún chorlito de los hijos de sus amigos de Neguri. No, los suyos tenían los pies en la tierra, salvo que Juan Antonio no lograba tenerlo claro con eso del amor por aquella mujer tan agradable, María, la amiga de su nuera. Lástima que su esposa y él coincidieran en lo de la escasa fortuna familiar.

Por eso, cuando una tarde Juan Antonio le pidió la enésima cita para hablar de temas personales, el padre prefirió recibirle en el Club Marítimo, con un buen puro, un *brandy* y evitando la trascendencia de las oficinas y su despacho en la naviera. Intuía que aquel tema del amor de su hijo debía alejarse lo máximo posible del negocio familiar, para no enconar las posiciones.

Acomodados en sendos sillones Chester, en una esquina del club y mientras el sirimiri amenazaba con convertirse en jarreo, Juan Antonio abordó el problema, levantando la vista de su copa mientras seguía balanceando suavemente el *brandy*.

—Gracias por la cita, papá. Supongo que sabes de qué quiero hablar.

—Hijo, aquí estoy para escucharte. Pero no, no sé exactamente qué es lo que necesitas. ¿Se trata de dinero?

—No, no. Ni mucho menos. Quiero formalizar mi relación con María Topete. Ya sabes, la amiga de Encarnita.

—Ah, sí. Esa chica rubia, alta y tan ¿elegante? Siempre me ha parecido un poco fría. Pero ¿aún sigues chiflado por ella? Hace tiempo que tonteas. Tu madre y yo creímos que se te pasaría.

—Pues ya ves, no se me pasa. Pese a los años, como tú dices.

—Verás, hijo, creo que debemos hablar de hombre a hombre en estos casos. Esa joven será muy guapa, no lo niego, y buena católica y buena mujer. Pero los Aznar nos movemos en otros parámetros, tú lo sabes.

—¿Te refieres al dinero?

—Al dinero y al ambiente. Apenas conoce Getxo, no sabe bien qué es el Arenal, no creo que tenga pasta de *amatxu*, es madrileña…

—Padre, si no es el dinero, todo lo que dices es fútil.

—Iré con los temas no fútiles. ¿Te acuerdas de los años que tengo? Tienes que integrarte ya en la familia, a pleno rendimiento, y eso implica la naviera. No te voy a presionar, hijo, pero no creo que sea una buena elección. Date un poco más de tiempo mientras retomas tu presencia aquí y dejas Madrid. Soy mayor, ya no puedo ir todos los días por las oficinas, tienes que echar una mano a tus hermanos. Por otra parte, hay mujeres muy guapas a nuestro alrededor. Las De la Sota, las Ybarra…

—Ya salió el asunto. Ya veo que mamá te ha enseñado muy bien la lección.

—No hay lección que valga. Sólo te pido que esperes a establecerte de nuevo en casa, a trabajar en las oficinas, a viajar. No te precipites. Aún eres joven…

—Si tú lo dices. Paso de los veintiséis y María también. Ya sabes que para las mujeres eso de los hijos es importante.

—Por Dios, yo creo que estás obsesionado. Date unos inviernos aquí.

El repentino acceso de tos de Luis Aznar interrumpió la conversación. Juan Antonio observó cómo su padre se llevaba la mano al pecho, y al agachar la cabeza, se percató de que, junto a las canas, se abrían unos primeros claros que dejaban ver el cráneo rosado. Su padre estaba envejeciendo y él no pensaba eludir sus deberes en el negocio familiar, pero en el amor no estaba dispuesto a ceder. De momento, podía esperar a establecerse de nuevo en Bilbao. Nada más. Hablaría con María.

A la muchacha, la narración de Juan Antonio sobre la necesidad de esperar para oficializar el noviazgo le resultó dolorosa y avivó sus temores. Ahora nunca estaban solos. Hacía meses y meses que no le consentía ni acercarse a ella. Era como si María tuviera un ojo en la nuca y sus oídos fuesen los de un delfín. Sabía cuándo se aproximaba su amor, ya fuera en Bilbao o en San Sebastián, y rápidamente ponía pie en pared, rodeándose por los cuatro flancos de amigos, niños, institutrices o cualquier otro tipo de carabina.

La joven jamás podría olvidar el valor que había necesitado para irse a confesar del pecado de la carne. Nunca jamás permitiría que sucediera otra vez lo mismo. Ni con las penitencias que llevaba rezadas cada noche desde hacía tanto tiempo lograba mitigar su culpa. Había sacado el reclinatorio de su habitación para rezar los rosarios, las avemarías y los padrenuestros de rodillas en el suelo. Ni con la distancia y la frialdad que el sacerdote le había impuesto para con su amor se sentía ella limpia.

—Ave María Purísima, padre.

—Sin pecado concebida, hija.

—Padre, he pecado mucho.

—¿Tú, hija? ¿Has pecado? ¿Soberbia como otras veces, María?

—No, padre. —María no podía hablar, se atragantaba, y el sacerdote tenía que arrimar la oreja a la rejilla—. Contra el noveno.

—¿Has tenido pensamientos impuros? ¿Te has tocado, hija?

—Oh, padre —sollozó María—, no. Ha sido con mi novio, pero soy culpable, padre, muy culpable…

—¿Ha tocado tu carne? ¿Cuánto de culpable? Habla sin vergüenza, hija, ya que no la tuviste cuando te entregaste a la concupiscencia.

Haciendo el esfuerzo más grande de su vida, María desgranó al padre Juan, el sacerdote de su parroquia y capellán de su madre y sus tías, todo su pecado. Al final, el padre respiró aliviado, porque la primera parte del relato le había puesto los pelos de punta. Con todo, no tranquilizó en exceso a la joven. Le impuso la más dura penitencia posible: no volvería a tocar ni a dejarse tocar por su novio hasta después del matrimonio. Era la única manera de recuperar su pureza.

Había llevado la penitencia a rajatabla, para enfado y a veces hastío de Juan Antonio. Ella lo notaba, sabía que él —ya establecido en Bilbao— visitaba a otras mujeres con sus amigos. Lugares de pecado, pero, al fin y al cabo, estaba soltero.

La joven estaba ciegamente enamorada, por más que sus hermanas Carmen y Amalia le advirtiesen —Amalia siempre con esa fuerza de generala, metida ya en sus hábitos y con la contundencia de la superiora que nunca llegó a ser— sobre los riesgos del amor con Juan Antonio, de que no era un santo.

Lo único que esperaba ella era que después del ansiado matrimonio, Juan Antonio, tan guapo, tan caballero, tan plantado y tan trabajador en el negocio como su hermano José Luis, se convirtiese en un hombre de hogar. Había tiempo de sobra para que ambos hermanos siguieran con la pelea de transformar el emporio empresarial de la naviera Aznar en digna competidora de otra compañía marítima, La Trasatlántica, donde trabajaba su hermano Ramón.

María no renunciaba a sus sueños. Pensaba tener muchos hijos. A uno por año. Como su propia familia, con diez hermanos. Los que Dios enviase. Pero estas ensoñaciones estaban en lo más profundo del corazón de la damita Topete. Ni su hermana Carmen, ni por supuesto Amalia, ni sus otras hermanas monjitas, Josefina y Rosita, tenían la más remota idea de cuán lejos llegaban los proyectos de María.

Además, María y Juan Antonio compartían simpatías ideológicas —eran conservadores y monárquicos, lo que habían vivido en sus familias—, amigos y pasiones, como el fútbol y la caza. Aunque ella no disparaba, acompañaba a su amiga Encarnita y a su marido a la finca de Las Marías, que don Luis había comprado en Torrelodones para cazar los fines de semana. Era una forma de ver y estar al lado de Juan Antonio, pero también de seguir de cerca una actividad que le atraía, como sucedía con el fútbol, deporte en el que se convirtió en una experta, llamando la atención de todas las mujeres y los hombres que la rodeaban. Lo que para los demás era una rareza —una mujer forofa del fútbol—, para ella significaba una forma más de estar cerca de su novio, de sus hermanos, del mundo masculino que le estaba vetado.

La relación pasó baches muy serios por el empecinamiento de María de no ceder ni un milímetro en la apertura de su escote o de sus rodillas a la mano de Juan Antonio, pero iba sobreviviendo entre la distancia de Madrid y Bilbao y con ayuda de los entretenimientos compartidos.

María había comenzado a interesarse por la cosa pública desde que era pequeña, observando a los invitados de sus tíos discutir de política en la Torre, durante las largas tardes estivales y lluviosas. Había adquirido ideas, convicciones poderosas y futuras que la llevarían a simpatizar con la CEDA de Gil Robles y luego con Acción Católica.

Con la religión siempre se sintió culpable, más aún desde que descubrió sus debilidades físicas. Quizá por eso, se decía, estaba obligada a pagar con más esfuerzo que sus virginales hermanas su fe para con Dios. Si no había podido servirle profesando, lo haría con otro tipo de apostolado, que buena falta le hacía a la España que se avecinaba al final de los años veinte, tan alejada de los principios que María profesaba. Ella se redimiría durante toda su vida, y con ella, a las demás mujeres. Al fin y al cabo, su culpabilidad estaba ya en el sagrado Génesis: eran las incitadoras del pecado original del hombre.

En cuanto a sus sentimientos, sólo su hermana Blanca podía intuir ligeramente lo hondo que era el agujero del amor en aquel corazón. Y cada día de cada año que pasaba, esa pasión oculta por Juan Antonio se iba haciendo más férrea, pero también más estrecha, mientras que él se iba alejando lentamente, integrado cada vez más en el vivo e influyente Neguri.

Así pasaron la década de los años veinte, mientras 1929 anunciaba cambios, muchos cambios. En plena dictadura del general Primo de Rivera y cuando Alfonso XIII y la reina Ena habían trasladado la corte al Palacio de la Magdalena en Santander, murió don Luis María Aznar. Dos meses antes le había precedido la reina madre María Cristina, quien le había concedido el título de marqués de Bérriz.

María había conocido a los dos personajes y se sentía triste. Ambas muertes eran un anuncio de los tiempos duros, que quizá ella no supo ver con la cercanía de los hechos, pendiente como estaba de otras esperanzas nunca confesadas. Tras la muerte de quien debía haber sido su suegro, las ensoñaciones de María se revitalizaron. Quizá Juan Antonio se animara, la volviera a mirar como en los primeros tiempos, cuando la perseguía por todas las esquinas y buscaba los momentos para rozarla siquiera. Pero sin pensar en el armario. Hacía tiempo que eso había quedado en un recuerdo doloroso, sepultado en el rincón más recóndito de su cerebro.

Tenía veintinueve años, todas sus amigas se habían casado. El tiempo se le escurría entre los dedos y, pese a que había oído que había otra u otras mujeres, nunca perdió la esperanza. Aún le quedaban al lado su hermana Blanca y, a veces, las infantas Cristina y Beatriz, aunque todas más jóvenes que ella.

Pero en sus ensoñaciones, María no situó bien a doña Encarnación, la madre de su amor. Desaparecido don Luis, a Juan Antonio se le exigió coherencia para ayudar en las riendas del negocio y del futuro familiar.

Para entonces, además, la pasión de Juan Antonio ya se había atenuado un tanto. María era demasiado estirada y estrecha. Habían sido muchos años de sequía entre la pareja y remando a contracorriente, y en el horizonte más cercano, en las puertas de al lado, Juan Antonio tenía a otra joven, más lozana y menos pétrea. Se trataba de María Ybarra Gorbeña, descendiente de José Antonio Ybarra Arregui y Valentín Gorbeña Arrayagaray, dos destacados hombres del mundo empresarial de Bilbao. Y de la saga de los Ybarra, el sueño de los Aznar, siempre pendientes de las relaciones que beneficiaran al negocio entre las familias.

Un día de 1931, a María Topete Fernández se le secó el corazón para el amor. María Ybarra —no iba a equivocarse el novio con los nombres— dio el sí en la iglesia a Juan Antonio.

De los labios de María nunca jamás volvió a salir la más mínima referencia a su debilidad de juventud: ni una queja, ni una frase, ni una alusión. Nada. Ni con sus hermanas ni con sus amigas. Fue como si su amor y su pasión —larga, resistente y adversa— por Juan Antonio no hubieran existido o lo hubieran hecho sólo en la imaginación de los demás. Hasta el final de sus días, de eso no se habló.

Aquel año de 1931 venía tan cargado de acontecimientos —las huelgas, el triunfo de la II República y el exilio de su querida familia real— que a María no le costó trabajo disimular. Militante de Acción Católica, horrorizada con el exilio de las infantas y temerosa de las calles llenas de obreros, de zafiedad y de locura revolucionaria, tenía mucho trabajo que hacer para salvar a Dios y a España.

6

Cuando el coche de caballos paraba a las puertas de Sakuska, el portero estiraba más si cabe la cabeza y su cuello emergía unos centímetros de la tira bordada de la camisa amarilla. Su sombrero cosaco crecía, aunque nunca llegaba a la altura de la chistera negra del cochero. Diligente, el hombre se alargaba para abrir la puerta del carruaje con la mano derecha mientras con la izquierda apartaba el pesado cortinón de terciopelo azul.

Con la misma elegancia de ganso con la que había estirado el cuello al ver el coche, se inclinaba al paso del caballero o la dama que franqueaba la pesada puerta. Pero la barbilla no terminaba clavada en su pecho para mirar la propina que caía sobre la mano enguantada. No lo necesitaba. Conocía cada moneda al peso. Ya en la penumbra del recibidor, el botones, vestido con idéntica camisa color canario sobre pantalón negro, extendía los brazos, dispuesto a recibir el abrigo y el sombrero de los recién llegados. Era entonces cuando el alemán Otto, el encargado, llegaba sin apresurarse, dispuesto a recibir a la visita, ya fuera conde, marqués, alguno de los ministros del general Primo de Rivera o los diputados del cercano edificio de las Cortes, en la Carrera de San Jerónimo.

A veces eran ilustres apellidos: los Maura —con su casa al lado—, los Marañón, los Semprún, cuyas viviendas estaban próximas al Casón del Buen Retiro. Otras veces eran damas de pudientes familias del barrio de Salamanca, con sus vestidos aún largos y sus sombreros rancios para las modas europeas. Muy pocas habían oído hablar de una sombrerera de nombre Coco Chanel, pese a sus casas en Fuenterrabía o Hendaya. Sólo las más privilegiadas tenían en su armario algún modelo del pesado Paul Poiret, porque aquel Madrid de finales de los años veinte ya anunciaba grisura y falta de medios comparado con el elegante París.

Sakuska era el salón de té más glamuroso de la capital. Situado en Alcalá, 60, por encima del Palacio de Telecomunicaciones, estaba en el camino de la Cibeles al Parque del Retiro. Para los hombres de negocios de la Bolsa, en la cercana plaza de la Lealtad, también era un lugar cómodo para el café de media mañana. Era propiedad de una viuda venida a más y cumplía con el papel: un sitio de encuentro para reconocer a los que eran de la misma clase, aunque sólo fuera de vista.

Sakuska tenía el toque chic que le aportaban sus camareros alemanes, franceses e italianos. Su orquesta de rusos blancos no era precisamente el *ballet* de Sergéi Diágilev que enamoraba al París de los años veinte, pero aportaba el aire cosmopolita que no remataban Lhardy, el Café Suizo o La Granja del Henar. Sólo Embassy, en el paseo de la Castellana, fundado en 1931 por otra viuda recién llegada de París, Margarita Kearney, podía competir con Sakuska.

Entre los pocos españoles que trabajaban en el salón de té destacaba un pastelero, robado a la famosa Garibay de la Gran Vía, que era el encargado de rematar los populares «sakuskinos», una variante entre el churro y la porra de toda la vida. Y también estaban los exquisitos cruasanes y demás bollería, que para eso en la cocina se las arreglaban con el de Garibay, un ayudante francés y otro italiano.

A los dieciocho años, una camarera llamada Trini Gallego tuvo la suerte de entrar en Sakuska de la mano de una de las amistades de su abuela Trini, que era la portera de la finca del marqués de Santo Domingo. Primero lo hizo para trabajar en el ropero, después para ayudar a despachar. Le pagaban treinta duros al mes, más las propinas.

A la nieta de Trini Mora no le impresionaban demasiado los sombreros, los abrigos largos y las chisteras, porque para eso había crecido en el chiscón de la calle Villamagna. Pero sí que le despertaban curiosidad los hombres, los aristócratas ricos y los políticos, sus charlas, el miedo que respiraban en la calle y cómo se desfogaban de ese pánico con el que llegaban a la mesa soltando diatribas contra los obreros.

Frente al apasionamiento de los hombres, le asombraba la insulsa conversación de las damas, que, o bien permanecían calladas escuchando a los caballeros, cuando eran admitidas a su mesa, o bien hablaban de sus hijos e hijas, las bodas y los cotilleos de esa sociedad ramplona, ya asustada por los trabajadores que a veces se manifestaban desde la Puerta del Sol hasta la plaza de Cibeles. Ni los pesados cortinones de terciopelo del salón de té ni los mullidos asientos con tapizados de flores amortiguaban los cantos obreros, la recién aprendida Internacional y las cargas de los guardias a caballo.

Entre las damas que frecuentaban Sakuska se encontraban las hermanas Topete y algunas de sus primas y amigas, como Elvira Pérez de Santos. Trini, entonces sofocada con sus dieciocho años y todo lo que iba aprendiendo sobre luchas y clase obrera con algunos de los camareros de Sakuska, a menudo reparaba en una mujer alta y rubia. Parecía extranjera, aunque hablaba sin acento. Su sobriedad destacaba entre las otras mujeres encopetadas, a las que atendía en la pastelería, siempre tiesas bajo aquellos sombreros tan feos y con las manos escondidas en guantes de piel. Trini entonces estaba muy lejos de imaginar cuándo y dónde se volvería a encontrar con María Topete.

7

Aún no hacía frío en Madrid, pero María lo sentía. Llevaba ya unas semanas en el convento de las capuchinas, en la plaza del Conde de Toreno, detrás de la Gran Vía. Los rojos lo habían convertido en prisión para las fascistas desde el alzamiento nacional del 18 julio, y allí habían ido a parar ella y su prima Carmen, tras haber sido detenidas el 9 de agosto del primer año de guerra y pasar por el calvario de los interrogatorios de Gobernación. Con ellas se llevaron a su hermano Ramón y a otros familiares, de los que aún no sabía nada. Quizá estuvieran en la cárcel de San Antón o en la de Porlier.

Un velo enturbiaba sus ojos azules desde que la habían detenido. Cuando llegaron a por ellas, no hacía ni una semana que la portera les había pasado el recorte del republicano diario *ABC*, en el que se recogían los «curiosos descubrimientos hechos en el convento de las capuchinas, adonde han sido trasladadas las presas de la cárcel de mujeres». Uno de los descubrimientos —decía el diario— era un subterráneo que comunicaba a las monjas con un convento de frailes, «pero esta comunicación, con esta trayectoria, podría atribuirse a la maledicencia sectaria», señalaba la noticia. Más adelante añadía que lo que «no admite duda ya es que han sido hallados algunos fetos, que es de suponer que no habrían sido colocados allí para desprestigio de quienes decidieron llevar una vida recoleta, huyendo del mundanal ruido y de los apetitos de la carne».

Sentadas en la salita de su casa, María y su hermana Blanca habían sentido indignación ante aquella propaganda. Amalia, que profesaba con las monjas del Sagrado Corazón, les había contado unos días antes, muy alarmada, que las capuchinas habían sido sacadas de su convento. Las hermanas de San Agustín, la casa convento en la que estaba Amalia, ya habían tomado medidas, a la espera de que su edificio fuese también objetivo de las hordas republicanas.

Si no fuera por la cólera sorda y el miedo, habría actuado. Desde que ingresó en prisión, había tenido la idea de buscar el supuesto túnel que llevaba al convento de frailes. O, si su religión se lo hubiera permitido, habría osado preguntarle a alguna de aquellas milicianas zafias qué habían hecho con los fetos. Pero le fallaban las fuerzas.

En aquel convento, ahora cárcel de Conde de Toreno, sólo se reponía de las pesadillas nocturnas al amanecer. María se encontraba cada mañana con caras conocidas, señoras, damas y señoritas del barrio de Salamanca, buenas familias, apellidos de rancio abolengo que, como ella, estaban en las capuchinas tras soportar los humillantes interrogatorios. Lo peor eran las detenciones por parte de los chequistas, ya fueran anarquistas o comunistas. Ella no distinguía y aquellas bestias le parecían todas iguales. Sólo era capaz de mitigar el odio y el miedo que la invadían durante los pocos momentos de recogimiento religioso, cuando su ira se sosegaba con la ayuda de Dios, como le habían enseñado en su familia. La cuestión era que ese Dios suyo no siempre calmaba su cólera.

En esas largas horas, ¡cuántas veces había echado de menos la fe de sus tres hermanas! Amalia ya era monja, y Rosita y Josefina soñaban con el momento de casarse con Cristo

definitivamente; la salida más digna para grandes familias venidas a menos, pero también un acto de valentía y ofrenda en aquel Madrid republicano, donde las quemas de conventos y de imágenes eran el pan nuestro de aquellos primeros días.

La fe de sus hermanas había nacido en el corazón con tal firmeza que serían capaces de morir por Dios. De eso estaba segura María, porque Amalia, Rosita y Josefina se sentían desposadas con el Sagrado Corazón, aunque las dos menores aún tuvieran que frenar su entrega. De ahí brotaba su fortaleza, de la noble competencia entre ellas en humildad y misticismo.

El poder de Amalia era especial. Más terrenal que las dos hermanas menores, ella estaba hecha para pelear. Desde pequeñas, Amalia había sido la fuerte, y cuando jugaba con María y el resto de sus hermanos a los sacrificios de Santa Teresa de Jesús, siempre aguantaba más en las penitencias y castigos que se imponían. Daba igual que fuera la renuncia al postre o cargar con las tareas más pesadas para ayudar en la casa y mantener la frágil economía familiar.

Una mañana, a mediados de septiembre, mientras María hacía una tarea que le repugnaba en el convento-cárcel, limpiarse los piojos con ayuda de otras compañeras de prisión, se dio cuenta de que llevaba semanas sin noticias de su familia. Pero esa misma tarde, hacia las siete, se abrió de nuevo la puerta y entraron trece esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, compañeras de su hermana Amalia en el colegio de Martínez Campos.

Una de las reclusas de confianza se acercó a María.

—Han venido treces religiosas esclavas, pero he visto los nombres y ninguna es tu hermana.

—Gracias a Dios.

María perdió una parte de su compostura, con su rubia cabeza alta y los hombros firmes, ese porte que tanto irritaba a sus interlocutores, primero durante los interrogatorios en la comisaría y después a las guardianas de Conde de Toreno.

María se apresuró hacia el coro del convento —correr hubiera sido una ordinariez y habría dado muestras de sus emociones a las guardianas—, donde se almacenaban las colchonetas y los utensilios. Llegó a tiempo de oír cómo un miliciano ordenaba a las monjas y a otras dos mujeres:

—¡Coged cada una un colchón, una manta, dos sábanas, una escudilla, un vaso y una cuchara, y seguidme!

Reconoció enseguida la voz de la superiora de la casa de San Agustín, María Luisa Fernández, y a otras doce compañeras de su hermana Amalia, pero ésta no estaba, como le confirmó la madre María Luisa.

—No, de momento su hermana Amalia, la hermana Josefa Sillaurren y la hermana Generosa están a salvo. Aún no han probado el gozo de ser encarceladas por Cristo —murmuró la superiora mientras intentaba organizar a sus pupilas, afanadas por coger los colchones de crin vegetal, unos más rellenos que otros. Pero los milicianos no dejaban elegir.

María sintió un enorme alivio. Junto con otras reclusas, las ayudó a subir una angosta escalera que conducía hacia la estancia en la que iban a pasar la noche.

La priora María Luisa sintió el calor de las reclusas en cuanto entró en el amplio claustro. No se había imaginado que reinaría tal alegría. Las presas las estaban esperando porque entre los grupos que iban llegando a la cárcel corría la voz de quiénes quedaban en la Dirección de Seguridad. «¡Han llegado las esclavas, han llegado las esclavas!», decían las presas mientras las recibían con los brazos abiertos. La madre María Luisa se dedicó a recoger por escrito cómo la habían tratado las rojas, tanto a ella como a las otras mujeres de la cárcel, buenas católicas todas.

«Aventuras bajo el dominio rojo», decía la madre María Luisa. María pensaba que la monja era demasiado generosa al hablar de aventuras con semejante sufrimiento, pero su imagen le ayudaba en sus momentos de flaqueza.

María nunca olvidó que estuvo presa del 9 de agosto de 1936 al 7 de marzo de 1937, acompañada de otras mujeres de su condición. Recordaba los nombres de las distinguidas presas con las que había compartido la represión. Desde una Rotaeche hasta una Torres Quevedo, una Pombo, la viuda de Arancibia y sus tres hijas…

En su memoria estaba aquella noche en la que llegó la madre María Luisa con las monjas. Se fueron a la cama sin cenar —el rancho se repartía a las seis— y cuando ya estuvieron todas acomodadas, uno de los milicianos, Pablo, acudió al claustro para privarlas de su compañía.

María miraba a las trece esclavas, inclinadas sobre sus colchones de crin y preparadas para marchar hacia el claustro de enfrente, vacío, y pensaba que no merecían ese trato vejatorio. Para ella, eran casi santas. Durante los cuatro meses que las esclavas permanecieron en Conde de Toreno, María agradeció a las monjas que le devolvieran su fe, que le contagiaran su amor ferviente, místico, que en ocasiones les hacía desear la muerte si el sacrificio lo hacían por su entrega a Cristo.

Cada día, cuando a las doce se repartía el rancho de sopa de arroz y fideos, con un trozo pequeño de carne y otro de tocino añejo, mientras las religiosas se santiguaban a escondidas, María intentaba que las compañeras de su querida hermana Amalia le transmitieran fuerza y aliento para desterrar el odio y el miedo que la noche acumulaba en su corazón. Sólo era capaz de apaciguar el infierno interior entregándose a los rezos o a los recuerdos, ya borrosos, del que había sido el único amor de su vida, pese a la traición final.

¿Qué habría sido de Juan Antonio? ¿Habría escapado a tiempo? Atormentada, María no sabía si odiaba más a los rojos y a las milicianas que se reían de ellas por el daño que le hacían o por la incertidumbre sobre el destino de su viejo amor, ahora en paradero desconocido. Ese secreto la arrasaba, porque no podía confesárselo ni a ella misma, pero tampoco sabía cómo arrancarlo de su alma.

Durante aquellos siete meses en el convento de Conde de Toreno —las esclavas se marcharon y ella se quedó con otras presas conocidas y nuevas religiosas que no pudieron salir hacia Roma como las compañeras de su hermana—, María terminó de forjar su dura e inmisericorde personalidad.

8

El recoleto convento de las capuchinas estaba cada día más hacinado. Muchas de las presas eran religiosas. La superiora de las esclavas, la madre María Luisa, lo apuntaba en sus notas. Si en septiembre, cuando llegaron, eran trescientas, para octubre ya eran dos mil.

María y la madre María Luisa trataron de calmar a las más jóvenes el día que hubo cambio de guardianas, cuando llegaron a la cárcel milicianas triunfantes deseosas de custodiar a las reclusas. Todas llevaban monos, correas y pistolas, como si fueran hombres, aunque en realidad eran mujeres de malas trazas.

La superiora comentaba con María y las otras detenidas el comportamiento de las milicianas.

—¿Habéis visto? Al pasar a nuestro lado nos han mirado fijamente con un ademán que parecía querer decir: ¡ya os podéis preparar!

La guardiana que les había tocado a las esclavas dejó perpleja a María y a la madre María Luisa.

—Dicen que es una mujer culta —contó María—, tiene dos carreras, está casada y con hijos. Y ya ve, hermana, a pesar de sus ideas comunistas, siempre la espera su espléndido coche a la puerta de la cárcel.

Bien diferente era la encargada de revisar los paquetes. La repartidora de paquetes era para las esclavas y las señoras de aquellas buenas familias, de antiguo abolengo o recientes burguesas, el prototipo de miliciana.

—Ya ve, madre, es gorda, no pasa hambre. Es ordinaria, pese a su pelo ondulado. Dicen que ha estado presa. Lo cierto es que ha sido verdulera, con puesto en la plaza de la Cebada.

La verdulera no vestía mono, sino un guardapolvo marrón, y encima de él se ajustaba el correaje y la pistola.

—Sí, María, pero a pesar de las palabrotas y blasfemias que dice, no creo que sea mala en el fondo. Estoy segura de que obra así por ignorancia.

Ignorancia. Estaba claro que la superiora de las esclavas era un alma de Dios, pensaría María años después, ya en la posguerra, cada vez que releía el libro en el que la monja había recogido sus experiencias. Si después de la victoria del glorioso alzamiento hubiera tenido que tratar con mujeres como la repartidora, seguro que la monja no habría sido tan benévola en sus juicios.

María no olvidaría nunca los tiempos de la cárcel de Toreno, especialmente una tarde espantosa, la de la aparición. La experiencia la marcó de por vida y le sirvió para justificar su conducta en el futuro.

Fue el 6 de octubre de 1936. Después de haber tomado el rancho, las religiosas fueron convocadas. Había unas cuatrocientas. Mejor cuatrocientas una, porque María se coló, arropada por las compañeras de su hermana. Quería ver qué era aquello para lo que con tanto interés las habían llamado.

Recordaba aquella escena como si hubiera sucedido ayer. La miliciana verdulera de la plaza de la Cebada entró con gran solemnidad en el patio, seguida de una mujer alta, con porte de obrera pero no exento de cierta prestancia. Debía de rondar los cuarenta. Enseguida acaparó la atención de todas, incluso antes de que las milicianas que la rodeaban ordenaran silencio. No hizo falta. Ellas ya estaban expectantes. La mujer se situó en el centro y empezó a hablar con una voz insinuante y persuasiva. Denotaba que estaba acostumbrada a dar mítines.

—Voy a tener el gusto de dirigiros la palabra por breves instantes. Me intereso por vuestro bien. Os aprecio como merecéis, pues, al fin y al cabo, sois lo mejor de la sociedad. Estáis aquí sufriendo las molestias que lleva consigo la vida de reclusa y no es justo que siendo inocentes padezcáis como culpables. Yo sé lo que es esto, pues lo he probado, aunque yo con culpa, si lo es propagar y defender un ideal. También vosotras tenéis un ideal, que es vuestra fe, y yo lo respeto, ya que esta fe no os la podemos arrancar del corazón. Os han traído aquí como medida preventiva; no tenéis a dónde ir, nadie os quiere en sus casas, por temor, y aquí por lo menos os dejan en paz. Entre vosotras hay muchas jóvenes, en los mejores días de la vida, y tenéis derecho a disfrutar de ella prestando sus servicios a la patria. A trabajar, pues, cada una como pueda. Estaréis en las casas a las que yo os destine y a todas buscaremos ocupación. Las viejas… ésas… ¿qué van a hacer? ¡Rezar a los santos! Las otras haréis labor para los milicianos. Cuando queráis salir de paseo, ellos os acompañarán, si no conocéis Madrid. Dentro de casa podréis rezar si queréis, tener imágenes, rosarios y demás… y hasta si os empeñáis os podréis poner los hábitos, ¡qué más da! Pero no por la calle, pues las turbas exaltadas serían capaces de hacer cualquier cosa…

Y recordando el Paraíso terrenal, el pecado de nuestros primeros padres, su condenación al trabajo y otras mil cosas por el estilo, siguió su discurso con dulzura engañadora, hasta que por fin terminó con estas palabras:

—Ahora dirá alguna: ¿quién será la que nos está hablando? No os asustéis si os lo digo y… os lo voy a decir… soy la Pasionaria.

El descubrimiento de quién era fue seguido de un fuerte aplauso y gritos de «¡Viva la Pasionaria!», seguidos de otros como «¡Viva el comunismo!» y «¡Viva Rusia!».

Pese al impacto que produjo el nombre en la madre María Luisa, ésta estuvo a punto de perder los estribos al escuchar cómo alguna de las hermanas había proferido tales gritos sacrílegos. María la sujetó a tiempo.

—Hermana, son las milicianas las que gritan. No se mueva.

Estaba preocupada. Veía los ojos de la verdulera clavados en la superiora y en ella.

—¡Es un sacrilegio! —murmuró con voz sorda la monja.

—Luego, madre. Luego.

La tensión se relajó cuando la Pasionaria dedicó los minutos finales a mezclarse entre las monjas y las damas presas. Les daba una palmada en la espalda o les estrechaba la mano. Con el brazo de la superiora bien agarrado, María y la madre María Luisa giraron sobre sus talones antes de que Dolores Ibárruri llegara a su altura. Aunque anduvieron despacio hacia una esquina del patio, sentían los ojos de la miliciana clavados en su espalda.

Al atardecer, cuando María estaba de charla con una de sus amigas, la verdulera se acercó.

—¿Qué? Te ha impresionado la Pasionaria, pero no has querido que te tocara, ¿verdad? Conozco a la gentuza como tú. Los obreros os damos asco.

—No sé de qué habla.

—Lo sabes. La lástima es que Dolores ha sido demasiado generosa con vosotras. Si fuera por mí…

Con un gesto, la miliciana se llevó la mano de uñas sucias al cinto, donde tenía la cartuchera sin el arma. Las dos presas volvieron a comentar la zafiedad de aquella mujer. Ya podía la monja, en su caridad, decir que era buena persona. Desde luego, no lo aparentaba. Unos días después, la misma miliciana se plantó ante María cuando estaban en el patio. En la mano llevaba un recorte manchado de grasa. Se encaró con la presa.

—Toma —le dijo mientras casi le metía el trozo de papel impreso por los ojos—, para que te enteres y no olvides nunca lo que el otro día viviste aquí. Falta os hace.

María no quiso coger el trozo de papel.

—Cógelo o te lo meto por la boca, señoritinga de mierda.

Una compañera de María cogió el papel.

—Deme, ya se lo guardo yo.

Cuando la guardiana desapareció, María cogió el recorte del periódico obrero. Iba a romperlo en pedazos, pero de pronto hizo una bola con él y lo guardó. Con el tiempo terminó por aprenderse el discurso de memoria a fuerza de releerlo una y otra vez. La reafirmaba en sus convicciones. Las sibilinas artimañas de las rojas eran un peligro tan grande que hasta podían arrastrar y envenenar las cándidas almas de las más tiernas novicias. Aquellas palabras eran la prueba.

9

La primera semana de marzo de 1937, la señorita María Topete Fernández dejó la cárcel de Conde de Toreno gracias a los oficios del cónsul de Noruega, Félix Schlayer, ingeniero y empresario de nacionalidad noruega, aunque nacido alemán. Simpatizante de Hitler sin disimulo excesivo, se había hecho cargo de la Embajada de Noruega en Madrid desde su posición de encargado de negocios de ésta. Como en otras muchas legaciones, los embajadores estaban de vacaciones cuando estalló el golpe militar.

A don Félix, el alzamiento le resultó lo más natural del mundo. Ya había discutido eso con alguno de sus amigos. La España republicana no tenía solución, y menos con el caos y el bolchevismo del Frente Popular.

—¿De dónde nacen esa crueldad y esos horrores del temperamento español? ¿Del bolchevismo o son intrínsecos a su persona? El español, salvo en contadas excepciones, si se le sabe llevar, es noble y digno. Pero no se guía por la razón, sino por lo pasional. Son tan compasivos como crueles, como los niños pequeños.

Así disertaba habitualmente Schlayer con sus amigos: empresarios, diplomáticos, militares, gente toda de orden.

La vivienda del embajador de Noruega se encontraba en la calle José Abascal, 27, tabique por medio con el piso de la familia Satrústegui. Ya desde los primeros meses de la guerra, a Schlayer le pidieron algunas familias del mismo edificio y del colindante que se hiciera cargo de sus casas para impedir que los milicianos se apropiaran de los pisos. Los dos edificios de José Abascal, 25 y 27, que por aquel entonces era la zona norte residencial de Madrid, se habían construido para una burguesía rica que había tomado posiciones en la capital, dispuesta a crear zonas para residir alternativas al Retiro y a la calle Alfonso XII y al tradicional abolengo del barrio de Salamanca. En los alrededores de Abascal, entre la Castellana y Santa Engracia, comenzaron a florecer los palacetes de los nuevos empresarios y banqueros norteños.

El cónsul noruego aceptó inmediatamente el ofrecimiento de ampliar el suelo de la legación. Estaba horrorizado de la calaña «del populacho de Madrid», comentaba a sus amigos. Fue llenando los diferentes pisos de ambos edificios de refugiados nacionales a los que la contienda había sorprendido en la capital.

En cuanto salió de prisión y llegó a las casas de la calle José Abascal, María se pudo abrazar con su hermano Ramón y con su primo, Carlos Fesser Fernández, que también habían sido detenidos en agosto del 36. A ellos los habían llevado a la cárcel de Portier y de San Antón.

Los buenos oficios de Schlayer como mediador con algunos altos cargos del Gobierno republicano y la influencia de la familia habían dado resultado, tras varios meses de duras negociaciones.

El júbilo de María no tenía límite. Dios había escuchado sus plegarias y las de todas sus hermanas. Encontró allí a las niñas de su primo Carlos y a otros miembros de las familias Fesser,

Satrústegui y Fernández. Muchos con nombres supuestos y alguno preparándose para salir al extranjero.

Por personas interpuestas se enteró, con íntima y secreta satisfacción, de que su amiga Encarnita y su familia, incluido su cuñado Juan Antonio y su esposa, estaban a salvo después de serias vicisitudes y grandes diferencias con otra rama del negocio familiar, que se había declarado leal a la República.

Pese a tantas buenas noticias, el miedo se respiraba en la legación noruega. Comunistas y anarquistas sospechaban desde hacía tiempo del conflictivo Schlayer, que generaba también dudas en los ministros del Gobierno republicano y tenía diferencias con otros miembros del cuerpo diplomático, como con el encargado de negocios de Chile, Carlos Moría Lynch, quien también se dedicaba a proteger a destacados nacionales perseguidos, sólo que éste había convertido primero la embajada chilena en refugio de nacionales y, tras la llegada de las tropas de Franco, en refugio de republicanos, algo que hubiera sido complicado para la mentalidad de Schlayer.

El clima que reinaba entre los nacionales refugiados en las viviendas de la Embajada de Noruega era de horror, pese a su fe en la victoria y las innumerables misas secretas que se oficiaban. Cada noche, cuando los niños se habían acostado en alguna de las catorce viviendas —a dos pisos por planta— de José Abascal, 27, llegaban las puestas al día. Pocas horas después de su liberación, la recién excautiva fue informada de los sufrimientos del cónsul Schlayer por salvar y recuperar a Ricardo de la Cierva, abogado de la legación de Noruega, preso. De la Cierva estuvo a punto de escapar con la documentación preparada por el cónsul noruego, pero fue capturado en la escalerilla del avión. Todos los intentos para la liberación posterior fueron un fracaso y Ricardo de la Cierva fue asesinado, junto con otros compañeros de la cárcel Modelo, como le confirmó el mismo Félix Schlayer a una María horrorizada en los primeros intercambios de confidencias, preparativos y noticias ante el momento en el que las tropas franquistas, imparables, entraran en la capital.

En aquellas catorce viviendas también se relataba cada noche, detalle a detalle, la versión sobre los mil doscientos muertos, según los cálculos del propio Schlayer, que habían sido asesinados en Paracuellos por los comunistas en los primeros días de noviembre del 36, mientras María estaba en la cárcel de Conde de Toreno. Todo esto lo narraba don Félix con su apasionamiento vital e ideológico, cada día más admirador del trabajo de Hitler en su país de nacimiento.

—Como ves, querida hermana, hemos tenido suerte —le comentó Ramón en un aparte una noche tras las tertulias y los rezos que se organizaban en la Embajada.

María asintió. El resto de su familia estaba también recogida. Una parte con ellos, otros, como su hermana Amalia y otras novicias de las esclavas, camino de las casas de la congregación en Italia, tras pasar por Francia.

—Tengo ganas de ver a Amalia. La madre María Luisa me contó cómo escaparon de nuestra casa a las seis de la mañana. Después de que nos detuvieran a nosotros dos, volvieron en septiembre —respondió.

—Hubo muchos registros en casa. Más de una docena. Los primos Fesser tienen contados los que les hicieron a ellos. Hasta dieciocho. Cada vez que llamaban y veían en la entrada el retrato del Sagrado Corazón, que el primo Carlos se negó a quitar, había bronca. Ha salido y entrado de

la cárcel más que nosotros. En casa fueron no sólo a por Amalia, sino a por Blanca, que se salvó porque había ido de compras. Tengo una cosa para ti. Nos la ha dejado Amalia, lo escribió para la madre María Luisa y las esclavas. Están recopilando memorias para un libro. He esperado estos días a que te repusieras. Toma. Yo ya lo he leído veinte veces.

—Sabía que estaban recogiendo testimonios. Lo hablé con la priora en Conde de Toreno. Ese horror hay que contarlo. No puedo dejar de pensar en las mujeres que siguen ahí encerradas. Menos mal que Amalia pudo esconderse.

María cogió el abultado sobre de las manos de Ramón. Allí estaba la letra de su hermana; era la de siempre: limpia, menuda, aplicada e inclinada a la derecha. Denotaba su fuerza.

Queridos hermanos: Os dejo mis últimas vivencias. No sé cuándo volveremos a vernos. Salgo con mi congregación hacia Francia. María, gracias a Dios, sé que estás bien, pese a las horribles condiciones en que vivís en ese que fue santo lugar, ahora profanado con pecado, sangre y horror por esos pecadores. Sé que soportaréis estoicamente todos los sufrimientos, como yo soporto el no haber tenido el gozo de sufrir prisión por Cristo, como mis queridas hermanas del Sagrado Corazón. Ramón, cuida de todos. Los primos Satrústegui y Fesser están también por ahí. Que Dios se apiade de nosotros en este calvario que recorremos por nuestra Fe. Os he copiado el texto de lo que vivimos Blanca y yo tras vuestra detención. Adiós, hermanos amadísimos. Recemos todos, juntos o separados, por salvar nuestra fe y nuestra patria. Amalia Topete.

Con los ojos húmedos, pero sin dejar que las lágrimas resbalaran por su rostro, María leyó la historia que su hermana había escrito para la madre María Luisa sobre uno de los varios registros que habían practicado en su casa, pese a que ellos ya habían sido detenidos.

Era 5 de septiembre, mi hermana Blanca acababa de salir para ir de compras y yo me había quedado sola en la salita, leyendo, cuando oí que se paraba un auto. Me asomé y vi con horror un gran coche de la Federación Anarquista Ibérica lleno de milicianos que, con sus fusiles al hombro, acompañados de una mujer, entraban en nuestro portal. «¿Subirán a nuestro piso?», me pregunté. Corrí al patio para ver dónde paraba el ascensor y tuve que resignarme a recibir aquella desagradable visita. Me encomendé con fervor al Corazón de Jesús y acudí con serenidad al ser llamada por la doncella.

—¿Qué desean ustedes? —les pregunté.

—Detener a Carmen Topete.

—Está en San Sebastián.

—Pues entonces procederemos a un registro. Enséñenos usted su documentación y la caja de caudales.

—No tengo ni caudales ni caja, y toda mi documentación es la cédula, que les enseñaré si lo desean. No insistieron, por dicha mía, pues llevaba escrito: «San Agustín II, convento». Empezaron a revolverlo todo, y al ver un gran crucifijo, me mandaron que lo quitara.

—No puedo —repuse—, soy católica y ésta es la señal de mi fe.

—Pues quite el cuadro de la Virgen.

—Tampoco. Aquí todos somos católicos y no nos avergonzamos de las imágenes que veneramos.

—Mire que la comprometen y la perjudican a usted.

—¡Aunque así sea! No los quito. En estos objetos, además del emblema de nuestra fe, vemos un recuerdo de nuestros padres. Es la herencia que ellos nos legaron y, respetando las ideas de otros, queremos ahora que ustedes respeten las nuestras. Habían dado por terminado el registro, excepto el de un cajón cuya llave no aparecía.

—Como al abrir encontremos más cosas de las que usted dice, prepárese —me advirtieron. Se sentaron todos, dispuestos a esperar a mi hermana. Yo me quedé de pie, frente a los retratos de mis padres y de mi hermana Mercedes (q. e. p. d.). ¡Con qué fervor me encomendé a ellos!

Llegada a este punto del escrito de Amalia, María sonrió en un esfuerzo de nuevo por contener las lágrimas. ¡Cuántas noches, mientras estuvo en la cárcel, también ella se encomendó a la protección de sus padres desaparecidos y de su hermana Mecha, Mercedes, la pequeña de todos ellos y muerta tan joven! Tras parpadear ligeramente y sacudir las pestañas, regresó a la lectura de su querida y valiente Amalia.

Sonó el timbre, abrí la puerta y me encontré con cuatro hombres más. Mi terror se tornó enseguida en tranquilidad al oírles decir:

—¿Es aquí donde hay milicias haciendo un registro?

—Sí, señor. Y estoy sola.

—No se apure. Somos la policía, nos ha llamado una de las vecinas. Entraron en la sala y preguntaron en voz alta:

—¿Quién se hace responsable de este registro? Los milicianos se quedaron petrificados. Uno tiró su colilla y, temblando, le enseñó varios papeles. Hablaron entre sí, yo entonces empecé a respirar, y al poco se fueron. Un rato después llegó mi hermana. De este registro, en el que sufrí muchísimo, guardo un dulce recuerdo: «Al que me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos», prometió Jesucristo. El martirio me faltó, pero yo no había faltado al martirio.

Era un digno final para el escrito que Amalia les había dejado, con copia para el trabajo sobre «las aventuras bajo el terror rojo» que recopilaba la superiora María Luisa. María dobló las páginas con respeto y enorme cariño. Serían una crónica más de lo mucho que tantos buenos católicos y patriotas estaban soportando. Algún día saldrían de aquella legación extranjera. De momento, estaban en el corazón de España.

10

Mientras se esperaba el éxito de las tropas nacionales, María disfrutó de la compañía de sus familiares y amigos aun cuando sufrieran estrecheces en la legación. A veces se arriesgaba a bajar y a hacer cola, especialmente con alguna de las hijas de su primo Carlos Fesser, que la acompañaba para conseguir un poco de pan o unas pipas que le mitigaran el hambre. Afortunadamente, gracias al buen hacer de los cónsules de Chile, de Checoslovaquia y de Noruega, había días en que tenían leche fresca, porque en los garajes de la Embajada de Chile había atadas algunas vacas que servían a los tres diplomáticos para alimentar a los niños que estaban refugiados. Un privilegio dentro de la desventura y una prueba del arte de la diplomacia, porque la mayoría de los pequeños de la capital hacía meses que no sabían lo que era la leche fresca.

María entretenía a los hijos de sus primos Fesser y Satrústegui con algunas de las cosas que había hecho en Conde de Toreno durante los siete horribles meses de prisión. Los chicos se divertían cuando la excautiva les explicaba de qué tamaño eran los piojos o cómo quedaba la lendrera tras pasarla por el pelo. Incluso les enseñaba canciones:

Por la mañana nos pasamos la lendrera y ése es un cuadro difícil de explicar. Salen los piojos tan grandes como peras y empieza la celda a motear.

Con otras canciones, en cambio, se reían de lo burdas y maleducadas que eran las milicianas.

Ay, miliciana pajolera, cuánto me quieres humillar, porque llevamos en las venas sangre española de verdad.

Las anécdotas sobre lo mal que hablaban aquellas mujeres de pueblo con escasa o nula educación divertían a las niñas y a las otras mujeres.

—María, por favor, vuelve a contarnos cómo iban vestidas —le rogaba alguna de las criaturas.

—Mira que sois pesadas. Ya os he contado que se vestían como si fueran hombres.

—Como marimachos —apostillaba alguna de las damas.

—Lo peor no era eso. Lo peor era su forma de hablar. Una decía todo el tiempo: «Que sus sentéis, que sus calléis» —entonaba María, imitando perfectamente el tono de la miliciana y haciendo reír a los refugiados en el *Gross Assyl Noruega*, el Gran Refugio de Noruega, como lo llamaba Schlayer.

Pese a los ratos distendidos, no faltaron los momentos de tensión. Al poco tiempo de dejar María la cárcel, el cónsul organizó una de las salidas que solía hacer para que algunos nacionales refugiados en la legación pudieran llegar hasta Valencia. En uno de esos viajes iban a partir los

hijos de Carlos Fesser Fernández, pero Ramón Topete, recién liberado y a la espera de que regresara su primo en pocos días, se negó en redondo a que los niños salieran camino de Valencia para después viajar al extranjero. La decidida posición de Ramón respecto a los chicos Fesser les salvó de una segura detención o un destino extraño, porque el camión en el que debían haber escapado fue capturado.

En aquellos pisos de José Abascal, convertidos en suelo extranjero dentro del Madrid republicano, María también se encontró con muchas conocidas. Y con una vieja amiga que, aunque no era íntima, estaba en el círculo más amplio de mujeres católicas que tomaban el té en Sakuska en los buenos tiempos de la monarquía. Se trataba de Elvira Pérez de Santos. Doña Elvira podía entrar y salir de la legación noruega gracias a los buenos contactos de su hijo Ramón con algún comunista, todos camaradas de su hijo mayor, el descarriado ideológico Luis Masa Pérez de Santos.

Un caluroso día de verano, el embajador se presentó con doña Elvira y fueron a ver a María, que estaba en una de las salas cercanas a la cocina con otra dama, tratando de hacer inventario de los víveres que les quedaban y de lo que necesitaban.

—¡María, qué contenta estoy de encontrarte aquí! No sabes qué alegría se vivió en la legación cuando te liberaron. Afortunadamente, el señor embajador lo puede casi todo.

El diplomático acogió con una sonrisa el halago mientras María trataba de ubicar a su interlocutora.

—¿No te acuerdas? Hemos coincidido alguna vez. Soy Elvira Pérez de Santos. Estás magnífica, aunque un poco delgada. ¿Qué te han hecho esos bestias?

Por fin, María se situó. Era una de las conocidas del barrio, de la parroquia de la Concepción y de Sakuska. La hija del zapatero artesano.

—Perdona, Elvira —dijo, acercándose y dejándose besar por la mujer—, no te había reconocido. Han pasado tantas cosas en estos durísimos años…

—Sí, hija, sí. Pero pronto acabará todo. Lo sé de buena tinta.

La charla insulsa continuó durante unos minutos más, aunque la señora de Masa no tenía mucho interés en marcharse. Por fin, el embajador la arrancó de las dependencias cercanas a la cocina y María y la otra dama continuaron con su trabajo, libreta en mano.

—¿Cómo puede entrar y salir así de la embajada? —preguntó María a su compañera.

—Hace un buen trabajo. Es quintacolumnista y trae a don Félix mucha información. Su hijo mayor le ha salido rojo, una desgracia como otra cualquiera. No sabe dónde está, pero los comunistas le permiten moverse con libertad por ser la madre de ese descarriado. Además, no sé cómo —continuó la mujer con las confidencias—, pero trae información de los nuestros. Conoce al doctor Vallejo-Nágera, el gran psiquiatra militar, con el cual el embajador mantiene una buena relación.

—Toda ayuda es poca en estos tiempos. Continuemos —rogó María, al tiempo que archivaba en su memoria los nombres de Elvira Pérez de Santos y de Vallejo-Nágera.

A Schlayer los trabajos del psiquiatra le resultaban muy interesantes. No en vano se basaban en la eugenesia y en las tesis de la raza que mantenía el nacionalsocialismo. Pese a todo, el cónsul noruego era displicente con una parte de ese trabajo. Sabía que Vallejo-Nágera no ahondaba en el tema genético de la raza porque el español, de por sí, era bajito y moreno, con

sangre mora o judía. No había más que mirar al gran conductor del golpe militar, su admirado Franco, también conocido por Franquito entre los diplomáticos y los militares.

Con todo, sabía lo que valían los trasiegos de Elvira Pérez de Santos y sus labores de correo. Que pudiera traer algo publicado en la zona de los nacionales, donde los contactos del embajador llegaban con dificultad, le agradaba sobremanera. Por eso, la madre del comunista Luis Masa siempre era muy bien recibida en las casas de José Abascal.

Un tiempo después de que doña Elvira anunciara que el triunfo estaba cercano, cuando la moral entre los encerrados en el refugio noruego estaba ya muy alta y la victoria era inequívoca, la mujer llegó con un regalo para algunos de los acogidos en la legación. Era la revista *Semana Médica Española*, con uno de los artículos de Vallejo-Nágera. El mismo ejemplar que su hijo Luis, el día anterior, había dejado, horrorizado tras leer algunos pasajes, en la gran consola de la entrada de su casa.

A María, que había salido de Conde de Toreno con la firme promesa interior de que dedicaría su vida a redimir a todas las mujeres descarriadas, equivocadas, brutas y analfabetas, le interesó muchísimo la tesis del famoso psiquiatra y militar. Decididamente, los rojos eran rojos no porque tuvieran un defecto genético, sino por el ambiente exterior y miserable en el que vivían, que les convertía en gente inferior de mente estrecha y mezquina. Una vez que triunfara la causa católica y el Alzamiento del Generalísimo, dedicaría su vida a enmendar ese defecto. Especialmente, en los pobres niños de los rojos, que no debían crecer en el mismo ambiente que sus padres. Tenían que ser reconducidos. Cuando terminó de leer el texto de Vallejo-Nágera, María reflexionó. Sin duda, doña Elvira ignoraba por completo lo que encerraba aquel ejemplar y lo que significaba ideológicamente para muchos de los recogidos en la embajada. La madre de aquel comunista era simple, pero útil para la causa.

TERCERA PARTE

1

Pocos días después de la victoria y de la entrada de los nacionales en Madrid, María Topete Fernández se presentó en la cárcel de Ventas. Aquel horror estaba dirigido por Carmen Castro Cardús, una exalumna de la Institución Libre de Enseñanza, de familia progresista y simpatizante de Azaña.

María conocía a Carmen. Era maestra teresiana y había sacado la plaza como funcionaria de prisiones para enseñar primaria. Durante la guerra había desempeñado un papel clave frenando los desmanes de los milicianos siempre que pudo. Un día impidió la saca que los rojos fueron a hacer a la cárcel de Conde de Toreno, para llevarse a la propia María y a otras damas de la sociedad aristocrática y burguesa. Los pormenores de esas y otras hazañas de Carmen Castro, como la salvación de religiosas o la comunión que daba a escondidas en la cárcel de las Comendadoras, se los había contado Félix Schlayer a los partidarios del golpe militar que tenía acogidos en el refugio noruego. Otras veces se habían enterado por las presas que lograba salvar y que habían llegado a los pisos de José Abascal.

Fue precisamente la joven directora la que aceleró la petición de María para que entrara a ayudarla en aquel campo de concentración en que se había convertido Ventas. María ya había solicitado prestar servicios como voluntaria, pero las funcionarias de prisiones de toda la vida no la miraban bien. Ni a ella ni a otras mujeres de su clase que se habían propuesto lo mismo. Con todo, aunque no a pleno rendimiento, María ayudó pronto en la gran prisión, masificada con mujeres que intentaban mantener la dignidad y que a ella sólo le resucitaban el desprecio que le inspiraban desde que habían sido sus carceleras. ¡Cómo habían cambiado ahora las tornas!

Carmen y María competían en religiosidad —María la admiraba, porque había tenido el valor de profesar, como sus hermanas, aunque en otra orden—, amor al Alzamiento y entusiasmo por la nueva fe y los valores católicos y fundamentales, basados en los predicamentos de la Falange Española, para corregir o castigar a aquellas miles y miles de descarriadas. Tras no pocos esfuerzos, y vista la masificación de la cárcel y la ayuda que necesitaba la directora, ésta logró que en un oficio de febrero de 1940 se reconociera la labor de María en prisión, aunque no se incluía el tiempo que había trabajado como voluntaria.

La funcionaria Topete Fernández ingresó con el título de maestra de taller y orden. Desde el principio se había dedicado a intentar organizar algunos cursos, pese a la falta de material y espacio. Y, sobre todo, había tratado de poner orden entre aquellas rojas brutas a las que inicialmente mezclaron en las mismas celdas que a prostitutas y mecheras.

En aquel caos, poco a poco, las republicanas se fueron agrupando, compartiendo entre once y doce mujeres los calabozos que habían sido diseñados para dos. Cada baldosín se repartía, como si se tratara de una tableta de chocolate, en pequeños trocitos para dormir. Castro hacía la vista gorda, porque si dejaba a las políticas estar juntas, organizaban menos follones.

Pero María tenía otros criterios. Ahora que su nuevo oficio, con su cargo, constaba sobre un papel firmado, lo que le interesaba era ocuparse de los niños de las republicanas. En cuanto a las madres, tenía que apelar cada día a su caridad cristiana y católica para mitigar el asco que le daban aquellas mujeres libertinas.

Tras la muerte de sus padres y su hermana pequeña y la dispersión de sus hermanos —unas en las congregaciones del Sagrado Corazón, los chicos casados—, la casa familiar de Lista dejó de ser su hogar. Ahora vivía con su hermana Blanca en el número 15 de la calle Velázquez.

Cuando por las noches volvía a su casa, María se sentía miserable y culpable por los sentimientos que las presas le producían. Pero se consolaba pensando que aquellas mujeres eran el resultado del veneno que les habían inculcado otras como la Pasionaria. El recuerdo de la intervención de la comunista en el patio de Conde de Toreno hacía que le hirviera la sangre. Todas aquellas mujeres que durante tres años de guerra habían sido marimachos, luchando a veces al lado de los hombres, golfas que disfrutaban del sexo sin pasar por la Iglesia siquiera, que tenían hijos a los que criarían directamente en los pecados del infierno, no merecían su consideración.

En auxilio de sus más íntimas convicciones llegó un personaje que María admiraba hacía tiempo: Antonio Vallejo-Nágera. El ilustre militar y psiquiatra, el hombre que había experimentado ya con los defectos de los marxistas en los prisioneros de las Brigadas Internacionales y las presas de la cárcel de Málaga, fue invitado a impartir unas clases en la Escuela de Estudios Penitenciarios.

María fue una de las funcionarias que asistió a estas conferencias. Gracias al adoctrinamiento del psiquiatra militar, laureado por Franco, María se reafirmó en sus sospechas: lo que los rojos tenían eran «complejos psicoafectivos», en el lenguaje del militar médico. Complejos que «descomponen la patria […], los de resentimiento, rencor, inferioridad, emulación envidiosa, arribismo ambicioso y venganza». María se maravillaba de cómo el coronel Vallejo-Nágera había captado todos esos defectos. Aunque ella los presentía, nunca hubiera sido capaz de teorizarlos correctamente.

Era el ambiente externo en el que esos seres crecían lo que llevaba a la degeneración de la raza, de la hispanidad. El psiquiatra lo contaba en un libro que había llegado a manos de María: *La locura y la guerra: psicopatología de la guerra española*. Y ella se grabó en la mente, tras copiarlo al dictado, uno de los párrafos que el psiquiatra desarrollaba en apuntes ante los funcionarios de prisiones:

> La idea de las íntimas relaciones entre marxismo e inferioridad mental ya las habíamos expuesto anteriormente en otros trabajos, la comprobación de nuestras hipótesis tiene enorme trascendencia político-social, pues si militan en el marxismo de preferencia psicópatas antisociales, como es nuestra idea, la segregación de estos sujetos desde la infancia podría liberar a la sociedad de la plaga tan temible.

Había, pues, que separar a los hijos de las rojas de sus madres, alejarlos de sus padres, para salvarlos. Para que aquellas desgraciadas que se habían dedicado a procrear sin pudor los hijos que ella no podría ya nunca tener no pudieran envenenarlos. María sentía que Dios la había

llamado para esa tarea, tal y como explicaba a su hermana, la madre Amalia, que ya había vuelto al convento de Martínez Campos. Amalia, más enérgica que nunca mientras organizaba y atendía el regreso de las esclavas que volvían de Roma, escuchaba a su hermana simulando atención, tal era el arrojo y el fervor con los que María se entregaba a su nuevo trabajo.

Una tarde de verano, cuando tan sólo habían pasado unos meses desde la victoria, María se encontró con un sobre entregado en mano en la portería de su casa. Era de su antigua conocida Elvira Pérez de Santos. Estaba en Cercedilla y la invitaba a pasar allí un domingo. O a la inversa, que la recibiera María, aunque tuviera que dejar durante unas horas su casa de Cercedilla. Tenía que explicarle algo muy importante y pedirle un gran favor.

María no sentía una especial inclinación por doña Elvira. Había cometido errores en su vida, como casarse con Martín Masa, profesor de la Institución, un nido de republicanos y comunistas, que si no hubiera muerto antes de la guerra, es probable que la hubiera dejado viuda. Y tampoco había sabido educar a sus hijos. El mayor estaba huido y era un comunista conocido, y el pequeño mantenía una postura ambigua, sólo estaba pendiente de los negocios y de llevarse bien con todo el mundo, como los grandes negociantes.

Pero también recordó que había sido doña Elvira quien accidentalmente le había descubierto la profundidad del pensamiento de su admirado Vallejo-Nágera y quien se había arriesgado como quintacolumnista y buzón llevando correos y sobres importantes a la legación de Noruega. La recibiría. No le quedaba otra opción. Pero en la situación en la que estaba Ventas, y con todas las funcionarias desbordadas de trabajo, no podía permitirse ir a Cercedilla. Elvira tendría que acercarse a su casa. Seguro que disfrutaba del Alzamiento pavoneándose por la sierra madrileña y por sus fincas recuperadas en vez de ayudar en aquel Madrid que era un horno y en el que tanto había que hacer.

Elvira Pérez de Santos se presentó en casa de las hermanas Topete un domingo por la tarde. Para recibirla, María y su hermana Blanca habían renunciado a hacer una visita a sus queridas Amalia y Rosita. Aprovechaban las tardes de los domingos, junto con otras hermanas, para organizar el costurero que luego tenía lugar los miércoles, tal y como había sido antes de la guerra y seguiría siendo ya de por vida. Las esclavas ayudaban a María a pensar en cómo poner algo de orden en el caos de los talleres de Ventas, donde había encontrado bastantes costureras, bordadoras y mujeres que sabían cortar y coser. Aunque a veces, cuando ya había dado con una presa republicana de la que se podía fiar para mantener un poco de orden, las sacas nocturnas la dejaban sin esa bordadora, cuyas manos terminaban inermes y frías, rígidas, en las tapias del Cementerio del Este. Las modistillas habían sido especialmente infiltradas por el veneno marxista, se lamentaba María a las esclavas.

—¡Y eso que algunas tienen manos de artista! Pero son débiles de fe y de carácter.

Como no quería presentarse con las manos vacías, Elvira se pasó por Embassy para llevar unos pasteles.

Blanca, impecable, le abrió la puerta. Mientras la besaba y se quitaba la fina chaqueta de perlé, Elvira admiró su porte. Se parecía a María, aunque era más menuda. Y era mona. ¿Por qué no se habrían casado aquellas mujeres? Siete hermanas y todas solteras. En realidad, o casadas con Cristo o casadas con el régimen. Pero ¡qué clase!, envidió Elvira, consciente de que ella, por más que se gastase en buenas telas y modistas, no tendría su estilo.

«Debe de venir de cuna», pensó Elvira, que siempre había deseado tener un poquito más estatura y menos caderas. Y las piernas más largas y los tobillos más finos. Y ser menos comilona. Sus hijos habían sacado la planta de su marido: Luis, los ojos verdes del padre, y Ramón, los miel de ella. Eran atractivos. Sí, más que guapos. Muy atractivos, se sonrió con orgullo de madre.

Blanca la precedió hasta la salita. Era acogedora y estaba bien amueblada, con pañitos y encajes de manos primorosas, sin duda regalo de las esclavas. Las hermanas Topete no tenían mucho dinero. Por lo que Elvira sabía, el sueldo de María y lo que conseguía Blanca cosiendo para las monjas. Pero el piso, de poco más de cien metros cuadrados y en la sexta planta, era soleado y agradable. Sin duda, las dos butacas isabelinas eran de herencia familiar, como algún otro de los muebles sobrios y de caoba, animados con el blanco de los paños almidonados e impolutos que protegían las tapicerías.

—Gracias, Elvira. No sé por qué te has molestado.

María se acercó desde la butaca, al pie de la ventana, para coger los pasteles y pasárselos a Blanca. Miró a Elvira desde la cabeza que le sacaba.

—¡Qué buen aspecto tienes! Se ve que en la sierra estáis cómodas y que el ambiente es más saludable. Tendréis buena leche de vaca. Y verduras frescas.

Elvira era demasiado lenta de mente para captar la ironía de la funcionaria de prisiones, que todos los días lamentaba la ausencia de alimentos para los recién nacidos. Sobre todo la leche. Y las funcionarias tenían que ocultarlo de puertas afuera. El estraperlo se enseñoreaba de la capital, pese a las recién inauguradas cartillas de racionamiento. Era como un cáncer, y Franco y su Gobierno estaban atrapados en él. Eran muchos los militares y altos funcionarios que traficaban con la comida, algo que a María le sacaba de quicio.

—Pues sí. Gracias a Dios y a nuestro Caudillo las cosas van volviendo a su sitio. Aunque tardaremos aún en arreglar los destrozos de las hordas marxistas. Pero con fe en nuestro Generalísimo, todo se arreglará.

—Y supongo que querrás decir también con fe en Dios, ¿no, Elvira?

—Por supuesto, por supuesto. Venía pensando en si ya habríais rezado el rosario.

Blanca cortó la conversación. No se había sentado y traía una jarra de agua con dos vasos en una bandeja sobre otro paño blanco rematado en puntillas.

—Os traigo la malta y me voy.

—Mujer, ¿no vas a tomar un pastel?

—No. Cuando regrese —respondió María por Blanca—. Sí, por favor. Baja a la iglesia y dile al padre que hoy no puedo ir contigo.

—¿Lo ves, Elvira? Yo no he hecho voto de obediencia, pero bastante tengo con obedecer a María.

La salida exquisita y humorada de Blanca rompió la formalidad, porque ya había habido tiempo suficiente para que Elvira supiera que María Topete Fernández, la notable funcionaria de Ventas, estaba muy ocupada. Y además, ella sería la culpable de que la anfitriona se quedara sin misa de tarde. Así que el asunto que la traía desde Cercedilla, con chófer y un viaje de ida y vuelta, ya podía ser importante.

María clavó sus ojos azules sobre su invitada en cuanto Blanca cerró la puerta. No necesitó hacer ninguna pregunta. Bastó su mirada inquisitiva para que la mujer comenzara el relato del

motivo de la visita.

Su hijo Luis se había enamoriscado de una roja, una paleta, la nieta de una portera y cocinera de El Paular. ¡Y se había casado con ella por lo civil! María no la interrumpió para decirle que todo eso ya lo sabía. En realidad, lo sabían todos sus conocidos. No quiso recordarle el círculo de la embajada de Noruega, y que gracias al nombre de ese hijo rojo había podido entrar y salir de la legación con los correos. Consciente de lo enojada y atribulada que estaba, la funcionaria de prisiones la dejó hablar.

—La muy pelandusca se quedó embarazada. A saber de quién es esa criatura. O eso ha hecho ver ella a mi criada, la vieja Vicenta, a la que también tendría que poner de patitas en la calle. Todo se lo consiente a mis hijos. Así que la detuvieron y está en tu cárcel. Te ruego, María, que la vigiles de cerca. Ésa quiere traer al niño a este mundo para quedarse con la herencia de mis hijos. ¡Y con la mía! Si mi padre levantara la cabeza, o si mis hermanos se enteran, ¡qué vergüenza! No sabes, hija mía, lo desgraciada que soy con estos hijos.

—¿Y de Luis sabes algo?

—Nada de nada. Por ese amigo de la secreta y el alto cargo de Falange, parece que los del Partido Comunista lograron llevarle a Francia. Te lo digo de verdad, ¡qué desgracia la mía!

—¿Y tu otro hijo? Ramón se llama, ¿no?

—Oh, ése siempre defenderá a su hermano mayor. Aunque no comparta sus ideas, le tira la sangre. Y encima, sospecho que quiere proteger a la pelandusca. ¡Hasta me la metió en casa cuando los nuestros iban a ir a buscarla a la casa de Pontejos! No pude soportarlo. Me daba asco, la verdad. En cuanto pude, organicé lo de la denuncia y me fui a Cercedilla.

—Y ella, ¿cómo es?

—El caso es que es mona. Y tiene un cierto porte, la verdad. No me he cruzado con ella más que por el pasillo, porque, naturalmente, comía en la cocina con Vicenta. No, de tonta no tiene un pelo. Es de las que lleva el veneno marxista, que diría nuestro querido Vallejo-Nágera.

—Ya. Desde luego, a tu hijo lo ha atrapado bien. Pero algo habrá puesto él de su parte.

—Ya sabes cómo son los hombres de ingenuos, María. Mi hijo ha sido corrompido por esa zorrita. A veces, creo que incluso más que por las ideas de la Institución. ¡Fíjate que Ramón me llegó a decir que Luis se enamoró de ella durante un verano en el que yo fui a El Paular, recién fallecido mi marido! Ella era una niña y ya le sedujo. María, son las que llevan el diablo en el cuerpo y ahora dice que lleva en su vientre un nieto mío.

María no sabía si despreciar más a aquella mujer, que había bajado la guardia y entregado a su hijo, un muchacho guapo y listo, al veneno marxista y a los brazos de una lagarta, o a esa tal Jimena Bartolomé, que desde jovencita tenía lo que a ella, una joven de buena familia, católica, educada, honrada, le había sido negado: el amor.

Tras recoger los datos de Jimena en un papel impoluto, dar el último sorbo a la malta y mordisquear un pastel sin mostrar excesivo apetito, María se puso de pie. La cita había terminado.

—Sólo puedo decirte que te mantendré informada. En Ventas hay miles de mujeres en estos momentos y muchísimo trabajo. Una tarea que es difícil que comprendas desde la sierra. Cuando pueda, te diré algo.

La acompañó pasillo adelante hacia la puerta, confesándose que no había sido sincera, porque justo al día siguiente, el mismo lunes, según entrara en aquel lugar inmundo que era la

prisión de Ventas, se enteraría y vigilaría a la tal Jimena. Aquella chica era para María la viva imagen de lo arpías que eran las republicanas, mujeres sin principios.

2

Desde su entrada en Ventas, la enfermera y comadrona Trinidad Gallego no fue la única amistad que hizo Jimena. En la misma galería se le acercaron las primeras mujeres, que se identificaron como comunistas, tras enterarse de que había llegado. Jimena tardó un tiempo en saber que había sido Petra Cuevas —su compañera en los calabozos de Gobernación— la que había contado que ella era la compañera del camarada Luis Masa. Las mujeres le consiguieron una lata que hacía las veces de plato y le dijeron que había que andar lista para coger el agua. Salía en un chorrito, en el patio, durante un rato. También le contaron que sólo se servía comida una vez al día, sin hora fija. Se lo aclaró Paz Azzati, la Paz de la que ya había oído hablar en Gobernación, tan bárbaramente torturada, que procedía de una familia comunista de Valencia muy conocida e ilustrada. También le aclaró que últimamente las cosas estaban algo más organizadas que en abril y mayo. Aquella primavera de 1939 había sido terrible.

Los días pasaban y las más jóvenes tenían tiempo de sobra para cotorrear, porque hasta la barbarie en la que vivían se había vuelto cotidiana. A veces se asombraban de sus propias risas. Y se avergonzaban cuando descubrían las miradas de las viejas o pasaban ante las penadas a muerte. Cualquiera podía estar entre ellas al día siguiente. La vida era tan intensa que no había ni un hueco para la intimidad, y a Trinidad no se le escapaba ni una. Con su experiencia, pronto adivinó que Jimena estaba embarazada.

—No hay más que ver las arcadas que tienes, mujer. Procura que nadie lo sepa. Cuanto más tarde, mejor.

Para entonces, Jimena ya había oído las historias que llegaban de la enfermería y de la zona donde estaban las madres con sus bebés. Pidió a Paz que urdieran un plan para visitar la enfermería y la parte de las madres. Tres mañanas después, rezada la misa, cantado el *Cara al sol* y pasado el primer recuento, Jimena siguió a Paz entre el inmenso magma de mujeres que se amasaban en los pasillos, en los patios y en los váteres, ahora letrinas inservibles, atascadas, rotas las cañerías.

Ni las monjas recién llegadas —una famosa sor Josefina y otra de nombre sor Serafines— ni todos los esfuerzos de funcionarias de medio pelo, como la Drácula o la Veneno, podían evitar que siempre hubiera escaqueos, que unas mujeres se pasaran de una galería a otra con la ayuda de las demás.

Cuando llegó a la zona maternal, llena de luz y de grandes ventanales, la vaharada de olores le produjo náuseas. El espectáculo de los llantos de los niños, los sollozos de madres desesperadas intentando que sus hijos mamaran de tetas secas, las respiraciones entrecortadas de otras que, como posesas, arrullaban a criaturas moribundas entre sus brazos no se imponían al olor. Una mezcla de caca fétida, de pañales y mierda sin limpiar, de leche agria, de mujeres que llevaban semanas sin lavarse por la escasez de agua y de vómitos infantiles obligó a la joven a llevarse las manos a la boca, en un intento de ahogar un grito de horror y una arcada.

No hizo falta que Paz le diera un codazo. Hacía unos días que había visto a aquella mujer altiva que parecía extranjera. Su nombre era famoso entre las presas y lo pronunciaban con miedo: la Topete. Ahora la miraba a ella, fijamente, con unos ojos azules gélidos. La observaba impávida mientras, despacio, alzaba su alta figura de la cuna en la que estaba tomando la temperatura a un niño. Jimena sintió frío cuando la mirada escrutadora se clavó en su cara.

—Jimena Bartolomé, ¿qué hace usted aquí?

Iba vestida de verde oliva, el color de las funcionarias, y su rostro, correcto, blanco traslúcido, hierático, se acompañaba con un timbre metálico, sin inflexiones ni matices, que dejó a Jimena petrificada. ¿Quién era aquella mujer y por qué sabía su nombre si ella jamás la había visto o no la recordaba?

—He venido por si podía ayudar a Paz con los niños. Perdone usted, ¿la conozco?

Paz Azzati se quedó de una pieza. La voz de su compañera no tembló tras el primer momento dubitativo. Tampoco tenía inflexiones. Menos fría, el tono era similar al de la propia María Topete. Aquella funcionaria de buena planta, tan dura que era imposible que pasara inadvertida y que sólo llevaba unas semanas en Ventas, era ya conocida por todas las presas de la enfermería. En pocos días se había labrado una reputación de coronela entre madres y niños, aunque todavía sin mando en plaza bien definido. Era de pedernal. No tenía piedad para con las madres que luchaban por salvar a sus hijos enfermos; no tenía problema en soltar un sopapo a un niño que gritaba o lloraba demasiado. Su aire militar, su porte aristocrático, su apellido y la disciplina que imponía a fuerza de castigos entre aquellas mujeres la habían hecho famosa en apenas unos días.

—Ya veo que no conoce las reglas. Aquí, la única que pregunta soy yo. ¿Qué hace usted aquí si aún no ha pasado de los tres meses de embarazo? Entonces ordenaré que la traigan aquí. Mientras, fuera.

Esta vez sí hubo efecto. El mazazo golpeó a Jimena con toda brutalidad en el rostro, que durante unos segundos pasó del pálido al rojo para volver luego al blanco marmóreo, mientras sus ojos no conseguían controlar la expresión de sorpresa ni el fogonazo de pánico. Paz sujetó a su amiga del brazo. ¿Estaba embarazada? ¿Y cómo lo sabía aquella bruja?

La voz de Lorenzo estalló en la cabeza de su hija, relatando el romance, cuando la manada echó a suertes quién debía robar la presa.

Le tocó a una loba vieja, patituerta, cana y parda, que tenía los colmillos como punta de navaja.

Una oleada de calor y fuerza se expandió por el cuerpo de Jimena, que, unida al apretón reconfortante de su amiga en el brazo, logró frenar el temblor de sus piernas, de sus manos. Doblegó el pánico. «Ella quiere ser la loba parda, pero yo no voy a ser la borrega blanca. Yo soy la perra trujillana. Y tengo el instinto de la loba parda».

—No sé de dónde ha sacado usted que estoy embarazada.

—La conozco a usted y a las de su calaña. No es usted la única que ha engañado a un pobre muchacho católico y de buena familia. Que sepa que está en pecado, es usted una hereje. No está casada por la Iglesia. Ni lo estará. Más le vale andarse con cuidado.

—¿Lo sabe usted todo de mí? Me temo que no. Estoy casada con un hombre que me quiere y me respeta, al que usted y los suyos han arruinado la vida.

—¿Pero usted quién se ha creído que es?

María Topete se había ido acercando poco a poco a Jimena, que no movía los pies del suelo, mientras Paz le aguantaba del codo y mantenía el tipo, apoyando la dignidad de su amiga, pero tirando ligeramente hacia atrás. Por un momento, pensó que la funcionaria iba a cruzar la cara a Jimena.

—¡Fuera de aquí antes de que me arrepienta y se quede usted, furcia!

Era un susurro ronco, sibilante. Apoyó un dedo en la clavícula de Jimena como queriendo tirarla hacia atrás y con la otra mano le señaló el pasillo de vuelta a la planta baja.

Las voces de las madres se habían acallado, los llantos de los niños que andaban entre los petates y los jergones ya no se oían. Una densa expectación rodeaba a las tres mujeres en aquel lugar de inmundicia. Nadie se explicaba qué había sucedido en aquel reducido círculo para que, en aquella marea humana, decenas de mujeres percibieran la tensión. Sólo el insoportable hedor persistía.

La muchacha resistió la presión de la mano de Paz en su codo. Antes de girar sobre sus zapatos de cordones, pasó la mirada por el espectáculo dantesco que las rodeaba: niños moribundos en el suelo, atacados de meningitis, algunos con convulsiones. Uno o dos parecían estar ya muertos. Las madres estaban enfermas, histéricas, con las tetadas infectadas por el miedo y los recuerdos de las palizas y las torturas. Muchas miraban con una mezcla de terror y orgullo a Jimena y a Paz. Jimena devolvió la mirada de sus profundos ojos negros al azul helador de la Topete. Sin prisas, cogió la mano que su amiga tenía sobre su brazo, la puso en su antebrazo y avanzaron despacio hacia el pasillo para bajar a las galerías.

Paz pensó que de un momento a otro oirían la voz de la Topete ordenándoles volver. Iniciaron el descenso de la escalera y entonces lanzó un suspiro.

—Mujer, ¡estás loca! ¡Qué actuación! ¿De dónde sacas esos aires? Es de familia de militares muy famosos y creo que es condesa o así. Es cruel, excautiva. Un bicho. ¿Cómo sabe tanto de ti?

—No lo sé. No la había visto en mi vida. Hasta en los interrogatorios de Gobernación he logrado ocultar el embarazo. Sólo lo sabe Trini, que ha visto mi malestar y las arcadas.

—Trini ni siquiera habrá visto a ésta todavía y jamás le contaría nada. Pero, dime, ¿de dónde has sacado esos aires?

—El valor, de mi abuela y de mi madre. El tono, de las señoras a las que hemos servido. Sólo que no eran como ésta. Ésta cree que yo soy una borrega blanca y ella una loba parda. Está equivocada. Yo soy loba parda y perra trujillana, Paz.

—No sé a qué te refieres.

—Da igual. Es un romance, un cuento de mi padre. Ya he visto suficiente. Esos niños, Paz…

—Has visto poco. La Topete ha traído algunos días a una amiga suya, Amelia Azarola, la viuda de Ruiz de Alda. Es una buena puericultora y menos dura que la Topete. Entre las dos creo que han pedido ayuda y han quitado niños muertos de por medio. La Azarola es distinta. Aunque debo decirte que esa bruja a veces parece conmovida por los niños cuando se están muriendo. Pero no por las madres. No, no has visto nada.

Las mujeres que ayudaban en la enfermería, como la propia Paz, habían contado decenas de niños muertos en aquellos pocos meses. La meningitis y las epidemias de tifus eran como la

peste para las madres sin leche y la falta de higiene.

Con un humor negro que sólo reverdecía a lo largo del día, las presas contaban chistes trágicos sobre cómo Franco iba a acabar con el hambre y la falta de trabajo en España a base de fusilar y dejar morir a los hambrientos. En Ventas, habían empezado por los niños y las madres enfermas, además de con los fusilamientos.

Aquellas gracias negras, macabras, espantaban a Jimena, aunque lo disimulaba. El humor negro era una forma de combatir el miedo que todas tenían. En su fuero interno, estaba aterrada. ¿De qué la conocía aquella mujer? ¿Quién era María Topete? ¿Por qué su cuñado Ramón no la sacaba de allí si conocía a gente influyente? ¿Sabría siquiera que estaba allí? Ni su embarazo prosperaría bien ni su hijo podía nacer allí por más ánimos de perra trujillana que se infundiera. Ella no sabía saltar aquellas enormes tapias. Ni cavar un hoyo por debajo, como haría la perra del relato de su padre.

En medio de sus tribulaciones, Jimena encontró un poco de consuelo con algún acontecimiento. Ya en septiembre, Carmen Castro, la directora de la prisión y exalumna de la Institución Libre de Enseñanza, había entregado el cuidado de las madres rojas a otra roja, a doña María Sánchez Arbós, que había sido detenida por defender los locales de la Institución, entre otras razones. Doña María era una mujer de la Institución. Única, sobria, pasaba la cincuentena, y, según contaban algunas reclusas, la reconvertida en falangista Carmen Castro había dicho: «A una roja entrego los hijos de las madres rojas». Al parecer, a la directora le había impactado la llegada de Sánchez Arbós a su cárcel, pues había sido alumna suya en Huesca.

Doña María, junto con las presas más formadas, como la propia Paz, aprovecharon para intentar mejorar la situación de las penadas a muerte y los niños. Aunque las republicanas quisieron poner un poco de orden, la falta de medios, medicinas y alimentos, y la suciedad y la sarna hacían estragos entre aquellas mujeres que, al menos, de momento, podían estar con sus hijos.

Jimena, acogida al principio con cierto recelo por las mujeres comunistas y de las Juventudes Socialistas Unificadas, se juró que sobreviviría con el bebé que llevaba dentro si su cuñado no lograba sacarla de allí. No volvió a subir a la zona de las madres, pero se sentía vigilada. Un par de veces, de lejos, vislumbró la figura alta y el reflejo gélido de la mirada azul de la Topete. ¿Por qué? Allí había miles de mujeres más significadas que ella. Ella sólo era una chica de pueblo casada con Luis Masa Pérez de Santos, un hombre que la amaba pese a su pobreza.

Después de darle mil vueltas en su cabeza, concluyó que el interés de la funcionaria por ella sólo podía justificarse por Luis. Se deducía de la misma conversación que habían mantenido. O mejor, de las palabras que se habían disparado. ¿Qué es lo que no le perdonaba la aristocrática Topete? ¿Qué Luis se hubiera enamorado de ella? La funcionaria era mayor. Tenía buen porte, pero debía de pasar de los cuarenta.

Como tantas otras veces, sacudió la cabeza ahuyentando sus pensamientos mientras hacía que escuchaba a Trini, sentadas las dos en un rincón. No podía caer enferma y, además, soñaba con el reencuentro con Luis. En cuanto pudiera salir, iría allá donde estuviera su hombre y llevaría a su hijo entre los brazos. En Ventas sí le habían hecho la ficha al entrar. Y en su corazón, sabía que Ramón removería cielo y tierra para sacarla de allí.

Integrada ya en la organización de las políticas, intentó primero ayudar a las mujeres de la celda ocho, en la que la respetada Matilde Landa —a quien Jimena había conocido en el hospital

de Maudes un día que acompañó a Luis a la cura del brazo y se la presentó—, acompañada de otras presas como Pura González, Conchita Feria del Pozo, Angelines Vázquez y, al principio, la misma Paz, se dedicaba a elaborar recursos contra las mujeres que tenían «la pepa», es decir, la condena a muerte.

Matilde era hija de un abogado, una mujer culta que había colaborado durante la guerra en el Socorro Rojo. Sabía redactar la apelación a una sentencia, conocía el código y las escasas leyes que podían ayudar a una condenada.

Durante unos pocos días, y en honor a su marido, las chicas de la oficina de Landa —una celda con cajones forrados de tela y con una máquina de escribir que habían conseguido— la dejaron que intentara ayudar a Matilde y a su equipo a preparar los recursos.

Matilde primero escuchaba a la penada, la sometía a un interrogatorio sobre las razones por las que estaba en prisión, quién podía haberla denunciado, qué malos quereres tenía en el pueblo —muchas de ellas eran analfabetas o semianalfabetas y no sabían ni por qué estaban allí, como le sucedía a Jimena— y a quién se podía pedir buenos informes, avales.

Jimena se dio cuenta pronto de que, por muy buena letra que tuviera y muchas cuentas que hubiera aprendido a hacer en la escuela de Rascafría o lo que había leído en el año en Madrid con Luis, no bastaba para ayudar en la oficina, donde había otras mujeres más preparadas que ella. Y tras su charla con Matilde, a quien informó de que creía que Luis estaba fuera y de cómo ella había sido detenida, tuvo conciencia de que no tenía ni idea de qué se le acusaba ni por qué estaba encarcelada.

Ya había asimilado los piojos, el hambre, las chinches, la suciedad y la mierda. A veces, incluso se sorprendía canturreando, arrastrada por las jóvenes de las JSU, a las que en pocas semanas separaron para llevarlas a una zona de menores. A las abuelas también las trasladaron después a otra galería.

3

La amistad de Jimena con Trini era ya la de hermanas de cárcel. Una mañana, el nombre de las dos compañeras de prisión fue gritado por la Veneno. Y no para ir «a diligencias», lo más temido después de las sacas por la noche, sino para un traslado. Se iban con las madres y sus niños a un lugar nuevo.

Pese a que se iban juntas, Jimena tuvo miedo. Trini marchaba con las madres y los niños como comadrona. También iban otras mujeres en avanzado estado de gestación, pero a ella prácticamente no se le notaba la preñez. ¿Por qué a ella también se la llevaban?

—Es obra de la Topete —le espetó Trini, con su habitual claridad—. Quiere que estés controlada y hacerte saber que no se olvida de ti.

La joven comadrona había sido puesta al corriente con todo detalle por Paz de lo que había pasado el día que subieron a la zona de las madres.

Las trasladaron a los Altos del Hipódromo. Lo que ambas muchachas vivieron allí durante unos pocos meses no se les olvidó nunca a ninguna de las dos.

Las madres y sus hijos, algunas embarazadas a punto de parir y un pequeño número de funcionarias y ayudantes, como la propia Trinidad, fueron instaladas en los locales donde antes había estado la Institución Libre de Enseñanza.

Al llegar, a Jimena se le iluminó la cara. Allí había dado clase don Martín Masa. Por allí, bordeando el frente, había estado ella una tarde con su marido, de paseo. ¡Hacía tanto tiempo de eso! Luis le había explicado dónde estaba su clase de párvulos y luego de adolescente; dónde enseñaba su padre, cuál era el despacho del señor Cossío y de Giner de los Ríos. Lo que Luis no le pudo adelantar —no le habría cabido en la cabeza— era que en aquel lugar doña María Sánchez Arbós, ahora presa como ella, se había enfrentado a los falangistas cuando fueron a tomar los locales, a destruir los libros, a quemar los papeles y los documentos de todo un grupo de gente que había intentado traer a España desde Alemania, más de medio siglo antes, un poco de luz y raciocinio que impidiera, precisamente, aquella barbarie que ellas estaban viviendo.

Llevaban en los Altos del Hipódromo unos pocos días. Todas eran mujeres. Media docena de enfermeras mezcladas con funcionarias profesionales y las nuevas, viudas de militares o excautivas voluntarias, que habían conseguido el puesto a dedo en las prisiones por los servicios prestados al régimen. Al frente estaba Elisa Parejo, una buena carcelera. De las que amaban el oficio.

Pese a los esfuerzos, los niños estaban cada vez más enfermos y las madres no mejoraban. Al separarlas de Ventas, era como si se hubieran olvidado de ellas. La comida, las medicinas y la poca leche para los pequeños llegaban muy tarde desde la gran prisión.

Jimena estaba horrorizada. Era un tormento ver morir a aquellas criaturas. Hubo un día en que llegó a haber cinco cadáveres sobre el suelo, porque los recogían tarde, cuando llegaba la comida desde la prisión grande. Estaba ayudando a Trini y a las demás enfermeras y cuando vio

aquellos cuerpecitos rígidos, helados pese al calor reinante aún, sintió que se mareaba, que las fuerzas le fallaban. Por su cabeza cruzó la idea de que eso era lo que quería la Topete enviándola allí: que se doblegara y que, enferma, cayera a sus pies. Se rehízo como pudo y Trini, al ver su palidez, la obligó a salir de la estancia.

Por la tarde, cuando llegó el avituallamiento desde Ventas y, de paso, se recogían los cadáveres de las criaturas, el calor ya había descompuesto los cuerpos, que comenzaban a desprender un olor insoportable. Era difícil mantener a las moscas alejadas de los cadáveres de los niños, algo que obsesionaba a Trini, a Jimena, que no quería dejar sola a su amiga, y a la funcionaria Parejo.

Aquellos insectos negros, de ojos saltones y vuelo persuasivo, zumbones, más pesados que el bochorno, eran el preludio de lo que se comería la tierra. Se paraban en la frente de cada uno, andaban olisqueando, mientras Jimena observaba sus dorsos negriazules antes de espantarlos con un trapo. A aquellas moscas gordas, repulsivas, les atraían como un imán los oídos de las criaturas, los orificios de la nariz, exploradoras del mejor lugar para depositar su larva en aquella carne que comenzaba a pudrirse. Detectaban la inmovilidad, la falta de latido de las tiernas pieles de los niños. Por eso ellas las espantaban con ira.

En un momento dado, Jimena lanzó un gemido y llamó a Trini mientras se tapaba la cara con las manos. A un niño le asomaban los gusanos por las cuencas de los ojos. Justo entonces, desde fuera, algunas mujeres aporrearon la puerta. Habían visto el camión y querían dar el último abrazo a sus hijos muertos. Tras apartar a su amiga y hacer una seña a la Parejo, Trini se encaminó con resolución a la puerta que las madres pugnaban por derribar.

—No salga usted —le dijo a la Parejo—. La matarán. Saldré yo a impedir que entren. Una de las que grita es la madre de ese niño. El de los gusanos en los ojos. No pueden entrar aquí.

Su amiga hizo ademán de acompañarla.

—Ni hablar. ¿Dónde vas, con tu crío en la barriga? Ni te muevas.

Trini era clara y directa. Su experiencia en los hospitales durante la guerra la había enfrentado a situaciones brutales, aunque ninguna como aquélla. Estimaba a la Parejo, una de las pocas funcionarias decentes y de oficio. Elisa asintió y entre ella y Jimena descorrieron el cerrojo y abrieron la puerta un poco para que se colara la delgada figura de la joven comadrona.

Con la espalda pegada a la puerta, Jimena y la funcionaria Parejo oyeron la bronca y vieron cómo algunas madres empujaban a Trini, quien, firme como un poste de la luz pese a los empellones y los intentos de agarrarla por el pelo y de apartarla de la puerta, no dejó entrar a las madres de aquellas cinco criaturas. Por fin llegaron las funcionarias de refuerzo y, arrastradas por las axilas, aquellas desesperadas mujeres fueron metidas en los locales de la antigua Institución mientras veían cómo el camión reculaba y tapaba con su enorme caja la puerta del almacén donde estaban los cadáveres de sus hijos.

—¿Cómo has podido aguantar? —La voz de Jimena denotaba la admiración por el comportamiento de su compañera.

—¿Qué podía hacer? ¿Tú hubieras dejado que esa madre viera a su hijo comido por los gusanos?

Elisa Parejo dio una palmada en los hombros de la comadrona. Sobraban las palabras. Llevaban allí muy pocas semanas y la mayoría de los niños había muerto. Ella era una vieja

funcionaria de prisiones, formada para reconducir a las presas, no para matar a sus hijos ni maltratarlas a ellas.

Entre tanto horror, Jimena se consolaba paseando la mirada por aquellos locales levantados para el Instituto Escuela de la Institución Libre de Enseñanza, en esa Colina de los Chopos que bautizó Juan Ramón Jiménez. Era una cura para sus nervios entornar los párpados y oír el susurro de las pocas hojas amarillentas que les quedaban a los chopos en aquel inicio de otoño, cómo caían despacio y cubrían el suelo. Le recordaba al paseo de los Batanes de su pueblo, a los viejos y centenarios chopos de la Cañada, donde los nietos de la loba parda habían querido comerse a su padre.

Pero abría los ojos y la ensoñación terminaba. Las hojas amarillentas tapizaban el suelo, pero sólo había edificios bombardeados y medio destruidos allí donde habían florecido la Residencia de Estudiantes, la Generación del 27, el Madrid intelectual de la época dorada de España, aquella gente que amaba la sierra del Guadarrama, que aprovechaba los fines de semana para iniciar las escapadas que habían introducido Giner de los Ríos y su discípulo más preciado, Cossío. Esos hombres que regresaban los domingos de El Paular, ahítos de los guisos de la abuela Justa, para retomar los lunes las clases con sus alumnos. A veces, comenzaban por las clases de Ciencias Naturales, con alguna de las especies botánicas recogidas camino de El Palero o con una de las poesías del romancero viejo leídas al pie de la lumbre, aprovechando el silencio de la cartuja que tanto amara Enrique de Mesa.

Paradojas de las guerras, allí estaba ahora ella recordando aquellas historias que Luis le había contado en una tarde de invierno, cuando, al poco tiempo de llegar a Madrid y después de casarse, la había llevado al lugar donde había pasado su infancia y su adolescencia, donde la había recordado detrás de aquellos cristales, perdido en las musarañas del verano de El Paular, sin seguir el hilo de la clase.

Fueron aquellos grandes ventanales desde donde se veía el Hipódromo de la capital los que una noche estuvieron a punto de costar otro disgusto a las presas y sus funcionarias.

Con las ventanas reventadas después de tres años de guerra y abandono, el edificio era de fácil acceso para cualquiera que estuviera por los alrededores. Por eso, Elisa Parejo tenía razones para estar preocupada. Entre las madres encarceladas, algunas estaban condenadas a muerte. Había una cigarrera de Madrid, de la Tabacalera, que ya había perdido a su bebé y era una roja muy conocida. Una pieza codiciada para los fascistas que tenían ganas de hacer méritos y de revancha.

Una noche aparecieron los camisas azules, bien pertrechados con sus fanfarrias de correajes y pistolas. Venían a llevarse a un grupo de esas mujeres, entre las que estaba la cigarrera. Mantenían que tenía que haber cinco condenadas con la pepa y venían a por ellas. La pobre Elisa no sabía qué hacer. De nuevo, un golpe de imaginación de aquel grupo de mujeres desoladas, hechas polvo, salvó la situación. Ni Jimena ni Trini recordaban bien a quién se le había ocurrido la idea. La media docena de funcionarias y las presas que ayudaban aparecieron todas vestidas de blanco, como enfermeras, detrás de la Parejo. Como un bloque compacto, aquella docena de mujeres de bata blanca con cara de pocos amigos y brazos cruzados tras Elisa hicieron creer a los falangistas que eran funcionarias todas. Empezar a tiros con más de una docena era demasiado. Se marcharon. Después del incidente, Parejo dio parte y las condenadas a muerte, que no tenían hijos porque ya se les habían muerto, fueron devueltas a Ventas.

Y llegó el tercer episodio que Jimena vivió con Trini en los Altos del Hipódromo. Nadie se había escapado de la Colina de los Chopos, aunque era bien fácil por la configuración del edificio. Pero la ley de fugas les aterraba a todas. Por fin, les pusieron vigilancia, no para que no se fugaran, sino por si volvían los falangistas. Los guardias que les enviaron eran soldados moros que habían entrado con Franco en Madrid. Aquellos hombres que habían sido arrancados de sus pobres casas del Rif con grandes promesas de gloria, dinero y mujeres estaban en una capital en la que sufrían el racismo, el repudio de sus viejos colegas, los mismos militares con los que habían luchado y que les habían utilizado como carne de cañón en tantos frentes. En ocasiones, y más cuando habían bebido, no había manera de ponerles límites. Aún esperaban ver cumplidas las promesas por las que dejaron sus hogares. Y entre esas etéreas promesas, muchas sobreentendidas, estaba la de la carne fresca de las mujeres de los vencidos, todas ellas infieles.

Llegó la noche en que pasó lo que Elisa y otras mujeres habían temido desde el principio. Tras unas cuantas copas y cantos, los moros quisieron entrar a catar a las mujeres de los derrotados. Antes, en su avance por todo el territorio durante la guerra, nadie se lo había impedido. Las funcionarias del Hipódromo se las vieron y se las desearon para abortar la tropelía.

El miedo que Jimena y sus compañeras pasaron aquella noche también hizo historia. Las que habían salido de los interrogatorios de las cárceles de sus pueblos o de Gobernación sin violar, creyeron que había llegado su hora. Alguna pensó en suicidarse, mientras la Parejo y otras funcionarias y presas, con las mismas batas blancas que habían utilizado frente a los falangistas, se cuadraban en la puerta de aquella sala, donde finalmente no entraron los soldados moros.

La situación en el Hipódromo era insostenible y un completo fracaso. Además, faltaban efectivos para guardar aquel edificio, que había sido pensado para la libertad, no para albergar una cárcel. La experiencia no duró mucho y un día, Jimena y Trini, con el resto de las madres, la mayoría sin sus hijos, que habían muerto en aquella colina, volvieron a la galería de madres de Ventas. Estaba igual de infecta que cuando la dejaron, sólo que ahora con menos mujeres y niños. Los fusilamientos habían seguido, unos niños habían muerto y otros habían sido entregados al Patronato para la Redención de Penas, la última gran obra, «y simpática», rezaban los artículos del periódico *Redención, semanario para los reclusos y sus familias*. Ese patronato se hacía cargo de los huérfanos y los enviaba a conventos o seminarios en donde, a menudo, se perdía después su pista.

Con el regreso a Ventas, Jimena tuvo la alegría de encontrarse con las antiguas compañeras, con las tristezas nunca digeridas de los últimos fusilamientos, con las madrugadas de los tiros en las tapias del Cementerio del Este, con los piojos más gordos y bien alimentados que en el Hipódromo, con las cucarachas y las chinches. Aunque últimamente se entretenía más en observar los bichos gordos y de coraza negra que la chinche marrón rojiza, aparentemente inocente, escondida durante el día en las grietas de las paredes y siempre dispuesta a chuparles la sangre por la noche.

Una presa, maestra y aficionada a los insectos, les había explicado que cada chinche era capaz de chupar su sangre durante tres minutos mientras dormían. La alergia que les daba a la mayoría de ellas se debía a la saliva que les inyectaban al chupar.

En los niños de Ventas, famélicos, anémicos, bebés, las chinches no hacían sino acentuar su anemia, por ridículo que les pareciera. Además, la suciedad alimentaba a esos bichos, que eran

mucho menos entretenidos que los piojos y se escondían a la luz del día. Jimena no se acordaba del nombre de la maestra. Había estado muy poco tiempo con ellas, porque fue conducida a la galería de las penadas y, una madrugada, la fusilaron.

Cuando volvieron a cruzar las siete puertas que tanto frío infundían en el alma de Trini, Jimena recordó que no sólo volvían a la celda, a las compañeras y a las chinches. María Topete estaba allí, al fondo, inconfundible, más grande o más poderosa. O las dos cosas.

Jimena pronto se enteró de que a su amiga Trini la trasladaban al penal de Amorebieta, como a otras camaradas que iban con destino a otros penales repartidos por el país, en un intento de descongestionar aquel campo de concentración. Para ella no había ninguna novedad. Nadie la llamaba, nadie la recordaba. Ella se quedaba allí, a merced de María Topete, vigilada a distancia por su mirada fría. A la espera. ¿De qué?

4

Ramón estaba desesperado. Cuando doña Elvira regresó de Cercedilla recién entrado el otoño, él aún no había dado con su cuñada. Lo único que había logrado saber, a través de un viejo amigo que tenía contactos en el Ministerio de Gobernación —del cual se había hecho cargo el cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer—, era que de allí había salido a los pocos días de ser sacada de casa por los falangistas. Unas semanas después, el mismo amigo le confirmó que estaba confinada en Ventas.

No había delitos contra ella. Ni siquiera había quedado registrado su paso por los calabozos, de los que ya se filtraban historias siniestras, en susurros, por toda la capital. La mitad de esas historias terminaban en las tapias del cementerio.

A mediados de agosto, el mismo confidente le puso al corriente de un hecho terrible. El día 5 de ese mes se había producido el fusilamiento de trece chicas, algunas de ellas menores de edad, ya conocidas en todas las prisiones como las «trece rosas». Junto con otros muchachos de las Juventudes Socialistas Unificadas, fueron acusadas de conspirar para un supuesto asesinato de Franco el día antes del Desfile de la Victoria. Carmen Castro no tramitó las peticiones de conmutación de la pena.

Tirado en el cuarto de su hermano Luis, en Don Ramón de la Cruz, adonde había regresado tras la desaparición de su cuñada, y con la única compañía de Vicenta y de su abuela, un vegetal, recordó el desfile que había obligado a presenciar a Jimena. Sobre la misma cama de Luis que durante tan pocas semanas había utilizado ella, sintió que un dolor lacerante le taladraba, envenenado por las dudas, hundida la cabeza en la almohada, donde aún quedaban restos del perfume fresco de su cuñada.

Escondió la mano bajo la sábana y encontró un pañuelo y un camisón. El pañuelo blanco, de batista y con una J bordada en la esquina, pespunteado el dobladillo con vainica. El camisón le provocó un mareo, un enorme temblor se extendió por todo su cuerpo, mientras lo arrugaba, se lo llevaba a la cara y, maldiciéndose, volvía a dejarlo donde lo había encontrado. Guardó el pañuelo en uno de sus bolsillos, con un nudo en la garganta que le asfixiaba. No sabía si se daba más asco que lástima.

No le cabía en la cabeza que la pudieran haber detenido o acusado de algo. Ni siquiera tenía el carné de afiliación a las Juventudes Socialistas. Y llevaba la cartilla de racionamiento que él le había conseguido: una señal inequívoca de que estaba a bien con el régimen.

En el calor y la soledad de aquel agosto madrileño, con la ciudad tomada por los falangistas, las sotanas y los requetés, salió a deambular por las calles, buscando en cada esquina el cuerpo menudo, alto y cimbreante de su cuñada, con su trajecito cobalto tan pulcro y arreglado, con los zapatos de medio tacón que ella se había puesto cuando los camisas azules fueron a detenerla. Se lo contó Vicenta. Sólo le habían dejado cambiarse y coger su pequeño bolso negro.

Solía comer él solo en alguno de los restaurantes que anunciaban el «plato único», la última novedad del régimen en aquel Madrid famélico, muerto de hambre, por más que los periódicos anunciasen que llegaban remesas de comida de todos los lugares de España. Así lo publicó la prensa intervenida, censurada toda, a partir del 10 de agosto, cinco días después de que en las tapias del cementerio fusilaran a las trece muchachas y nadie en la calle se diera por enterado. El «plato único» obligaba a todos los restaurantes y fondas a ofrecer en las comidas tres platos. De verdura, de carne y de pescado, pero el cliente sólo podía consumir uno de ellos, además del postre. Se pagaba por los tres platos y, a cambio, daban un tique que demostraba lo patriota que se era por contribuir a la causa.

Madrid comía poco y mal y sus gentes vencidas renqueaban los pies por las calles y agachaban las cabezas al oír el ruido de las botas de falangistas o requetés, de militares de toda clase de graduaciones. Cada amanecer, cientos de personas eran fusiladas.

Muchos callaban y se tapaban los oídos, también fuera de las prisiones, mientras apretaban los labios para no soltar un sollozo, para no vomitar, para no gritar bajo el terror. Otros seguían durmiendo dulcemente. El ruido de los fusiles y de los tiros de gracia les acunaba, porque sabían que esta vez los disparos eran música amiga después de los tres años soportados y ganados. ¡Por fin!

En aquel triste y solitario agosto, Ramón coleccionaba platos de tique único sólo por sentarse y recordar los días de la primavera, como el de la ensaladilla rusa cambiada de nombre, cuando Jimena y él, pese a la tragedia que se cernía sobre sus espaldas y con Luis ya lejos, habían lanzado una carcajada ante un camarero perplejo.

Por las noches o de madrugada, paseaba por una ciudad que hasta a él, que jugaba a ser apolítico, a llevarse bien con todo el mundo, a nadar y a guardar la ropa, le resultaba ajena y triste. No podía quitarse de la cabeza que la mujer de su hermano estaba embarazada. El sudor le recorría el cuerpo y, pese a los más de treinta y cinco grados de la capital, se le quedaba el frío en la espalda, en el pecho, cuando la imaginaba en las circunstancias que decían que estaban las cárceles.

Había mujeres entre los destinatarios de esas decenas, cientos, miles de tiros que se disparaban al amanecer en la tapias de los cementerios de España, dejando las paredes manchadas de masa encefálica y sangre, estampadas durante días, simulando una pintura macabra. No sólo menores, sino viejas, maduras, jóvenes, madres. Él lo sabía, como tantos otros sepultados bajo la losa del silencio.

Tampoco podía contactar con ninguno de los amigos de su hermano. El mismo viejo amigo y ahora confidente le confirmó que los comunistas, o estaban detenidos en Porlier o en San Antón y, como los anarquistas o los socialistas, cada mañana eran fusilados, o habían desaparecido del mapa ante la tenebrosa represión de la que eran víctimas. No tenía más contactos que ese viejo compañero de infancia de él y de Luis que ahora estaba en el ministerio.

Un ministerio cargado de militares, como en los demás departamentos del Gobierno de 1939. Un general o teniente coronel con méritos de guerra era puesto al frente de cada departamento. Ése, a su vez, llamaba a sus correligionarios y héroes de la batalla, otros militares. Y así sucesivamente. Cada departamento ministerial era la cúpula de un cuartel, donde además se iba instalando la cultura de la prebenda, del favor y, por supuesto, la vista gorda con el estraperlo.

Paseaba mientras observaba los viejos carros tirados por borriquillos que recorrían la ciudad intentando limpiar las basuras, y confirmaba que el mercado negro de la República se había convertido en un gran negocio en boca de todos: los estraperlistas. En ese mundo él había vivido y nadado a lo largo de los tres años hambrientos de la capital, durante el asedio de los franquistas. No tenía problemas, porque muchos de los intermediarios del aceite, del pan, de los cereales, de las telas y los paños para su almacén de Pontejos eran los mismos que durante la guerra. Pero era mucho más difícil conseguir información.

Le dolía el estómago. Se asfixiaba y era consciente de que la buena Vicenta, de vigía día y noche para que desayunase y cenase, también sufría. La vieja criada había tomado cariño a la señorita Jimena y siempre había mantenido las distancias con doña Elvira. Al fin y al cabo, ella había llegado a la casa de la mano de don Martín, para cuya madre ya había trabajado con mucho gusto en una casa menos pretenciosa que aquélla y en la que siempre hubo muchos libros y menos imágenes del Sagrado Corazón.

Por alguna extraña razón, pese a la ansiedad que le invadía, no quería ir a ver a su madre a Cercedilla. Era un cobarde, pero no soportaría confirmar la sospecha de que su propia madre, esa que los había engendrado a Luis y a él, hubiera entregado a Jimena. Sería demasiado para su estómago, para su alma culpable y atormentada. Su madre habría sacrificado a la única mujer que sus dos hijos habían querido. Uno, públicamente, contra viento y marea, luchando contra todos los elementos. El otro, viviendo aquel amor en un infierno culpable, corroído, sin admitirlo, porque se había enamorado contra todo pronóstico de la mujer de su hermano cuando éste la había dejado a su cuidado, bajo su protección.

Ramón enviaba disculpas a su madre con cada vecino o amigo de la sierra que regresaba de Navacerrada o de Cercedilla para recuperar su casa en Madrid y celebrar la victoria. Pero no se atrevía a escribirle y pedirle que ayudara a Jimena. Tampoco a indagar si sabía algo de Luis. Cualquier carta, cualquier nombre podía ser útil, aunque era consciente de que su madre, con un instinto notable que quizá su fallecido padre nunca adivinó, había sabido integrarse plenamente con las nuevas mujeres que mandaban en el régimen. Con amistades entre las falangistas, conocía a la hermana del Ausente, José Antonio Primo de Rivera, y a otras muchas damas que, muy ufanas, lucían la mantilla negra en las misas y estaban metidas en algo llamado Auxilio Social, con aquella falsa caridad que a Ramón cada vez le costaba más sobrellevar.

Su rostro, tan parecido en las facciones al de Luis, pero de mentón más cuadrado y ojos de miel frente a los verdes de su hermano, sonreía en una mueca triste bajo el peso de sus pensamientos cuando pasaba por las puertas de algún templo y observaba a los desharrapados que esperaban las sobras para comer. De momento, de poco o nada había servido la cartilla de racionamiento que se había impuesto el 14 de mayo, y que él, con tan buenos contactos y sus «¡Arriba España!» consiguió para Jimena. La gente hacía estraperlo con lo que podía conseguir, incluido lo poco que les tocaba con la cartilla.

—Ten cuidado, Ramón. Te estás poniendo muy pesado con lo de tu cuñada.

Así se lo advirtió su amigo, el confidente de las altas esferas, que tenía acceso al círculo de Serrano Súñer y de varios militares. Se lo dijo una tarde mientras estaban sentados en La Mallorquina, en la misma Puerta del Sol por la que él paseó e intentó proteger a Jimena.

—¿Me lo tomo como una advertencia o como un consejo?

—Como las dos cosas. Aunque tu madre está muy bien situada, tu hermano es un rojo escondido, un escapado. Un comunista. Te pusiste muy pesado en Gobernación. Ahora ya sabes que está en Ventas. Déjalo ya.

—Pero ¿de qué se la acusa?

—De nada. Y no tengas miedo, no la han llamado nunca a diligencias. Por tanto, está todavía entera.

—Eso lo dices tú. Dame alguna garantía. Y ya sé lo que es llamar a diligencias: los torturan o se los llevan a las tapias del cementerio sin más.

—Baja la voz, coño. Me vas a meter en un lío. Sólo te lo digo otra vez, ten cuidado.

—Tengo dinero. ¿Se puede hacer algo con dinero? O consígueme una visita.

—No lo sé. Creo que es mejor que de todo esto hables con tu madre.

Esa última frase fue un mazazo.

—¿Cómo que hable con mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

—Venga, hombre, no te pongas así. A lo mejor a tu cuñada la tienen en Ventas porque tu madre no quiere que vaya diciendo por ahí que se casó con tu hermano. La verdad es que la mujer ha tenido mucho que aguantar. Y tú, sigue comiendo el plato único y acumula tiques. Tienes que hacer méritos. No te pongas pálido ni me amenaces. Nos conocemos desde el colegio y hace años que no nos vapuleamos. Desde los recreos. Todo lo que te estoy diciendo ya lo sabías, pero no quieres reconocerlo.

La silla cayó al suelo de la fuerza con la que Ramón se levantó de la mesa. El velador se tambaleó y, sin despedirse de su antiguo amigo, salió a la calle, chocando de frente con la puerta de Gobernación, de donde cada día y cada noche seguían saliendo gritos, horrores, torturas, ante el silencio cabizbajo de todos los viandantes, que aceleraban el paso al pasar por delante.

Una tarde, recién entrado el otoño, Ramón regresó a casa y al lado de la gran consola encontró una de las maletas de su madre. Había vuelto. Tendría que hablar con ella. Aquello no podía esperar más. Si las cuentas le salían, Jimena estaba presa con un embarazo de cuatro o cinco meses. Puede que de seis. Era incapaz de ir más allá en su pensamiento, porque un dolor vergonzoso le agarrotaba el cuerpo. Y ni tenía ni quería ni podía dar ninguna explicación o tregua a ese dolor.

Allí estaba doña Elvira, repantingada en la salita que Jimena no había querido pisar durante las pocas semanas en las que había vivido en aquella casa.

—¿Cómo estás, mamá? Tienes buen aspecto.

Cumplió con la fórmula educada de corrido mientras se inclinaba sobre la *chaise longue* de flores y flecos que rozaban el suelo por los muelles hundidos, ya algo raída la tapicería, para darle un beso en la frente.

La madre le pasó los gordezuelos brazos por detrás del cuello y le obligó a inclinar sus anchas espaldas para achucharle, dejándole un rastro de carmín algo viscoso en las mejillas.

—Anda, sinvergüenza. ¡Qué ni te has ocupado de mí! Ni un momento has gastado para ir a verme en todos estos meses. Hijo, te has quedado muy flaco. ¿Es que ahora que a Madrid ha vuelto la comida tú vas a dejarme mal?

—No es eso, madre. Tengo otras preocupaciones y mucho trabajo. No es fácil encontrar suministradores de lana y paño. He vuelto a entrar en contacto con Burgos y Salamanca.

—Ya, ya. Yo puedo echarte una mano en esa tarea, conozco gentes que ahora están en Comercio. Y hasta podemos conseguir algún buen contrato para suministrar al ejército.

—Déjelo correr, madre. No es momento para hablar de eso.

—Y ni quiero preguntarte por tu hermano. ¡Dios mío, qué vergüenza, qué desgracia! Un hijo comunista y huido… No sabes, Ramón, cómo me compadecen y me consuelan todas las amigas por esta desdicha…

—Madre, no es ninguna desdicha. Tienes un hijo que ha luchado por sus ideales, jugándose la vida. Y que ha tenido que salir de Madrid para que no le fusilen tus amigos.

—¡No me hables así! ¿Qué dices? Si no hubiera huido, le habría podido rescatar y redimir.

—Pero es que Luis no necesita que nadie le redima…

—¡Ay, Ramón, por Dios! Con lo que estoy pasando y ahora tú…

—Mamá, ¿dónde está Jimena?

—¿Jimena?

Por un momento, Ramón estuvo a punto de abalanzarse sobre su madre para sacudirla, aunque fuera por los brazos. A tiempo, doña Elvira había sujetado en los labios corridos de carmín lo siguiente que iba a decir. Ese «¿qué Jimena?» que con cierta ironía estuvo a punto de añadir murió a tiempo en su boca, asustada por la expresión de su hijo pequeño.

Un silencio insoportable se extendió por la salita. Doña Elvira se pasó por la frente un pañuelo blanco de puntilla almidonada que había sacado de su manga para ganar tiempo.

—No lo sé. Vicenta me ha dicho que vinieron unos falangistas y se la llevaron.

—Sí, madre, al poco de irte tú para Cercedilla. Esos falangistas vinieron de tu parte. Llamaron a la puerta diciendo que tú les enviabas. ¿Dónde está Jimena? No te lo voy a preguntar más veces.

Quiero la historia completa o corres el riesgo de quedarte sin ningún hijo. O me explicas todo lo que sabes y llegamos a un acuerdo, o te juro que te quedas aquí, más sola que la una, viuda, con un hijo rojo desaparecido y otro que desaparecerá, avergonzado de ti. ¡Ah, sí! Te quedan esas amigas tuyas de misa y rosario, pero que sacan de la cárcel a niñas para enviarlas a fusilar a las tapias del cementerio cada mañana.

—Por Dios, Ramón. ¡No digas más sacrilegios!

—¡Sacrilegios los que están haciendo tus amigos, que han ganado la guerra y siguen matando y matando y matando!

—Pero, bueno, ¿es que tú también estás invadido por el veneno del marxismo? ¡Qué desgracia la mía! ¿Qué habré hecho yo en esta vida? Claro, si mi santo Martín no os hubiera dado tantas alas ni enviado a estudiar a la dichosa Institución…

Esta vez, Ramón tuvo que dar un paso atrás. Le entraron ganas de vomitar. ¡Era su madre! Pero ¡era tan estúpida! ¡Tan dañina! Su madre, a la que había adorado de pequeño, cuando cada noche les contaba cuentos, aunque, para chanza de su padre, no les dejaba ver el escote de las princesas, porque, según decía, eran un poco impúdicas.

Volvió a su mente el recuerdo de Jimena. Su trajecito cobalto, sus zapatitos de medio tacón, sus enormes ojos negros y su melena desamparada le contuvieron en la puerta.

Avanzó de nuevo hacia aquella mujer que, le gustara o no, era su madre.

—O encontramos a Jimena, o te prometo que monto un escándalo. Haré que se sepa que tu hijo es su marido, que yo fui padrino de esa boda, que está embarazada y que tú la has enviado a

la cárcel para matarla a ella y al niño. Una monstruosidad. Iré al obispo, a los viejos amigos de papá que se quedaron con los nacionales y han vuelto. Diré que quieres quedarte con la herencia de tu hijo mayor y, lo que es peor, lograré que tus amigas sepan que eres la asesina de tu propio nieto, aunque éste sea de sangre impura, como dirías tú.

Doña Elvira desmayó su cabeza sobre la *chaise longue*, en una pose que tantas veces había visto en *La dama de las camelias*. Sólo le faltó llamar a Vicenta para pedirle las sales, pero sabía que la escena completa no hubiera impresionado nada a su hijo. Muy al contrario, era Ramón quien la había impresionado a ella.

—¿Cómo no te das cuenta, hijo, de que era una raspa, de que sólo quería pescar a tu hermano? ¡Hasta a ti te ha embaucado esa mosquita muerta!

—¡Mamá, madre! ¡Basta ya!

Vicenta, en la puerta de la cocina, atenta a la conversación por si su Ramonín perdía los estribos, se encogió con el vozarrón del joven. Al cabo de unos segundos, volvió a escuchar su voz, ahora sorda.

—O en quince días me consigues una visita a Ventas para verla o te juro que todo Madrid va a hablar de nuestra familia. Tendrás que enviarme a mí también a la cárcel, por más que los comunistas me parezcan unos locos. Piénsalo, madre. Cuando lo tengas claro, llamas al almacén o le dejas el recado a Vicenta. ¡Quince días! O voy yo a Ventas a ver a Jimena o Jimena aparece en esta casa.

—¡Eso nunca! ¡Por encima de mi cadáver!

A pesar del portazo que dio Ramón al salir, escuchó perfectamente la última palabra del berrido de su madre.

5

—¡Jimena Bartolomé Morera! ¡A diligencias! Un espeso silencio se extendió por la humilde aula de la recién organizada escuela de párvulos, un lugar modestísimo que funcionaba desde primeros de octubre, tan sólo un mes después de que llegara doña María Sánchez Arbós a la cárcel. Intentaba entretener a los niños, apoyada por otras reclusas, como una maestra llamada Rafaelita y otras jóvenes que tenían ánimo para ayudar. Una de ellas era Jimena.

Tras su primer contacto, Jimena y doña María descubrieron varias casualidades. Ésta, aunque era de Huesca, había tenido su primer destino al otro lado de la sierra de Rascafría, en La Granja de San Ildefonso. Allí había conocido a Menéndez Pidal, en una de las excursiones de los muchachos de la Institución. Los hermanos Masa estaban entre ese reducido grupo de chicos y profesores que acompañaban a don Ramón en aquellos principios de los años veinte.

¡Qué tiempos tan lejanos! Ahora, la maestra presa había pedido a su antigua alumna, Carmen Castro, que le dejara enseñar a los niños en alguna parte. En aquellos meses de infierno, con ocho o diez niños muertos por día, como contaba Paz, las clases les permitían tener cierta normalidad.

Sánchez Arbós se repartía para enseñar a las jóvenes en un aula que había sido bautizada como Santa María; a las adultas se las daba en otra, la Santa Teresa —los nombres eran imposiciones que había tenido que aceptar de la Castro, en honor a su orden teresiana—. También daba clase a los niños. Enseguida creció el número de presas dispuestas a ayudar a doña María. Todas rogaban que les dejaran echar una mano. Jimena, después de asistir como alumna con las adultas, se iba con la profesora para ayudar en párvulos.

Para todas aquellas mujeres, trabajar y ocupar el tiempo se había convertido en una obsesión para su supervivencia. Con estos quehaceres, la sarna, la tiña, los piojos, el olor del azufre que se echaban en los codos y las piernas para combatir las costras y no rascarse hasta dejárselas en carne viva eran más llevaderos.

Paz y Matilde decían que lo más difícil era mantener la dignidad. Y Jimena se repetía esto cada día. Pero ella no la había perdido. A ella, la dignidad se la habían grabado su abuela y su madre al rojo vivo, con sus humildes pero firmes principios. Para Jimena, lo peor, lo más humillante, era sobrellevar el hambre y torturarse pensando en que tenía que comer por dos y dependía de la caridad de sus compañeras. No le llegaba ni un paquete de comida, ni un sobre con algo de dinero para el pobre economato regido por el abuso y el estraperlo, ni una caja de zapatos con una muda para cambiarse. A Ramón se lo había tragado la tierra y ella jamás hubiera avisado a sus padres de su paradero. Se morirían de dolor.

¿Qué habría pasado con sus padres? Lo más probable es que estuvieran bien. No tenían malquereres en Rascafría, pero, después de todo lo que veía a diario en la cárcel, no podía evitar temblar por las noches, pensando en ellos y en sus hermanas.

¿Cuántas veces había visto a pobres mujeres, campesinas denunciadas por vecinos que tenían una vieja rencilla y pasaban factura acusándolas de barbaridades? Veinte, treinta años de prisión. Incluso la pepa, le habían confirmado Matilde y Angelines más de una vez, por una maledicencia, por una pelea de una linde de un campo hacía medio siglo.

Aunque Matilde no necesitaba a Jimena, cuando doña María se enteró de que la joven era de Rascafría y de que había pasado parte de su infancia en El Paular, la acogió con cariño. A Jimena le marearon los recuerdos el día que la maestra mantuvo una charla con ella sobre las gentes de la Institución que ambas habían conocido. Cuando evocaron las noches de la cartuja de El Paular, junto al fuego y con la lectura de algún libro por parte de Cossío y los alumnos alrededor, se le puso un nudo en la garganta.

Doña María la cogió de la mano.

—No te dejes llevar por el dolor. Vamos a mantenernos ocupadas. —Y a la vieja profesora se le iluminó la cara—. Por casualidad, ¿te acuerdas de lo que leían?

—Sí, aunque no sé los nombres. Sobre todo, me acuerdo de los romances. A mi abuelo y a mi padre les gustaba que don Enrique de Mesa o don Fernando contaran poemas de pastoras y esas cosas. Se sabían unos cuantos.

—¿Y tú te los sabes?

—Claro. Alguno… «El conde Sol» y «La loba parda». ¡Los oí tantas veces en el monasterio y a mi padre!

—Comienza con «El conde Sol». A los niños les encantará. Es como una historia de príncipes y princesas —le sugirió la maestra.

Grandes guerras se publican en la tierra y en el mar…

Mientras Jimena recitaba, doña María seguía por lo bajo el romance, esforzándose para no dejarse arrastrar por la nostalgia más de lo necesario.

—¡Jimena Bartolomé Morera! ¡A diligencias!

La Veneno volvió a vocear cuando Jimena ya se estaba poniendo de pie lentamente y dejaba sobre la mesa el lápiz al que había intentado sacar punta para Pepi, una rubita encantadora, hija de Angelita, una de las mecheras presas que trabajaban en la cocina y a la que Jimena cada día tenía más cariño. Doña María posó sus ojos sobre la joven.

—Ánimo, hija. Pronto estarás de vuelta.

La voz de la vieja maestra no podía disimular un cierto temblor. Pero Jimena estaba tranquila. ¡Había aprendido tanto en tan poco tiempo! ¡Habían pasado tanto!

Con el fusilamiento el 5 de agosto de las trece menores, Jimena, abrazada a las otras mujeres de la celda siete, creyó que iba a morir, que no podía soportar tanto dolor. Con los ojos secos, el intestino duro como una tabla y el cuerpo frío, contó, junto con toda la prisión, los veintiún tiros de gracia en un silencio de aullido sordo. Pero no murió. Ninguna murió. Sólo lograron matarlas un poco por dentro. Les mataron algo no palpable, etéreo, mientras renacía otra fuerza interior en ellas.

Con la salida de la abuela Canuta, Jimena estuvo a punto de rebelarse, de tirarse sobre aquellas malas bestias que apremiaban a la vieja para llevarla al camión, camino de la tapia del cementerio. Había pasado la madrugada y la abuela se estaba vistiendo con parsimonia, con la cabeza gacha y atenta a atarse sus faldones, mientras Trini y ella se acurrucaban en un rincón. Y la abuela y la madre de Trini se recostaban en otra esquina, mirando hacia la celda de enfrente, donde la vieja no consentía que ninguna de sus compañeras la tocara. Sobrecogía la actitud de la campesina, de pelo blanco y abundante recogido en un moño. Se sujetaba las sayas que intentaba atarse.

—Abrevie, vieja, que la están esperando. Las demás ya están dentro y el camión tiene que parar en Porlier y otros sitios.

Era la Veneno quien hablaba así a la anciana. Después de la saca de las trece rosas, Teresa Igual, la carcelera que había contado con deleite hasta el último detalle sobre las fusiladas, ya no se atrevía a ir con la lista de las madrugadas ni a la sala de jóvenes ni a la de viejas.

—¡Qué prisa tenéis en que me vista! ¿Es que no veis que me amortajo en vida?

Ya en la puerta, la Canuta se volvió a sus compañeras.

—Con lo que yo he rezado a San Antonio. ¡Ahora, que no pienso rezarle nunca más!

Así salió la vieja Canuta camino de la tapia del cementerio. Dejando una sonrisa triste, bañada en lágrimas, en sus compañeras. Jimena se había estremecido, abrazada a Trini. ¡Cómo echaba de menos a Trini desde que la habían trasladado! Y a la abuela de Trini, otra mujer de sentencias como su abuela y la Canuta.

—¡Qué Dios no nos dé todo lo que podamos soportar!, —decía a menudo.

En verdad, ese Dios —de quien fuera Dios— les estaba dando mucho más de lo que se podía soportar.

Recordó a las trece rosas, a la abuela Canuta, a las cinco chicas de las Juventudes Socialistas, a tantas otras; recordó también los tiros de madrugada que seguían en el Cementerio del Este. Todas habían salido a diligencias, para, a las setenta y dos horas, volver con la pepa. O apaleadas, violadas, machacadas y condenadas. Sólo unas pocas eran llamadas para salir de la cárcel y volver a las calles.

—No se preocupe, doña María. Al menos, podré saber de qué se me acusa.

Y despacio, recta, con la cabeza alta, avanzó hacia la puerta, donde la esperaba la Veneno. Pocas veces un apodo había estado tan bien puesto. Bajita, de frente estrecha y rostro poco agraciado, de mal bicho, ojos pequeños y siempre buscando cómo sacarlas a todas de sus casillas: armar bronca para poder castigarlas, sacudirlas con lo que tuviera a mano.

—¡Anda tú, so chula! ¡Qué por más aires que te des, eres más paleta de pueblo que yo! A ver si te enteras ya de la que te va a caer encima.

Jimena ni la miró. Como si no necesitara respirar, siguió a aquel mal bicho hacia su destino. ¿Sabría por fin de qué se la acusaba? ¿Qué decía su expediente? ¿Qué se habían inventado? ¿O la volverían a torturar, preguntando por Luis?

Pensó en él. Su vientre ya estaba abultado. Le costaba disimular ante las funcionarias, aunque la solidaridad de las presas la había ayudado. Una de las cinco mujeres —ni siquiera había sabido su nombre— que un mes antes habían salido en una de las sacas le había dejado, con una nota, una chaqueta de punto gris, larga y amplia, que le permitiría seguir disimulando, pero no

por mucho tiempo. Iba para seis meses. El recuerdo de Luis le dolía en el alma, en el corazón. ¿Le habrían cogido y por eso la buscaban?

«Mi amor, mi vida. No voy a desfallecer. Saldré de aquí. Lo sé. Con nuestro hijo, con nuestra hija».

Jimena, cada minuto, cada segundo del día, se repetía el nombre de su marido en una retahíla que hubiera sonado ridícula para las otras compañeras, a veces reacias a tanto amor. El recuerdo de su amor hubiera sonado absurdo en las confesiones de la noche, cuando, apretadas sobre el baldosín que compartían —«lujoso baldosín tenemos por colchón…», cantaban a veces—, intentaban darse consuelo, calor. Unas hablaban más que otras. Algunas permanecían mudas.

En la situación en la que estaban, Jimena no podía contar su amor por Luis. Ni siquiera ante las más próximas. Ni siquiera sabía cómo explicar que, allá donde estuviera, él estaría recordándola, buscándola, esperándola.

Lloraba la condesita no se puede consolar; acaban de ser casados y se tienen que apartar.

—¿Cuántos días, cuántos meses, piensas estar por allá?

—Deja los meses, condesa, por años debes contar; si a los tres años no vuelvo, viuda te puedes llamar.

Sólo hacía meses, meses, que Luis había desaparecido. Pero Jimena estaba dispuesta hasta a contar por años, como la joven condesita, aunque llorando sólo por dentro. No entendía bien el miedo de las otras muchachas, que pensaban que sus novios se cansarían de ellas. Hasta que un día, una de las camaradas más valientes y peleonas, María Valés, se lo dijo. Jimena no se sentía comunista, pero eran las mujeres comunistas, las más organizadas, las que la habían acogido porque conocían a Luis.

—Tenemos miedo de gastar aquí toda nuestra juventud. A ti no te han llamado a diligencias, no te ha caído la pena. Pero ¿sabes lo que es entrar con dieciocho años y saber que puedes salir con treinta o cuarenta? Perdemos la vida, la juventud, aquí dentro. Pero pelearemos. A mí, éstas no me van a derrotar.

Después, la abuela de Trini hacía el mismo comentario. Y lo mismo decía otra reclusa que se llamaba Alicia, que estaba allí con su hija, que se llamaba igual que ella. Tenían tras de sí una historia tristísima, y Alicia, la hija, se la ocultaba a la madre: a sus hermanos les habían fusilado ya.

—¡Qué lástima, hijas, que queméis los mejores años de vuestra vida aquí tan injustamente!

Las veinteañeras y las más jóvenes se reían. ¡Estaban tan seguras de que no iban a perder allí su juventud! Hitler se estaba comiendo Europa, sólo iba por el aperitivo y pronto habría guerra. Los americanos, los ingleses, los franceses vendrían también a por Hitler y a por Franco.

—Sí, como vinieron los franceses y los ingleses a salvarnos en esta nuestra guerra —sentenciaba alguna de las viejas.

Hasta que llegó el fusilamiento de las menores el 5 de agosto. Aquél sí que había sido un buen golpe. Una prueba evidente de que de allí dentro, de aquel enorme cuartel al que habían sido arrojadas como los despojos que eran, sólo se podía salir con los pies por delante.

Las madres y los niños que morían en la carnicería que era la enfermería tenían otro significado. Pero el asesinato, el fusilamiento a casi niñas después de la victoria…

Mientras meditaba sobre los momentos vividos, Jimena llegó hasta las puertas que daban a la sala de diligencias, donde se veía la verja para visitas. Detuvo sus pensamientos. ¡Qué de recuerdos! ¡Qué de tiempo había pasado desde que había entrado por un pasillo cercano y las enormes y chirriantes puertas se cerraron a su espalda! Al contrario que Trini, que recordaba con pavor el mal fario que le había dado el sonido de las puertas al cerrarse a sus espaldas, Jimena no había tenido tiempo de pensar en esa sensación cuando franqueó la puerta de Ventas. ¡Llegaba tan molida de Gobernación y tan aliviada porque llevaba a su hijo dentro sin que hubieran podido hacerle daño!

—Espera aquí, chula. Parece que vas a tener suerte. Tienes una visita. ¡Si encima tendrás suerte, paleta de mierda!

A la Veneno le sacaba de quicio que Jimena hiciera como que ni la oía. Sabía cómo hacerla transparente, miraba a la pared de enfrente a través de ella, como si no existiera. Y eso le había valido algún empujón provocativo de aquel elemento.

Pasó a la sala de visitas. En ese momento, recordó el aspecto que debía de ofrecer. Mecánicamente, se atusó el pelo con las manos. Allí estaba Ramón. Mucho más flaco, pero bien vestido. ¡Dios mío, con la imagen horrorosa que ella tenía! No le importaba la ropa, pero sí el olor.

«Por Dios, que huela al azufre y no a la mierda de las letrinas que he limpiado esta mañana».

—Jimena… Pero ¿qué te han hecho? ¿Cómo estás?

La chica de Rascafría, la nieta de la Justa, la hija de Carmen y Lorenzo, la mujer de Luis Masa Pérez de Santos, roca y agua, clara como las aguas que corrían por el valle del Lozoya, puso su mejor sonrisa, estiró el cuerpo y ocultó en la espalda unas manos cuyos dedos estaban invadidos por las costras de la sarna.

—Bien. Estoy bien. Encantada de verte. No me abraces. He estado limpiando los váteres y olemos muy mal. Nos falta agua a menudo. ¿Qué sabes de Luis?

Ramón se quedó a medio camino de levantarse de la silla. Anonadado, no podía apartar la vista de aquella muchacha flaquísima, cuyas prendas bailaban sobre un cuerpo esquelético. Paró sus ojos justo donde no quería, en el vientre, que adivinó ya abultado debajo de aquella chaqueta grisácea, raída y holgada, pero no lo suficiente para él, que iba buscando una confirmación.

Se dejó caer sobre la silla y separó el sombrero y su chaqueta, que reposaban sobre la mesa. Destapó dos paquetes envueltos en papel marrón, atados con un cordel.

—No sé nada. Lo mismo que cuando te detuvieron. No hay ni rastro de él. Toma. Creo que te va a servir lo que hay aquí. Aunque no he podido conseguir mucho.

Jimena tuvo que aguantar el primer impulso de abrirlo inmediatamente. Sólo soñaba con jabón y comida. Comida y jabón. ¡Qué vergüenza! Su mano quedó suspendida en el aire, sin tocar los paquetes.

—Muchas gracias. No tenías que haberte molestado.

—Jimena, por Dios, no me hagas más daño. ¿Te has visto?

Nada más decirlo, Ramón sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—Perdóname, perdóname… —musitó bajando los ojos.

Su mirada se clavó en las piernas desnudas, flacas, llenas de costras, allí donde habían estado las dos columnas espectaculares que él había admirado en la mujer de su hermano, ahora enfundada en unas zapatillas por las que asomaban los dedos. ¡Y aquellas hermosas manos de dedos largos, ahora en los huesos! ¡No le dejaba rozárselas! Tenía el rostro como si El Greco se lo hubiera pintado, alargado, flaco, con los pómulos salientes, la pequeña nariz más afilada, demacrada y con sus hermosos y profundos ojos rodeados por medias lunas violáceas.

—¡Te voy a sacar de aquí! ¡Te lo juro!

Y escondió su rostro entre las manos, histérico, desesperado por su cobardía, por su debilidad.

—Vamos, vamos, Ramón. Aquí hay miles de mujeres que están peor que yo. Mueren decenas cada día. Igual que los niños. Ni siquiera puedo contártelo. Esto es un horror, el infierno, pero no quiero que me compadezcas. Quiero ayuda. Dime por qué no has logrado saber nada de Luis. ¿O sabes algo y me lo ocultas? Y dime por qué estoy aquí, por favor.

—No lo sé. Llevo meses intentando averiguarlo. Dos horas después de que te sacaran, ya estaba movilizado…

—Sí, me lo dijeron en Gobernación.

—¿Qué te hicieron?

—Olvídalo. Sólo quiero saber por qué estoy aquí. A otras muchas las han llamado para juicio, las han fusilado o las han condenado a años y años de cárcel. Alguna ha sido devuelta a su casa. A mí nunca me han buscado, hasta hoy, que has venido. ¿Por qué me tienen aquí? En Gobernación sólo me preguntaron por tu hermano Luis y me dijeron algo acerca de que no soy su mujer. En algún momento de los interrogatorios mencionaron a tu madre.

Ramón palideció. Dio un rodeo a la mesa y sacó las manos que Jimena ocultaba en su falda. Los dedos devorados por la sarna le descompusieron. ¡Su madre!

Durante una larga charla, sólo interrumpida de vez en cuando y obviando ambos a doña Elvira, se pusieron al día. Jimena le confirmó el embarazo y los meses de los que estaba. Le contó también lo arriesgado que era parir en la cárcel, lo que había visto y oído: las madres desesperadas por perder a sus hijos, los niños enfermos de meningitis, el traslado de las lactantes al Hipódromo.

Como un arroyo enterrado al que de pronto abren un boquete en la superficie de la roca para que pueda manar, Jimena desgranó el chorro de sus palabras, corto, claro, conciso, dramático, sin añadir un exceso de calificativos, pragmática, mientras su cuñado, abatido, acabado, la escuchaba sin dudar de una sola de aquellas palabras, adivinando que ocultaba lo más horroroso, los detalles escabrosos y humillantes.

—Ramón, no puedo tener a mi hijo aquí. Se moriría. No me importa morir yo. Ha habido momentos en que he estado a punto de desearlo. Sólo el bebé me hace seguir adelante. Entérate de por qué estoy aquí. Que me juzguen, que me condenen, que me dejen salir fuera para dar a luz y tú le llevas el niño a tu hermano. Pero aquí no. Y no te miento. Te juro por el amor que tengo a Luis y por mi bebé que no exagero en nada. Busca a tu hermano, por favor. Dile que espero un hijo.

—Lo he intentado todo. Pero a los comunistas se los ha tragado la tierra. Muchos han sido fusilados, otros han logrado huir. No tengo datos, pero creo que Luis es de los segundos.

Ramón hablaba mientras acariciaba aquellos dedos sarnosos, flacos como huesos de pollo, igual que los del cuento. Poco a poco, apremiados ambos por las continuas interrupciones de la Veneno, a quien el aspecto de aquel tipo de buen porte ataba su lengua pero no contenía su presencia, el hombre se fue rehaciendo.

La despedida fue cálida, huyendo ambos de más palabras. Ya se habían dicho bastante. Aunque Jimena intuía que su cuñado no sabía exactamente por qué estaba allí, sí creyó que sospechaba la razón. Le había traído algún consuelo. Sus padres y sus hermanas estaban bien. Creían que ella había cruzado la frontera con Luis. Unos alemanes y dos militares que Carmen y Lorenzo tenían de pensión en casa habían impedido que a sus tres hermanas las subieran a fregar la iglesia y el intento de raparles el pelo. Se lo había contado el tío Leoncio, al que Ramón se atrevió a visitar un par de días después de que doña Elvira le pasara el papel con el día y la hora de visita a Ventas. Pero esto no se lo comunicó al tío de la muchacha, al que no sacó del error de que Jimena estaba a salvo con Luis.

Cuando terminó la visita, un auténtico privilegio fuera de horas y de todo orden, las clases de doña María a los niños ya habían finalizado. Con los dos paquetes en las manos, Jimena se dirigió al patio en busca de sus compañeras. Después de tantos meses, iba a tener algo que compartir con toda su celda. Su entrada en el patio fue seguida por murmullos de sorpresa, de alivio.

Se vio rodeada por las suyas y Jimena dejó los paquetes con orgullo y alegría en las manos de la madre encargada esa semana del reparto.

—¡Has vuelto! No te han llevado al paripé del juicio y la sentencia. Deja los paquetes ahora. Los abriremos arriba. Cuenta, cuenta —apremió María Valés.

—Era mi cuñado. Ha conseguido una visita, supongo que gracias a la influencia de mi suegra, que no quiere saber nada de mí. Lo he adivinado en la cara de Ramón. Sigue sin noticias de Luis y tampoco me ha querido decir por qué estoy aquí y por qué no me juzgan. No sé si lo sabe todo, pero algo me ha ocultado. Mis padres están bien y mis hermanas también. De Luis no se sabe nada, lo cual es una buena noticia.

Antonia, una de las últimas compañeras de celda en llegar, que había ocupado el puesto de Trini y era más descarada y algo brutota, se lo dijo. Habían intimado un poco, porque Antonia era de Venturada, un pueblo en el camino del coche de línea de Rascafría a Madrid.

—Jimena, baja del guindo. Me huele tan mal como la mierda de las letrinas. Es tu suegra, la tal Elvira esa, la meapilas, que no te quiere ni reconoce tu matrimonio con su hijo, la que te ha metido aquí.

Se hizo un silencio que rápidamente fue ocupado por el alborozo forzado de las demás, pensando en los paquetes, en que había vuelto de diligencias entera y en poco más de dos horas. Todo un milagro.

—Un milagro, un milagro. La zorra de la suegra, que es tan beata que no se atreve a llevarte por delante y quiere que te pudras aquí.

Desde luego, la delicadeza no era una cualidad de Antonia, pero Jimena sabía ya que su compañera estaba muy cerca de la verdad. Lo había adivinado por la expresión de Ramón cuando le contó que en Gobernación habían mencionado a doña Elvira durante los interrogatorios.

Uno de los paquetes era de comida. Un festín: leche condensada, queso, longaniza, latas de sardinas, ¡membrillo! Desde luego, la familia postiza de Jimena era pudiente. El otro paquete contenía un par de chaquetas de punto, dos mudas que la joven recibió como un lujo —llevaba meses lavando las dos bragas que tenía, una herencia de una muchacha fusilada, y en el único sujetador ya no le cabían los pechos, crecidos por el embarazo, aunque no tanto como su tripa—. Calcetines de lana gorda, paños de felpa… Jimena enrojeció ligeramente al pensar que Ramón había llevado todo aquello. Pero inmediatamente adivinó que había sido recogido y empaquetado por la vieja Vicenta. Y entre la ropa, un libro de tela de seda roja, pequeño, manchado, de hojas amarillentas: el *Romancero*.

Por primera vez desde que había entrado en Ventas, Jimena buscó el refugio solitario de una esquina entre aquella masa humana. Sentada en un rincón, sobó las pastas del libro que Ramón había cogido de su mesilla de la casa de Pontejos. Lo abrió por la página de «El conde Sol» y así, sin cerrar, se lo metió bajo la chaqueta gris mientras recitaba el romance. Dos lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas.

Era otoño, y en su pueblo ya habría pasado el olor de la hierba segada; en el patio de casa, sus padres quizá aún oirían los grillos del otro lado del Artiñuelo desde las huertas pegadas al toril, donde los gitanos dejaban las carretas mientras preparaban los fuegos para echar lañas de hojalata a los pucheros.

Llevaba más de un año fuera de su casa, sin la nieve de las cumbres de Peñalara, sin el azul pesado con que se vestía la sierra en el verano; sin haber subido a la trilla, sin sentir el heno recién segado, sin trepar al carro de los bueyes para triscar la paja, sin el aroma del viejo rosal del patio, sin escuchar el agua correr por las caceras del pueblo y por el río grande, sin los cencerros de las vacas, sin la brisa entre las hojas del chopo que corría más gruesa, menos fresca, que entre las hojas del fresno. Porque las hojas del fresno eran más pequeñas y ventilaban mejor en la sombra, la más fresca, mientras los grillos acunaban la siesta. Sin correr hasta la fuente del Botijo en los Batanes, para llenar el cántaro de agua fresca; sin pisar la tierra mojada después de las tormentas; sin la voz de su padre, suave, riente, mientras soportaba la bronca sorda y amarga de su madre; sin las peleas de sus hermanas, que ya habrían crecido; sin Luis, que ya no vertía lágrimas en su cuello como la última vez, aquella madrugada de Pontejos, en la que ambos se equivocaron por no escapar juntos, por no irse a morir juntos, que mejor hubiera sido morir abrazados ante una tapia de un cementerio que esta muerte lenta que la corroía a ella y a su criatura…

Las lágrimas le recorrían el rostro con la misma velocidad que los recuerdos, hasta que sintió que Antonia se deslizaba a su lado, la abrazaba fuerte, muy fuerte, y ponía la mano sobre su vientre hinchado y el libro que allí escondía. Con el dorso de la mano se retiró con rabia el manantial que le lavaba la cara e inclinó la cabeza sobre la de su compañera. No le importó descubrir los piojos gordos y las blancas liendres en las sienes y cerca de la oreja de su amiga.

6

No hubo más llamadas a diligencias. Si no hubiera sido porque todas las semanas llegaban paquetes de comida, los más ostentosos de la galería, se habría dicho que a Ramón se lo había tragado la tierra. Pero Jimena sabía que su cuñado trabajaba para sacarla de allí.

A veces recibía una carta a través de Angelita, la mechera que entraba y salía de Ventas con la misma facilidad que reincidía. Jimena sentía por ella un enorme cariño y, además, tenía a su hija Pepi consigo en los párvulos de doña María. La niña, de poco más de tres años, rubita, menuda, encantadora, aunque distraída en las letras de la pizarra, era la primera en aprender canciones, bailar y actuar ante los otros niños. Era la debilidad de la fría María Topete, ahora ya encargada absoluta de lactantes, embarazadas y niños. Las madres los tenían con ellas hasta los cuatro años, aunque la que podía los sacaba con la familia, para evitar que las criaturas murieran contagiadas de alguna de las enfermedades que abundaban en aquel campo de concentración disfrazado.

Jimena no sabía cómo Ramón había conocido a Angelita, pero la ladrona de poca monta, alcohólica, capaz de decir que estaba enferma para que la llevaran a la enfermería y beberse el alcohol, era tan bruta como grande de corazón. Y en un par de ocasiones —cada vez que salía tardaban días o semanas en volver a detenerla por meter mano en un bolso en plena Puerta del Sol— trajo una carta para Jimena. Ésta incluso llegó a sospechar que Angelita, más de una vez, se hizo detener para darle la carta a cambio de alguna buena propina de Ramón.

La Topete recibía a Angelita con una mezcla de desprecio y asco, un sentimiento que contrastaba con la debilidad que sentía por su hija Pepi. A veces se llevaba a la niña al despacho y se entretenía en peinarle sus hermosas trenzas rubias, lavarle las manos y sacarla limpita con algún vestidito que la Topete le traía, gracias a la voluntad de sus amigas de la alta aristocracia madrileña con las que ya preparaba una red de amistades de lujo para vender los primores que cosían aquellas descarriadas. Ya harían más, que entre las campesinas y las modistillas había manos de artistas.

Ninguna de las cartas era muy extensa. Apenas una hoja por las dos caras, con la pulcra caligrafía de Ramón. Seguía intentando sacarla de allí, pero había algunas barreras infranqueables que le exigían cosas que no podía dar. Jimena entendía que se refería a Luis. En Madrid todo seguía igual. Sus padres estaban bien y aunque había mucha hambre fuera, no en los pueblos, donde siempre se freían unas patatas con manteca de gorrino, según le había hecho saber su tío Leoncio.

El resto de las escuetas misivas eran para rogarle que se cuidara y que le avisara de cualquier cosa que pudiera pasar a través de Angelita, quien sabía cómo sacar notas fuera de la cárcel sin pasar por las comunicaciones políticas que tenían organizadas el PCE y los anarquistas. Ésta era una vía civil, sonreía Jimena, cada vez más preocupada, porque su vientre era enorme para una figura tan flaca como la suya.

Cuando el embarazo fue más que evidente, la Topete ordenó que la pasaran a la planta alta, donde estaban las embarazadas. Fue un golpe para Jimena, que hubiera preferido romper aguas y parir entre sus compañeras de celda en vez de pasar a la zona donde dominaba la excombatiente fascista y donde seguían muriendo niños de tos ferina o meningitis. Las madres tenían una avitaminosis aún más acentuada que el resto de las mujeres de la cárcel, y la mayoría de ellas producía poca o mala leche, infectada por la débil salud de las recién paridas.

Angelita la ayudó a preparar el petate, con las tres chaquetitas de punto que ahora tenía, una falda más ancha que había venido en otro paquete y un par de toallas que intentaba no usar y mantener blancas, aunque aquello era casi imposible. La vieja Vicenta se esmeraba cada mes para meter entre la comida unas bragas blancas, altas, de algodón, y un par de paños de felpa.

Esa semana —a Jimena le quedaban apenas quince días para parir, según sus cálculos— Antonia era la madre de la celda, la encargada de repartir los paquetes que recibían las compañeras. Hacía ya tiempo que obligaban a Jimena a comer un poco más que las demás, especialmente leche condensada y sardinas, tan buenas por el fósforo para dar leche, había dicho Paz, enviada a madres por el simple hecho de que la Topete consideró que, al ser casada, podía asistir a los partos sin avergonzarse.

Aquel invierno de 1940 fue uno de los más fríos de lo que iba de siglo. En los periódicos se recogían los quince grados bajo cero que el 16 de enero se habían alcanzado en Ávila. La culpa era del temporal de frío polar que llegaba desde Finlandia. El frío era tan helador que hasta un oso blanco de la Casa de Fieras del Retiro murió de bronconeumonía. El oso tuvo el honor de tener un titular compasivo en la prensa, pero las bronconeumonías de las mujeres en la prisión de Ventas no existían. La dramática situación de los miles de mujeres allí hacinadas no existía fuera de aquellas paredes manchadas de piojos y humedad, donde la muerte estaba presente en cada momento del día.

Y entre tanto olor a cadáver, también se abría paso la vida. No fallaron las cuentas de Jimena. Una fría madrugada de febrero, en la que seguía la temperatura bajo cero, aunque no tan intensamente como un mes antes, mientras una triste farola del patio de la cárcel iluminaba a contraluz la caída de diminutos copos de nieve —un buen presagio, pensó, sabiendo que aquella nieve ocultaba la luna llena—, sintió que algo caliente le resbalaba por los muslos. Se puso de pie y una sustancia viscosa cayó al suelo. Avisó a la mujer que tenía al lado, otra embarazada que ya tenía dos hijos.

—Es la mucosa. No te asustes. Voy a llamar.

Jimena, sólo pendiente de las reacciones de su cuerpo, no estaba asustada. Hacía una semana que su niño se movía menos y le habían dicho las expertas que eso era buena cosa. Estaba bien encajado para salir.

En el ala de madres, en lo que debió de ser un día la sala de partos, había unas pocas camas, y allí fue trasladada cuando notaba ya las contracciones de su criatura, que peleaba por asomar la cabeza a aquel mundo lleno de piojos y chinches.

Eso fue lo primero que pensó Jimena mientras empujaba como un animal, con todas sus fuerzas, sintiendo que se partía en dos y que algo resbalaba por sus piernas, algo muy caliente, manchando las toallas de Vicenta.

—Mi hijo sólo va a ver piojos y chinches —susurró mientras jadeaba y abría más las piernas, mordiéndose los labios para no gritar.

—Empuja, respira y empuja, respira y empuja, Jimena. Lo que hace falta es que vea algo, aunque sean los piojos —casi le gritaba Paz, que la ayudaba junto con otra presa enfermera.

—Tengo que darte un corte —dijo la otra presa—. No dejes de empujar y respira hondo, por Dios.

La enfermera se apartó de la cama, a cuyos pies estaban Paz y la otra embarazada, a la que había avisado. Jimena no sabía si era una presa común o política, pero poco importaba.

—Dadle un tajo corto, que se abra ella sola. La coronilla está atascada —murmuró la mujer a la enfermera, que volvía con una tijera y una botella de alcohol.

La parturienta no sintió el corte. Lanzó un aullido final y segundos después se oyó el grito triunfal de las tres mujeres, que sujetaban un trozo de carne llorona cabeza abajo, tras el azote de la presa embarazada. La enfermera cortó el cordón umbilical y con un trozo de cordón fino ató el ombligo del niño.

Paz le echó aquel trozo de carne sobre la barriga. Y una Jimena extenuada sintió que todo había merecido la pena, que allí estaba su hijo y el de Luis, pese a todo, contra todos. De nuevo, por tercera vez desde que estaba en la cárcel, las lágrimas le resbalaron, pero ésta era la primera ocasión en la que lloraba de felicidad y de ausencia. Después de lo pasado, estaban vivos. Recorrió con sus manos el cuerpo del bebé, pringoso, sin lavar aún.

—Está entero. Y con buen aspecto, pese a lo enclenque que eres. Tiene todo en su sitio —le dijo la enfermera.

Después se lo llevaron a lavar con la poca agua hervida y puesta a enfriar que Angelita, milagrosamente aparecida por allí, había traído. ¡Hacía tanto frío! Aquella zona tenía calefacción, pero no había carbón ni leña para la caldera. Aunque Jimena apenas sentía el frío. Seguía sangrando, y Paz y la enfermera —luego se enteraría de su nombre, Emilia, y de que aquél era su primer parto— intentaban cortarle la hemorragia. Emilia cosía como podía. Las manos de Paz iban por delante, con sus dedos pegando el tajo que le habían hecho, temblando por la baja temperatura y el miedo.

Angelita dejó a Luis, que así se iba a llamar el niño, al lado de su madre, vestido con una especie de saquito de felpa que Vicenta había enviado en una de las remesas y un jersey de lana blanco. Otro lujo en aquel lugar siniestro, donde encontrar el par de picos y gasas que ella tenía gracias a los últimos paquetes era prácticamente imposible. Las mujeres rompían sábanas de retor, mantas viejas y sus enaguas para envolver a las criaturas.

—A la Topete y a las suyas les da lo mismo. De aquí salen muy pocos vivos, así que aplícate el cuento, Jimena, y ponle la teta. Es tu primera obligación, y olvídate de lo demás —le dijo Emilia antes de marcharse a dormir.

Eso hizo Jimena: arrimar a sus pequeños pechos, ahora inflamados, la boquita de Luis Masa Bartolomé. Se preguntó si el niño sería el Luis Masa tercero o habría habido otros en generaciones anteriores. De aquel pecho al que el bebé se agarró con ganas no brotó ni una gota.

—Tranquila. Pronto te vendrá el calostro. Déjalo estar. A dormir todas.

Pero Jimena no podía dormir. Cuando Angelita iba a seguir a las otras, sintió que le invadía una oleada de agradecimiento hacia aquella mujer, tan distinta de las presas políticas. Separó una mano del bulto que era su hijo recién nacido para sujetar a Angelita.

—¿Puedes quedarte? Tengo miedo de no saber qué hacer. Tú tienes experiencia…

Angelita sonrió.

—Está bien. Me quedaré. Pero tienen razón, debes dormir.

—No puedo. No quiero dejar de mirarle. Angelita, ¿cómo has sobrevivido aquí, con tu Pepi? ¿Por qué estás aquí?

—¿De verdad quieres que te lo cuente? Hoy, precisamente…

—Sí, hoy precisamente. Si tú has aguantado, yo aguantaré. Llevas tanto tiempo ayudándome… Ni siquiera sé de dónde eres.

Angelita soltó la mano de Jimena y se la llevó hasta el recién nacido. Después, estiró con gesto mecánico la ropa del camastro, sacudió con un par de palmadas el borde del colchón y se sentó al lado de la recién parida.

Desde pequeña, a Angelita los muertos siempre le habían dado hambre de hombres. Y frío. Los muertos le habían dado mucho frío. Por eso, de mayor, cuando no estaba en la cárcel, combatía el frío con tragos de alcohol y el calor de un cuerpo de macho que le diera cobijo.

Era una cría cuando ya sabía lo que era la soledad. Su madre, la tía Posturas, la enterradora de Valdemorillo, la dejaba a menudo con su hermano cuando se iba al cementerio. O peor. Se los llevaba con ella cada vez que sonaba el primer tañido de la campana de la iglesia para llamar a clamor.

Con el primer toque de la torre de Nuestra Señora de la Asunción, la Posturas no esperaba a que fueran a buscarla.

—La ha diñado el Dimas. Ha tardado, el hombre. Hala, Angelita, Colás, al camposanto, que tengo que cavar y volver antes de que se queme el cocido.

La enterradora alejaba el puchero de barro un poco de las ascuas de la lumbre, retirando el brasero hacia atrás. Pero Angelita no quería ir con su madre al cementerio. Por el camino remoloneaba. Sobre todo si era invierno y anochecía pronto. Se perdía por los soportales del ayuntamiento, donde jugaban los chicos a la peonza o a las chapas, aunque fueran mayores que ella.

—Angelita, que te cagas para ir al cementerio. Te dejamos que te quedes aquí si nos enseñas las bragas.

La niña se resistía, tirando del borde de su falda remendada hacia abajo, hacia los tobillos. Hasta que el más grande y bruto de los chicos, el Bolas, el hijo del panadero, le agarraba de la trenza y tiraba de ella para sacarla fuera de los soportales. Entonces, Angelita recordaba el camposanto y se subía un poco la falda, pero a cambio de una perra chica primero. Con los meses, fue a cambio de una perra gorda.

Angelita jamás superó el pavor que le daba esperar a su madre en el cementerio, al pie del tabiquillo que escondía el osario: los restos de los huesos que habían ido sacando de las tumbas por cumplir los años la sepultura.

Las chicas de la escuela de las mayores le habían dicho que los huesos resplandecían por la noche. Y las calaveras también. ¡Y cómo se lo creía Angelita! Más si venía de Amparo, la mayor del tío Muelas, los de la tienda de ultramarinos. Ésa sí que mandaba y sabía. Aunque estudiara, nadie se metía con ella. Y la Amparo insistía en que los huesos daban resplandor por la noche, porque tenían una cosa que se llamaba fósforo y, de tanto lavarse bajo las lluvias y el sol, cada vez estaban más blancos y resplandecían más.

—Si no me crees, pregunta a la señorita Antonia.

La señorita Antonia, la maestra, le había dicho a Angelita que la historia de Amparo era cierta, pero que no tenía que tener miedo de nada. Como su madre decía, con los muertos no hay nada de que asustarse. Lo peor son los vivos.

Pero el miedo era superior a sus fuerzas. Angelita sólo rogaba a Dios que el muerto la diñara de madrugada o por la mañana temprano, porque si se moría por la tarde, el entierro era al día siguiente por la tarde. Y en invierno, en Valdemorillo anochecía pronto. En Valdemorillo y en El Escorial, y en Robledo de Chavela y en Navalagamella, en Colmenarejo y en Villanueva de la Cañada.

A Angelita los pueblos de alrededor le daban lo mismo. Allí había otros enterradores, mientras que en el suyo, era la Posturas quien se las tenía que arreglar con los difuntos y cavar las fosas, que su madre tenía unos brazos que parecía un hombre. Y eso que su pobre hermano, Colás, la ayudaba desde que tenía uso de razón.

Ella no. Ella no podía coger ni una pala, y por eso su madre se enfadaba, mientras sudaba y sudaba, a cada palazo, echando la tierra fuera del hoyo. A veces, cuando hacía buen tiempo, la tía Posturas adelantaba el trabajo en función de los viejos enfermos que hubiera en el pueblo. El otoño y el duro invierno, enero y febrero, eran malas épocas. Había veces que en un mes caían dos o tres.

Pero ni por esas Angelita era capaz de echar una mano a su madre. Si la arrastraba hasta el cementerio, se quedaba allí, al pie de la tapia pequeña del osario, aterrada, deseando que el cura y la procesión, con la cruz y el ataúd del muerto al hombro, llegasen cuanto antes. Se estaba metiendo el sol.

Don Miguel, el párroco, la ponía enferma. Si el muerto era del apellido de uno de los señoritos del pueblo —Falcó, Bádenes, Sancho, Martín Santos, Orodea, Laporta—, el responso sería largo y seguro que anochecía en el cementerio. Y su madre tenía que quedarse hasta echar las últimas paladas, tapar la sepultura y cerrar la puerta del camposanto.

Y luego estaban las beatas. Las del velo negro y siempre enlutadas, sollozantes aunque conocieran poco al finado, que aprovechaban la visita al cementerio para irse a encender una vela a los muertos propios. Si la Rosalía encendía tres velas, la Fuencisla encendía seis, que para eso era más beata aún y ponía más flores y velas en la iglesia cada semana.

Al final, cuando el cura y los monaguillos se iban, se quedaban los familiares a la puerta para recibir el pésame. Y con las buenas familias, las colas eran interminables. La tía Posturas no podía cerrar el cementerio aunque hubiese sellado la sepultura y colocado todas las flores y coronas. Había que esperar hasta la última genuflexión del último lameculos del pueblo.

Para entonces, el cementerio temblaba bajo las velas que agitaba el viento, y las sombras eran cada vez más alargadas y oscuras. Angelita temía el momento en que los huesos del osario se juntaran, componiendo uno de esos esqueletos que amenazaban por las fiestas de Todos los Santos, en noviembre, cuando empezaban las nieves. Ella odiaba la primavera y el otoño, además de las tardes. En esas dos estaciones hacía poco frío o poco calor y los pésames se hacían aún más largos que si el sol caía como plomo o los copos de nieve eran grandes como trapos. Entonces la fila aceleraba el paso, sudando o muertos de frío.

La Mónica decía que los muertos, las ánimas de todos los santos y de todos los del pueblo no llegaban sólo con las nieves de San Andrés: «Para San Andrés, la nieve en los pies y por los Santos, la nieve en los altos». Que por mucho que dijeran la Amparo y la señorita Antonia, ella

sabía que las ánimas flotaban siempre alrededor del cementerio. Lo contaba su abuela, la Culona vieja, cada vez que la hermana mayor de la Mónica, la Culona joven, intentaba salir de noche a la plaza para hacer cucos con el chico del Chato desde la esquina.

Por eso Angelita, a medida que fue creciendo, encontraba más trucos para remolonear y no llegar tras su madre y su hermano hasta el camposanto. Ya se quedaba sola en los soportales, y la perra gorda por subirse la falda hasta la rodilla había pasado al real si dejaba tocar un poco al rapaz de Carroceras, unos que tenían un fabriquín, que ahora era el más fuerte de la pandilla. Después de todo, no estaba mal sentir una caricia, un poco de calor humano, algo que la enterradora tenía poco tiempo para dar a sus hijos, viuda como era desde hacía años. Bastante tenía con llevar la cruz a cuestas. O la pala, pensaba Angelita, cada vez que su madre se quejaba de la cruz que le había dejado el padre al morirse.

—Pero, madre, usted lleva a cuestas la pala, no la cruz.

El día que su hermano Colás confesó a la tía Posturas que su hermana se quedaba en los soportales, trapicheando con los chicos, la mano maciza de la enterradora cruzó como el rayo la cara de su hija. No una ni dos veces. La abofeteó con saña, sopapos en ambos carrillos cruzados con la palma y el dorso. Decían en el pueblo que la tía Posturas, de tanto enterrar y estar en el camposanto, tenía algo de visionaria. Y aquel día debió de adivinar el futuro de su chica por la rabia con que la sacudió.

Por eso, en cuanto Angelita cumplió trece años, la Posturas se plantó en la casa de una de las buenas familias del pueblo. Siempre les había hecho buenos servicios. Les había guardado bien las sepulturas y se las había adornado con las mejores azucenas, que la enterradora sembraba en la esquina del cementerio. Tan blancas y hermosas eran esas azucenas que a veces el cura, don Miguel, se enfadaba porque la Posturas no las llevaba a la iglesia. Se las ponía a los muertos.

—Posturas, hija, que los muertos no ven. Y, sin embargo, en nuestro altar quedarían tan hermosas, tan blancas, debajo de los encajes que ha bordado la Rosalía, que ya ves que tienen más de seis dedos de ancho esas puntillas de bolillos… Que tienen razón la Rosalía y la Fuencisla, que los muertos no pueden oler, ni ver…

—Eso que lo dice usted, don Miguel. Mis muertos huelen y ven. Y además, usted no me da nada del cepillo por las azucenas, que buen trabajo me dan para salvarlas todo el año de las heladas y el granizo. Mire, que no. Que a mí quienes me dan unas perras por las sepulturas limpias y bien *adornas* ya sabe usted quiénes son.

Y a ésos fue a quienes pidió la Posturas que metieran a su hija Angelita a servir en una de las casas grandes. Que algo sacaría de provecho en aquella casona, donde todos los días se comía con cubertería de plata, vajilla de Valdemorillo, de la de Falcó de principios de siglo, horneada en especial, y cristalería de la fábrica de vidrio que nada tenía que envidiar a la de El Escorial, pensaba la Posturas. Eso se decía en el pueblo.

Y en aquella casa, a los trece años, entró a servir Angelita, que le importaba poco no terminar la escuela. Allí no estaría sola. Había un hombre del pueblo para el jardín, una cocinera y dos criadas más. Iban y venían la señora, el señor, los señoritos y la abuela. Hasta allí no llegaría el olor del cementerio, ni tendría por qué acompañar a su madre y a Colás cada vez que las campanas de Nuestra Señora de la Asunción tocasen a clamor, ni cometer el sacrilegio de maldecir a don Miguel, el cura, por ser tan lento con el responso, ni a los mozos de ir demasiado despacio con el ataúd si el muerto era gordinflón.

A sus trece para catorce, Angelita era ya una buena moza serrana. En la casa de los señores pronto ganó peso, lustre y delantera. Sus formas se redondearon en un par de años. Aprendió a cuidar su melena castaña y a sacar partido de sus labios gordezuelos, con un toquecito de carmín robado a la señorita más simpática de la casa. Su cara era ya rotunda, bien lozana a los dieciséis.

Por las fiestas de San Blas y la Candelaria, el 2 y el 3 de febrero, Angelita ya acudía a los toros, llevando tras de sí su melena larga, sus firmes posaderas y las miradas de los jóvenes y de los viejos.

Nadie supo nunca, ni la tía Posturas, aunque sí lo sospechó, quién de los señoritos de las casas grandes era el culpable de la barriga de su hija. Angelita no abría la boca ni así la mataran, porque en aquella cama de sábanas blancas y limpias había sentido calor y besos, además de los empellones del señorito. Un poco animal, sí, pero la había acariciado y quitado el frío.

Jimena había escuchado a la mechera sin abrir la boca. De vez en cuando, su mano se separaba de la cabecita de su hijo para apretar la de Angelita, pero ésta la retiraba en un gesto firme, aunque sin llegar a ser brusco.

—Y después, ¿qué pasó con el padre? —murmuró Jimena.

—Es muy tarde. Eso para otro día. Jamás había contado todo esto a nadie. Se acabó. Mira la ventana. Amanece. Me voy.

—Angelita…

—¿Qué quieres ahora?

—Gracias por la compañía, por las cartas y la comida, por todo…

—Tonterías. Tu cuñado suelta las pesetas. Tu niño duerme. Intenta darle de comer y descansa.

La mechera se levantó de la cama y, sin mirar a su amiga, se dirigió hacia la puerta. Por las grandes ventanas de la planta alta de la prisión de Ventas amanecía. Lo único que quedaba de lo que un día fue una moderna zona maternal era la entrada de una luz lechosa, limpia, blanca de nieve, que iluminaba las andrajosas camas de las madres. Jimena se sintió feliz con Luis en su pecho al recordar el amanecer de La Morcuera. Tenía que salir de allí. No quería que ella y Luis vivieran como Angelita y Pepi.

Unas horas después, cuando las limpiadoras restregaban los rastros de la sangre y del parto con el agua escasa que tenían en los cubos, se oyeron unos tacones firmes por el pasillo.

—Ya está ahí. La Topete.

7

Jimena reconoció la figura de la Topete. Alta, flaca, el uniforme de funcionaria de prisiones le daba un aire más militar y envarado si cabía. Lo lucía como nadie, decían las otras funcionarias. Tenía clase, murmuraban. Incluso se comentaba que Carmen Castro envidiaba su porte. Llevaba siempre un impecable moño en la nuca, ni un pelo fuera de su sitio; sus fríos ojos azules destacaban en aquel rostro sin defectos, de piel blanca. «Parece extranjera. Alemana o así», acostumbraban a decir las comunes. «Un bicho, una fascista, un saco de crueldad y resentimiento», apuntaban las presas republicanas.

María Topete dejaba un rastro de silencio a su paso.

—¿Todo ha ido bien?

Preguntó con una voz sin matices, algo metálica, pero educada. Estaba al pie de la cama de Jimena, pero no la miraba. Sus ojos estaban clavados en el recién nacido, al que examinó con detenimiento, aunque sólo asomaba la carita y estaba cobijado bajo la axila izquierda de Jimena.

—Sí.

La recién parida trató de buscar los ojos de la directora de madres. No los encontró.

—Tápese. No hace falta que enseñe usted el pecho así.

—Intento que se agarre a mamar.

Jimena ya no la miraba. Volvió la cara hacia su hijo.

—Quizá no haga falta. Está muy flaca y seguramente no tendrá leche.

—Sí que tengo leche. Tengo los pechos a reventar.

—Pero el niño no los quiere.

—No tiene ni seis horas. Los querrá. No estoy seca.

—Veremos. Si para esta noche no ha mamado, vaya pensando en que habrá que hacer algo. Tengo mujeres que pueden amamantarlo fuera. No estoy dispuesta a que sigan muriendo bebes aquí dentro.

Jimena se contuvo a tiempo. Buscó de nuevo la cara de aquella mujer, que seguía mirando a su hijo con interés. Puede que incluso con interés verdadero, porque creyó advertir una ráfaga de preocupación en los gélidos ojos azules. La Topete se giró y, dirigiéndose hacia una de las mujeres que limpiaban, dio la orden:

—Que la enfermera o Azzati me informen de si el niño mama. Volveré antes del último recuento.

Con el mismo cuerpo envarado, los andares aristocráticos, cierto aire militar y el porte pulcro en aquel lugar de inmundicia, la Topete dejó aquella sala que olía a leche agria.

Jimena estaba pálida. Una oleada de ira y miedo le subió por el cuerpo mientras arrimaba al niño a su pecho y con la mano luchaba por meterle el pezón en la boca.

—No te alteres. Si te enfadas, se te retirará la leche y es lo que ella quiere. No le gusta que las madres criemos a nuestros hijos. No es mala. A mí ni me mira, pero con mi Pepi se porta

como la madre que yo no soy.

Era Angelita. Sin saber cómo, había aparecido por algún sitio con una taza caliente. Algo humeaba dentro.

—Tómatelo. Es un caldo. Nos deja dároslo los primeros días, cuando habéis dado a luz. Te he subido también una lata de sardinas que tenía escondida. Me la dio tu cuñado y yo la guardé, fuera del paquete que repartes con las otras.

La mechera estuvo a punto de pagar la ira de Jimena, pero un gesto de la mano de Angelita, llevándose el dedo a la boca en señal de silencio y señalando al bebé, que se acababa de quedar dormido enganchado al pezón, contuvo a la joven madre, que se sintió culpable por su ataque de cólera contra su amiga. Había estado a punto de espetarle que cómo podía ser tan ladrona. ¡Ella repartía sus paquetes con quien quería! Para eso eran sus compañeras, y no Angelita, despreciada por la sumisión que practicaba para sobrevivir.

Con el niño agarrado al pecho, se incorporó en el camastro y Angelita la ayudó a llevarse el caldo a la boca.

—Perdóname. Esa mujer me saca de quicio.

—Es lo que quiere, Jimena.

—No sé cómo la puedes aguantar.

—La práctica, los años.

—Ayer no me terminaste de contar cómo llegaste aquí ni qué fue del padre de Pepi.

—¿El padre de Pepi? Creí que lo habías adivinado. No quiso saber nada.

—¿Y no le dijiste nunca a tu madre quién era?

—Jamás.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Mi madre me echó de casa. Comencé a robar… Lo demás es fácil de imaginar. Anda, dame esa taza y tómate las sardinas. Ese niño se ha quedado dormido mientras mamaba…

—Le cambio de teta y me cuentas cómo llegaste…

—Mira que eres pesada, hija…

La primera vez que Angelita cruzó la puerta de la prisión de Ventas ya había parido a su Pepita, por más esfuerzos que había hecho para echarla fuera de su barriga antes de los nueve meses. El primer día que le dijo a la Posturas que ella quería perder el bebé, que no quería tenerlo, Angelita pensó que su madre le iba a cruzar la cara más fuerte aún que cuando Colás se chivó de los escondites en los soportales.

Pero la tía Posturas supo frenarse a tiempo.

—¿Qué no vas a tener a mi nieto o a mi nieta? Sí, claro que sí. Lo tendrás, porque si has sido mujer para hacerlo, lo serás para parirlo.

Durante nueve meses, Angelita empujó y empujó cada vez que iba al baño, pensó en las agujas de hacer punto, pero le daba miedo físico y de Dios. Por eso, trabajó como una burra, cargó con los peores pesos de la casa de los señoritos —hasta que la echaron cuando ya no pudo disimular su panza—, se cruzó por mitad de las calles del pueblo cada vez que las sirenas amenazaban bombardeo o se oían los aviones y los tiros del cercano frente de Brunete, donde

cientos de miles de hombres libraban una batalla que marcaría aquella guerra salvaje que se había llevado a todos los hombres del pueblo al frente. A los ricos y a los pobres.

Sólo quedaban los viejos, las mujeres y los niños. Y ella, con su panza enorme, rodeada de tiros, de aviones, de olor a más muertos y a sangre, por más que desde pequeña había tenido terror a esos cadáveres que ahora cruzaban cargados en los camiones que venían del frente de Brunete y que dejaban un reguero de sangre por el centro de las calles grandes del pueblo. Cabezas con vendas blancas ensangrentadas, brazos en cabestrillo que sujetaban frentes que ya no volverían a erguirse. Y ella con aquella panza.

El día que sintió las primeras contracciones estaba escondida con otras gentes en las afueras del pueblo, huyendo de la batalla cercana. Angelita supo que ésa era su última oportunidad. Sin decir nada a su madre, se tiró hacia las Tardecillas, donde estaban los matorrales más altos, y, en cuclillas, comenzó a empujar. Sola, maldiciendo por lo bajo, segura como estaba de que si la criatura caía al suelo, allí podría dejarla. Cortaría el cordón umbilical con los dientes, como le había dicho la Milagros, la de las Grillas. Y si alguien la recogía, bien. Si no, ya le diría a su madre que todo había ido mal, que había nacido muerta. Fue la Milagros precisamente quien se la encontró pariendo y la sujetó cuando ya la cabeza de la criatura estaba lista para salir.

Cuando Angelita lanzó el grito final, el que no pudo contener, el más desgarrador de todos, para echar fuera la cabeza de la Pepi, no pudo resistir la tentación de sujetar aquella bola peluda entre sus manos y tirar, tirar hacia fuera, hasta verla delante de ella, entera. La Milagros la terminó de ayudar. Sin placenta, sucia y hermosa, con sus manitas y pies agitándose entre las manos de la madre, mientras entre las piernas aún corría la sangre de la pelvis rasgada, Angelita, olvidándose del dolor, observó que era una niña. Algo cruzó su corazón, su alma, y, como un animal que cuida de su cría, ella y Milagros limpiaron como pudieron los ojos y la carita de la niña. Cortó con los dientes el cordón y envolvió a la cría en su falda. Le dijo a la Milagros que la dejara mientras se sacaba una teta para poner a la niña a mamar. Nunca recordó muy bien cómo llegó hasta su casa, cómo la cogió en brazos la tía Posturas. Esta vez la abrazó. Y, gritando, la llevó hasta la cama.

—¡Loca, hija, estás loca! Déjame ver. Es una niña, una lástima.

La Posturas corría ya a la cocina, para poner agua a hervir y sacar una palangana y toallas limpias.

Así llegó al mundo, el 22 de junio de 1937, entre los matorrales de las Tardecillas, Pepita Pérez Fernández, natural de Valdemorillo. Su primer recuerdo no fueron esos matorrales ni el ruido de los bombardeos ni los tiros de la batalla de Brunete. Tampoco el olor de la retama, la manzanilla, el tomillo o el cantueso estaban entre sus preferidos, aunque cuando su cabeza asomó entre las piernas de su madre fue lo primero que respiró al lanzar su llanto.

Lo primero que recordaría toda la vida Pepita Pérez Fernández al cerrar los ojos serían los grandes ventanales de la maternal de Ventas, los ojos azules de María Topete y la carita de su hermana Tere en el cuco de un patio de prisiones.

Hacía rato que Jimena había terminado la lata de sardinas. Angelita no había parado de hablar mientras le limpiaba el aceite que le resbalaba por las comisuras, le cambió al niño y se lo volvió a poner en el regazo.

—Se acabó, guapa. Nadie me ha hecho hablar tanto como tú. Me largo.

Jimena miró a la cara a Angelita. Aquel día sobraban las gracias. La observó detenidamente, intentando imaginarla entre los matorrales mientras paría a Pepi. ¿Había sido tan cruda con la verdad? ¿Cómo podía no querer a su hija? No se atrevió a preguntárselo.

—No me mires así. Tú no sabes lo que es vivir con los muertos agarrándome el alma. Siempre he necesitado un hombre en el que cobijarme. El miedo es superior a mis fuerzas.

—No te miro de ninguna manera, Angelita. Si acaso, con admiración.

—Me desprecias porque bebo…

—No, me da rabia.

—No lo puedo evitar. Bueno, se acabaron las tonterías. Como cuentes algo a alguna de esas políticas, te rajo. No quiero la compasión de nadie. Ésas son mis cosas. Ahí te quedas.

Jimena se quedó meditabunda. Angelita tenía a Pepi a su lado, aunque a veces parecía importarle poco. Mientras digería la historia de la mechera, por su agotada cabeza pasaron los rumores de los últimos meses.

Una de sus compañeras, no se acordaba de si había sido Paz o Antonia o quién, le había contado la historia de una mujer llamada Julia Lázaro. La habían apresado y, mientras soportaba los interrogatorios, siete policías la violaron. Finalmente, había ingresado en Ventas con su hermana María y pronto se dio cuenta de que estaba embarazada. Estaba condenada a muerte y la dejaron en la sala de las penadas hasta que parió. La ley prohibía fusilar a las embarazadas, aunque todas sabían que en ocasiones no se respetaba.

Tras fusilar a Julia, su hermana había dudado sobre qué hacer con aquel sobrino. Era el hijo de su hermana, pero también el recuerdo de las atrocidades a las que había sido sometida la fusilada, y la manera en que se había engendrado el bebé la torturaba. La Topete aprovechó las dudas de la hermana durante los primeros días, tras el fusilamiento de Julia, y se quedó con el niño. Cuando la muchacha quiso recuperar al bebé ya era demasiado tarde. Y todo eso había sucedido no hacía mucho.

Jimena tenía miedo. Miedo de que ahora que había parido la llamaran a diligencias y la fusilaran, miedo de que le quitaran a su hijo, miedo de María Topete, miedo de no tener leche. No se podía alterar.

—Angelita, por favor, avisa como sea a Ramón de que es un niño y se llama Luis.

La madre tenía la mano de la mechera sujeta a la suya.

—Júrame que lo harás, ¿me oyes? Lo harás. No quiero que se lleven al niño. No quiero que me maten. Mi hijo, Angelita.

—Tranquilízate. Mañana, con el camión que trae los encargos, le enviaré recado. Ahora descansa o no te subirá la tetada.

Angelita cumplió con la palabra dada a Jimena. Avisó a Ramón de que era tío, asegurando al camionero que el señor al que llevaba el recado en el almacén de Pontejos estaba a bien con Franco y los altísimos y tenía poderes. Pero doña Elvira también se enteró de que había sido abuela, un cargo que no deseaba de ninguna de las maneras. Se enteró por otros medios, a través de una enviada de María Topete, quien quería citarse con ella.

8

Con el triunfo de los nacionales, lentamente, la normalidad volvía entre las clases ricas, los ganadores de la guerra. Los empresarios navieros Aznar habían comprado dos de las mejores fincas de caza de España: Cabañeros y La Cepilla. Sus excelentes relaciones con el régimen les ponían en una situación privilegiada. En la España del estraperlo y el hambre, los barcos de los hermanos Aznar traían al país alimentos y material deportivo imposible de encontrar en la España grisácea y moribunda, y más aún para practicar deportes como el polo, el golf o la pala.

Importaban también tabaco y revistas del extranjero, tanto de caza como de moda. Sus esposas, Encarnita Coste Acha y María Ybarra Gorbeña, estaban al día de lo que se llevaba en el resto de las grandes capitales europeas, aunque estuvieran en guerra. Y, por supuesto, en Nueva York, adonde había huido una buena parte de la élite europea que no comulgaba con el avance de los nazis. Pero las esposas jugaban un papel secundario en los negocios de sus maridos, como todas las damas de aquella oligarquía. Para colmo, el recato que la religión había impuesto a las mujeres en la indumentaria y la máxima de que sentir placer era un pecado iba amojamando el rostro de las más bellas, salvo honrosas y famosas excepciones, que solían contarse entre las barraganas de lujo de los empresarios y los militares.

Las primorosas mercancías que introducían los barcos de los hermanos Aznar y transmitían el *glamour* ausente de aquella España de sables y fusiles, repleta de señoras de generales y militares sin ninguna clase, llegaban directamente desde América. José Luis y Juan Antonio supieron dónde repartir, cómo distribuir sus favores y conseguir influencias mediante aquellos paquetes tan deseados por los grandes del estraperlo.

La finca de La Cepilla formaba parte de ese entramado y Encarnita era la encargada de convertirla en un lugar para recibir y practicar la caza, la gran afición de todos los miembros del Gobierno y de la clase económica naciente, tan vinculada al franquismo.

Se cazaba y se cerraban negocios alrededor de exquisitos aperitivos, previos al gran almuerzo, tras la primera salida de amanecida. En ese ambiente repleto de empresarios, con algún ministro siempre, falangistas que no entusiasmaban a los financieros, militares y trepas del régimen, Encarnita invitaba algunos domingos a María y a su hermana, Blanca, ambas ya solteronas, pero encantadoras, dignas. Eran una atracción entre las otras damas, casi todas casadas, y alguna pelandusca de altos vuelos que se colaba en la cacería.

Las hermanas Topete, tan elegantes, distantes y entregadas al servicio de los demás como las tres hermanas que ya servían en el Sagrado Corazón de Jesús, daban la oportunidad al resto de las señoras de lavar su conciencia con Dios, porque ayudar al proyecto de María en los talleres que iba a montar en la cárcel o apoyar a las hermanas del Sagrado Corazón de Jesús era un camino seguro para la permanencia en ese limbo exquisito de lo que se iba configurando como buena sociedad, a caballo entre los militares de Franco y la aristocracia que los despreciaba y lo disimulaba.

María se tragó el orgullo de la cuñada despechada que pudo ser, lo enterró en su cuerpo envarado como quien se ha tragado un sable y se fue convirtiendo cada día más en una presencia acostumbrada, admirada y requerida no sólo por su amiga Encarnita, sino por la mismísima mujer de Juan Antonio, su antiguo novio, María Ybarra. Las dos Marías llegaron a ser amigas.

En una de esas tardes de La Cepilla, la directora de madres lactantes, centro de atención porque contaba con disimulado orgullo su trabajo y sus logros entre esas madres rojas, prostitutas y demás descarriadas que tanto trabajo le daban —«los pobres niños no tienen la culpa, podéis ayudarme a recuperarlos»—, tuvo un aparte con doña Elvira Pérez de Santos, entusiasmada porque la habían invitado a aquella casona por la que pasaba el todo Madrid. Los hombres, a cazar y a negociar; las mujeres, a confirmar sus bondades.

—El niño está bien. Lo que no sé es si ella va a poder darle de mamar. Está muy flaca y creo que algo anémica, Elvira. No quiere que lo dé a amamantar a otra mujer.

—Allá ella. Si quieres que te diga la verdad, no siento nada por esa criatura. Es más, ni siquiera sé si será de mi hijo Luis.

—Sea o no de tu hijo, y esa chica será roja pero no creo que prostituta, hay que salvar al niño. Si tú no lo quieres, yo puedo hacer algo con tu autorización. Pero para eso tendrás que reconocer que es tu nieto. Con tu hijo desaparecido, será fácil hacerte responsable. Luego me lo das. Si se cría allí dentro, entre las rojas, sucederá lo que dice el coronel Vallejo-Nágera, le contaminarán de marxismo. No sé siquiera si consentirá en que le bauticemos, aunque de eso ya me encargo yo. Todos los que nacen los bautizamos, quieran o no.

—¿Y ella qué te ha dicho?

—Nada. La vi un momento. No le había subido la leche aún, aunque, cuando volví por la noche, parece que el niño intentaba comer algo. Piénsalo, Elvira. Necesitamos muchos niños para salvar esta España que estamos edificando. Sangre nueva que hay que limpiar. Engrandecerán nuestra patria y nuestra Iglesia. También podemos enviarle a los colegios del Patronato para la Redención de Penas, al Auxilio Social o a un buen seminario. O buscarle una buena familia.

—Da lo mismo. El que nos va a dar guerra es mi hijo Ramón. No sé cómo, pero se ha enterado de que el niño ha nacido y le ha mandado a decir que le llamará Luis. Como ves, es una lagarta.

—Acaba de dar a luz. Y no está bautizado. Pero insisto, que sepas que si tú no quieres hacerte cargo de ese niño, mi obligación es salvarle.

—Como tú lo veas, pero…

Ahí terminó la charla de las dos mujeres en una de las salas pequeñas de la finca, al pie de una chimenea encendida, adornada de cornamentas. Pronto se acercaron Encarnita y otras damas reclamando a María para que les explicara las terribles cosas que hacían y decían las rojas en prisión. Lo sucias que eran, lo rebeldes que aún se mostraban. ¿Qué se podía hacer por redimir a sus hijos?

Cuando al día siguiente María Topete entró en la sala de enfermas y de recién paridas, Jimena estaba recostada en la cama de barrotes blancos y su bebé, en el regazo, chupaba de la teta con ansiedad.

—¿Tiene leche o es sólo calostro?

—Tengo leche desde el día después del parto.

—Habrá que ver si el niño engorda. Pesadle. Tiene aspecto de anémica —dijo la funcionaria a la enfermera.

—Estoy perfectamente —señaló Jimena.

—No le puede estar dando de mamar cada vez que llore. Tiene que ponerle un horario. Mañana se lo retiraremos para que no se acostumbre mal y se lo traeremos para que le dé de mamar.

Hasta ese momento, el diálogo entre ambas mujeres había sido un escupir las palabras, sin mirarse ninguna de las dos a la cara. Jimena estuvo a punto de levantar la cabeza ante la afirmación de la directora. Ya lo sabía. Se contuvo a tiempo. Lo sabía porque lo hacía con las otras presas. Intentaba separar a los niños y llevárselos a la otra sala, para que las madres no les pegaran los piojos, la sarna u otras enfermedades. Eso decía ella.

Ahora se hablaba de que pronto habría un traslado a otra prisión, «un hotel de lujo», decían las presas con cierta sorna aunque esperanzadas. Quizá los niños dejaran de morir a diario. Se iban en unas semanas a una cárcel sólo para madres. Decían que estaba a orillas del río Manzanares, en la Carrera de San Isidro. Y allí todo iba a ser distinto.

Jimena sopesó su respuesta.

—Si no le doy de mamar cada pocas horas, se me pueden agrietar los pechos y retirar la leche. Es eso lo que usted quiere, ¿no?

—Es usted una insolente. A mí sólo me importa que los niños no sigan muriendo. Ustedes son…

La cercanía de la enfermera cortó la conversación. La significativa mirada de la compañera a Jimena la obligó a callarse. La Topete giró sobre sus tacones bajos y fue dejando el rastro de silencio a su paso entre las camas llenas de enfermas y parturientas mal alimentadas, desesperadas.

9

Pocas veces una cárcel nueva levantó tantas esperanzas entre las presas y fue tan aireada y bien vendida por el régimen. Durante el verano de 1940, la Prisión de Madres Lactantes que se estaba montando en el chalé del número 5 de la Carrera de San Isidro fue uno de los motivos que mantuvo con ánimo a las madres y a las presas que las cuidaban, amontonadas en Ventas con sus hijos, con hambre, sin suficiente agua, comidas por la sarna —«ese gusanito que se mete en la piel y te va destrozando», explicaban las viejas a las jóvenes—, con avitaminosis, faltas de leche, con los piojos y las chinches corriendo por toda la prisión. Y los fusilamientos de cada madrugada en las tapias del Cementerio del Este eran la mayor tortura de todas.

María Topete intentaba mantener la limpieza en la zona maternal e infantil, pero la escasez de medios y de higiene, las cantidades ingentes de carne humana apelotonada hasta en los patios, las mujeres enfermas y los niños, que rápidamente se contagiaban unos a otros —la tiña, la meningitis, el hambre, que también se pegaba: cuando uno lloraba, lloraban todos—, hacían la situación insufrible. Miles de mujeres no olvidarían en su vida aquellos días, pero al menos tenían a sus criaturas pegadas a sus faldas o a sus pechos. Y contaban con el apoyo de las presas formadas en enfermería o de alguna comadrona. Hasta los cuatro años, los niños permanecían con sus progenitoras.

A mediados de septiembre de 1940, a Jimena y sus compañeras les dijeron que prepararan sus trastos, que se iban a San Isidro, a un chalé de lujo donde estarían como reinas ellas y como príncipes sus hijos. Pese al resquemor y la desconfianza que les producían la Topete y algunas de sus funcionarias, las madres esperaron el traslado como una fiesta, especialmente porque, al menos sobre el papel, la directora sería María Vera.

Luis tenía ya siete meses. Era un bebé hermoso. Tenía los ojos verdes de su padre y el pelo rizado y moreno de su madre. Sonreía cuando la miraba, ajeno a la tragedia que le rodeaba. Jimena se dejaba la piel por mantenerle limpio, alejado de los piojos y de las infecciones. Había tenido un par de constipados, con fiebres, y alguna diarrea fuerte. Pero con mano mágica, Angelita consiguió lo imposible: que Ramón enviara unas cajas de carísima penicilina en una de las fiambreras de doble fondo que utilizaban las políticas para comunicarse con los hombres en las otras cárceles. Ése era el tipo de milagros que podía hacer su amiga. Una presa que era enfermera aplicó las inyecciones al niño, e incluso se pudo compartir la penicilina con otras criaturas. Aun así, no era suficiente y cada día se oía el grito de una o dos madres a las que los cuerpos de sus hijos se les habían quedado fríos, muertos en sus brazos. En esas ocasiones, Jimena se sentía una privilegiada y apretaba muy fuerte a su niño contra su pecho.

Con Luis en su regazo, en aquella sala sucia y apestosa donde no había manera de quitar el olor a leche agria, caca, fermentación, una mañana Jimena miraba la luz que se filtraba por los grandes ventanales. Sus pensamientos estaban lejos, sin acordarse de que a su lado había otras mujeres. Hacía calor y había sido un verano duro, salvaje, pero allí estaban ella y su hijito. Tenía

leche. ¡Llevaba más de seis meses amamantando a Luis! Estaba muy grande, sus ojos miraban fijamente, como si quisiera verlo todo.

—No mires tanto y así, hijo. No quiero que guardes memoria de este horror.

La madre le susurraba mientras enredaba sus flacos dedos en los rizos. Aquellas manitas que aún sujetaban su teta con avidez y devoraban su pecho le infundían una profunda ternura, mezclada con unas enormes ganas de llorar y de gritar al acordarse de Luis.

—¿Dónde estás? ¿Cómo puede estar sucediéndonos esto?

Mientras amamantaba, Jimena hablaba con la mente a sus Luises del futuro, de lo hermoso que iba a ser el encuentro. Y lo alternaba con susurros a su hijo, con diferentes tonos de voz: ahora más suaves, ahora más regañones. Incluso forzaba la risa queda y la sonrisa, porque había oído decir a una compañera que los niños eran como las plantas, había que hablarles y notaban la felicidad o la tristeza.

—Para, para. Eres igual de ávido que tu padre. Un tragón. ¡Huy, esas uñas! ¡Qué me arañas, hijito! ¿Sabes? Tu padre tiene tus mismos ojos, y las manos de dedos así de largos…

Y luego pasaba a recitar, bajito, muy bajito, las estrofas de «El conde Sol» que se repetía a sí misma para infundirse valor, porque «carta en el corazón tenía» de que Luis estaba vivo. Y no lo olvidaba.

Grandes guerras se publican en la tierra y en el mar y al conde Sol le nombraron por capitán general. Lloraba la condesita, no se puede consolar; acaban de ser casados y se tienen que apartar…

—Cartas del conde no llegan, nueva vida tomarás; condes y duques te piden, te debes, hija, casar…

—Dame licencia, mi padre, para el conde ir a buscar.

—La licencia tienes, hija, mi bendición, además.

Mientras susurraba y Luisito se adormecía en sus brazos, Jimena perseguía con la mirada las nubes de los altos ventanales de aquella parte de la prisión de Ventas. ¡Un año! Había pasado un año y ella seguía allí, perdida en un limbo en el que se volvería loca. A veces prefería que la hubieran castigado, que la hubieran condenado, como a las demás, a los años de cárcel que quisieran. Al menos podía esforzarse por redimir condena, como sus compañeras. Le torturaba no saber de qué se la acusaba, por qué estaba allí. Pero ahora, con su hijo, no podía permitirse el lujo de desear la muerte. El niño dormía feliz, con la cabeza recostada en el brazo esquelético de la madre. Seguía maravillándola que hasta en un lugar como aquél se pudiera reír en algún momento. Las presas viejas se lo decían a las jóvenes. Incluso tenían fuerza para inventar tretas contra las funcionarias. Y juegos. Y para hacer teatros por las noches y disfrazarse.

Sólo los días de saca el silencio de la galería de penadas traspasaba todos los muros, todas las celdas, todas las pieles, todos los corazones después del último recuento, cuando los pasos de la funcionaria avanzaban con las llaves pesadas y la lista de nombres en la mano. No había palabras para describir aquel horror. Hasta los olores y la respiración desaparecían bajo el peso del silencio que traía la muerte.

Seguían los fusilamientos, con juicios que eran pantomimas. A Ventas llegaban mujeres de todos los penales de España, de cárceles de pueblos pequeños; mujeres de cualquier condición y edad. Unas sabían por qué, otras ignoraban por completo quién las había delatado. Algunas ignoraban dónde estaban su padre o su hermano. Como Jimena, que seguía sin saber dónde estaba Luis; pero a ella ya no la llamaban. Ni la sacaban a diligencias.

Según una de las presas que pasaron por la administración, habían llegado a reunirse en la cárcel once mil mujeres. Era escalofriante. Y, sin embargo, había tiempo para que los niños de párvulos riesen jugando en el patio, pese al hambre y las enfermedades. Se habían acostumbrado a ver morir a otros niños que una semana antes estaban entre ellos. Al día siguiente, la vida continuaba y sonreían.

Sonreían, como ella en aquel momento, mientras observaba la carita de su hijo, con las largas pestañas cerradas sombreándole la cara, apretando los párpados a veces en un guiño, porque le molestaba el rayo de sol escapado entre las nubes que su madre seguía mirando sin ver.

—¿Qué haces? Estás en otro mundo, Jimena.

Era Angelita. En los últimos tiempos habían estrechado su amistad. No tenía con ella tanta confianza como con Trini, pero la estimaba. Además, era su único enlace exterior con Ramón. Las presas políticas, sus compañeras, despreciaban a Angelita por lo servil que era con la Topete, pero, al fin y al cabo, como les recordaba Jimena, bien que les era útil a todas ellas.

Angelita lograba meter en la prisión las latas de harina lacteada y los botes de leche condensada que Ramón iba enviando sin palabras. Hacía tiempo que Jimena no recibía ninguna nota de su parte.

—Estoy pensando en el traslado de pasado mañana, Angelita. Iremos a un lugar donde se oirá el río. Dicen que está al pie del Manzanares. No es mi Lozoya, ni mi Aguilón, ni mi Artiñuelo, pero algo es algo.

—¿Y ésos quiénes son?

Jimena reía.

—Los ríos de mi pueblo.

—¿Y qué? No dejará de ser una cárcel donde nos tengan encerradas. Aunque yo, la verdad, no me quejo. Aquí soy menos mala.

—¿Tú también vienes a la maternal de San Isidro?

—Eso me ha dicho la Topete. Creo que en realidad me lleva porque no quiere separarse de mi Pepi. Mejor para la niña.

—¿Cómo eres así, Angelita? Pepi es un cielo y tú se la dejas.

—Yo soy una mala madre, Jimena. Me emborracho y no sé dormir sola. No soy una piculina, eso sí, no te vayas a creer. Soy mujer de un solo hombre, pero no me duran mucho. Me sacan el dinero que gano.

—Lo que ganas como mechera.

—Sí, es que soy buenísima en eso, hija. Tuve que espabilar en cuanto mi madre me echó de casa. No soy buena católica, por eso creo que Pepi está bien con ella. Mejor que conmigo.

—Pero la Topete te roba su cariño, su respeto…

—Sí, y me deja más tiempo para la cocina y buscarme un traguito.

Angelita se reía. Era imposible tener una conversación formal con ella, pero Jimena le había cogido cariño. Por eso le molestaba que las presas políticas la miraran de arriba abajo. En

realidad, así era por parte de las políticas con respecto a las comunes, sobre todo a las prostitutas. No era lo mismo estar presa por las ideas que por vender tu cuerpo al mejor postor. Lo decían y lo llevaban a gala. Sólo que Jimena sabía que a muchas de aquellas putas no les había quedado otro remedio que vender su cuerpo para dar de comer a los suyos. Algunas con los padres encarcelados o fusilados o exiliados y muchas bocas a su cargo.

Angelita dejó la sala y al cabo regresaron otras madres de lavar la ropa de sus bebés. El agua seguía siendo escasa y la lucha por llegar al chorro tan pequeño era uno de los viacrucis de cada día.

Jimena depositó al niño sobre el petate y se dispuso a revisar sus objetos. ¡Se iba de Ventas tras un año! ¡Iba a cruzar aquellas puertas! Aunque sólo fuera por salir a la calle, ver qué había fuera en un corto viaje, merecía la pena. Sonrió. En su petate tenía aún un poco de leche condensada y los picos de Luis, que, por más que ella quisiera, era imposible mantenerlos blancos.

La joven no quería que nadie, que ninguna de sus compañeras, padeciera la tortura y la angustia que ella había sufrido durante los primeros meses. Cada día, como si el niño fuera de ella y Jimena una inútil, la Topete se había plantado al pie de su cama observándola con aquellos fríos ojos azules. Con su voz distante, torturadora por lo silente, había pasado a tutearla, cosa nada habitual con otras presas, sobre todo si eran políticas.

—¿Estás segura de que ese niño va a sobrevivir a un pecho tan flaco? Le estarás dando agua y tú ni te enteras…

—Tengo leche. ¡Mírela!

Jimena le quitó el pezón a su hijo de la boca y se sacó un chorro con el que manchó la camisa. Tuvo ganas de apuntar a la cara de la Topete, pero por las últimas historias que había oído, era mejor mantener más aún la distancia y poner tierra de por medio ante la provocación. Muchas madres, desesperadas por estar muy enfermas o sin familia fuera de la cárcel, y algunas prostitutas le daban los niños a la Topete, que los enviaba al Patronato para la Redención de Penas o al Auxilio Social. O a conventos. O a seminarios.

Por eso, para que ninguna madre se rindiera pronto ni dependiera de esa forma de aquella mujer, escondían leche condensada y harina lacteada para las emergencias. En los últimos tiempos, se había dejado llevar por Paz y Emilia, la mujer embarazada que la había ayudado a parir y que ahora tenía a su propio bebé, su tercer hijo, muy enfermo. Los otros dos estaban con sus suegros en el pueblo, pasando estrecheces, como todos. Al padre de sus hijos le habían fusilado. Había estado en Porlier. Emilia era ahora quien necesitaba la leche y la harina.

Por consejo de ambas, Jimena había accedido a simultanear a Luisito el pecho con la leche condensada y otras veces con la harina. Pero sabía que su criatura tenía que empezar a comer cosas más sólidas: la repugnante papilla que daban —negra, hecha de algarrobas, decían las presas— y que la mitad de las criaturas vomitaba.

Esos lujos habían estado a su alcance gracias a los trapicheos que Angelita mantenía con su cuñado Ramón. Sin embargo, seguía sin recibir ninguna carta. Jimena no lo entendía, hasta que un día una veterana del partido le dio la clave.

—No se comunicará contigo porque teme que estés vigilada. De hecho, lo estás, Jimena. No hay más que ver la atención que te presta la Topete.

Efectivamente, así era. Lo sentía como una espada que pendía sobre su cabeza cada día, pero estaba consiguiendo que su hijo saliera adelante.

Ahora, la vida les iba a cambiar a todas. Iban a un lugar especial para madres e hijos. A las orillas de un río, donde se oiría el arrullo del agua, habría patios, cunas, ropa limpia, comida y estarían lejos de las enfermedades de aquel maldito lugar. Jimena entornó los ojos mientras doblaba el par de jerseicitos y de patucos que las compañeras de la abuela Canuta habían confeccionado para Luis Masa Bartolomé. Porque así se llamaba su hijo, por más que doña Elvira Pérez de Santos quisiera borrarlo del mapa. Y así estaba inscrito en los nacimientos de la prisión. De eso se habían encargado Angelines Vázquez y Paz.

El 17 de septiembre de 1940, un tropel de mujeres con sus petates y sus hijos en brazos o de la mano bajaron de los camiones a la puerta del chalé de la Carrera de San Isidro.

Muchas de ellas sólo tenían una ligera noción de que un año antes Hitler había invadido Polonia y que la II Guerra Mundial se libraba ya en Europa, con el imparable avance de las tropas nazis. Bien que se lo recordaban algunas de las funcionarias nuevas, falangistas, católicas, entregadas al gran estadista que era Hitler. Los detalles que les llegaban a las políticas a través de los camaradas presos en Porlier, San Antón y otras cárceles de España eran terribles. Dos meses antes, en pleno mes de julio, había comenzado la batalla de Inglaterra. Los nazis bombardeaban Gran Bretaña sin piedad y el avance en toda Europa era imparable. Todos los países caían ante los tanques alemanes. Franco estaba eufórico y eso se notaba en todos los estamentos, incluidas las cárceles. ¿Entraría en guerra? ¿Cuándo se vería con el Führer?

Aquellas mujeres que entraban en ese chalé de aspecto limpio y al pie de un Manzanares aún con poca agua por efecto de la pertinaz sequía también ignoraban que a uno de sus cantantes favoritos, Miguel de Molina, le habían apaleado con puños de hierro y culatas de pistola en un descampado de Chamartín. Le rompieron los dientes y le obligaron a beber aceite de ricino, como habían hecho con muchas de ellas en los pueblos donde habían sido detenidas.

Sólo algunas que mantenían contactos secretos con el partido fuera de la cárcel se enteraron de que unos días antes, el 21 de agosto, habían asesinado a Trotsky en México, aunque a las comunistas de aquel PCE tampoco les conmovió la noticia. Eran las mismas que ya sabían que tan sólo hacía unos días que habían detenido en Francia a Lluís Companys, sustituto de Macià como presidente de la Generalitat de Catalunya. Lo que no imaginaban era que Companys llegaba preso a España para ser sometido a juicio y después llevado al paredón. A muchas de ellas, todos aquellos acontecimientos les caían muy lejos.

Algunas sí que sabían que ahora, en Madrid, antes de empezar el cine había que ponerse de pie y cantar el *Cara al sol*, como a ellas les obligaban en la cárcel cada día, antes de cada misa, de cada rosario, de cada comida, de cada acto.

Lo que desconocían por completo era que mientras ellas entraban con sus hijos en ese nuevo chalé que significaría el fin de sus miserias, una mejora en su perra vida de presas de Franco, en una fábrica se preparaba ya lo que sería el éxito del otoño, del invierno, de muchos inviernos, y que sus hijos no podrían tener: el juguete del régimen. Mariquita Pérez llegó al mundo en noviembre de 1940. Era el prototipo de la muñeca de las niñas bien, la que encarnaría todos los valores de las señoritas de la Falange. Mariquita era hija de un militar andaluz que se llamaba José Antonio y que había sido el primero de los caídos de la nueva España. Iba al colegio del Sagrado Corazón, algo que a las presas les traía sin cuidado, pero que era un orgullo para María

Topete. Era tal el poder de su admirada hermana mayor que ya se la conocía entre las otras monjas y las alumnas por un gracioso dicho: «La hermana Topete, que en todo se mete».

Esa Mariquita que veraneaba en Cannes —en el Cannes del mariscal Pétain— y esquiaba en Suiza era una marca del régimen que proporcionaba su buen dinerito a sus inventoras, Leonor Coello de Portugal y Pilar Luca de Tena, otras dos damas que podrían estar dispuestas a apoyar la salvación de los pobres niños de los rojos, comprando las ropitas que sus madres confeccionasen en las cárceles para el ajuar de la Mariquita Pérez.

María Topete estaba eufórica ante sus conocidas. Y aunque muy cansada, hablaba y hablaba del trabajo que le daba la nueva maternal de San Isidro, donde ya tenía instalados a sus niños y a aquellas madres descarriadas, descuidadas, que, desde luego, no iban a contaminar a sus hijos sus pecados. Disertaba con una voz más mesurada, educada, con matices y elegante afectación. Una voz y una María Topete que jamás habían conocido ni conocerían las presas de San Isidro y de Ventas.

Nada más llegar a San Isidro, Jimena y sus compañeras comprendieron la trampa, el horror: detrás de todas aquellas camitas y cunas blancas, detrás de aquellos dibujos infantiles —incluido alguno de ese Pinocho que triunfaba en los cines de la capital—, detrás de aquel lavado de cara a aquel chalé, no sólo no funcionaban bien las cañerías o se filtraba el frío por unos tabiques de papel, penetrados por la humedad del río durante años. Detrás de aquel castillo de naipes, María Topete puso en marcha lo más cruel y reaccionario de las ideas de Antonio Vallejo-Nágera: la eugenesia positiva.

El objetivo de los escritos de Vallejo-Nágera era que los hijos de los disidentes, de los «democrático-comunistas», no fueran un peligro para el futuro de España, y eso sólo podía evitarse, para liberar a la sociedad de semejante plaga, si se segregaba a esos niños desde la infancia. Aquello que Luis Masa había vislumbrado al leer el artículo de la revista que encontró en el recibidor de la casa de su madre iba a ser puesto en práctica con su propio hijo.

Jimena, como otros centenares de madres, ignoraba que era un peligro para la nueva España y que por eso tenía que separarse de su hijo. Para no contaminarlo.

Todas ellas lo aprendieron muy pronto.

Aquellas mujeres pasaron en segundos de la felicidad y la expectación al espanto, cuando comprobaron que las funcionarias les arrebataban a sus hijos para llevarlos a otra habitación, una estancia con cunitas blancas y hermosas pero donde ellas no podían entrar. Llegaron los gritos, las voces, las amenazas, incluso las bofetadas para controlar la histeria de algunas madres.

—Calmaos. Es por vuestro bien. Los veréis por la mañana.

María Topete avanzaba por el pasillo de la planta baja. Pero, esta vez, el silencio no la seguía. Las mujeres se abrazaban a sus hijos. Los que andaban se escondían tras las madres, sin entender aquel griterío, aquellos puños levantados, amenazantes. Los chicos que conocían a la Topete, como la niña Pepi, se quedaron maravillados de que las mujeres esta vez no susurrasen ante su presencia.

Jimena tenía a Luis en sus brazos. El niño estaba despierto y miraba en la misma dirección que su madre. Estaba en primera fila y no dio un paso atrás.

—¿Qué pasa? No les consiento ni una voz más. Los niños dormirán a partir de ahora en las salas, con dos cuidadoras. Sólo las recién alumbradas podrán dormir con los bebés.

—Queremos estar con nuestros hijos. ¿Quién los cuidará? Nuestra sala tiene cerradura por fuera. Si oímos llorar a nuestro niño, no podremos salir. Y no lo digo por mí, que mi hijo es lactante. Es por todas.

—Hay dos mujeres expertas que dormirán en la sala con los niños. Y tú, Jimena Bartolomé, enviarás a tu hijo ya, desde esta noche, con los otros. Ese niño ya no es un bebé.

—Perdone. Soy Jimena Bartolomé, señora de Masa. Y mi hijo no anda y aún necesita el pecho. Se quedará conmigo o tendrá usted que arrancármelo de los brazos aquí en medio.

Dicho y hecho. A una señal de María Topete, dos de las nuevas funcionarias agarraron a Jimena por los brazos, tirando de ella, mientras la Topete le intentaba quitar al niño de los brazos. Luis se aferró al cuello de su madre, gritando desesperadamente, pero Jimena no gritaba. Sólo repartía patadas a las funcionarias y mordiscos a las manos de María Topete y sin lanzar un grito. Sus compañeras sí gritaban. Sus voces se elevaban por encima de las funcionarias y los niños lloraban y berreaban. Una oleada de ira avanzaba hacia la Topete y sus mandadas.

—¡No se los llevarán! ¡Suéltenla! ¡Hijas de puta, no os quedaréis con nuestros hijos!

Por fin, tras un brutal forcejeo, una de las funcionarias más fuertes pegó a Jimena con una porra en la espinilla hasta doblarla de rodillas, y tiró de su melena hacia atrás, de forma que la muchacha cayó al suelo, sangrando por la comisura de la boca.

—¡Por Dios, son ustedes unas zafias! ¿Para esto he organizado un lugar como éste? ¡Y así lo agradecen!

Jimena se arrastraba por el pasillo, detrás de los tacones bajos y el traje de prisiones verde oliva de María Topete. Se llevaba a un niño que gritaba y lloraba con toda la fuerza de sus pequeños pulmones, estirando los brazos hacia su madre, que quedaba atrás. Fue la primera vez que Jimena oyó a su hijo llamarla «mamá» en un grito agónico.

Pese a los empujones y la furia de sus compañeras, fue reducida por las dos funcionarias y la media docena que aparecieron después a una orden de la Topete. La sacaron fuera, hasta una extraña celda con puerta de barrotes y aspecto de jaula. Jimena estrenó la celda de castigo de la maternal de San Isidro y el potente chorro de agua con el que durante las primeras horas las funcionarias la martirizaron. Cada vez que gritaba, con su voz desgarrada, llamando a su hijo, un manguerazo de agua helada le empapaba todo el cuerpo.

Agotada, destrozada, queriendo morirse de verdad por primera vez en su vida, después del último recuento y cuando ya se habían dejado de oír las protestas y la humedad del Manzanares, que aún con poca agua le penetraba en los huesos, la puerta de la celda de castigo se abrió y entre dos mujeres arrastraron su cuerpo hasta el dormitorio de madres sin hijos, donde la esperaban sus compañeras.

10

Aquellas madres pronto aprendieron que bajo el envoltorio de lujo estaba el otro infierno. Era peor que Ventas. Los niños fueron separados de las madres, a las que únicamente se les permitía estar con ellos una hora al día. En la planta baja habían situado el comedor, la capilla y el patio, donde a diario se sacaban las cunitas plegables de los pequeños para que respiraran aire puro. En la planta alta había una enfermería mal dotada y dos terrazas, una para los niños y otra para las mujeres más enfermas.

Desde sus dormitorios de ventanas con barrotes, las caras de las madres, desesperadas, se asomaban para observar a sus hijos, que estaban en las cunas o sueltos por el patio, bajo el frío o la lluvia. A veces, alguna distinguía el llanto de su crío que la llamaba y no podía hacer nada, sólo desesperarse y chillar o llorar, y no demasiado fuerte, porque podía terminar en la celda de castigo con las mangueras.

Jimena estaba machacada, apaleada. En el dormitorio, las otras madres que la secaron y la cambiaron trataron de convencerla de que al día siguiente sería otro día y que podría ver a su hijo. Pero la joven cayó en un mutismo imposible de romper. Le habían amputado media vida al quitarle a Luis.

Angelita intentaba animarla. La mechera ya le había confesado que estaba embarazada y en cuatro meses pariría allí, donde también estaba su niña Pepi, la debilidad de María Topete junto con algún otro niño hermoso, como Clementito, al que cada vez que venía un fotógrafo para hacer un reportaje sobre la cárcel modelo de madres lactantes sacaban todo limpio y reluciente. Pero nada conmovía a Jimena ni nada la apartaba de su ensimismamiento.

En la hora que le permitían estar con su hijo, Jimena le abrazaba, le susurraba al oído, se pegaba a él y le cantaba «El conde Sol». Y luchaba contra el sentimiento de agradecimiento que la invadía por aquella hora escasa en la que el niño estaba con ella. No quería agradecer nada a aquella mujer que les robaba el amor de sus criaturas.

Jimena no fue la única que se transformó. Avanzaba el otoño y los niños comenzaron a constiparse, a ponerse enfermos por la humedad del río y por la falta de alimentos. Aunque las funcionarias de la Topete escribían lo que debía tomar cada niño bien a la vista para las visitas, aquello era sólo un espejismo.

En el comedor, las madres veían comer a sus hijos en la distancia. Les daban una papilla marrón, que decían que era muy alimenticia, y si vomitaban, les obligaban a engullirla de nuevo. Las criaturas no paraban de tener arcadas.

Durante semanas, meses, Jimena se arrastró hacia la enfermedad. No importaba si era una bronquitis o una pulmonía, o una gripe, pero su tos seca únicamente se detenía el rato que estaba al lado de Luis, que crecía y estaba a punto de cumplir el año sin su madre al lado. Tan cerca y tan lejos.

Jimena, tras pasar la hora de rigor con su hijo, se sumergía en un letargo del que nada ni nadie parecía poderla sacar. Un día, al atardecer, una compañera la llamó:

—Jimena, corre, mira quién está aquí.

No se movió.

—Levanta y asómate. No te lo vas a creer.

Muy despacio, se fue poniendo en pie, para asomarse a la ventana. Vieron avanzar a una mujer alta y flaca, seguida de otra media docena de presas, sin duda embarazadas de varios meses.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó en la puerta la Topete.

—¿Y a usted qué le parece? Somos la cofradía del bombo. Traigo media docena de preñadas —contestó la funcionaria que encabezaba la comitiva.

Jimena sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Allí estaba Trini Gallego, la enfermera, la comadrona, su primera entrenadora en saber qué era la cárcel, su camarada de celda. Desde la ventana examinó a las mujeres del patio. Trini venía sin su madre y sin su abuela, pero había otra persona que le era familiar, una chica embarazada.

—¡Es Trini! ¡Y Petra! ¡Petra Cuevas!

Ante la sorpresa de las otras mujeres, Jimena salió al pasillo precipitadamente. Tras desasirse de la funcionaria que intentó pararla, se echó en brazos de Trini, que estaba dando sus datos.

—¡Jimena!

Y luego en los de Petra.

Las tres hermanas de cárcel se abrazaron, lloraron y rieron mientras las funcionarias, desconcertadas la mayoría y emocionadas un par de ellas —no todas eran iguales—, miraban a las tres chicas.

Aquel primer encuentro fue muy largo. Duró más allá del último recuento, porque Trini bajó de la enfermería para charlar con Jimena en cuanto se apagaron las luces, burlando, como siempre, a las vigilantes. Cuando llegó, Petra estaba hablando con Jimena.

—¿Y qué quieres, hija? Sabía que me iban a coger otra vez y me enamoré de un camarada, un enlace. Encima, si se enteran en el partido, me la cargo. A ver si crees que vas a ser tú la única capaz de enamoriscarse. Aquí estoy, ya ves, embarazada de casi siete meses.

—Pero, Petra, es que yo no estoy enamoriscada de Luis. Es mi marido, el único amor de mi vida…

—Vale, vale. No te pongas cursi. Empieza a contar qué coño es esto —pidió Petra—. Al principio nos dijeron que era un hotel de lujo para madres, pero luego nos han contado historias terribles.

—Sí. En la revista esa de los colaboracionistas, *Redención*, decían que esto era un «magnífico hotelito» a la salida del Puente de Segovia. Y que los niños tenían armarios roperos con Pinochos narigudos —apuntó Trini.

Jimena esbozó una amarga sonrisa.

—Sí, nosotras también lo leímos. Y que los animalitos dibujados tenían la inicial por la que empezaban, para que los niños fueran aprendiendo a leer. Y lo del Niño Jesús, que sobre su cunita de paja tiene escrito el «Jesusito de mi vida, eres niño como yo». Decían que tenían sus propios cuartos, pero no que sólo podíamos estar con ellos una hora al día…

—Espera, ¿y tu hijo? —Trini interrumpió la amargura de la voz de Jimena.

—Está en la sala de los niños. Ya os digo que no nos dejan verlos más que una hora al día. Esto es el infierno.

Y Jimena comenzó a contar cómo era la maternal de San Isidro, tan publicitada en la prensa del régimen y en *Redención*, el periódico que editaba la Dirección de Prisiones y que ya había sacado varios reportajes con las bondades del chalé del Manzanares.

Recuperando el tono del relato de los cuentos de la infancia de su padre, pero con el dramatismo que la situación requería, Jimena les contó el paripé montado al mes de llegar: un reportaje sobre los veintiún bautizos que habían visto publicado en *Redención*.

«En la tarde del jueves se celebró una fiesta rebosante de ternura y emoción en la prisión de mujeres de la Carrera de San Isidro», les leyó Jimena la página de la revista, el recorte que amargamente habían guardado las presas entre sus cosas, por lo embustero, por lo hiriente, por lo cruel.

Bautizaron a los veintiún niños delante de la esposa del director general de Prisiones, Amancio Tomé, y de Gregorio Santiago Castiella, secretario del Consejo Superior de Menores, con un apadrinamiento por parte de todos aquellos señoritingos, empeñados en bautizar y cristianizar a los hijos de las rojas y de algunas prostitutas. La mayoría de las madres no habían podido hacer nada por impedirlo. El pie de una foto rezaba: «Una reclusa viendo cómo acarician a su hija los padrinos de ésta».

—¡Padrinos! Era todo una pantomima, una crueldad. Algunas accedieron al bautizo por miedo, porque la celda de castigo y la ducha son un horror. Pero lo peor es que la Topete no nos deja ver a nuestros hijos esa única hora al día si no accedemos a sus exigencias.

—Es una amargada, una solterona que, como no puede tener hijos, quiere a los de las demás. Y acordaos de que es excautiva y medio aristócrata.

—Y una beata. Ha decidido convertir a todas nuestras criaturas. Que nuestros hijos nos odien. Mis padres son católicos. Yo ya no sé lo que soy después de estar aquí.

Jimena siguió con las desventuras de aquel lugar de horrores. Les explicó en qué consistía la celda de castigo y los chorros de agua.

—¿Has visto a Carmen en la enfermería? —le preguntó a Trini—. Está peor que yo, tiene más tos. Está en lactantes, pero la van a sacar pronto después de la que organizó. Como me pasó a mí.

Carmen tenía una niña de cinco meses. Hacía unas semanas que la criatura estaba muy enferma, con mucha fiebre. Por la mañana fueron a buscarla porque no había bajado a limpiar, ni al taller, ni a nada. No quería separarse de la cuna de la niña, que ardía de calentura. Le ordenaron que bajara y Carmen se negó. Como a Jimena, trataron de cogerla entre dos funcionarias y arrastrarla, pero Carmen, una mujer de campo, se sentó a horcajadas sobre la cuna de su hija. Si tiraban de Carmen, arrastraría tras de sí la cunita con su niña. No sirvieron de nada ni los tirones de pelo, ni los golpes en las piernas, ni la fuerza bruta. Carmen gritaba y pronto todos los niños de la sala se pusieron a llorar como locos. Era una mujer fuerte, nervuda, acostumbrada a cavar en la tierra con la azada de las patatas y a varear los colchones de lana. Sus brazos estaban musculados como los de un hombre.

Esa mañana, por fin y por orden de la Topete, la dejaron hasta que la cosa se calmó. Por la tarde, cuando ya no se lo esperaba, cuatro guardianas forzudas subieron a por Carmen y la

metieron en la jaula, donde le enchufaron agua con varias mangueras hasta que se desmayó. Pero logró lo que quería: que a su hija no la bajaran al patio.

—¡Y que luego digan que Dios existe! ¿Cómo voy a tener aquí a mi hijo?

La pregunta de Petra era retórica. Después de todo lo que había pasado, de las torturas —Jimena ya había visto las marcas que se le habían quedado en la muñecas tras su paso por Gobernación en aquellos nefastos días de hacía más de un año—, de mirar a Jimena, pálida, descompuesta, con aquellos ojos que un día la admiraron por su profundidad y alegría y ahora eran dos pozos llenos de negrura, se calló.

—Bien, chicas. Aquí estoy yo —dijo Trini—. Esta bruja me ha traído porque soy comadrona. Me deja en enfermería. Ya me lo han dicho. Así que estaré con vosotras. ¿Y tú aún no sabes por qué estás aquí? ¿Todavía no te han juzgado?

—Nada. Tras la visita de mi cuñado el otoño pasado, no he vuelto a saber nada. Las chicas de Matilde Landa buscaron mi ficha, pero no la encontraron. Lograron registrar a mi hijo. Eso es todo. No sé cómo he podido llegar hasta aquí.

—Pues como todas. Pero tú no desesperes. Esto se va a acabar. Hitler empezará a perder batallas. Y nosotras saldremos de aquí.

Petra acababa de verbalizar la doctrina de los presos republicanos, pero Trini tuvo que morderse la lengua para no contestarle que sí, que con la indiferencia de Rusia y Stalin, Hitler iba a perder batallas. El Pacto de No Agresión Germano-Soviético de 1939 también había abierto la brecha entre las mismas comunistas, por no hablar de las otras ideologías de izquierdas. Aquel acuerdo dividía igualmente a los presos del PCE en la cárcel y, a su vez, les enfrentaba con los otros republicanos. Desde que escuchara las disputas entre las camaradas de su marido, Jimena se había preguntado qué opinaría Luis del asunto, si estaba vivo… Tenía que estar vivo, porque si hubiera muerto, ella lo sentiría dentro de su corazón.

11

Ramón apareció de visita en la Carrera de San Isidro en la festividad de la Merced, patrona de los presos. Junto con la jornada de los Reyes Magos, era el único día de todo el año en que las reclusas podían recibir la visita de sus hijos. Jimena vivió como un drama los llantos de algunas compañeras, que tenían a los maridos también presos, muchos de ellos pendientes de la pepa, y debían repartirse las criaturas con ellos. Otras ni siquiera tenían esa suerte: el padre encarcelado estaba lejos de los suyos, en algún penal de España. O ya había sido fusilado.

Desde muy temprano, Trini, Petra y Jimena observaron la llegada de los familiares de las presas, con niños endomingados dentro de su más absoluta pobreza. Chaquetitas remendadas, zapatos con suela de cartón o periódico por dentro, pero lavaditos y bien peinados.

Desde una esquina del patio, con Luisito vestido con un pantalón a la rodilla, azul marino, y una camisita azul claro, todo enviado por Ramón y Vicenta, las tres mujeres observaban el trasiego que empezaba a tener la puerta. El niño hacía los primeros pinos sobre sus piernas flaquitas pero sólidas, ayudado por las manos a ratos de su madre y Trini, a ratos por las de Petra. Ese día, la Topete se había visto obligada a levantar la norma de tenerlos con las progenitoras sólo una hora. Las piernas del chico pugnaban por rozar el suelo con las puntas de sus zapatitos, también azul oscuro, que ya le quedaban un poco ajustados de largo.

Su madre, mientras le jaleaba los pasos con sus amigas, columpiándole arriba y abajo para luego depositarle en el suelo ante el contento de la criatura, observaba las risas y los llantos de sus compañeras según iban llegando los parientes.

En la mayoría de los casos, los niños no reconocían a sus madres. Jimena vivió con especial dolor el drama de Emilia, la presa que había estado en su parto. Además del bebé enfermo que tenía en la cárcel, aquella mujer, a cuyo marido habían fusilado hacía unos meses, llevaba más de un año sin ver a sus otros dos hijos. El más pequeño, de apenas dos añitos, no la reconocía y escondía su rostro en el cuello de la que debía de ser la abuela, una mujer de pelo blanco, toda vestida de negro salvo un mandil a cuadros gris oscuro y más claro, limpio y planchado, con grandes bolsillos, donde la anciana guardaba una especie de palo que hacía de mordedor, que daba un rato a cada niño. Calmaba el dolor de encías y engañaba el hambre.

El niño se escondía detrás de las sayas de la abuela, mirando con miedo a aquella mujer que decía ser su mamá. La niña estaba al lado de su hermano. Delgadísimos, con las piernas como palillos, rapados casi al cero para que la abuela no tuviera que estar pendiente de los piojos, sólo se distinguía a la niña del niño porque a ella le habían puesto una faldita tableada por encima de la rodilla, donde destacaban unas rótulas enormes, esqueléticas, que la piel dejaba transparentar. Lo mismo sucedía con su chaquetita de punto, que le llegaba por encima de la muñeca. Estaba claro que alguien había prestado la ropa a aquellas criaturas para ir a ver a su madre.

El niño, algo más alto que la hermanita —Jimena no sabía si tenía cuatro, cinco o seis años —, se sujetaba el pantalón gris, remendado en la entrepierna, gracias a la cuerda que la abuela le

había puesto alrededor de la cintura. Tenía las rodillas llenas de costras de sangre. Mientras su madre le llamaba, se agachaba y le abría los brazos, él seguía tirando del pantalón hacia arriba, sin saber qué hacer frente a aquella extraña a la que recordaba vagamente.

—Hijo, ven. Soy mamá.

La voz de Emilia se estrangulaba en su garganta mientras su hijo movía la cabeza, dubitativo, de un lado a otro. Emilita, con un dedo en la boca, se agarraba a las faldas de la abuela y miraba la algarabía alrededor, pendiente de las otras niñas, admirada de los vestidos tan bonitos que llevaban las hijas de las presas que vivían allí.

—Déjalos un rato. Están asustados. Espera a que se acostumbren —murmuró la vieja a Emilia, con los ojos tan llenos de agua como los de su nuera.

Jimena podía seguir claramente la evolución de las miradas de los otros niños, como la de Emilita. Se dio cuenta de la trampa. La Topete había desplegado todas sus dotes, todo su poder, para que aquel día el horror que se vivía detrás de aquellos muros quedase oculto a los ojos de los familiares de las presas.

Desde semanas antes, las mujeres habían sido presionadas para que rindieran más en los talleres, sobre todo en los de Ventas. Había que producir vestiditos para el día de la Merced. Todo el mundo que viniera, incluido el barbudo director de Prisiones y los fotógrafos que le acompañaban, debía sacar la conclusión de que aquello era un hotel de lujo.

—¿Os habéis dado cuenta? Nos ha levantado de madrugada, ha adelantado el credo, el *Cara al sol* y todos los demás relicarios para revisarnos una a una el aspecto y hacer creer a los nuestros que aquí vivimos mejor que ellos.

Jimena se dirigía a sus dos compañeras. Petra y Trini también llevaban un rato largo observando el espectáculo.

—Por eso nos han mirado hasta las orejas esta mañana. Por si teníamos piojos. Y por eso han repartido batas limpias. Es repugnante. Mira la cara de los padres de la Marga. Están acoquinados de tanto lujo.

Los padres de la Marga, otra presa embarazada, eran dos viejos bajitos, humildes. Él iba vestido con un traje de pana negro y raído, a todas luces cepillado la víspera, y llevaba una boina corta, negra. Una frente llena de arrugas acompañaba al resto del rostro, muy moreno. Si el hombre se subía ligeramente la boina hacia arriba, al rascarse perplejo las hendiduras de la frente, una enorme raya blanca marcaba la diferencia entre lo que el viejo dejaba que se expusiera al sol y al viento y lo que su boina le mantenía a salvo. La madre, flaca, vestía de negro —le habían fusilado a dos hijos— de la cabeza a los pies; por debajo de la barbilla le colgaban las dos puntas negras del pañuelo, que lo llevaba anudado muy fuerte. Petra y Trini sabían la razón.

—A la mujer la raparon esta primavera las falangistas de su pueblo. Le hicieron beber el ricino en medio de la plaza y la pasearon mientras se cagaba. Lo habitual. Mientras, al marido, ese pobre hombre, lo tuvieron en el cuartelillo, palo tras palo, hasta que capturaron a los hijos. Me contó la Marga que, desde entonces, a su madre se le han quedado calvas en la cabeza y lo que le sale es como una pelusilla blanca —explicó Petra mientras acariciaba su vientre mecánicamente y bajaba los ojos hacia Luisito, que, sujeto entre las manos de Trini y Jimena, pateaba sobre el suelo de cemento, exigiendo atención.

Ni la comadrona ni la embarazada esperaban visita, pero sabían que Jimena había puesto muchas esperanzas en que su cuñado Ramón apareciera por la Carrera de San Isidro.

—Atentas. Ahí va la Topete a recibir al resto de las autoridades. Al menos hoy comeremos caliente y nuestros niños también. Espero que las habas de esta semana y sus gusanitos nos hayan alimentado algo.

El tono jocoso de Trini no pudo evitar la náusea que le subió a Petra a la boca.

—Hija, Trini, no seas asquerosa. No sé cómo puedes tener ese humor. Con los ascos que me da la comida, pese al hambre que paso…

—Más te vale que te dejes de remilgos. Si te hubieras comido las habas con el gusanito dentro, esa criatura que llevas en la tripa estaría mejor alimentada. Tuve un doctor en el hospital que me decía que los chinos comían saltamontes y gusanos.

—¡Qué asco! ¡Cállate! Luisito se va a creer que hay que comerse las moscas.

—Pues le gusta jugar con ellas. Quizá deberíamos enseñarle a sobrevivir…

Jimena asistía impasible a la charla entre sus comadres. Sus ojos no se apartaban de la puerta, donde María Topete estrechaba la mano de Amancio Tomé, responsable de la inspección de prisiones y director también de la cárcel de Porlier, el lugar en el que se hacinaban miles de hombres, centenares de ellos a la espera de su ejecución.

Sintió frío, mucho frío, pese al calor de septiembre, al mirar a aquella cohorte que llegaba acompañada de hombres uniformados y de curas, de mujeres encopetadas, con trajes de chaqueta claros, propios del fin del verano, sombreritos tocados con red y pendientes de perlas blancas, redondas, bien alimentadas. Las uniformadas llevaban medallas prendidas en los trajes, mientras que las otras las llevaban al cuello, de oro, brillando al sol que aún no había empezado a calentar. Todas lucían unos labios tan pintados que sus sonrisas forzadas y blancas resaltaban enmarcadas por el rojo. Miraban a aquel tropel de mujeres embatadas, que no podían disimular su humildad, rodeadas de niños rapados, famélicos y tiñosos. Unos estaban dentro de la cárcel. Otros llegaban extramuros.

Algunas de las señoras también llevaban medias de seda y se apartaban, temerosas de hacerse una carrera, del roce de alguna criatura descuidada. Las ansiadas medias de seda que Luis tanto había buscado para Jimena.

La joven reparó en la de tiempo que llevaba sin sentirse mujer, sin arreglarse para nadie, como todas sus compañeras. Por no tener ni siquiera tenían un espejo en el que mirarse, salvo el reflejo de los ventanales al amanecer o por la noche. Y en Ventas eran más grandes, aquí eran ventanas pequeñas de doble hoja. Tampoco se sentía mujer en otros muchos aspectos. Después de dar a luz a su hijo, la regla sólo le bajaba cada dos o tres meses.

—Es la avitaminosis. Todas tenemos la tripa hinchada, como vacas preñadas, y las patas de gallina —les había dicho Paz antes de que la trasladasen de nuevo fuera de San Isidro, a otro penal.

La mayoría de las mujeres tenían esos desarreglos, además de la tos ferina, que ahora amenazaba a los niños. Jimena estaba preocupada. Paz y Trini sabían que había un brote de tos ferina en la enfermería, entre los niños. Se contagiaba con una facilidad pasmosa, así que ella se pasaba la hora que cada día podía estar con Luisito poniéndole los dedos en la garganta, en su cuellecito hermoso, mirando sus ojos verdes por si mostraban tristeza o estaban apagados, pegándole el oído al pecho, a la espalda, mientras disimulaba que le abrazaba. Aunque también

le abrazaba. Porque había una cosa que no había podido superar. Cada día, cuando tenía que separarse de su hijo, el alma se le partía en dos. El corazón y todas las vísceras de su cuerpo le atenazaban la garganta. Las ganas de gritar estrangulaban los sollozos de aquella muchacha que un día había sido tranquila. Cuando arrancaban a su hijo de su lado, Jimena se moría un poco cada día. Lentamente.

Interrumpió sus dolorosas reflexiones cuando el niño tiró fuerte de su manita con un «¡ay, mamá!». Le estaba haciendo daño en la mano.

—Perdona, hijo —murmuró. Al tiempo que se agachaba a coger al niño en brazos, se dirigió a Trini, mientras miraba a la Topete, que parecía una esfinge—: ¿Has visto cómo sonríe hoy? Tenemos el titular para esos fotógrafos: señores, las presas y los niños de esta cárcel vemos sonreír a María Topete por primera vez.

—Yo la he visto sonreír alguna vez. Con los hijos de las comunes. Por ejemplo, cuando coge en brazos a Pepi, la niña de tu amiga Angelita. Esa niña, con su pico de oro y lo que la quiere, le hace reír. Lo vi un día en la terraza.

—Sí, Angelita dice que tiene predilección por su Pepi. No me extraña. La niña es tan graciosa y mona…

—Mirad al pobre Clementito. Ya le llevan preparado para las fotos.

Petra tenía una especial fijación con Clementito. Era un niño majo, regordete, hijo de una de las presas que tenían también tareas de ayudantes. Sentía una compasión enorme por su madre, a la que había visto en la cocina, con Angelita. Blanquito y rabiato, al pobre niño, al contrario que a Pepi, tantas atenciones le ponían enfermo. Él sólo quería estar con su mamá, con la que había pasado todo el tiempo desde que habían llegado a Ventas. Ahora, con sus más de tres añitos, se veía alejado de la madre, que, como todas las demás, sólo podía verlo la hora diaria. Siempre que podía, el niño se escapaba del patio, se escurría entre las piernas de las funcionarias para pegarse a la puerta de la cocina, cerrada con llave y con una funcionaria guardándola, y gritaba llorando:

—¡Mama, mamá!

Y así uno y otro día desde que llegaron a San Isidro. La madre gemía al otro lado del tabique, y sus lágrimas caían sobre aquellos guisos asquerosos que la Topete pretendía que fueran un gran alimento para las criaturas. Para Petra, los gritos del niño cada mañana y el llanto de la madre —que de vez en cuando ayudaba en la cocina— eran como un martillo pilón sobre su cabeza. Le reventaba que al niño lo utilizaran de mono de feria, mientras la madre se pudría dentro y lloraba por ese hijo que tanto le había costado sacar adelante en su peregrinaje por las cárceles españolas. La separación era brutal para todas aquellas mujeres.

—Ahí está —susurró Jimena.

Acababa de ver a Ramón cruzar la puerta del chalé, que ese día hasta estaba engalanado con plantas en la entrada. Algo muy propio de la Topete, que también se las había puesto en su despacho.

La muchacha no se asombró cuando Ramón, tras decir algo a la funcionaria que guardaba la puerta, se acercó hacia el grupo de autoridades y periodistas y saludó al director, Amancio Tomé, quien a su vez le presentó a las otras personalidades que le rodeaban. Pero no pudo evitar una oleada de miedo cuando María Topete fijó sus ojos en Ramón mientras le apretaba la mano con firmeza. Se detuvo ante ella un momento e intercambiaron un par de frases. Después, la directora

de la cárcel giró su rostro hacia donde estaban Jimena y el niño. Con un gesto del cuello, que ese día sobresalía del uniforme impoluto, señaló hacia allí.

Por alguna extraña razón, como la primera vez que la vio, Jimena se dio cuenta de que María Topete había sabido durante toda la mañana, desde que se abrieron las puertas de la prisión, que ella y su hijo estaban allí. Siempre, dentro y fuera de la Carrera de San Isidro, la Topete era la sombra de Jimena y de Luisito. Sabía hasta en qué momento respiraban más fuerte o tenían que ir a hacer sus necesidades.

Ramón, elegante y bien trajeado, avanzaba hacia ellos con un gran paquete en las manos y una amplia sonrisa. Se paró ante su cuñada. La encontró delgadísima, pero tan atractiva como siempre, pese a la modestia con la que iba vestida. «Estoy enfermo, pero también de culpa». La idea cruzó como una estrella fugaz por su cabeza mientras el corazón se le desbocaba, al tiempo que tendía la mano libre a Jimena. Tras dudar un segundo, se inclinó a besarla en las mejillas.

—¿Cómo estás? Te has cortado el pelo…

—Bien. Ya ves, es para no alimentar más de lo debido a los piojos. ¿Y tú?

Pero Ramón ya no escuchaba la respuesta. Se agachaba hacia el niño que había entre su cuñada y Trini, mientras Petra, algo más alejada, le observaba con curiosidad.

—¡Dios mío, Jimena! Es igual que Luis. Tiene sus mismos ojos. Es increíble. Hay una foto nuestra en la chimenea de Don Ramón de la Cruz en la que mi hermano es clavado a su hijo. Dios, Dios…

Ramón no pudo seguir hablando. Intentó coger al niño en brazos, pero Luisito dio un paso atrás mientras se soltaba de la mano de Trini y se aferraba a las de su madre.

—Cariño, es el tío Ramón. ¿Ves? Es bueno…

La madre se había agachado hasta la altura del niño y de Ramón, y mientras decía lo bueno que era, le pasaba ligeramente su mano desnutrida de dedos de hueso de pollo por la solapa del traje. Trini y Petra se retiraron discretamente.

—Mira, Luis, mira lo que te he traído…

Algo se removió dentro de Jimena al oír el nombre de su marido y de su hijo en boca de su tío. Y Ramón, con manos trémulas, intentaba desatar el gran paquete ante la mirada del niño, que no se soltaba del brazo de su madre. Fue ésta quien terminó por quitarle el paquete de las manos a su cuñado y abrirlo. Otro paquete envuelto en papel de estraza y bien atado con cordel blanco, no con cuerda, cayó al suelo, mientras Ramón cogía la caja en la que había dentro un gran camión, con conductor incluido y varias piezas de madera de colores, con diferentes formas geométricas, incrustadas en el volquete.

—¡Es precioso! Mira, hijo.

Jimena llevó las manitas del niño hacia el volquete, para que intentara sacar las piezas, pero era demasiado para aquellos dedos pequeños. Fue Ramón quien actuó más rápido; le cogió de la muñeca y le enseñó la cabina del camión. Todas las piezas de madera de colores, triángulos, cuadrados, rectángulos, cilindros, cayeron al suelo ante el asombro de Luisito. Ramón puso entre sus manitas el círculo y el cuadrado mientras metía las manos bajo los brazos del niño, que, sin darse cuenta, ya se había soltado de la mano de su madre.

Jimena y Ramón permanecieron agachados un rato, alrededor del niño, que ya se había sentado en el suelo de cemento con sus figuras de madera. Con el silencio oprimiéndole el

corazón y el alma, Ramón miraba a su sobrino obstinadamente para que Jimena no percibiera sus ojos llenos de lágrimas. No había mentido ni un ápice: el niño era el vivo retrato de su hermano.

—Mírame, Ramón. No pasa nada. ¿Me oyes? Estamos vivos los dos.

Jimena percibió el estremecimiento que recorría el cuerpo de su cuñado y cómo apretaba los labios, tragando saliva, al tiempo que dos gotas le resbalaban por la cara.

—Por Dios, que el niño no te vea llorar. Me vuelvo loca aquí dentro para que no vea más lágrimas de las que ya vertemos.

—Perdóname… Espera, dame un segundo. No puedo soportar no haber sido capaz de sacarte de aquí. No me dejan, no quieren, no sé qué coño exigen… Si lo supiera…

—Es esa mujer, Ramón. Algo quiere del niño y de mí.

—¿Quién?

—La Topete. La directora de este campo de concentración donde todo lo que ves ahora es una gran mentira.

—Es curioso. Cuando he ido a saludar a Amancio, el director de Prisiones, a quien me presentó ese amigo que tengo en Gobernación y con el que he intentado sacarte de aquí, ha sido ella la que se ha dirigido a mí. Me ha preguntado por mi madre. Por lo visto, se conocen.

Jimena se quedó mirando fijamente el rostro de su cuñado. Recordó su otro encuentro con él, cuando le comentó que en Gobernación, durante los interrogatorios, habían mencionado a doña Elvira. Ahora, el nombre de la que no quería ser su suegra salía de nuevo a relucir. ¡Conocía a María Topete! Como hubiera dicho Trini, blanco y en botella. Por la expresión de su cuñado supo que algo se le pasaba por la cabeza, como en el locutorio de Ventas. Jimena tuvo clara conciencia de que el interés de María Topete por su persona y por su hijo se debía no sólo a que fuera la mujer de un comunista destacado, sino que debía de conocer todos los pormenores a través de su suegra.

—Ramón —casi susurró Jimena, temiendo que Luisito, que seguía sentado entre los dos, les oyera—, ¿tu madre y tú habéis hablado alguna vez de mí, del niño?

Ramón asintió con la cabeza, incapaz de levantar sus ojos hacia los de su cuñada. Seguía dando piezas a Luis, que ya le miraba agradecido y con alguna sonrisa mientras chocaba un triángulo verde con un cuadrado rojo. El ruido de las piezas de madera le producía un enorme placer.

—¿Y? Mírame, Ramón, por favor. Tú nunca has sido un cobarde. Yo tampoco…

—Es imposible ponerse de acuerdo con ella. Se cierra en banda a todo.

—Pero ¿se cierra en banda por mí o por el niño? Lo mío no sería nada nuevo, pero, al fin y al cabo, éste es el único nieto que tiene.

Ramón negó con la cabeza.

—¿Cómo que no? ¿Acaso tú o Luis tenéis hijos por ahí?

Al fin, Ramón levantó la cara hacia su cuñada.

—Mi madre mantiene que no sabe si este niño es su nieto o no. Hace tiempo que nos hablamos lo imprescindible… Por Dios, Jimena, no me pongas esa cara. Estoy seguro de que cuando vea al niño, que es el vivo retrato de su padre, cambiará de opinión.

—¡No quiero que vea nunca a mi hijo! ¿Lo oyes, Ramón? Jamás.

La muchacha se puso de pie de un salto. Lo hizo con tal fuerza y genio que al otro lado del patio se encontró con los ojos de María Topete clavados en ella, en su cuñado y en su hijo. Había

dejado de atender a unas señoras encopetadas para mirar hacia ellos.

—Si no fuera por el niño, iría ahora mismo hacia ella y la estrangularía. Mis compañeras tienen razón, esa mujer tan católica, tan cruel, quiere acabar conmigo.

—Cálmate. Si las cosas son como dices, no armemos jaleo.

Ramón también se había levantado. Llevaba al niño en brazos. Luisito había dejado una parte de las piezas de madera y el camión esparcidos a los pies de su madre y de su tío. Ya no le tenía miedo, pero miraba atentamente a su mamá y a aquel señor tan simpático con quien se espetaba palabras en voz baja y bronca. Mientras sujetaba al niño en el brazo izquierdo, Ramón estiró el derecho para agarrar por el codo a Jimena. Ésta hizo ademán de desasirse con brusquedad, pero la mirada de la Topete aplacó su ira. ¿Qué había visto en aquellos ojos azules por primera vez? ¿Una risa, una ráfaga de satisfacción al observar que algo brusco ocurría entre ella y su cuñado?

Jimena respiró hondo. Mantuvo la mirada de la directora el tiempo suficiente como para esbozar una sonrisa y, con ella aún dibujada en su cara, girarse hacia su cuñado y su hijo.

—Ya estoy calmada. ¿Te han dejado al menos registrar al niño con el nombre y los dos apellidos?

—No. Ningún matrimonio civil celebrado durante la República es válido. La única forma de hacerlo habría sido que Luis, si estuviera aquí y en libertad, hubiera ido a registrar al niño como hijo suyo. Y no creo que, como comunista, le hubieran dejado así como así. Todo es bastante canalla. Ayer fui a ver a ese amigo de la secreta que tengo en Gobernación. Se lo volví a pedir. He ido también a ver a dos curas, por si podían registrarlo en su parroquia, que es otro truco. Uno nos dio la comunión a mi hermano y a mí. Es amigo de mi madre. No hay forma.

Jimena no apartaba los ojos del rostro apesadumbrado de su cuñado. No sabía si darle las gracias o partirle la cara, tal era la ira que en ese momento sentía por dentro, con los ojos de la Topete clavados en su nuca. Una sonrisa de su hijo, que estiraba los brazos desde su tío hacia ella, logró contener su lengua, que en ese momento parecía más la de Angelita y Petra juntas que la de la chica que había sido educada con una disciplina férrea sobre el respeto y las palabrotas por la Justa y su madre, la Carmen, entre El Paular y Rascafría.

—Más que canallas, asesinos. No tienen bastante con haber ganado, siguen fusilando, matándonos. ¿Sabes cuántos niños mueren aquí, Ramón? En este lugar que parece el paraíso y que está repleto de enfermedades, de humedad, de miseria, de bichos. ¿Sabes cuánto tiempo puedo ver a mi hijo al día? ¿Sabes cómo me atormento cada noche pensando en que el niño va a coger la tos ferina, el tifus, la sarna? Porque los piojos y las chinches ya se los quito yo en el ratito que me dejan estar a su lado… ¿No te maravilla lo rapadito que lleva el pelo?

Estoico, sin moverse, Ramón aguantaba el chaparrón de Jimena, que apenas podía contener el tono, las ganas de gritar ante tanto cinismo y crueldad, rodeados de tristeza disimulada por cada una de aquellas familias, que escondían su dolor a medida que las susodichas autoridades iban acercándose a cada círculo de presas con sus familiares.

—¡Aquí que no se arrimen! ¡No quiero que ninguna de esas falsas beatas ponga su mano sobre la cabeza de mi hijo!

El hombre la cogió del brazo, y tras buscar un rincón en el abarrotado patio, tiró de ella hacia una esquina solitaria y trasera, donde apuntaba un recuadro de sombra. Mientras sujetaba a la madre, Ramón no paraba de hacer arrumacos a su sobrino. Se asombraba ante aquella carita, aquellos ojos ahora rientes que eran el vivo retrato de su hermano. Volvió a pensar en su madre,

y también a él estuvo a punto de perderle la ira. Las dudas le corroían, pero, por el momento, prefirió apartarlas y ocuparse de la agitación de su cuñada. Parecía más tranquila.

—¿Estás mejor?

—Sí, sí. Perdóname.

Por el rostro de Jimena se extendió un arrebol que la favorecía y ocultaba las profundas ojeras que enmarcaban sus enormes ojos negros. Ni aun en esa situación Ramón pudo evitar que se le acelerara el pulso, mientras volvía su cara hacia el niño para que la muchacha no viera su expresión.

—Cuéntame bien por qué no podemos registrar al niño. Y luego háblame de Luis. Necesito saber algo. Una pista, lo que sea. ¿Sabe que tiene un hijo?

—No lo sé. Como te estaba diciendo, no reconocen los matrimonios civiles. Mira si serán vengativos que se está muriendo en la cárcel Julián Besteiro, ¿te acuerdas de él?, el socialista que fue presidente de las Cortes. De lo mejor que tuvo la República. Y encima se quedó aquí, sin huir. A su mujer no la han dejado ir a verle ni en un día como hoy, porque no puede demostrar que es su mujer. Se casaron por lo civil.

—¡Qué horror! Entonces, si tú no eres mi cuñado, ¿cómo te han dejado pasar?

—Por este amigo que te cuento, el de la secreta. Fue él quien me presentó hace unas semanas al director de Prisiones, el de la barba que he saludado. Lo único que ha podido hacer por mí es dejarme pasar hoy. Al no ser familiar tuyo, no tengo derecho.

—Y de Luis, ¿qué sabes?

—Lo siento. No sabes cuánto, pero no sé nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Dentro del PCE, tras la caída y el fusilamiento de Heriberto Quiñones, parece que ha habido una desbandada. Están todos presos, en las catacumbas o en Francia. O escondidos. La forma en que cuentan que mataron a Quiñones es un horror.

—En la cárcel no hacen más que discutir aún si Quiñones sí o Quiñones no. Yo conocí a su compañera en Ventas. Se llama Josefina Amalia Villa. Amalia, como mi hermana pequeña. ¡Qué nostalgia! Tenías que haber visto cómo venía de torturada de los interrogatorios. Le hicieron de todo, desde corrientes en los pechos a las mayores brutalidades y humillaciones que te puedas imaginar. El día que llegó el mensaje de que habían fusilado a su compañero, creo que esa mujer se hundió más que con todas las animaladas que le hicieron.

—¿Sabes que a Quiñones le tuvieron que fusilar sentado en una silla? Tenía todo el cuerpo roto, la columna y las piernas, de las torturas a las que fue sometido. Ahora parece que los dirigentes comunistas de Francia, la Pasionaria, Carrillo y demás, reniegan de él. Que si fue un irresponsable, un precipitado… En fin, no sé qué pensará Luis de todo esto, pero a los comunistas se los ha tragado la tierra en Madrid. Al menos, yo no soy capaz de entrar en contacto con alguien que nos lleve a mi hermano. Quizá a ti, dentro de la cárcel, alguien te diga si puede enviar un mensaje a Porlier, o a San Antón. Sé que de allí salen mensajes para Francia.

—Sí, yo también lo sé. Lo he intentado. Tanto en Ventas como aquí. Mis compañeras de celda, estas dos que te he presentado, Trini y Petra, son comunistas. Y en la celda de Ventas todas eran del PCE. Son las más organizadas. Es más, estoy segura de que ellas me acogieron porque sabían que era la mujer de tu hermano. Pero son herméticas en ese asunto. Es lo único en lo que son así. A Petra le ha costado palizas y torturas y la han vuelto a coger hace unas semanas, porque ha caído con otra red de enlaces clandestinos. Saben que su única salvación es el silencio.

Un día Petra me dijo que la clandestinidad era así. Háblame de mis padres. Se hace tarde y quiero que vayamos a comer con mis compañeras.

—Están bien. Tu tío Leoncio me mantiene informado. Quedo con él de vez en cuando por Ríos Rosas, a tomar un vino o un café. Están convencidos de que estás en Francia, con Luis. Ahora tienen mucha preocupación por la guerra en Francia. Creo que tu padre masca en bajo el odio a Hitler. Tu madre, me dijo tu tío, está igual que siempre. Ha estado allí en agosto, para la Virgen y las fiestas. Una de tus hermanas, no me acuerdo del nombre, la que te sigue a ti, se ha ennoviado con un tal Vicente, que estuvo en la columna de Modesto y con el Campesino. Como ves, tu tío me da todos los detalles, el hombre. Yo me siento fatal por engañarle.

—Irene. Mi hermana se llama Irene. Y si se ha puesto de novia con Vicente es que, gracias a Dios, ha logrado escapar. Es un vecino que a mi madre le gusta por lo formal que es. Un chavalín bien majo. Las fiestas…

Jimena se calló. No podía seguir hablando. Recordó aquel 15 de agosto tan lejano, en la verbena de la Virgen de la Peña, cuando las manos de Luis se deslizaron por su espalda. Cerró los ojos para esconder las lágrimas mientras por unos segundos el ruido del río Lozoya, a su paso por la curva de caliza que había enfrente de la Virgen de la Peña, se paraba en sus oídos, mezclado con el canto de los pájaros en primavera y las ruedas de los carros que cruzaban el puente del Perdón, frente a El Paular.

Ramón le quitó al niño de los brazos y se contuvo para no cogerla de la mano. La agarró del brazo y volvieron hacia el lugar donde habían quedado las piezas del camión desparramadas y el paquete que había llevado con comida. Jimena se dejó llevar, desmadejada. Allí estaban Petra y Trini, sentadas en el suelo. Ya habían recogido las piezas del juguete y Petra sujetaba el paquete de comida, con papel de estraza y elegante cordón blanco y brillante, de nailon, contra su abultada barriga de embarazada.

Las tres mujeres y el hombre, que no paraba de hacer fiestas al niño, se dispusieron a sacar la comida del paquete. Petra no podía disimular su hambre y su ansia. Mientras daban cuenta, alborozadas, de un par de latas de sardinas y dejaban que el niño se entretuviera con el bote de leche condensada, las dos comunistas pusieron al día a Ramón de las atrocidades de aquella cárcel maternal que el régimen vendía como la gran obra que demostraba su caridad para con las rojas y las descarriadas.

De nada sirvieron las protestas de Jimena. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Trini agarró a Ramón del brazo para dar un paseo y le llevó a la zona de los lavaderos. En un rincón, una puerta de barrotes de hierro encerraba el cuarto de castigo, que también hacía de almacén de barreños y tablas de madera para lavar. Ante aquel cuchitril, cubierto de moho negruzco y manchas de humedad por las paredes, Trini se despachó.

—Aquí es donde machacaron a tu cuñada la primera noche que llegó. Con las mangueras de agua. Y todo porque les quitaron a los niños. Y esto es poco, ella no te lo va a contar todo, pero debes saber, si la estimas como creo, que esa bruja de la directora la tiene tomada con ella…

Jimena, con su hijo en los brazos, hacía ademán de ir tras ellos. No quería que Trini largara demasiado, pero Petra la retenía por el brazo.

—Déjala. Sabe lo que hace. Tu cuñado debe saber lo que pasa aquí, por ti y por todas. Nos puede ayudar. Alguien tiene que contar fuera lo que es este infierno.

Llegó la hora de la comida y tocaron la campana para el rancho. El asombro de las presas sólo era superado por el de sus famélicos familiares. En las puertas de la cocina colgaban los menús. Para los nenes, «un plato de patatas condimentadas con arreglo a lo determinado por el médico y una papilla de cacao facilitada por la Junta de Protección de Menores». Para las madres y sus familiares, «un cocido con garbanzos, tocino, patata», y hasta el caldo con color rojo, gracias a la grasa del chorizo que se sirvió en la mesa presidencial.

Así rezaba el menú y así se publicó al día siguiente en algunos diarios, incluido *Redención*. De nada sirvió que las mujeres explicaran a sus familiares que era la primera vez desde que estaban presas que veían el tocino y las patatas nuevas. La mayoría de las familias salieron convencidas de que sus hijas, sus hermanas o sus madres vivían mejor en aquel chalé tan blanquito y tan recogido que ellos fuera de la cárcel.

Tal y como pronosticó Trini por la noche, ante el amargo silencio del dormitorio de madres, donde todas estaban tristes, emocionalmente extenuadas y sin ganas de hablar, María Topete había conseguido su día de publicidad y de gloria gracias a sus amistades poderosas, que le habían traído las viandas.

—Ni Goebbels, el jefe de Propaganda de Hitler, so pazguatas, lo habría hecho mejor. Así que de poco os van a servir las lágrimas. Creo que ésas también desgastan los líquidos del cuerpo. Y os conviene guardar fuerzas, porque los paquetes, a partir de ahora, van a ser más pequeños.

Nadie rió la broma cruel de Trini, que intentaba sacar de su apatía a aquellas mujeres destrozadas. Jimena se giró en su camastro y pensó en el llanto con que su hijo la había despedido esa tarde. En cuanto se cerraron las puertas de la prisión, las mandamases, a una orden de la jefa de servicio, recogieron a los niños para separarles de sus madres y llevarlos al dormitorio. Un silencio de plomo se extendía por la sala. Jimena adivinaba que, como ella, todas aquellas mujeres pensaban en los suyos, en cuándo volverían a verlos, en cuáles habían sido sus pecados para tanta crueldad. No pudo dormir hasta que el alba apuntó por las ventanas. Aquella mañana no hubo fusilamientos. Una mueca de amargura se dibujó en el rostro de Jimena. Aquel día habían sido caritativos. Sólo por un día.

Ramón dejó la prisión cuando aún el calor agostaba las orillas del Manzanares. Mientras cruzaba el Puente de Segovia, no vio nada, no sintió nada a su alrededor. No percibió el Palacio de Oriente, las obras de lo que decían que un día sería la catedral de la Almudena. Avanzaba noqueado hacia el centro de la capital, sin ganas de buscar un autobús ni un taxi. Esperó en una terraza de la Gran Vía a que anocheciera y luego se dirigió hacia los prostíbulos de la calle de la Ballesta.

Cuando bien entrada la madrugada llegó a su casa, sintió un profundo asco hacia sí mismo. Se metió en la bañera y se frotó de arriba abajo, maldiciéndose. Ya en la cama, con los ojos de par en par fijos en el techo, la cara de Jimena pegadita a la del niño Luis, que con una manita le decía adiós, le hizo ahogar un sollozo. Y supo que odiaba a su madre. Nunca sabría doña Elvira cuánto la odiaba en ese momento su hijo pequeño.

12

Para María Topete, aquellas primeras Navidades vividas en su prisión maternal de la Carrera de San Isidro fueron duras, pero satisfactorias. Pese a las penurias que pasaba para mantener el suministro de leche y patatas para los niños, no se podía quejar. Competía con el Auxilio Social, con el mismo Patronato para la Protección de los Menores y con su antigua casa, la cárcel de Ventas, donde quedaban madres no lactantes y sus hijos. Sabía cómo organizarse, y desde luego, era más recta para los temas de orden que su antigua jefa, Carmen Castro. San Isidro, de momento, era independiente de Ventas. Eso es lo que quería seguir siendo la directora Topete, que a veces encontraba un poco blanda a su colega Castro, sobre todo con las rojas republicanas.

Gracias a la extensa red de amistades y contactos de su familia, tanto por el lado de los primos Satrústegui y Fesser como de los Topete, conocía a un elevado número de damas de la aristocracia e incluso mantenía una relación aceptable con las todopoderosas damas de la Falange, Pilar Primo de Rivera y Mercedes Sanz Bachiller. Su admiración por el protomártir José Antonio Primo de Rivera, a quien ella y sus hermanos habían tratado antes de su alevoso asesinato en la prisión de Alicante, era esgrimida convenientemente por María cuando lo necesitaba, sobre todo a la hora de conseguir favores para su cárcel.

Otros muchos contactos le llegaron de los meses que había vivido en la legación noruega. Los amigos de Félix Schlayer, todos germanófilos, acabaron muy bien situados en los primeros gobiernos de Franco. Y alguno, como los De la Cierva, tuvieron un lugar privilegiado en el nuevo régimen. María sabía cómo cultivar esos contactos con elegancia.

Después contaba con la red de apoyo de sus tres hermanas monjas, Amalia, Josefina y Rosita, que progresaban en el Sagrado Corazón de Jesús y, aunque también se dedicaban a la educación y a la caridad, la directora Topete siempre podía contar con ellas a la hora de comunicar rifas, sorteos, venta de pañitos y labores de cama y mesa de sus aún modestos talleres para sacar algo de dinero para sus niños.

Pero en quien más fe tenía era en su hermana Blanca, que desde su casa contribuía a mantener viva la llama del chalé de San Isidro entre las señoras de alcurnia. Blanca, más menuda que María, divertida y con la misma clase que su hermana, no sólo mantenía la relación con la infanta Cristina, ahora en Italia tras su boda con uno de los magnates de la familia Cinzano, sino que además era muy amiga de señoras como la mismísima Victoria Eugenia Fernández de Córdoba y Fernández de Henestrosa, la duquesa de Medinaceli, casada con Rafael de Medina y Vilallonga, destacado personaje de la retaguardia durante la guerra que había estado al frente de grupos de falangistas que hacían justicia por su mano en los tiempos duros, cuando las tropas avanzaban por Andalucía. Rafael de Medina, alcalde de Sevilla, aunque con tan sólo una gota de toda la sangre azul que tenía su esposa, era un hombre de futuro.

Blanca Topete era íntima de la duquesa de Medinaceli y a menudo iba a verla a la Casa de Pilatos, en Sevilla, donde la noble dama iba llenándose de hijos. A la duquesa Victoria Eugenia,

la decimoctava noble que heredaba el título ducal de Medinaceli, las hermanas Topete le caían muy bien. Admiraba el trabajo de María en las cárceles y, además, le encantaba tenerlas de invitadas, porque siempre daban un toque distinto. Con su formalidad, elegancia y discreción, Blanca, y a veces María, eran un lujo para ella. De alguna forma, trabajaban por la causa que con tanto ahínco había defendido su marido. Y ella estaba dispuesta a ayudarlas siempre que pudiera, ya fuera encargando ropa de bebé a manos de las mujeres presas o a las monjas del Sagrado Corazón. Además, las recomendaba al resto de damas aristócratas, madrileñas y andaluzas, que se daban de tortazos por frecuentar la Casa de Pilatos en la mágica Sevilla. Aceptaban encantadas la sugerencia de la duquesa de encargar el ajuar de los recién nacidos, de las comuniones y de las bodas a las modistas presas de las hermanas Topete. Poco a poco, María se iba labrando un mercado. Aquel invierno, no pudo viajar con su hermana a Sevilla, pero Blanca hizo de embajadora.

También poco a poco, Amando Tomé, el director de Prisiones y de Porlier, iba percatándose de que la Topete sabía dónde llamar para obtener lo que quería. Tenía agarraderas, aunque a veces sus exigencias le sacaban de quicio.

—Parece que esta mujer es la única que tiene problemas en su prisión. Como si yo no tuviera enfermos y no necesitara medicinas —despotricaba a menudo Tomé ante alguno de sus funcionarios.

Le irritaba profundamente la autoridad de aquella mujer, por más que le costara reconocerlo. Le ganaba por la mano con la propaganda de la maternal de San Isidro, que, desde que se había inaugurado, no hacía nada más que salir en los periódicos como prisión modelo para todo el mundo. Sólo él sabía bien que en aquel chalé, por detrás de las camitas pintadas y los dibujos de Pinocho y los números en las paredes, los tabiques eran de papel, la humedad del río resultaba atroz y que la Topete, por más que lo ocultaran todos, tenía serios problemas con las infecciones, las pulmonías y los niños que se morían como moscas, porque no había manera de calentar aquel edificio. Pero eso no pasaba a los papeles, que seguían publicando visitas de algún funcionario italiano o latinoamericano a la Carrera de San Isidro para copiar aquel modelo de cárcel maternal.

A Tomé, según murmuraba a sus íntimos, también los métodos de la Topete le resultaban muy discutibles. Que la directora de San Isidro la tuviera tomada con las rojas, vale. Cada día, él dejaba que los camiones sacaran de sus prisiones a decenas de hombres que iban a parar a las tapias del cementerio. Era la justicia imparable del Glorioso Alzamiento Nacional. Había que acabar con el mal del marxismo de raíz. Estaba de acuerdo con el régimen y con la Topete. Pero que los niños de las rojas y de las prostitutas o ladronas estuvieran en el patio en pleno invierno, en sus cunitas y moisés blancos, pero respirando el hielo del invierno madrileño en diciembre, enero, febrero, le resultaba un punto cruel. Aquellas criaturas no tenían defensas suficientes. ¡Y la mujer decía que eso era sano! ¡Qué así se curaban la tos ferina y los demás virus que estaban matando a las criaturas! Los niños eran niños, y había que reeducarlos lejos de sus padres comunistas, pero para eso estaba el Auxilio Social.

Estas y otras razones meditaba Amancio Tomé una tarde mientras se dirigía a la maternal. Tenía bemoles la cosa. Era él quien tenía que ir a ver a la Topete a su despacho —la señora se había instalado en la prisión y dormía con sus presas habitualmente, salvo algún fin de semana— porque se había negado a concederle un permiso para una recomendación suya. Ramón Masa

Pérez de Santos quería visitar a su sobrino en Navidad o en Reyes, igual que había ido a verlo en la fiesta de la Merced. Ilegítimo, sí, según la ley del Glorioso Alzamiento Nacional, pero su sobrino al fin y al cabo.

La Topete recibió a Tomé en su despacho. Faltaba un minuto para las cinco de la tarde y María esperaba que el hombre no la entretuviera mucho. A las seis tenía que rezar el ángelus y el rosario. Estaba sentada y sólo cuando Tomé franqueó el umbral de su pequeño despacho, precedido de la funcionaria de confianza, María se puso en pie. No salió de detrás de la mesa para estrecharle la mano. Se la tendió por encima y, tras un breve saludo, le señaló la modesta y austera silla de pino y espadaña que había al otro lado del escritorio de roble claro.

—Usted me dirá a qué debo el honor de su visita, Amancio.

—Da gusto entrar aquí. Parece que hay orden y limpieza por todos los sitios…

—Mi trabajo me cuesta. Ya sabe usted cómo son estas mujeres, y con tanto niño… Pero usted dirá.

—Sí, ya sé cómo son estas cosas, pero al menos creo que las mujeres son más limpias que los hombres. Si viera con lo que brego yo…

—Ya. Me lo imagino. ¿En qué puedo ayudarle?

A Amancio Tomé los aires de aquella mujer le sacaban de quicio. Para colmo, era bastante más alta que él, y eso se lo había hecho notar desde el otro lado de la mesa. Si había algo que no llevaba bien en su vida era que las mujeres le miraran desde arriba. Deseó que su color púrpura de ira quedara tapado por su barba. La Topete se dio cuenta. Ya sabía además para qué había ido el director a verla. Clavó su mirada en el hombre que, de acuerdo con el escalafón, era su jefe.

—María, me gustaría saber por qué ha rechazado usted mi petición de que Ramón Masa visite al niño Luis Masa Bartolomé y a su madre.

—Creí que lo habría adivinado usted. Me pide que cometa una ilegalidad.

—¿Cómo?

—Ese niño, que yo sepa, no se llama Masa Bartolomé, sino Bartolomé Morera, los apellidos de su madre, puesto que no está casada con Luis Masa por nuestra Santa Madre Iglesia católica y apostólica. Por tanto, ni es sobrino de su amigo Ramón ni la madre es su cuñada, como usted me decía en el trámite.

—Usted y yo, María, sabemos que eso no es exactamente así. Y Ramón Masa no es mi amigo, sino amigo de personas muy influyentes y alguna muy querida para mí.

—¿Ah, no? No me puedo creer que usted me pida que cometa una ilegalidad. Además, la madre deja mucho que desear en cuanto a conducta se refiere. Lo lamento, pero no puedo ayudarle. Estoy segura de que usted me ha pedido que acceda sin conocer bien la información que acabo de darle. No puede querer usted que ambos tengamos problemas con la normativa.

Tomé no se lo podía creer. Hasta ese momento, había tratado a la Topete en actos públicos, llenos de ceremonia y siempre con la directora de Ventas como persona interpuesta. En su momento, ya le había sorprendido mucho cómo le habían llegado las órdenes desde arriba para que María Vera fuera una directora meramente decorativa y su tocaya organizara la prisión. Pero ahora, aquella mujer le estaba amenazando con el reglamento y los problemas.

Durante unos segundos, los dos se sostuvieron la mirada. Tomé sopesó mentalmente las posibilidades de fulminarla, pero recordó también que a Ramón Masa no le conocía más que de un par de veces. Y si los poderosos de Gobernación que le habían pedido el favor insistían, pues

que se dirigieran directamente a la Topete. Soltó una carcajada que distendió la tensa atmósfera de la entrevista.

—¡Por Dios, María! Los dos conocemos muy bien las reglas. Desde luego, me basta su palabra, si usted dice que la madre no se lo merece. Respeto su opinión, por supuesto. En fin, de todas formas, gracias por advertirme.

—No hay de qué. Ya sabía yo que usted es un hombre de principios. Estamos al inicio de la gran cruzada, Amancio, y no podemos doblegarnos ahora por sentimentalismos. Tenemos mucho que hacer para erradicar el veneno del marxismo en estas criaturas. Los niños, pese a las tendencias de sus padres, también son hijos de Dios.

—Desde luego, desde luego. ¡Qué me va a decir usted a mí, que veo todos los días cómo son y han sido los que desviaron a nuestra España de su recto camino!

Tomé se puso en pie mientras recapacitaba las palabras que decía, midiendo no cometer ningún desliz. Aquella mujer era un peligro, entre otras cosas, porque su red de contactos femeninos llegaba hasta la esposa de Franco. Eso lo tenía claro el director de Prisiones, por más discreción que practicara María Topete. Recordó también que, además de todas las damas de la buena aristocracia, la Topete era íntima amiga de Amelia Azarola, la puericultura viuda del héroe Ruiz de Alda, que tenía acceso directo a todos los estamentos del Estado, incluidos los máximos despachos militares. Pero él había tratado algo más a la Azarola. Topete era pedernal al lado de la viuda del piloto y gran héroe falangista.

Según dejaba el despacho —esta vez la directora le acompañó hasta la puerta, pero no a la salida de la cárcel—, Tomé se percató de que no le había ofrecido ni un vaso de agua.

Una vez el director hubo salido de su despacho, María soltó un suspiro, y una sonrisa de satisfacción malévola cubrió su rostro.

«Dios mío, perdóname por ser tan orgullosa. Te ruego, Señor, por el Sagrado Corazón de Jesús, que disculpes mi vanidad, pero bien sabes tú que lo hago por nuestra causa. Estos hombres son débiles de sentimientos cuando se trata de una muchacha joven. ¿Qué tendrá esa estirada chica de pueblo para haber fascinado a los dos hermanos? Está muy claro. Lo vi con mis propios ojos el día de la Merced. La tonta de Elvira no sabe que sus dos hijos están enamorados de la misma mujer, una pazguata flaca y soberbia que sólo tiene un rostro moreno y gracioso…

»¿Y tú, María? ¿Qué sientes tú para ocuparte tanto de una vulgar presa, de la que ya sabes que ni siquiera es comunista? Sí, voz de mi conciencia, Sagrado Corazón de Jesús, ella es más peligrosa que las rojas declaradas. Mira lo que ha hecho con esos chicos… Bueno, ya sé que Luis Masa era comunista antes de que trajera a la chica a Madrid. Lo he visto en su ficha, pero… Esa joven tiene aura, los enamora, babean por ella. Es asqueroso. Repugnante. Tiene todo bien puesto, la cara, las piernas, los pechos… Sí, la vi cuando le estaba dando de mamar a su hijo. Ni siquiera entonces perdió el gesto de orgullo. ¡Y cómo se atreve a mirarme a mí a los ojos! No puedo consentir que nadie me desafíe de esa manera. No, el tal Ramón no vendrá a verla. No puedo impedir que le mande paquetes. Los dejo pasar por el niño, pero también debo ayudar a Elvira. ¡Qué madre tan desastrosa! ¿Qué principios les habrá inculcado para que los dos se pierdan por la misma zorrita? Sí, Elvira dijo que era eso, una lagartona, una zorrita. Perdóname, Señor, pero lo hago por el bien de nuestra Patria y de nuestra Iglesia. Tengo que llamar a Elvira. No, mejor que me llame ella.

La llamada al ángelus de las seis de la tarde interrumpió sus reflexiones. Se santiguó y salió presurosa hacia la pequeña capilla.

Terminado el breve rezo, María buscó con la mirada entre las presas a Jimena durante el rosario. Allí estaba, entre las otras mujeres. Era algo más alta que las demás y el pelo, cortado a lo chico antes, lo tenía ya con sus rizos morenos como caracoles. «No necesita bigudíes», pensó instintivamente la Topete. Sabía que no rezaba, aunque se decía católica. Eso le había contado Angelita, la madre de su niña Pepi, que ahora estaba otra vez en libertad. «Será por poco tiempo. Le toca dar a luz pronto, así que la tendré otra vez aquí enseguida», pensó con cierto desprecio. A María, su niña Pepi siempre le daba lástima. ¿Qué había hecho una criatura tan encantadora para merecer una madre así? Acostarse con un señorito que no era de su clase. Todas eran iguales, aunque algunas más listas que otras. Mientras, ella había perdido al amor de su vida por una sencilla dote. Agitó rápidamente la cabeza. Hacía tiempo que no se le escapaban así las elucubraciones y sintió tanto miedo como resentimiento.

El día que Ramón leyó en el periódico «que la hija del Caudillo, Carmencita Franco, ha visitado en Madrid una exposición de juguetes, siendo obsequiada con una muñequita y con un gato vestido de mosquetero», habían pasado sólo cuarenta y ocho horas desde que recibiera la llamada de su amigo diciéndole lo mucho que Amancio Tomé lamentaba que no pudiera haber ido a visitar a su sobrino por Reyes. El mundo se le cayó encima. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible tanta injusticia absurda? La noticia iba acompañada por el avance de las tropas de Hitler por una Europa que se rendía a los pies del nazismo ante la impasibilidad de la Rusia roja. ¡A él todo le resultaba tan ajeno!

Sólo los ojos verdes de su sobrino y la tristeza oscura de los de Jimena tenían hueco en su cerebro. Les había enviado paquetes de comida por Navidad y una felicitación, una vez que comprobó que el permiso no iba a llegar para Pascuas. Pero se había guardado los juguetes para el niño, con la esperanza de poder entregárselos en Reyes. No había podido ser.

Con su madre ya no se hablaba más que lo imprescindible. Ahora que, desde la orden de noviembre, el Madrid nocturno había pasado a mejor vida —«los espectáculos públicos terminarán a las doce en punto de la noche o antes; los cafés, bares y demás cerrarán, lo más tardar, a la una, lo mismo que los festejos al aire libre»— porque el hábito de trasnochar en la capital, impuesto por los ociosos, afectaba las buenas y católicas costumbres, se veía obligado a llegar a casa más temprano de lo que él deseaba. Y a veces se encontraba con su madre, que simulaba leer una novela de Pedro Mata —*Las amazonas*— en la raída *chaise longue* del salón, al lado de la chimenea donde reposaba el retrato de él y de su hermano. En aquella foto, Ramón ya sólo veía el rostro de su sobrino.

Su madre le esperaba todas las noches, pero Ramón, tras musitar un seco saludo, sin preguntarle siquiera cómo estaba, escapaba como un ladrón hacia su cuarto para no descargar en ella la ira que acumulaba su cuerpo. A veces pensaba en alquilar otra vez un piso de soltero, pero entonces tendría que prescindir de la pobre Vicenta, que era lo único que le quedaba. Su abuela había muerto en otoño. Ramón asistió a toda la parafernalia de las exequias como si la cosa no fuera con él.

Doña Elvira estaba asombrada de la actitud de su hijo pequeño, pero lo dejaba correr. La alarma sólo cundió cuando descubrió en su habitación los paquetes para enviar a la prisión. Tuvo

una gran bronca con Vicenta, a la que no echó a la calle después de décadas a su servicio por miedo a su hijo.

Para Jimena no fue una sorpresa que a Ramón le negaran el permiso de visitas. Intuía, aunque no podía confirmarlo, que la Topete tenía mucho que ver en ello. Para entonces, su alma cuarteada y endurecida tenía otras preocupaciones. En la cárcel, la epidemia de tos ferina era terrible. Le obsesionaba su hijo, por eso se atrevió a pedirle a Ramón medicamentos a través de Angelita, quien, tal y como había previsto la directora, había vuelto a prisión a mitad de Navidad. Le faltaba un mes escaso para dar a luz y, tras montar un escándalo, la detuvieron borracha, metiendo mano en el bolso de alguien en el puesto de loterías de Doña Manolita, en la Puerta del Sol.

Angelita entró en San Isidro como si fuera su casa. Pasó a ver a su niña Pepi en la hora de contacto y volvió a la cocina. Por la tarde había tenido tiempo de comunicarse con Jimena —no se hablaba con las otras presas políticas, que seguían mirándola por encima— y darle las gracias porque su hija, más mayorcita, y Luisito jugaban siempre juntos. Jimena le daba de vez en cuando un vasito de leche condensada sin que las guardianas se dieran por enteradas. La muchacha sabía por la propia Pepi, que hablaba muy bien con sus tres años largos, que la señorita Topete le daba caramelos a escondidas de los demás niños. «La señorita Topete es mi mamá», oyó un día que la niña le decía a su hijo. Se quedó de piedra. ¿Cómo podía Angelita soportar que su hija quisiera más a la directora que a ella?

Jimena tenía encogido el corazón por su hijo, por los demás niños de la cárcel y por su amiga Petra. Había dado a luz con la ayuda de Trini, pero en una enfermería atestada de niños con tos ferina. No habían tenido otro remedio que meterla en la misma cama en la que otra presa había tenido a su niña, que murió de la infección.

Aunque Trini logró, con sus tretas habituales, mantener a Petra en la enfermería más tiempo del que le correspondía para que pudiera dar de mamar durante más horas a su hija, no pudieron evitar que siguiera débil y enferma. Y la criatura, al poco de nacer, agarró la tos ferina y unas fiebres muy altas. Los cuatro kilos con los que había nacido los perdía gramo a gramo por semanas. El día que la Topete ordenó separar a Petra de su hija —«la está poniendo más enferma, la niña necesita estar con los demás niños y evitar contagios de la madre»—, la mujer organizó tal escandalera que el chalé enteró retumbó con sus alaridos, mientras, una vez más, recordaba Jimena acogotada, las mandamases habían arrancado a la recién nacida de los brazos de su madre.

Petra, como ella misma y como las demás, no dio de mamar a su hija nada más que una hora al día. Se le agrietaron los pechos, le dolían profundamente las llagas, y era una tortura incluso dar de comer a la niña durante esa hora. A Jimena, el calvario de Petra se le hacía angustioso, lo mismo que a Trini. Cuando la comadrona le confirmó que la criatura tenía tos ferina, Jimena volvió a llorar como no lo había hecho desde que la separaron de su hijo los primeros días.

—No hay derecho, Trini. Tendríamos que hacer algo contra esta bruja. ¿La niña se va a morir?

—Me temo que sí. Petra cree que sólo tose por el día, pero la otra noche, que me tocó guardia, vi que la pobrecita no hacía más que toser y toser. Ha dejado de perder peso, pero tiene semanas. No sé cuánto va a durar.

—¿Y qué dice el médico?

—Ya sabes que no puede venir todos los días. En Ventas también están a tope. Está tan desbordado que hace como que no se entera. Dice que no está claro que sea tos ferina. Que es un constipado por la gran humedad y el puto frío que pasamos en este asqueroso lugar.

—Pero la enfermería de niños tiene algo de calefacción.

—¡Qué te lo has creído! Nos tienen prohibido decir que nos estamos quedando sin carbón. Desde hace unos días sólo se usa para guisar.

—Dios mío, mi hijo…

—No seas egoísta. Tu hijo va para dos años y es fuerte como un roble. Eres una privilegiada dentro de tanta desgracia. La Topete ha ordenado que a unos cuantos niños, entre ellos a Pepita y a tu hijo, se les pongan más mantas, y les acuestan con los jerséis de lana encima del pijama. Por la razón que sea, quiere más a unos niños que a otros.

—¿Sabes lo que me ha contado Angelita? Que la Topete le ha pedido que le deje entregar a Pepita en donación a una familia estupenda, de alcurnia, que ella conoce mucho.

—Pero esta mujer…

—Baja la voz, vamos a llamar la atención. Falta una hora escasa para las once y el recuento.

—Es que he visto cómo trata de convencer a otras madres recién paridas para que le firmen los papeles. Con las nuestras no se atreve tanto, porque estamos ahí, pero a las putas…

—Prostitutas, Trini…

—Vete al carajo. A las piculinas y a las mecheras les pide que entreguen a los niños al Auxilio Social. O les dice que ella, a través de sus amistades, los puede enviar a colegios de monjas o seminarios. E incluso cuando el niño es mono, les dice que pueden dárselo a alguna familia muy cristiana. Yo la he oído. Se cree que estoy sólo poniendo cataplasmas o inyecciones, pero escucho su voz y te aseguro que es mucho más persuasiva y cariñosa que la que nosotras conocemos. Quiere convertir en monjas y curas, o en soldados, a todos los niños de este país. Es una amargada. Claro, como ésta no debe de saber lo que es un hombre…

Jimena callaba escuchando a su amiga. Por un momento, recordó que Trini sí que sabía lo que era un hombre. En una noche triste, de debilidad, cuando habían sacado a dos mujeres recién paridas para fusilarlas, la comadrona se vino abajo. Unas semanas antes, las había asistido en el parto. Eran dos chicas comunistas y a una la conocía de sus tiempos en el hospital de sangre. Aquella chica había trabajado con ella y con el médico del que Trini estaría enamorada toda la vida. Un hombre que llevaba clavado en el corazón, pero que no había movido un dedo por ella desde que ingresó en la cárcel, con su madre y su abuela. Ni cuando las tres estuvieron encerradas, ni cuando la madre y la abuela fueron puestas en libertad por falta de cargos desde el penal de Amorebieta. El médico sabía dónde estaba su casa, la portería de su abuela. Y no había pasado por allí. Trini le disculpaba pensando que quizá había ido, pero como ya las habían echado de la portería a las dos, no las pudo encontrar. Así se engañaba a sí misma.

Esa noche, mientras escuchaba a Trini, Jimena sintió la necesidad de engañarse y pensar que su hijo estaba a salvo y que tenían que hacer algo por Petra y su niña. Tras el recuento, se durmió oyendo el soplo del viento en la ventana de aquel dormitorio helado y atestado, listar junto a la ventana era un privilegio en verano y un castigo en pleno invierno madrileño. El aire entraba helador, cortando el rostro de las presas como un cuchillo, mientras la ventisca, que no llegaba a ser nieve, agitaba las hojas de madera y el granizo golpeaba el cristal. Jimena se durmió pensando que aquel cuchillo helado que le cruzaba la cara era el aliento congelado de la loba

parda que enseñaba sus colmillos a la perra trujillana. Los ojos de la loba eran azules y los de la perra, negros, como los de ella, que guardaba el rebaño en el que estaban Luisito, Pepi, la niña de Petra… Se oyó a sí misma, en sueños, repetir verso a verso la historia, pero brotaba de su garganta con la voz de Lorenzo, su padre.

Estando yo en la mi choza pintando la mi cayada, las cabrillas altas iban y la luna rebajada; mal barruntan las ovejas, no paran en la majada. Vi de venir siete lobos por una oscura cañada. Venían echando suertes cuál entrará a la majada; le tocó a una loba vieja, patituerta, cana y parda, que tenía los colmillos como punta de navaja. Dio tres vueltas al redil y no pudo sacar nada; a la otra vuelta que dio, sacó la borrega blanca, hija de la oveja churra, nieta de la orejisana, la que tenían mis amos para el domingo de Pascua.

—¡Aquí, mis siete cachorros, aquí, perra trujillana, aquí, perro el de los hierros, a correr la loba pardal! Si me cobráis la borrega, cenaréis leche y hogaza; y si no me la cobráis, cenaréis de mi cayada. Los perros tras de la loba las uñas se esmigajaban; siete leguas la corrieron por unas sierras muy agrias. Al subir a un cotarrito la loba ya va cansada:

—Tomad, perros, la borrega, sana y buena como estaba. —No queremos la borrega de tu boca alobadada, que queremos tu pelleja *pa'* el pastor una zamarra; el rabo para correas, para atacarse las bragas; de la cabeza un zurrón, para meter las cucharas; las tripas para vihuelas para que bailen las damas.

A mitad de la noche la despertaron sus propios sollozos. La almohada estaba empapada. Volvió a reposar la cabeza tras mirar por la ventana. El viento ya no soplaba. Ahora nevaba. Con las tripas de la loba parda, ella, Jimena Bartolomé Morera, se haría una vihuela que tocaría su padre y ella bailaría con sus dos Luises bajo el olmo centenario de Rascafría. Los copos, al contraluz de la farola exterior, eran ya como trapos.

13

Petra estaba como loca. La niña había soportado las semanas de primavera malamente, engordando muy poquito, pero no había manera de quitarle aquella tos. Detrás de cada crisis, vomitaba. A veces, parecía que su pecho se iba a parar tras el enorme esfuerzo. Se podía pasar dos y tres horas tosiendo.

Llevaba dos días con fiebre alta, aunque no le dejaban ver el termómetro. El médico insistía en que era un constipado o, como mucho, una bronquitis crónica, y que el aire del patio le limpiaría los pulmones. Pero aquel día, al ver a su hija en el cuco desde la ventana del taller pequeño, a Petra Cuevas no hubo fuerza humana que le echara mano. Cada una de las funcionarias que intentó atraparla se quedó con un jirón de su bata en los dedos, tal era la desesperación con que la madre corría hacia el patio. Tan flaquita y menuda, parecía una exhalación. Arañaba a todo aquel que intentara sujetarla.

En medio de las voces y del griterío para que se parase, Petra llegó hasta el cuco de su niña, que estaba en el centro del patio.

Era un día de nubes y claros y el río Manzanares, en plena primavera, bajaba a rebosar. El relente del agua era helador para la fragilidad de aquellas criaturas que permanecían en sus cunitas, sin hacer ejercicio. Lo contrario que otros niños, como Luis y Pepi, que jugaban al corro con alguna guardiana, bajo la mirada complacida de María Topete. Pronto harían otro gran reportaje fotográfico de aquel hermoso lugar, «por fuera, porque, por dentro, nadie más que yo sabe las vidas y las lágrimas que nos hemos dejado», pensaba la Topete mientras miraba complacida las largas y hermosas trenzas de Pepi, de las que de vez en cuando se agarraba Luisito.

La paz de la directora quedó truncada por los gritos que procedían del patio de abajo. Se asomó a la ventana y el espectáculo la dejó asombrada. Allí estaba Petra, con la niña enferma en sus brazos, su hija, que lloraba y tosía a la vez. La Topete había dejado de preocuparse por ella, porque la niña había superado ya dos o tres crisis. En marzo, con las lluvias, creyó que se les iba. Por mucho que el doctor dijera que no era tos ferina, ella sabía en su fuero interno que sí lo era. Pero no podía reconocer que en la prisión se había desencadenado una epidemia. Todo su proyecto se vendría abajo. Volvería a depender de Ventas. Su cárcel era una prisión modelo.

Tres guardianas y una enfermera eran incapaces de atrapar a Petra, que corría en círculos por el jardín porque no había podido entrar en el edificio. Alguien, hábilmente, había cerrado la puerta a tiempo y ahora empujaban la trasera.

Desde la azotea, la Topete lanzó un vozarrón desconocido para todas.

—¡Petra Cuevas, haga usted el favor de pararse inmediatamente! ¿Me oye? Llamaré a los guardias de la entrada. No me obligue a dar orden de que saquen las porras o las armas.

Por toda respuesta, Petra lanzó un exabrupto y siguió corriendo por el patio, dando vueltas al edificio como una loca con la niña gritando en sus brazos. De repente, la puerta principal se abrió

y Jimena cogió a su amiga y a su bebé entre sus brazos y las metió dentro. En el pasillo, Trini forcejeaba con otra guardiana, con su alto y menudo cuerpo puesto delante, para que no se arrimara a Petra.

—No te metas en esto o te juro que te matamos —le dijo Trini con voz sorda a la funcionaria.

Otras presas, entre ellas Angelita y sus compañeras de la cocina, rodeaban ya a tres enfermeras que bajaban de la sala de los niños. Petra se cobijaba en los brazos de Jimena y Emilia, que trataban de tranquilizarla.

—Emilia, sujétala. Petra, dame a la niña. Ahí quieta, Carmen. Te juro que hoy os matamos si no nos dejáis llevar a esta niña a la enfermería —espetó Jimena a la funcionaria que forcejeaba con Trini y las otras mujeres.

La puerta de la escalera estaba detrás de Jimena. En cuanto oyó el crujido de los goznes y un silencio mortal se extendió por el pasillo, supo que tenía a la Topete a sus espaldas.

—Jimena Bartolomé, entrégueme a esa niña ahora mismo.

Jimena no se volvió.

—Se la entregaré cuando estemos en la enfermería. Está muy malita y no puede quedarse en el patio.

—Le he dado una orden. Esa niña sólo está constipada y el aire frío le limpiará los pulmones.

—No. La matará. Está muy débil.

—¡He dicho que me entregue a la niña o llamo a los guardias de la puerta!

—Llame usted a quien quiera. Si monta un escándalo, le aseguro que saldremos en los papeles y el cuento de la casita de chocolate se le vendrá abajo. Usted no podrá seguir ocultando cómo mueren aquí los niños ni cómo enfermamos las madres.

Una bomba no hubiera causado mayor efecto en María Topete y las presas, conscientes de lo que su compañera acababa de soltar.

—¡Impresentable! ¡Insolente! Esto lo pagarán todas. Pero usted se va a…

La tensión de aquel pasillo, abarrotado de mujeres, mitad presas mitad carceleras, todas expectantes, hizo que se olvidaran de Petra Cuevas. Cuando la Topete se dirigía hacia la puerta para avisar a los guardias de la entrada, un alarido de rabia, de odio, atravesó los oídos de todas y Petra se abalanzó sobre la Topete con tal fuerza que le dio un empellón con la cabeza entre el pecho y el estómago, lanzándola contra la pared, al mismo tiempo que le mordía en un brazo.

María Topete no gritó al sentir los dientes clavados por encima de su muñeca. Le estaba desgarrando la piel. Intentó tirar del pelo a Petra con su mano libre, pero la muchacha estaba agarrada a su presa como una perra perdiguera a la liebre que aún se agita caliente en su boca.

Las guardianas y las enfermeras fueron más rápidas que las presas. Un grupo se lanzó hacia Petra, mientras otras dos arrancaban a la niña de los brazos de Jimena. En ese momento, la criatura rompió el silencio sepulcral lanzando un enorme berrido, seguido de un acceso de tos.

Petra, atrapada entre tres guardias que tenían sus porras en las manos y la sujetaban contra la pared, lloraba con desesperación mientras Jimena no apartaba sus ojos de la Topete y Trini ordenaba a una funcionaria un seco «no me toques».

—Ustedes dos, suban a esa niña a enfermería. Arrópenla bien y pónganle el termómetro —dijo la Topete.

—Por favor, llame al médico —gimió Petra, rogando por primera vez en su vida a una funcionaria de Franco.

—Hoy no es el día que le corresponde. Tiene otros muchos casos en Ventas. La niña mejorará esta noche con los medicamentos. En cuanto a ustedes, llévenselas a la celda de castigo del patio. Incomunicadas. A la comadrona no. Estamos a punto de tener dos partos entre hoy y mañana. A esas dos.

—¡Quiero ir con mis compañeras! —clamó Trini.

La Topete sonrió levemente mientras se envolvía la muñeca, aún sangrando, con una venda blanca empapada en alcohol que otra carcelera se había apresurado a traerle.

—No se preocupe, ya habrá tiempo para todo.

No hubo mangueras de agua fría, pero las tuvo siete días encerradas a pan y agua. La Topete consideraba que el alma podía purificarse en ese tiempo, el mismo que Dios había tardado en crear el mundo. Y el agua y el pan negro —no había otro ni en la prisión ni en la capital, salvo en las mansiones de los poderosos— eran mucho más que lo que los viejos y primitivos cristianos habían tenido entre sus manos en las catacumbas, o en sus jaulas, antes de ser entregados a las fieras en el circo romano.

Gracias a esa caridad cristiana, no les arrojaría a las fieras. Ni siquiera al Manzanares. Es más, sacó a Petra de la celda de castigo unas horas para que le diera tiempo a despedirse de su hijita, que agonizaba en brazos de Trini.

Cuando Trini la vio entrar en la enfermería de los niños, se dirigió a su amiga a toda velocidad. Le puso a la niña en brazos.

—Rápido, no hay tiempo para contemplaciones. Milagrosamente, está aquí el médico. La Topete le ha hecho venir porque uno de los niños que son sus ahijados está enfermo. Plántate en el cuarto que hay entre la enfermería y su despacho y entra con la niña. ¡Corre, que la ausculte! ¡Está muy malita!

Petra no preguntó. Cogió aquel envoltorio que era su hijita, exangüe, inconsciente, y se lanzó pasillo adelante. La enfermera que salía del consultorio no la dejó pasar.

—Está con otros niños. Se lo va a contagiar…

—Por favor, por favor…

Petra se iba dejando caer lentamente en el suelo, con la criatura en sus brazos. La enfermera se agachó para destapar la carita de la niña y le retiró la toquilla.

—Está muerta, Petra.

Jimena salió al día siguiente de la celda de aislamiento para llegar a tiempo de contemplar cómo su amiga no dejaba que ningún médico ni ningún sacerdote entrar a ver a su hija. Petra ya no gritaba. Sólo era un guiñapo al pie de la pequeña cajita, con la niña muerta. Movía la cabeza de un lado a otro, totalmente ida. Ni siquiera levantó la cabeza cuando sintió la flaca figura de su amiga a su lado. No hubo palabras. Jimena la abrazó mientras a sus espaldas Trini se enjugaba los ojos con rabia.

La Topete tuvo a Petra dando tumbos por los pasillos de San Isidro, fregando suelos y limpiando letrinas, mientras escuchaba los llantos y las toses de otras criaturas. Era una tortura superior a todo lo que se podía prever. A veces, la madre sin hija ya no soportaba más los lloros de los niños y tiraba el cubo de cinc y la bayeta en mitad del pasillo y se iba a aporrear la puerta de la enfermería. A gritos, trataba de advertir a las otras madres de que les estaban matando a sus hijos.

—¿Por qué no la devuelve a Ventas? Esto es un horror para ella —comentó una noche Jimena a Trini, cuando ésta se escapó para visitarla.

—No puede mandarla así a Ventas. Se enterarían de lo que ha pasado aquí. Allí, el partido está más organizado. Ella lo sabe. Está esperando a que se calme. Pero tengo que hablar con ella. Sospecho que tiene pensado enviarla a un centro para locas que es un horror. La he oído preguntar al médico.

—¡Dios mío…!

Jimena se tapó la cara. Ya no podía más. Por un momento se le cruzó por la cabeza que a ella también la Topete la iba a enviar al manicomio. Ella misma se estaba volviendo loca del todo. Por si la celda de castigo no había sido suficiente, el primer día que pudo ver a su hijo durante la hora permitida, el niño se echó atrás cuando le abrazó. Se puso rígido. Sólo cuando comenzó a susurrarle al oído el romance de «El conde Sol», Luisito comenzó a relajarse, a terminar alguna de las estrofas con su lengua de trapo.

Pasó el resto de la hora dibujándole en el patio una loba y hablándole de lo parda y vieja que era, que se quería comer a las ovejitas. Y cayó en la cuenta de que su hijo nunca había visto de cerca un perro, ni una oveja, ni un simple pájaro. Tuvo que hacer un descomunal esfuerzo para ahogar el sollozo y mantener la sonrisa, que se convirtió en mueca cuando la Topete entró en la terraza y el niño lanzó sus bracitos hacia ella, llamándola.

—*¡Sita, sita!*

Su hijo quería dejarla para irse con la Topete, que ya tenía en brazos a Pepi, y buscaba en sus bolsillos, disimuladamente, el caramelo que la niña quería quitarle del puño cerrado.

Jimena forcejeó con su hijo ante la mirada de la directora. Observando con qué deleite Pepi se llevaba una violeta morada a la boca, abrió el círculo de sus brazos para que Luisito fuera a engancharse a las piernas de su enemiga. Rodeada por otros niños, en un rincón de la azotea, la Topete les repartía los «*melos*». En aquella corta carrera de su hijo hacia la carcelera, Jimena se dejó muchos pedazos de su alma cuarteada, y una oleada de miedo le recorrió el cuerpo. Aquello sí que no iba a poder superarlo.

CUARTA PARTE

1

A doña Elvira Pérez de Santos el puerto de Despeñaperros le daba terror. El par de veces que lo había recorrido había sido en compañía de su difunto marido, cuando estaban recién casados y él se había empeñado en visitar a unos parientes que vivían en Sevilla.

Doña Elvira era entonces más menuda y tenía las posaderas en su sitio, no como ahora, que pugnaban por fundirse con las caderas para redondear todo su volumen y dejarla sin cintura. Un tonelete al que era difícil adivinar las piernas, aunque nunca fueron excesivamente largas. Cuando viajaba con su marido, aún podía lucir los tobillos, porque, aunque cortos, estaban bien formados. En aquellos tiempos, en las curvas de Despeñaperros se aferraba al brazo de su esposo en los desfiladeros más profundos, mientras éste, con cierto regocijo ante el miedo de su mujer, trataba de explicarle por dónde pasaban, enormes barrancos de piedra que a ella le aterraban, segura como estaba de que el autobús o el tren podían despeñarse en cualquier momento.

Había pasado más de un cuarto de siglo desde aquellos tiempos y ¡cómo habían cambiado las cosas! No sólo sus posaderas se desparramaban por el asiento trasero del coche, dejando menos sitio para los bolsos, las sales, la chaqueta y demás parafernalia. Es que, además, su marido le había hecho la faena de morirse antes de la guerra y la había dejado con dos hijos adolescentes, a los que él había maleducado con las historias de la Institución, de que lo importante era razonar, estudiar, saber, más que perder el tiempo en rezar al Señor crucificado, que ya escogerían ellos después, decía don Luis.

Embutida en su vestido azul marino de crepé, con cuello y puños, rematado en lunares azules y blancos y peinado «¡Arriba España!» que ya empezaba a decaer, doña Elvira se aferraba al asidero de la puerta del coche en cada curva mientras meneaba la cabeza e intentaba aguantar las náuseas, aunque ya no tenía nada en el estómago para echar fuera. Había hecho parar al chófer tres veces. Los pañuelos blancos de fina batista iban en el fondo del bolso de paja con asas de esparto, porque le había dado reparo meterlos en la gran maleta, donde llevaba sus mejores galas. Ya sólo le quedaba el moquero que tenía en la mano y que continuamente mojaba en las sales. Después le echaba unas gotas de Joya de Myrurgia, para llevárselas a la nariz, y metía el pañuelo entre los pliegues de su grueso cuello.

Permanecía sorda a la voz del chófer, Braulio, que, primero sugerente y luego quejumbrosa, le pedía que abriera un poco las ventanas, para dejar entrar el aire y el olor de la retama. Pero doña Elvira estaba segura de que la ventanilla la succionaría y la despeñaría por un barranco, tal era su pánico.

Hacer el equipaje había sido muy complicado, porque no sabía qué tiempo iba a hacer en Sevilla aquella Semana Santa. Mientras que en la capital era obvio que a las procesiones había que ir con buenos abrigos, ignoraba qué debía ponerse en la capital hispalense. Aunque había puesto una conferencia a los viejos parientes de su marido para preguntarles por el tiempo, éstos no supieron sacarla del atolladero. En las procesiones, la mayoría de las veces llovía, pero ese

tercer año de la victoria podía ocurrir el milagro y quizá el Cristo o la Macarena acabaran el recorrido sin contratiempos, gracias a los nuevos tiempos, a las rogativas del obispo y al Caudillo, que tenía mano hasta en el cielo de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

A la viuda algo le chirrió por teléfono en el tono del tío segundo de su marido, un hombre que ella recordaba siempre de buen humor y bastante correoso que se entendía con Luis de maravilla. Habían compartido la pasión por la lectura y hacían bromas que sólo ellos dos comprendían.

Para doña Elvira, aquel viaje era tan apasionante como inquietante. Hacía muchos meses que María Topete debía haberla recibido. Tenían que hablar de la supuesta mujer de su desaparecido hijo y del niño, al que doña Elvira cada vez tenía más temor. Y todo por culpa de su hijo Ramón. No le entendía. A medida que pasaba el tiempo —ya iba para tres años— y no llegaban noticias de Luis, su hijo pequeño se había puesto más cerril en su empeño de sacar a su falsa nuera de la cárcel.

Doña Elvira había tenido que recurrir a las influencias que tenía su buena familia de zapateros ricos del barrio de Salamanca y a sus viejas amistades entre los párrocos para ir cerrando todas las puertas que Ramón iba abriendo para intentar liberar a la tal Jimena.

Ramón incluso se había atrevido a molestar a su hermano el falangista, el prócer de los Pérez de Santos, después de lo que a ella le había costado rehacer la relación con él. Rafael Pérez de Santos, camisa vieja, de los que aún se ponían el traje impecable y todos los correajes en cada acto —y había muchos—, que había conocido a Onésimo Redondo y a José Antonio, nunca aprobó del todo la boda de su hermana favorita con el profesor de Ciencias. En ese asunto, sólo su padre la había defendido.

Mientras intentaba no mirar por la ventanilla hacia los barrancos del puerto, metió la mano en el bolso, en busca de su último pañuelo. Sus dedos rozaron un papel. Doña Elvira sacó un recorte de prensa que había guardado apresuradamente la tarde anterior, al reparar en unas fotos del *ABC*. En ellas salía una antigua amiga suya, Matilde Reig, acompañando al hombre más poderoso de España, Juan March, el banquero.

Recordó los primeros veranos sin su marido, antes de la guerra, cuando había alternado las vacaciones en Cercedilla con largas semanas de descanso en Burriana, en la casa de sus abuelos. Era humilde, cosa que a ella siempre le había avergonzado, como le avergonzaban también sus amistades de la infancia, especialmente su amiga de tantas y tantas temporadas, Matilde. Y allí estaba, detrás del banquero, en una foto que les mostraba recién aterrizados de Lisboa. ¡Qué bien vestida iba! Claro, como era alta y encima tenía un cierto aire interesante, con tantos papeles en la mano… Para disimular. A buenas horas, cuando ya todo Madrid sabía que era la amante de March, aunque hacía de secretaria.

Doña Elvira se ruborizó como si sus conocidos la estuvieran observando y acabaran de descubrir que conocía a Matilde. El recorte del periódico seguía en su mano. Lo estaba apretando tanto que no se dio cuenta de que sus dedos se mancharon de tinta.

Aquella chica tan guapa, que quería ser bailarina, había seguido frecuentando durante algún tiempo su casa castellonense, porque le encantaban sus dos hijos, su marido y su padre. Matilde no estaba casada y a Elvira ya no le daba pudor ponerle mala cara y hacerle desplantes cada vez

que se metía en casa y se ofrecía a llevar a Luis y a Ramón de paseo. Su marido y su padre le afeaban esa conducta. Elvira se defendía.

—¡Quiere ser corista! No es una buena influencia en esta casa.

—Pero, hija, es tu amiga desde que erais niñas. Su familia y yo hemos crecido juntos.

—Eres una mojigata —le decía Luis, que siempre apoyaba a su suegro.

En realidad, Elvira siempre había tenido celos de su amiga, de su planta, de su pelo, de su estatura. Sólo en la cara, graciosa, pizpireta y de nariz pequeña y ojos chispeantes, doña Elvira era más mona que su amiga Matilde.

La última vez que la había visto fue cuando se pasó a darle el pésame por la muerte de Luis. Parecía realmente afligida. Y lo que más la sorprendió fue el interés que mostró por sus dos hijos, que no protestaron en absoluto por su visita —no como hacían con sus amigas habituales — ni por tener que saludarla. Al contrario, intercambiaron direcciones y teléfonos. Ella estaba violentísima, porque todo Madrid susurraba sobre la chica de Burriana, Juan March y sus verdaderas funciones como secretaria.

March y Matilde habían pasado la guerra en Roma, y cuando la mujer regresó a Madrid, visitó a Elvira para saber cómo estaban sus hijos. Había temido que la guerra se los hubiera llevado por delante. ¡Ay, como habían cambiado las cosas! ¡Quién la había visto y quién la veía ahora! La avergonzada fue Elvira en esa ocasión, cuando tuvo que explicarle que Luis, el Luisín que ella había paseado al pie de las murallas de Burriana, era rojo. Se asombró, porque la revelación no produjo ni frío ni calor en su elegante visita.

¡Pero estaba desbarrando! ¿Por qué se acordaba ahora de aquella extraña amistad, perdida ya? No tardó mucho en responderse a sí misma: porque le daba mucha vergüenza que María Topete se enterase de que esa mujer y ella tenían algo en común. ¡Qué horror! Escondió el recorte en lo más profundo del bolso, no fuera a ser que mientras estaba con las Topete lo sacara sin querer al buscar cualquier otra cosa.

Otra náusea borró a su amiga de la infancia de la cabeza. ¡Estaba mareada, muy mareada! Las curvas de aquel maldito puerto y los recuerdos de los disgustos de sus hijos, e incluso de su padre y de su marido, le revolvían el cuerpo. ¿Por qué ninguno de esos cuatro hombres, los más importantes de su vida, la habían comprendido nunca? Hasta Ramón, el único que le quedaba y al que se sentía más cercana, no le daba más que disgustos. Pese a la escasa relación que sus hijos habían mantenido con el tío Rafael, el falangista —sin duda siempre influidos por los comentarios de su difunto padre—, Ramón había tenido el valor de presentarse en su casa para pedirle ayuda para Jimena y el niño.

La tarde en que sonó el teléfono de Don Ramón de la Cruz y su hermano Rafael preguntó por ella, Elvira tomó presurosa la baquelita de las manos de Vicenta. ¡Quizá quería invitarla a algo!

—Elvira, ¿eres tú?

—¡Ay, Rafael, querido hermano! ¡Qué alegría escucharte! ¿Estás bien? ¿Pasa algo?

—No, no. Estoy bien. Todos estamos bien. Mira, no tengo mucho tiempo, que tenemos que cerrar la tienda y he venido a repasar unas cuentas con Tomás, el contable. Estoy atrás, en el almacén. Tenemos que hablar deprisa; no quiero que entre y nos oiga.

—¿Qué pasa, Rafael?

—Esta mañana ha estado aquí tu hijo Ramón. Venía lleno de papeles, con una carpeta marrón de ésas de goma. Quiere que le pida al director de Prisiones, al general Máximo Cuervo,

la liberación de una chica, creo que de un pueblo, Rocafría o algo así, que dice que es la esposa de tu hijo el comunista.

—¡Ay, Dios mío, Rafael! ¡Qué desgracia la mía! Perdónale. Es tan osado como su hermano…

—Espero que no tan rojo e irresponsable…

—No, no, por Dios. No digas eso ni llames a mi hijo mayor rojo… Puede estar muerto. Y en cuanto a Ramón, jamás se ha metido en política.

—Mira, hermana, a mí también me cuesta asumir que tengo un sobrino comunista. ¿Te crees que no me han preguntado por él en los últimos años? ¡Una vergüenza! Parece que tu Ramón quiere meterse en líos, como el mayor. ¿Quién es esa chica?

—Son cosas de ellos, Rafael. Créeme. Luis siempre ha influido mucho en su hermano pequeño y cuando desapareció al acabar la guerra dejó una novieta embarazada, que es de Rascafría, un pueblo al que iba mucho mi difunto marido con sus estudiantes y nuestros hijos. Al monasterio de El Paular…

—¡Ah, sí! Recuerdo que un verano me enviaste una postal con un pastor y un montón de ovejas delante de una puerta monumental.

—Eso es, fue el único verano que yo fui allí. Me invitaron los viejos amigos de Luis de la Institución.

—Todos rojos.

—Ay, Rafael. Me lo harás pagar toda la vida. Yo no comparto nada de eso, pero era mi marido. Y de esto hace ya unos cuantos años. Antes de la guerra. Parece ser que allí se encaprichó Luis de esa chica, que se vino detrás de él a Madrid. Ya sabes, a pillar al señorito. El caso es que Ramón dice que se casaron durante la guerra.

—Pero seguro que era un matrimonio civil. ¿O se casó por la Iglesia antes de desaparecer?

—No, no… Pero Ramón se empeña en que tiene un sobrino. Esa chica está en la cárcel por roja y por ser de moral liviana. Yo misma la denuncié cuando Luis desapareció. Estaba en el piso de Pontejos, ya sabes, aquel que tenía mi suegro encima del almacén de paños. Temí que se quedara con el piso, que no la pudiéramos echar.

—Bueno, bueno, que oigo los pasos de Tomás. ¿Tengo que ayudar a Ramón o no? ¿Tú qué quieres?

—No, por Dios. No hagas nada, ya se le pasará.

Los estragos de las curvas de Despeñaperros se volvieron a apoderar del estómago de doña Elvira, bien aderezada ya con las gotas de Joya, el calor y la vergüenza que, con tan sólo recordar, le había vuelto al cuerpo. Le entró la misma sensación que cuando colgó el teléfono a su hermano. ¡Estaba a punto de enterarse de todo! Y también su cuñada, y su hermana, y sus sobrinos. Si no era poco el castigo de tener un hijo comunista, ahora podían pensar que tenía un nieto ilegítimo. ¡Qué espanto!

Elvira, que conocía bien a su hermano, temía que la dejara sin un duro si le confirmaban que había un niño de una roja de por medio que un día podría aspirar al dinero o a una parte del negocio. Precisamente, Rafael estaba teniendo problemas para sacar a flote la empresa de zapatería y cueros, y le daba quebraderos de cabeza pensar en cómo repartir el negocio entre sus

dos hermanas. Aunque su hermana Maite y ella ya habían hablado y lo que iban a hacer era venderle el negocio a Rafael por un buen pellizco.

En los últimos tiempos, a la clientela habitual de la zapatería se había incorporado la hija del mismísimo Caudillo, la monísima Carmencita Franco Polo, que incluso había ido una primera vez a la tienda a que le midieran los pies para sus primeros mocasines artesanos. Desde entonces, su hermano enviaba cada tres meses a su mejor empleado a El Pardo, para ir ajustando los modelos a los pies de la hija del Generalísimo. Naturalmente, tal y como hacían los joyeros de la calle Serrano con la señora Polo de Franco, todo era gratis. Era un orgullo y una gran propaganda para la casa de zapatos.

Una brusca curva del coche le puso a doña Elvira el estómago en la boca y la sacó del ensimismamiento.

—Por Dios, Braulio, tenga usted cuidado.

—Ya falta poco para terminar la bajada, doña Elvira —respondió el chófer, girando la cabeza hacia la señora, momento en el que ella palideció aún más. El pobre Braulio no iba mucho mejor que ella. Le estaba embotando los sentidos con tanta gota de Joya.

—¡Mire usted hacia delante, por favor!

Braulio era un conductor del Parque Móvil que había trabajado de muy jovencito con su padre. Y ahora le estaba haciendo el favor de llevarla a Sevilla. Para aquel viaje crucial, doña Elvira no había reparado en gastos.

Desde que María Topete la había llamado hacía diez días y le había dicho que no podía recibirla en Madrid porque se iba a la casa de la duquesa de Medinaceli a Sevilla, para reposar de una flebitis, doña Elvira no cabía en sí misma. ¡La había invitado a que fuera a verlas —a ella y a su hermana Blanca— a la Casa de Pilatos! Ni más ni menos. No la habían convidado a la misma casa —las Topete eran impecables y no podían hacer eso, siendo ellas las huéspedes y guardando como guardaban las distancias—, pero el solo hecho de poder codearse con ellas y conocer a Victoria Eugenia Fernández de Córdoba y Fernández de Henestrosa, la duquesa de Medinaceli, le parecía un sueño.

Cuando terminó la conversación con la carcelera sólo pensó en cómo contaría la cita entre sus amistades de Cercedilla a su regreso. Desde luego, ya se lo había comunicado a su hermano Rafael, que conocía al ilustre falangista Luis de Medina Vilallonga, el duque consorte de Medinaceli, tan afín a la Falange y al Caudillo.

—Elvira, no puedo recibirla en Madrid. El médico me obliga a reposar esta Semana Santa y Blanca me lleva a casa de la duquesa de Medinaceli, en Sevilla —le había anunciado la Topete el día que la llamó por teléfono.

—¡Ya era hora de que se tomara usted unas vacaciones!

—Son unas vacaciones forzadas y por primera vez en tres años. Tengo una flebitis seria y el mismo médico que pasa por la prisión me ha dicho que no puedo estar más tiempo así. Aunque en el despacho tengo la pierna en alto, no pasó más de media hora sentada.

—No me extraña, con esas mujeres y la actividad que usted tiene. Cómo la admiro.

—Los niños me ocupan mucho. Hay que tener un ojo siempre encima de todo. Las presas son desordenadas y las rojas la lían en cuanto me descuido, pero tampoco puedo dejar solas a las funcionarias. En fin, mis hermanas me han amenazado y hasta el director de Prisiones me ha llamado, pidiéndome que descanse. Aun así, es muy importante que usted y yo hablemos del

asunto que nos ocupa. Quizá podamos aprovechar estos días. ¿Sería mucho pedirle que se pasara usted por Sevilla? Creo recordar que tiene usted coche y chófer, el que la lleva a Cercedilla, ¿no? ¿Ha visto usted alguna vez la Semana Santa sevillana? ¿Tiene con quién quedarse allí?

Doña Elvira no podía decir a la directora de la maternal de San Isidro, la amiga de las infantas de Borbón, de la duquesa de Medinaceli y de tantas damas de renombre, que el chófer del que ella hablaba era el pobre Braulio, que hacía años que, sencillamente, le hacía el favor de acercarla a la sierra, pero que ahora trabajaba en el Parque Móvil. Sus ingresos de viuda no daban mucho de sí y, en los últimos meses, su hijo se limitaba a pagar los recibos de las casas, pero se le había olvidado dejarle el sobre con su asignación.

El negocio que Ramón regentaba lo había heredado del abuelo paterno. Por eso, ella estaba deseando que su hermano Rafael reorganizara lo de la zapatería, y les pagara. Pero no iba a explicar a la Topete estas cuitas miserables.

Además, Elvira también quería hablar urgentemente con ella. La actitud de su hijo pequeño la tenía más que alarmada. No sólo la evitaba —ella había descubierto una parte de sus artimañas para intentar sacar a la mujer esa de la cárcel—, es que además tenía gestos rarísimos. Había desaparecido la foto de sus dos hijos de encima de la chimenea del salón. El día que ella se percató de su ausencia, Vicenta le dijo que no la había roto, sino que el señorito Ramón se la había llevado. ¡Una muestra más de que seguía idolatrando a su hermano mayor! Aceptó la sugerencia de la Topete al vuelo.

—Pues mire, sí. Tengo unos viejos parientes que hace muchos años que me insisten en que vaya a ver las procesiones. Les voy a llamar y me quito un compromiso de encima.

—La Semana Santa en Sevilla es un asunto muy serio, Elvira, no un compromiso. Mire usted, lo que puede hacer es ir y cuando esté allí, me envía un criado con el mensaje. Intentaré recibirla en un par de días. Si la duquesa tiene la Casa de Pilatos a rebosar, quedaremos fuera. Sería interesante que fuera antes de la semana de Pasión. Yo luego acostumbro a recogerme con mi hermana Blanca. Vivimos la Pasión de Cristo con auténtico fervor. Pero no podemos retrasar el otro asunto.

—Por supuesto, por supuesto. Gracias, María.

Al colgar al teléfono, aún perpleja, doña Elvira se preguntó en qué momento la directora de la cárcel había pasado a tratarla de usted. Cuando la conoció, en los tiempos de Sakuska, todas se tuteaban. E incluso después, en el refugio noruego, creyó recordar que también utilizaban el tuteo. Era obvio que desde que se había enfundado el uniforme de prisiones, María Topete había tomado más distancia aún con respecto a sus antiguas relaciones. Al menos, con respecto a ella.

Y allí estaba, con el estómago hecho trizas, sin retener nada y con casi un día entero de viaje. Por la carretera, al pasar por los pueblos de la Meseta y en el camino de Despeñaperros hacia Sierra Morena, se apreciaban las ruinas que la guerra había ido dejando. Pueblos quemados, grises aún, con iglesias rehaciéndose.

Menos mal que los obispos habían conseguido arrancar a Franco la reconstrucción de centenares de iglesias. Casas a medio encalar de blanco y otras ennegrecidas por los incendios o las bombas que las habían devorado, ya fueran los de uno u otro bando. Niños descalzos que la habían espantado cuando se acercaban al coche, curiosos y con las manos sucias, estiradas, pidiendo comida o dinero. Todos, astutos lazarillos.

No podía más con su cuerpo. Le dolían todos los huesos, hasta las varices. Y estaba inquieta, muy inquieta. Tanto por todo lo que tenía que decirle y pedirle a María Topete, como por lo que ella tuviera que comunicarle a su vez.

Aquella pesadilla de la falsa nuera y el falso nieto tenía que desaparecer. Tenía que acabar ya, tanto por el futuro de su hijo Ramón —con los buenos planes que ella tenía pensados para su pequeño— como por el suyo propio. Incluso por el de Luis, si es que un día se enteraban de dónde estaba. Por alguna extraña razón, no precisamente el instinto de madre, doña Elvira sospechaba que su hijo mayor estaba vivo. Apareciera cuando apareciese, la tal Jimena tenía que haberse borrado ya del mapa. Por eso, tras pasar la vergüenza de forzar la visita a los parientes de su marido después de varios años sin contacto y no obtener éxito —le dijeron que desde las vísperas tenían la casa llena de hijos y nietos—, optó por terminar de tirar la casa por la ventana y reservar habitación en el simbólico Majestic, en la antigua plaza de Canalejas.

«Impecable», se admiró doña Elvira cuando el vehículo paró frente a la puerta del hotel, casa de los toreros y del régimen. En Sevilla se notaba que el golpe de los militares había triunfado desde el principio, gracias al gran Queipo de Llano. Todo era blanco y lleno de luz, pensó cuando pudo bajar del polvoriento coche y dejar a Braulio a la puerta, no sin antes indicarle que se quitara la gorra de plato con su dedo enguantado. Era sábado por la tarde, víspera del Domingo de Ramos.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, ya repuesta y arreglada con sus mejores galas, doña Elvira dio por bien empleado el dineral que se estaba gastando al mirar a su alrededor y ver mesas repletas de uniformes militares y falangistas. Gentes famosas, como Perico Chicote o don José María Pemán —había visto en *ABC* que iba a ser el pregonero de ese año—, conversaban tranquilamente en el gran comedor, aunque eran poco más de las diez de la mañana. Todo el mundo estaba a la espera para ver las procesiones del Domingo de Ramos, con las magníficas palmeras que ya estaban preparadas a la puerta del Majestic y en cada iglesia.

Entre tanta alegría y buen ambiente, doña Elvira desayunó como una marquesa. Comió con tal ansiedad que no dio tregua a su pequeña nariz para respirar la fragancia del jazmín y del azahar que penetraba por las ventanas de aquella mañana radiante. Después, se dirigió a la recepción para que enviaran un botones con una nota a la Casa de Pilatos. Lo dijo dos veces en alto:

—No se equivoque, por favor. A doña María Topete, a la Casa de Pilatos. Ya sabe, la de la duquesa de Medinaceli.

Lamentó mucho no tener más audiencia en el vestíbulo que unos extranjeros. Creyó escuchar que eran italianos. Quizá la habían entendido. Algo era algo.

2

Cuando el lunes por la mañana Braulio dejó a doña Elvira en la portada rematada en un arco triunfal que daba acceso al gran patio del apeadero de la Casa de Pilatos, a ésta se le encogieron las magras carnes y las cortas piernas. Aquello imponía. Pero más imponía aún cuando vio a un criado avanzar hacia ella, vestido con polainas altas, chaleco negro sobre camisa blanca, pantalón pardo y fajín a la cintura. Se parecía un poco a los bandoleros que se dibujaban en los libros sobre las crónicas de la guerra de la Independencia, pero sin pañuelo a la cabeza. Impactada, y tras escuchar un «señora, por aquí», terminó atravesando otro patio repleto de bustos que la dejó perpleja. Pensó que eran los antepasados de los Medinaceli. Tuvo que ser María Topete quien, después, al despedirla en aquel punto, la sacara de su error.

Creyendo, pues, que todos los barbudos de los bustos eran familiares de don Fadrique —primer marqués de Tarifa, que en el siglo XVI volvió de Jerusalén y retomó las obras del palacio iniciado por sus padres— y sin saber realmente cuál era el origen de aquel linaje, doña Elvira se encontró frente a un mayordomo de levita negra que la condujo a una escalera señorial, vestida con azulejos irisados y cubierta con cúpula de media naranja pintada en dorado. Pensó que ni la Capilla Sixtina, de la que tanto había oído hablar, podría compararse con aquello.

Al final de la escalera, apoyada en un bastón rematado con un exquisito mango de alabastro y la pierna derecha fuertemente vendada, esperaba María Topete. A doña Elvira le sorprendió la sobriedad y la elegancia con la que iba vestida: un traje de chaqueta gris, más bien claro, de falda estrecha con tablón en pinza a media pierna, y una chaqueta de solapa también estrecha, abotonada hasta el pecho, de donde brotaba una impoluta camisa blanca, rematada con una lazada, ni escandalosa ni pequeña. Las diminutas perlas blancas en cada lóbulo y el elegante peinado de moño bajo, más suelto que en la cárcel, le daban una prestancia que, como la tarde en que fue a verla a su casa, despertó la envidia en la rechoncha doña Elvira.

—Perdone que no haya bajado a recibirla, pero los médicos me lo tienen prohibido. Blanca y la duquesa Victoria Eugenia me vigilan como si me tuvieran en prisión y me fuera a escapar.

Doña Elvira no pasó por alto el tono, algo más alegre y jovial que el que habitualmente usaba María. El traje gris se complementaba con sus ojos azules en un conjunto perfecto, e incluso aquellos distantes ojos, que tanto imponían y enfriaban, parecían ahora sonrientes.

—Oh, no se preocupe. —Doña Elvira echaba ya los belfos en los últimos tramos de la escalera—. ¡Qué lugar tan espléndido! Estoy impresionada. ¿Cómo está su pierna?

—Bien, bien, gracias. ¿No conocía usted la Casa de Pilatos? Después de los Reales Alcázares es el palacio más grande de Sevilla. Pero éste tiene más pinturas y obras de arte, creo yo. Los Medinaceli lo llevan cuidando y ampliando desde hace siglos. Afortunadamente, don Rafael, el marido de nuestra amiga, la duquesa, adora también este lugar y esta ciudad. Es un prohombre. No sé si sabe que él y sus hombres de la Guardia Cívica ayudaron al general Queipo a mantener

Sevilla en nuestras manos desde el principio del Glorioso Alzamiento. Por eso está todo tan bien preservado, aunque antes no se pudo evitar alguna quema de iglesias por la ciudad.

María hablaba hasta con tono desacostumbradamente humano mientras se apoyaba, elegante, sobre el bastón, paseando despacio por la majestuosa galería de arcos mudéjares. Se mostraba encantada con su papel de guía turística, como si el palacio hubiera sido obra de su familia.

—En esta casa, la Semana Santa es lo más importante del año. ¿Sabe que la tradición de esta fervorosa ciudad por la Pasión de Nuestro Señor se inició aquí? Cuando un antecesor de la duquesa volvió de Jerusalén, descubrió que la distancia de aquí al templo de la Cruz del Campo es idéntica a la que hay entre las ruinas de Pretorio de Jerusalén y el Gólgota. Su sino fue crear un viacrucis que empezara en la fachada de esta casa. La llaman la Casa de Pilatos porque es una copia de la del romano que dejó crucificar a Nuestro Señor. Comprenderá ahora lo atareadas que estamos, porque preparamos todos los oficios y los actos que parten de aquí.

Tras la animada perorata, durante la cual doña Elvira se había limitado a asentir con monosílabos o bisílabos del estilo «sí, sí, claro, claro» o alguna expresión del tipo «qué belleza» al mirar hacia la parte de abajo del patio, se pararon a las puertas de lo que la Topete dijo que era la capilla.

—Es la parte más antigua y noble de la casa. No podemos entrar, porque la duquesa y Blanca están terminando de dirigir el cubrimiento de todas las imágenes. Ponen velas y flores. Quizá pueda mostrársela si aún están dentro cuando terminemos nuestra charla. Es un lugar perfecto, solitario y sobrio, para recogernos en estos días tan profundamente espirituales. Y refleja la grandeza de nuestra España. Venga, siéntese.

La Topete le mostró un incómodo y pequeño banco de iglesia y dedujo que lo habrían sacado de la capilla para esos días.

—Hemos habilitado un confesionario más esta semana. Doña Victoria Eugenia, no sé si sabe usted que está esperando su primer hijo, no quiere dejar fuera a ninguna de sus amigas. Es enormemente hospitalaria. También hemos buscado un sacerdote para que acompañe al capellán de la casa. Pero basta de cháchara. Vayamos a lo nuestro. ¿Qué es lo último que sabe usted de la chica y del niño?

A doña Elvira, que desde hacía diez minutos estaba acoquinada por la suntuosidad de la casa y la charla sorprendente y nueva de María Topete, la pregunta la cogió por sorpresa mientras se sentaba en el borde del incómodo banco de nogal, porque sus tacones no llegaban al suelo. Tras los primeros segundos que perdió, mirando con cara sorprendida a su interlocutora, comenzó a explicarse.

—Pues verá, no sé nada más que lo que he deducido del comportamiento de mi hijo Ramón. Está muy raro. Ha movido muchos hilos para tratar de sacarla de la cárcel. A ella y al niño. Y yo he tenido que ir apagando fuegos detrás de él, María.

Durante un rato largo, desgranó los contratiempos que había tenido con su hijo, ahorrándose únicamente los asuntos económicos. De vez en cuando, echaba mano del último pañuelo de batista que había sobrevivido al incómodo viaje desde Madrid y se secaba los ojos, llenos de lágrimas, o se lo llevaba a la boca, ahogando un sollozo. Cuando terminó, tenía la boca pastosa y deseó con todas sus fuerzas un vaso de agua fresca, pero no se atrevió a pedirlo. Se pasó la lengua por los resecos labios, sin acordarse del carmín, y se calló. Cuando el ruido de muebles

paraba, el único sonido que se oía como fondo a la conversación, una fuente cantarina, alimentaba su ansiedad y su sed.

—Comprendo. Veo que voy a tener que decirle lo que usted no ha querido adivinar, Elvira. Esa muchacha lleva el diablo en el cuerpo e incita a sus hijos al peor pecado: el de la carne. No sé cómo ha educado usted a esos muchachos, ni si es éste momento de reproches, pero Ramón está enamorado, o mejor, atrapado, en las redes de esa pelandusca, como usted diría. Lo vi claramente cuando consiguió permiso para visitarla el día de la Merced.

Doña Elvira era demasiado torpe para apreciar el tenue rubor que, durante unos segundos, cubrió la cara de María. Ésta se tocó la frente con un gesto brusco, intentando apartar de su mente las imágenes que tanto la turbaban algunas noches, cuando de una forma inexplicable y punzante, su cuerpo era invadido por una oleada de calor que le subía desde los muslos hasta la garganta. Un pecado inconfesable que la desasosegaba como nada en los últimos tiempos, al imaginar a los dos hijos de aquella insignificante mujer enamorados de la presa Jimena Bartolomé Morera.

Hacía más de veinte años que no sentía las manos de ningún hombre en su cuerpo, y aquella mujer, una víbora, una pecadora, le recordaba a Juan Antonio Aznar intentando perder sus dedos en su cuerpo virginal. El terror y la culpa que la invadían por la noche, ya fuera en su modesto dormitorio de la prisión, tan similar a una celda monacal, o en su casa, la obligaban a levantarse de la cama, beber un trago del vaso de agua de la mesilla y arrodillarse sobre las frías baldosas para rezar al Sagrado Corazón de Jesús pidiendo piedad y perdón para su alma. La idea de que aquella sensación volviera en ese momento, en un lugar tan especial como la Casa de Pilatos y en plena Semana Santa, la asustó de tal forma que lamentó haber convocado en Sevilla a la madre de aquellos dos hombres tan estúpidos. Estaba en vigilia y quería comulgar aquel día.

Con un gesto brusco, María ahuyentó sus pensamientos e hizo un esfuerzo por retomar su discurso. ¡Lo tenía tan pensado! Su interlocutora se quedó sorprendida. Volvió a oír el tono de siempre de la carcelera.

—Esto no puede seguir así, Elvira. Esa chica es un peligro y tenemos que extirpar el mal de raíz. Es peor que si se declarara comunista o anarquista. No sé cómo es en sus ideas, pero lleva el pecado en el cuerpo. Para colmo, no tiene expediente carcelario y no ha sido llamada a juicio en estos años. Sólo figura su registro en la prisión de Ventas. Ya ve lo que hizo a nuestras espaldas la gente de Matilde Landa. O la propia Matilde. ¡Cuánto daño hizo esa mujer en aquellos meses en Ventas! Teníamos tal caos… Va a hacer tres años que está en la cárcel y, algún día, Ramón podría sacarla con sus influencias en el Gobierno. A ella y al niño.

»El pobrecito ya me quiere como los otros niños. Fíjese, a pesar de los pecados de su hijo Luis y de esa mujer, la criaturita tiene rostro de ángel y unos ojos verdes maravillosos, con unas enormes pestañas negras…

—Igualito que mi Luis.

Nada más soltar el comentario, doña Elvira se arrepintió profundamente. Acababa de confirmar lo que ella misma se había negado desde que Luis metió a la muchacha de Rascafría en su casa: que aquel niño pudiera ser su nieto, algo que le había espetado Ramón en una de las últimas broncas que habían tenido: «Tu Dios te ha castigado, mamá. ¡Luisito es el vivo retrato de mi hermano!».

De golpe, entendió por qué su hijo pequeño se había llevado la foto de la chimenea. Pero la Topete seguía hablando.

—El niño no tiene la culpa de nada. Ya he hablado con el padre Martínez Colom. Podemos enviarle a un seminario, a través del Patronato para la Redención de Penas. Naturalmente, con el membrete de huérfano o padre desconocido. También podríamos pensar en una adopción. Bueno, lo llamamos entrega familiar. Yo tengo algunos conocidos que desean ser caritativos y buenos católicos. Podría colocarle en una casa de confianza, pero sería una lástima. Podría salir pusilánime de carácter, como su hijo. Ya sabe, algunas de esas debilidades se heredan. Sería tan buen sacerdote… Va a ser tan guapo… A veces, cuando juega conmigo o me pide los caramelos, le veo ya con la sotana de seminarista. Y necesitamos tantos sacerdotes para salvar y recuperar esta nuestra España… ¡Perdimos tantos padres por los asesinatos de las hordas rojas…!

—Pero ¡qué buena cabeza la suya, María! Yo también me inclino por la Santa Madre Iglesia. Además, ¡quién sabe si por muy bien que lo eduque una familia, como usted dice, no le va a pasar lo que a mí con mi Luis! Aunque mejor madre no pude ser…

—Bueno, ya hablaremos de eso algún día. Le voy a recomendar a un capellán mío, porque usted, Elvira, debe profundizar en Dios y averiguar en qué se equivocó en su sagrada tarea de madre. La cuestión es qué hacemos con la muchacha. Está bastante desequilibrada últimamente. Figúrese que ha intentado hasta liderar a sus compañeras contra mí. Claro, ha recibido su merecido, pero tiene un espíritu indomable.

—Se lo dije. Las pocas veces que se cruzó conmigo, en mi propia casa, era una altanera.

—No sé, creo que a veces se le va la cabeza. Quizá… no sé. Han abierto un nuevo hospital psiquiátrico para reclusas, pero se necesita expediente. Sin embargo, estos mismos días se va a aprobar la Orden de Redención de Mujeres Caídas. Ya se imagina, dentro de la magnanimidad de nuestro Caudillo, el general Máximo Cuervo va a integrar este nuevo patronato en nuestro ejemplar sistema de prisiones. Como se puede imaginar, es para redimir a las descarriadas. Quizá podamos enviarla ahí. Tengo que hablar con el sacerdote. Además, esas mujeres no tienen expediente de políticas. No sé, a lo mejor la convertimos en una mujer honrada con el tiempo…

—¡Qué bondad la suya! ¡Y qué ideas tan buenas y caritativas tiene usted! ¿Y adónde la llevarían si logra usted que la pongan entre las de mala vida? Yo, desde luego, creo que ése es su sitio. Si se corrige, con la buena planta que tiene, podría servir como criada en cualquier casa buena.

—Va usted muy deprisa. Primero tengo que pedir muchos favores, como usted comprenderá. Y lo más importante es tener claro qué vamos a hacer con Luisito.

—¡Y encima la muy ladina le llamó Luisito…! Bueno, en lo que pueda ayudar, usted me dirá. Nunca le estaré suficientemente agradecida.

—Lo primero y más importante: no debe usted decir nada de esto a su hijo Ramón. Podría estropeárnoslo todo.

—Por supuesto, ya lo había pensado. Soy la más interesada en la discreción.

—Y ahora, perdóneme. Tengo mucho que hacer, pese a estar convaleciente.

—Es que no puede usted estarse quieta. Debería descansar. Necesitamos mujeres como usted. Si no fuera por…

La aparición de Blanca interrumpió el torrente de halagos que se disponía a desgranar doña Elvira. Como si le hubiera leído el pensamiento, venía con dos vasos de agua fresca con una

rodaja de limón sobre una bandeja de plata y tapados con sendos pañitos redondos, rematados con una hermosa puntilla. Doña Elvira tomó nota del detalle.

—¡Qué gusto verla, Elvira! Tiene usted un aspecto inmejorable. He supuesto que tanto hablar os habría dado sed. María, tienes que poner esa pierna en alto.

—Lo sé, lo sé. Ya estaba despidiendo a nuestra amiga.

Doña Elvira ya se había puesto de pie para besar a Blanca e interrumpió el primer trago de agua.

—Por favor, María, no me acompañe.

—Tengo que bajar. Voy a la capilla de la Flagelación, a rezar, que van a ser las doce. De paso, le enseñaré el patio de los bustos romanos. Son emperadores y sabios griegos y romanos, además del emperador Carlos I de España y V de Alemania, naturalmente.

Decididamente, la Topete se sentía a gusto dando lecciones de historia, pensó doña Elvira, que no dejó de sentir un punto de humillación y lamentar no haber leído más, como su marido tantas veces le rogó.

—Además, abajo puedo poner la pierna en alto. No sabe usted qué hermosa *chaise longue* de mimbre me han preparado mi hermana y la duquesa.

—Llamaré a un criado —sugirió Blanca, con voz dulce.

—¡No hace falta! Ya te tengo a ti.

Y María, apoyada en su hermana y en la hermosa barandilla, descendió las escaleras como si fuera la reina María Cristina en la Torre de los Satrústegui, mientras doña Elvira intentaba no perder la prestancia, detrás de aquellas dos cariátides que hacían juego con las de la esquina del jardín que había visto en la entrada. No sabía que eran reproducciones de la diosa Atenea.

El pobre Braulio, al que doña Elvira había ordenado esperar de pie, junto al coche negro, también lucía como una estatua, pero llena de churretes de sudor que se escurrían por debajo de su gorra de plato, porque el sol de la primavera sevillana comenzaba a apretar.

De vuelta al Majestic, se percató de que no la habían invitado a ningún oficio, ni procesión, ni cualquier otro acto. ¡Qué lástima! Tampoco había conocido a la Fernández de Córdoba. ¡Pero ya podía contar en Cercedilla y a sus amigas de Embassy dónde había estado!

La cuestión era qué iba a hacer, sola, en Sevilla, durante la Semana Santa. Se arrepintió de no haber sido más amable con los antiguos parientes de su marido. E incluso de no haber insistido en visitarlos. Pero ¡le sentó tan mal que no le encontraran un hueco…!

Por la tarde, después de la siesta y tras revisar lo que costaba la estancia por día en el hotel, además del peso de la soledad y de no tener ante quién lucir los modelos que había metido en el enorme maletón, doña Elvira tomó la resolución de volver a Madrid. Afortunadamente, no había despedido a Braulio, como pensaba, para que volviera a buscarla el Domingo de Resurrección. Tanto al chófer como en la recepción del hotel explicó que un asunto urgente la había obligado a un cambio de planes y debía regresar a la capital a la mañana siguiente.

3

Ramón chocó de bruces con Braulio en el rellano de Don Ramón de la Cruz.

—¡Braulio! ¡Estás bárbaro! Qué bien luces con esa gorra y esa chaqueta de botones brillantes. ¡Estás más disfrazado que los taxistas de Madrid con el gabán blanco!

—Ramonín… Perdón, don Ramón. ¡Qué alegría!

—Déjate de majaderías. Para ti siempre seré Ramonín. ¿Has venido a pedir empleo a mi madre con ese atuendo? Seguro que te contrata, aunque no sé si podrá pagarte. —El tono del hijo de doña Elvira no ocultaba la sorna.

El chófer, con la astucia de los cincuentones de pueblo curtidos en mil batallas, respondió al hombre con la misma socarronería.

—Ha sido corto el empleo. Ya me ha despedido. Sólo me necesitó un par de días. Ya me ha pagado. Eso sí, sin propina, pero me ha dicho que guarde la chaqueta y la gorra.

—¿La llevaste a Cercedilla y ya ha vuelto?

—¿Qué dice usted? ¡La he llevado a Sevilla!

—¿A Sevilla? Venga, vamos a tomar un café, Braulio. Tienes mucho que contarme.

Cuando acabó el cafelito, Ramón ni cogió el ascensor de su casa. Subió disparado por las escaleras hacia el dormitorio de doña Elvira. Estaba dispuesto a averiguar qué se traía entre manos y a quién había ido a ver a la Casa de Pilatos.

La puerta de la alcoba estaba entreabierta, con la enorme maleta sobre la cama de matrimonio y la colcha de bolillos echada hacia atrás. Su madre iba sacando vestidos, que, con un leve gruñido, depositaba en los brazos extendidos de Vicenta. La criada de toda la vida estaba cada vez más vieja y Ramón pensó que no merecía seguir soportando a su madre. Era una de las personas a quien él más quería en este mundo. No en vano, había criado a los dos hermanos y sabía que él era su debilidad.

—Buenas tardes.

Parado en el quicio de la puerta, trató de emplear un tono neutro.

—Ah, hijo. Benditos los ojos. Ya no sé si vivimos en la misma casa.

—Sí, tengo mucho trabajo. Creí que te habías ido a Cercedilla a pasar estos días.

—¿Y por eso has venido antes?

—No empecemos, madre. He venido antes porque no he tenido ninguna cena de trabajo. La gente se está marchando.

—Ya. Tus cenas de trabajo. Ya vi el otro día, cuando te limpié los bolsillos de los pantalones, los posavasos del sitio ese nuevo, de escándalo. Pasapoga, o, como dicen mis amigas, Pasaypaga.

—Mamá, ¿me limpiabas los bolsillos o me los registrabas? En fin, no tengo ganas de discutir. Quédate tranquila, fui con unos militares amigos. Estoy negociando un importante contrato para hacer las capas del ejército.

—Vaya. Es la primera vez en tres años que me dices algo del negocio. Espero que me subas entonces la mensualidad.

—¿Es que te falta algo? A la vista de esa maleta, parece que tienes modelos para una larga temporada. Y te da para pagar a Braulio.

—Ese cotilla…

—Simplemente, me lo encontré en la puerta disfrazado, como si fuéramos los inquilinos del Palacio de Linares. ¿Qué hacías tú en Sevilla?

Doña Elvira estuvo a punto de mentir. Iba a decirle que había ido a visitar a los viejos parientes de su padre, pero recordó que Ramón sí que mantenía algún trato esporádico con ellos, por Navidad y fechas como el verano o la Semana Santa, precisamente. Al menos, sabía de los funerales y nacimientos de aquella gente. Y se felicitó a sí misma por recordar que, seguramente, el cretino de Braulio le habría dicho a su hijo que la había llevado a la Casa de Pilatos. Un conato de arrogancia brotó en su rostro.

—He ido para ver a unas amigas. He estado invitada en la Casa de Pilatos.

—Por unas horas, ¿no? Tengo entendido que has dormido en el Majestic.

—¿Esto es un interrogatorio? Yo duermo donde quiero.

—Y yo pago tus facturas. No sé si eres consciente de la situación en que estamos, no sólo nosotros, sino este país. La gente se muere de hambre. No logro sacar a la venta ni los paños que guardamos antes de la guerra. Sólo los militares y algunas de tus antiguas amigas se pueden permitir hacerse un abrigo.

Ramón tenía en mente aquel Madrid de ropas andrajosas, de niños con abrigos de chaquetas de los padres, castañeras de guantes raídos y mantones apolillados y, sobre todo, la pobreza de la gente que había visto en el patio de la prisión el día de la Merced, cuando aún no hacía frío. Estuvo a punto de encargar un abrigo de paño para Jimena, de una pieza de lana de camello que él había guardado como un tesoro. Pero cuando ya había hablado con su sastre, incluso dado sin dudar las medidas de Jimena sobre un catálogo de maniquíes —¡cómo iba a dudar, si la llevaba tatuada en su cerebro, como los ojos de su sobrino!—, comprendió lo ridículo de su pretensión. Jimena jamás se pondría ese abrigo para pasear por el patio de la cárcel.

Todos los dispendios que había hecho habían sido para enviarles comida por Navidad —incluyendo una tableta de turrón— y ropa para el niño. Pantalones y pijamas de franela, manoplas, un gorrito de lana, y un par de chaquetas de punto para el hijo y la madre. Y un libro infantil con ilustraciones de animales. A través de Angelita, su cuñada le había hecho saber que eso era mucho más útil que los juguetes, que seguían en su armario y que no pudo llevarles ni en Reyes. «Los juguetes —había escrito Jimena con su letra cada día más esmerada— sólo sirven para generar envidias entre los niños y la Topete los requisa».

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para superar la ira que ahora le producía aquella madre boba, a la que sólo tenía ganas de gritar que él no podía llevar a su sobrino a ver las actuaciones de Rámper porque ella había sido una bruja, una mujer sin escrúpulos, enviando a su nuera a la cárcel. Y que tampoco podía bailar el *Bésame mucho* con Jimena, porque nunca podría ser su esposa. Y porque el régimen, cada dos por tres, prohibía el bolero por obsceno. ¡Aquella brigada de costumbres ridículas que perseguía a las parejas por las calles para multarlas por besarse!

Se rehízo. Había llegado hasta allí con un objetivo, tras enterarse hacía tiempo —cuando le denegaron la visita a la cárcel por Navidad— de que su madre era la principal culpable del destino de Jimena y del de su propio nieto, sometidos ahora al odio y la represión de aquella resentida y mojigata María Topete.

Trató de relajar su mueca y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—¿Te gustó la Casa de Pilatos?

Doña Elvira, no sin sorprenderse, decidió aceptar la tregua.

—Es maravillosa. Esas escaleras, esos patios con los emperadores romanos y Carlos V…

—Vaya, veo que tuviste una buena guía…

—Hombre, por Dios, María Topete debe de ir allí muy a menudo.

Una bomba de relojería no hubiera hecho mayor efecto sobre la cara de su hijo, que se agarró con las dos manos a las maderas de la puerta para no abalanzarse sobre su madre. Doña Elvira, consciente de su error garrafal, tenía su graciosa carita roja como el tomate y una mano sobre la boca, ahogando una exclamación. Tras el juramento soltado por Ramón, la tensión fue tal que Vicenta soltó el montón de ropa sobre la cama y se lanzó hacia el hombre, para sujetarle por los hombros.

—¿Y qué cojones hacías tú en Sevilla con esa bruja? ¿Planear como arruinarle más la vida a Jimena, a tu hijo y al niño? ¡Dime, madre! ¿Qué le has pedido? ¿Qué la fusilen en las tapias del cementerio, como hacen cada madrugada con cientos de inocentes?

—¡Señorito, por Dios, no grite! No diga esas cosas en alto. Tengo la ventana de la cocina abierta.

—¡Me importa tres cojones! Que se entere esta casa de que tengo una madre que quiere que maten a su nieto y a su nuera. ¡Qué los envió a la cárcel, inventándose no sé qué y ahora quiere que los fusilen!

Doña Elvira estaba también desatada. Con los brazos sobre sus caderas rotundas, gritaba a su hijo con una voz chillona, histérica, que llevaba implícita todos los desencantos de los últimos años.

—¡No es mi nieto! ¿Te enteras? No puede ser mi nieto. Ahora es cuando me doy cuenta de que la Topete tiene razón.

—¿Razón? ¿Razón en qué? ¿En que tenéis que matar a todas las mujeres que no se santiguan ni se torturan como vosotras? Falsas como Judas…

—¿Yo, falsa? Falsa esa pelandusca que os ha engatusado primero a tu hermano y luego a ti. Sí, ¡porque a ti te tiene también atrapado por la entrepierna…!

Ramón trató de apartar a Vicenta, que estaba encajada en su pecho y le abrazaba por la cintura, intentando sujetarle. El movimiento que hizo fue tan brutal que la sirvienta trastabilló y Ramón tuvo que cogerla en brazos cuando ya se tiraba hacia su madre, sin saber muy bien qué iba a hacer cuando llegara a su garganta, su única fijación en aquel momento. La hubiera estrangulado. Sólo sentir que aquella estúpida, que ni siquiera cuando eran niños o adolescentes había adivinado nada sobre la vida de sus hijos, hubiera desvelado un secreto que él sepultaba cada día, le había vuelto loco.

—Por dios, Moncho, por Dios, déjala. Está muy cansada del viaje, no sabe lo que dice. Es tu madre…

El rostro arrugado y crispado de la pobre Vicenta bañado en lágrimas, que le agarraba por las solapas para contenerle, le conmovió. Era el único obstáculo que le impedía estrangular a su propia madre. Hacía muchos años que no le tuteaba ni le llamaba Moncho, un apelativo que a él siempre le había gustado y sobre el cual doña Elvira y el propio Luis le habían dicho que, cuando uno medía ya más de uno setenta y cinco, era un poco infantil. Pero a Vicenta se le escapaba cuando a las siete de la mañana estaban a solas en la cocina y le ponía el tazón de sopas, que le encantaba, igual que a Braulio se le había escapado el Ramonín.

Sujetó la cara de Vicenta contra su chaqueta para limpiarle las lágrimas, la abrazó fuerte por los hombros y la arrastró hacia la cocina.

—No, Vicenta, esta mujer ya no es mi madre.

Lo dijo bien alto, mientras acomodaba a la anciana en una silla de la mesa de la cocina. Sus ojos se detuvieron un segundo sobre una hoja de periódico que Vicenta tenía junto al cuchillo y las mondas de patata.

—Es Matilde, ¿se acuerda de ella? Su madre llevaba este recorte en el bolso y lo iba a tirar cuando ha deshecho el equipaje. Está muy bien —explicó la fámula, señalando a la joven de Burriana, que estaba al lado del banquero.

Con un gesto brusco, Ramón se metió el recorte en el bolsillo y sirvió un vaso de agua a la anciana. Después de dejarla acomodada y jurarle que los dos se iban a ir de allí, cerró la enorme puerta de nogal pintada en verde botella. Se sacudió todo el edificio. O ésa fue la sensación que tuvo doña Elvira, que, sentada en la cama, estaba anonadada. ¡Había metido la pata! Justo lo que había dicho la carcelera que no podía ocurrir, había ocurrido. Su hijo iba a intentar, como fuera, sacar a aquella ladina de la cárcel. Todos sus planes, todo su futuro se venían abajo ante el oprobio que le demostrarían su mundo y ese Madrid del barrio de Salamanca y esa Sevilla aristocrática que ella había rozado con los dedos.

4

Ajena a los nubarrones que se cernían sobre su cabeza, negros como las noches del invierno de Rascafría, Jimena padecía su otro viacrucis en la prisión de San Isidro.

Desde las ventanas del dormitorio y de los baños, mientras limpiaban cada día antes de ir al taller, veía a su hijo jugar con las carceleras y salir corriendo, de la mano de la niña Pepi, cuando la «*sita* Topete» entraba en el patio con su uniforme de diario y un delantal blanco encima, sus medias tupidas —decían que tenía problemas de circulación— y pisando firme con sus zapatos abotinados de ligero tacón.

Luisito y Pepi —Clementito, el niño de feria para las fotos, estaba muy enfermo del pecho— se abrazaban a las piernas de la carcelera y a veces ésta les cogía en brazos antes de darles los caramelos. Les daba un beso en la frente, nunca en la mejilla, porque, como le había contado Trini que decía la Topete: «No se deben dejar babas ni rastros de saliva en las caritas de los niños». Jimena no sabía si la directora temía que le pegaran algo, o al revés, que ella se lo pegara a las criaturas.

Las entrañas se le retorcían mientras su hijo daba palmaditas en el rostro de su carcelera, que ahora estaba agachada y les cogía de la mano para ir hacia los demás críos a jugar un rato. La acacia del patio tenía ya sus hojas recién brotadas, pero del Manzanares, aquel río que no era más grande que el Lozoya, emanaba una humedad que seguía haciendo insoportable la vida en el chalé. El Manzanares traía cauce —Franco no tendría que prohibir los baños por la pertinaz sequía, como el año anterior—, y el frío y las enfermedades, unidos a la mala alimentación y a la falta de medicamentos, se habían llevado por delante a otra media docena de bebés, mientras que en la enfermería ya había casos de la temida tuberculosis, sobre todo, entre las madres.

Jimena tuvo que dejar la escoba grande apoyada en una esquina para sujetarse contra la pared, abrazarse a sí misma y cerrar los ojos. Acababa de ver a su hijo enganchado al cuello de la Topete. Luis escondía su carita bañada en lágrimas cerca de aquel moño, siempre en su sitio. Jimena apretaba los brazos contra el estómago, y la espalda contra la pared, tratando de controlar el alarido de animal herido, como una bestia, que pugnaba por escapar de su garganta.

Aquél era el hueco de su hijo, de su marido, de sus lágrimas, de sus ternuras para con su niño y de sus pasiones para con su Luis. Ya no podía más. Quería morirse, porque el dolor en las entrañas y la náusea en el estómago la estaban matando, y quería desaparecer en aquel momento, mientras por la ventana abierta distinguía perfectamente, como si las otras decenas de niños no estuvieran, la media lengua de su criatura y sus carcajadas infantiles, que a ella le estaban prohibidas todo el día, porque incluso cuando, durante la hora que le tenía entre sus brazos, trataba de jugar con él a correr, a lanzarle por el aire, una mandamás le decía que esas cosas eran de pueblo y que así no se educaba a los niños, que al caer del aire se podían desnucar.

Oyó pasos y salió corriendo hacia las letrinas. Doblada sobre sí misma, se arrebujó en un ovillo en aquel lugar apestoso que olía a mierda, pero, al menos, ésta no desbordaba los agujeros,

como en los tiempos de Ventas. Allí tirada, sollozó con una intensidad que le ahogó los pulmones. Quería aullar como la loba parda cuando la despedazaron los perros, porque la vida se le estaba yendo entre las manos y delante de sus uñas desmigajadas le estaban robando a su hijo.

—¡Madre! ¡Padre! ¡Luis! ¿Por qué me está pasando esto? Madre, mamá, madrecita mía, papaito, ¿dónde estáis que no sabéis lo que me están haciendo? Mi hijito, madre. Me están robando a mi hijito y eso me está matando poco a poco. Papá, papaito, ¿dónde estás para acariciar mi cabeza, para susurrarme al oído? Ya no puedo más. ¡Luis, tienes que estar muerto, mi amor, mi vida, porque si no, no consentirías que esto me pasara!

Calló su retahíla y retomó los sollozos entrecortados mientras se mesaba el pelo y su cuerpo flaco, largo, enjuto, se balanceaba hacia atrás y hacia delante, acunándose tan fuerte que sólo sus rodillas dobladas contra el vientre y la pared a su espalda impedían que se fuera de bruces o hacia atrás. La cabeza golpeaba con un sonido seco en el muro.

Nunca supo cuánto tiempo pasó allí, escondida, tapándose con las manos la cara, temerosa de oír los gritos del patio. Si alguna presa entró, la dejó seguir en su dolor, porque en aquel espanto diario en el que vivían, todas habían aprendido a respetar aquellos escasísimos ratos de intimidad y derrota. Tampoco supo en qué momento la imagen de su madre se instaló en su cabeza, vestida de la misma forma, toda de negro y con los ojos secos, delante de la estufa de la salita, tras volver de enterrar a su hermano Joaquín, su compañero de juegos infantiles, el único hijo de Carmen y Lorenzo, el primogénito, que una estúpida gangrena se llevó por delante.

«Recuerda, hija, eres tan clara como las aguas de los arroyos y los ríos de este valle», y sintió el calor del abrazo de su madre el día que se despidió de ella, poco antes de subirse al coche de línea con su maletita y del brazo de Luis camino de Madrid.

Luis. Su Luis. Él, que creía que ella era roca y agua: «Jimena, tú eres roca y agua, pero yo soy la roca que durante todo el día sólo espera a la noche para que me abraces, vida mía».

«Aquí, mis siete cachorros, aquí, mi perra trujillana», le decía su padre, con su dulce sonrisa en la cara, mientras se rascaba la frente y echaba la gorra hacia atrás, como si estuviera perplejo ante el retrato de su hija, allí, ovillada, derrotada.

—Pero ¿qué estoy haciendo? Madre, padre, perdonadme. Oh, Luis, no puede ser. No puede ser. Es mi hijo, tu hijo. Lo único que nos han dejado.

Con las manos sucias de dedos de hueso de pollo, como los del cuento, se limpió las lágrimas, se puso de pie y, como impulsada por un resorte al recordar que estaba a punto de llegar la hora para ver a su hijo, se lanzó escaleras abajo, donde se encontró a las otras madres, que, con las caras ansiosas de cada día, esperaban para dar la teta a sus niños o poder jugar con ellos.

Jimena cogió a Luisito en brazos y, sin hacer caso de la funcionaria que la observaba, hundió su cara en el cuello del niño, que la abrazó con un «mamá, mamá». ¡Nunca jamás María Topete podría robarle aquel mamá, ni aquella carita, ni aquellos ojos que ella conocía tan bien por partida doble! Agarró a Pepi y a Luis, cada uno de una mano, y se los llevó a la zona de los cucos, donde la niña de Angelita quería acercarse.

Allí estaba la cuna de Tere, la hermanita de Pepi, la niña de ojos claros que había parido Angelita, gracias a Dios, con más suerte que Petra. Su pobre amiga ya había sido devuelta a Ventas, destrozada. Allí dentro sólo le quedaban Trini y Angelita, aunque ésta entraba y salía tan a menudo como sus actividades de mechera se lo permitían. Ahora llevaba unos meses quieta,

porque, tras dar a luz, la Topete la obligaba a dar de mamar a la niña durante la hora que se veían. Otro problema, porque a Angelita, como a todas, se le reventaban los pechos llenos de leche el resto del día y tenían que sacársela unas a otras como podían.

En su cuco, la pequeña Tere les resultaba fascinante a los dos niños. La niña presumía ante Luis.

—Es mi hermanita.

—Y mía.

—No y no. Es sólo mía, ¿a que sí, Mena?

Jimena asentía. Le hacía ilusión que Pepita la llamase Mena, porque le recordaba a sus dos hermanas pequeñas.

—Sí, cariño. Luis, es la hermana de Pepi porque se la ha traído la cigüeña a Angelita, la mamá de tu amiga.

—No, Mena. Mi mamá es *sita* María y mi papá, el padre.

Jimena tenía que disimular y pasarse una mano por la boca para evitar la gracia que le hacía que Pepi, para hilaridad de todas las presas, se empeñase en que la señorita Topete era su madre y el capellán de la prisión, su padre. Las presas se partían por las noches con aquellos chistes y las funcionarías intentaban apear a la niña de su creencia. Pero era difícil explicarle la diferencia entre el padre con el que debía dirigirse al sacerdote y el papá que ella ansiaba tener para que los demás niños no le dijeran eso, que no lo tenía.

Para colmo, doña María y el capellán acostumbraban, cuando hacía buen tiempo, a rezar el rosario juntos paseando por el patio y, de vez en cuando, el sacerdote —que ya vestía canas y una tonsura más que holgada— apoyaba la mano sobre la de la carcelera cuando le explicaba los misterios del Sagrado Corazón de Jesús.

Jimena pensaba en todas estas cosas mientras con un rostro lleno de dulzura tal que nadie hubiera podido adivinar que media hora antes había estado bañado en la más absoluta desesperación, observaba a los dos niños al pie del cuco, que competían para que el hermoso bebé les apretara sus deditos con fuerza.

Aquellos escasos ratos de normalidad momentánea saltaron por los aires cuando unas semanas después, una mañana en que las mujeres estaban en el taller de costura, escucharon el llanto desgarrador de una de las niñas. Angelita, que ya se había incorporado a la cocina, y Jimena supieron que era Pepi. Las dos se juntaron en la puerta del patio, donde las paró una funcionaria. La niña estaba tirada en el suelo, pataleando y tratando de pegarse y de arañarse, y de zafarse de las manos de otra guardiana que intentaba hacerse con ella.

—¿Qué coño le has hecho?, —se encaró Angelita con la funcionaria, ya talludita.

—Decirle que Teresita se ha muerto. ¿Qué querías? ¿Qué le dijera que se la has dado a la directora para que la adopten?

Angelita se mordió los labios mientras giraba sobre sus talones y volvió a la cocina sin mirar ya a la única hija que le quedaba. Jimena se puso blanca como el papel. Había visto cómo la Topete se empleaba a fondo para que las madres accedieran a enviar a sus hijos a los seminarios o a los conventos. Algunas incluso le rogaban que les buscara una plaza para sus chicos hambrientos en el Auxilio Social. Estaba harta de ver las despedidas de muchas compañeras, que se partían en dos el día que su hijo cumplía los cuatro años y se lo llevaban con las monjas o con los curas si no tenían un familiar cercano que se hiciera cargo de ellos. Y entre las políticas, las

familias de las presas estaban muy diezmadas por los fusilamientos o los encarcelamientos de la mayoría de los familiares. Luego estaba el hambre. Y la carga que las criaturas representaban para abuelos o hermanos, que, aunque en libertad, no dejaban de ser los perdedores de la guerra, miserables que se alimentaban de cáscaras de patatas cocidas mientras soportaban el desprecio o las vejaciones de los falangistas en sus pueblos.

Pero Angelita… Si Jimena no tenía mal entendido, el padre de Teresa se había prestado a reconocerla. No era como el de Pepi, un señorito de familia bien de Valdemorillo con un buen negocio en El Escorial. Todo eso lo sabía por su propia amiga, a la que tenía tanto cariño.

Mientras Trini, que había bajado de la enfermería, trataba de calmar a la niña con otra funcionaria —no había problema, los tacones de la Topete y el silencio que dejaba a su paso la anunciaban ya por el pasillo—, Jimena salió corriendo hacia la cocina en pos de Angelita.

—¿Cómo has podido? ¿No tienes corazón, ni alma, ni nada?

—¿Y qué coño querías que hiciera? —Aquel taco era uno de los favoritos de Angelita para dirigirse a las carceleras, pero era la primera vez que lo utilizaba para encararse con su amiga—. Mi madre no puede tenerla. No quiere saber nada de mí desde hace tiempo. Tú eres muy lista, tienes sólo uno y un cuñado que te envía de todo, y te esperan fuera. ¡Pero yo no soy buena madre! Te lo he dicho desde que nos conocemos.

—Te arrepentirás toda tu vida, Angelita.

—¡De lo único que me arrepiento es de no haber dado también a Pepi en adopción!

Angelita no se dio cuenta de que la Topete estaba detrás de ella con Pepi aún sollozando entre sus brazos, sin aceptar los caramelos que la directora trataba de meterle en la boca, que aún sorbía los mocos y las lágrimas.

—¡Jimena Bartolomé, vuelva usted al taller! Dejen de haraganear.

—Yo no haraganeo. —Y Jimena giró sobre sus zapatos, sosteniendo la mirada a María Topete y sin despedirse de Angelita.

Ni siquiera prestó atención al «¡insolente!» que la directora lanzó a la sordina. Si hubiera visto la ferocidad en la mirada de la carcelera, se habría asustado. Pero a Jimena se le iban escurriendo las lágrimas por el pasillo. ¡Cada día estaba más blanda!

5

Eran las siete y media de la mañana. Las presas de la maternal de San Isidro salían de la capilla tras la misa de primera hora. Iban camino de la cocina, donde se repartía una especie de aguachirle hecho con achicoria, pero a Jimena no le importaba. El aroma de la raíz de la achicoria tostada siempre le recordaba a sus padres, que a esa misma hora estarían sentados en el escaño de la cocina de su casa, en el pueblo, ajenos por completo a las desdichas de su hija.

Su madre estaría pendiente de que la leche no subiera demasiado y de que la nata no se le pegara en la placa, mientras su padre esperaba detrás a que su mujer retirara el cazo, con el gancho de la lumbre en la mano y dos trozos de leña de pino, para atizar la bilbaína, toda reluciente gracias a las uñas que sus hermanas se dejaban con la piedra sobre la placa. La achicoria ya estaría servida en la mesa, con la manguilla amarillenta volcada en el puchero. Veía perfectamente el pan negro sobre el hule y un trozo de manteca de cerdo para untar.

La visión del pan con manteca le despertaba los jugos gástricos y el olor de la achicoria la transportaba hasta sus padres mientras sus ojos se inundaban de agua. Pero siempre estaba Trini a su lado, que le daba un codazo al sentarse y al coger la taza de lata entre las manos de dedos larguísimos. Los estiraba bien, abrazando el cacharro, para calentárselos en un intento de transmitir un poco de ese calor —escaso ya, porque se enfriaba con un soplo— al resto de su cuerpo. Llevaban la humedad metida en los huesos desde hacía muchos meses. Las dos hermanas de cárcel charlaban para disipar las primeras nostalgias del día antes de marchar una a la enfermería y la otra al taller.

Una funcionaria tocó a Jimena en la espalda.

—Jimena, hoy no vas al taller. Tienes que recoger tus cosas. A las nueve debes estar en la puerta principal. Te vas.

—¿Cómo que me voy? ¿Cómo voy a recoger mis cosas y las de mi hijo en hora y media? ¿Qué me está diciendo?

—Que yo sepa, te vas tú sola. Te trasladan. Son órdenes de la Topete.

Jimena se había ido levantando poco a poco, con una cara pálida que tan pronto se tornaba roja para luego volver a mostrarse cadavérica. Había pasado una pierna por encima del banco y tenía la otra aún debajo de la mesa. Trini la sujetaba de un brazo.

—¿Y mi hijo? A mí no me trasladan a ningún sitio sin mi hijo.

Su voz iba subiendo de tono mientras veía que otras dos guardianas ya estaban en las puertas del comedor, donde se había hecho un silencio sepulcral. Los pocillos de latón y las latas desportilladas habían dejado de sonar y reposaban sobre las largas mesas de aquel siniestro lugar, cuya única decoración en las paredes eran las manchas de humedad.

Algo espeso se respiraba en aquella sala mientras las otras dos funcionarias iban acercándose a Jimena, que sólo sentía en su cuerpo fuego y la mano de su amiga Trini, ahora sujetando con fuerza la suya.

Jimena paró en seco a las dos guardianas mientras Trini se ponía de pie y arrimaba el hombro al de su amiga, sin soltarla de la mano.

—No me toquéis. Ni se os ocurra tocarme, porque os mato. No voy a ninguna parte sin mi hijo. Quiero ver a la Topete.

—No puedes. No tienes tiempo.

Una buena parte de madres se habían ido agrupando alrededor de la mesa, donde las otras mujeres estaban ya de pie, como Trini y Jimena.

—Tengo todo el tiempo del mundo. Que baje aquí. Quiero irme con mi hijo.

—Lo vas a empeorar todo, Jimena. Recoge tus cosas, por favor. No nos lo pongas más difícil —terció una de las funcionarias mayores a la que las presas tenían más respeto. Era funcionaria de prisiones de verdad y las trataba como personas.

—Mi hijo. La única cosa que tengo que recoger aquí es mi hijo.

A un gesto de la jefa de servicios, la primera que había llegado para darle la noticia, otras dos funcionarias dieron un empujón a Trini, agarraron a Jimena cada una por un brazo y, con un movimiento hábil y rápido, tan rápido que no dio tiempo a que lo viera la mayoría de las presas, colocaron en las muñecas de Jimena unas esposas que parecían viejos grilletes. Trini lanzó un grito animal.

—¡Hijas de puta, no es una fiera!

La comadrona se tiraba hacia las funcionarias, pero ya tenía a otras dos encima de ella que le doblaron los brazos a la espalda, retorciéndoselos, y obligándola a intentar arrodillarse. Un sonido sordo se extendió por todo el comedor. Eran los pocillos que golpeaban, amenazantes, sobre las mesas.

—Hijas de puta, hijas de puta… ¡Soltadla, cerdas! —gritó.

Angelita entró despavorida desde la cocina. Al principio no entendió qué pasaba, hasta que vio a Jimena en el suelo, pataleando y gritando.

—¡Mi hijo! ¡No me quitaréis a mi hijo! ¡Lo quiere esa bruja! No, no, no…

Jimena estaba golpeándose la cabeza con las patas del banco en el momento en que Angelita se tiró al suelo para sujetarla contra su pecho.

—¡Jimena! ¡Te vas a matar!

—¡No les des ese gusto, Jimena! —gritó Trini, con las manos atadas a la espalda, en medio de otras dos carceleras.

Nadie sabía cómo, pero entre aquella algarabía, todas oyeron los tacones bajos y cuadrados. María Topete entró en el comedor y, con un rápido vistazo, se hizo cargo de la situación. Los pocillos dejaron de chocar contra la madera y Jimena, sacando fuerzas de donde nadie sabía, se deshizo del abrazo de Angelita, que le acariciaba la cabeza. Trató de incorporarse, pero las funcionarias la obligaron a permanecer en el suelo. Una tenía clavadas las rodillas sobre las piernas de Jimena y otra le puso el pie en el cuello, lo que no impidió que todas escucharan sus roncas palabras.

—¡Quiero a mi hijo! ¡Usted no es más que una vulgar ladrona de hijos! Una bruja amargada que no los ha podido tener. Usted es un animal sin sentimientos, una loba de colmillos podridos y un día alguien se los partirá. ¡Quiero a mi hijo y que Dios la maldiga si no me lo da!

La piel blanca y habitualmente traslúcida de la Topete se hizo más traslúcida aún. Por un momento, las presas pudieron ver la mirada de ferocidad que unas semanas antes se le había

escapado. Comprendieron que su compañera lo tenía todo perdido y la que más rápido lo entendió fue Trini, que intentó de nuevo zafarse de las dos mujeres que le retorcían los brazos. De su garganta sólo salió un alarido:

—¡Le juro que esto lo va a pagar!, —atinó a espetar a la Topete, rodeada de carceleras y de tres guardias de los que vigilaban la puerta, que habían entrado en el comedor atropelladamente.

—Llévensela a la puerta. Sujétenla allí. Está a punto de llegar el camión —fue todo lo que la Topete pronunció mientras clavó su gélida mirada en Jimena, que seguía en el suelo, tumbada de lado, con una funcionaria sobre sus rodillas y otra agarrándola por la cadena que unía sus muñecas y alejando las manos de la boca de la presa para que no le mordiera.

En esa mirada, y desde el suelo, con los ojos bañados por las lágrimas que no dejaba que le resbalaran por la cara, Jimena pudo ver el odio y el miedo que le tenía María Topete. Durante unos segundos, una sensación de triunfo calentó su alma. Había dicho algo que había dado de lleno en la diana. Era una ladrona de niños, una ladrona del amor de las criaturas ajenas, porque ella, aquella mujer de la cual Jimena pensaba que tenía el alma helada, jamás podría tener el amor de nada ni de nadie, y jamás tendría a ningún hombre ni a ningún niño que fueran auténticamente suyos.

Mientras la arrastraban hacia la puerta, Trini sollozó por primera vez en años y siguió insultando a las funcionarias.

—Llevadla de pie, hijas de puta. —Esto le costó otro retorcimiento furioso de sus brazos y otro largo lamento.

Mientras, se oía la voz de Angelita, más sumisa, que rogaba a la Topete:

—Señorita Topete, por Dios, no se la lleven así.

Angelita pedía con la cara bañada en lágrimas y lanzando unos gemidos que quizá había oído a las plañideras que los ricos pagaban para llorar en los entierros de su pueblo. Siempre cobraban más que su madre, la propia enterradora. Jimena logró incorporarse sobre sus maltrechas rodillas, haciendo fuerza con los brazos en las dos mujeres que la arrastraban por las axilas. Ya en la puerta del comedor, tambaleándose y agarrándose con las manos esposadas a uno de los quicios, lanzó su última sentencia a la Topete:

—¡Jamás nunca conseguirá el amor de mi hijo! ¡Ni el de un hombre! ¡Qué Dios, el demonio, la Virgen y todos los santos la maldigan, porque saben que usted es una hiena que utiliza el crucifijo!

Un tortazo de la jefa de servicios cruzó la cara de Jimena, que por primera vez en su vida escupió en el rostro a alguien. Después, lanzó otro salivazo a la Topete. Lo último que recordaría durante mucho tiempo fueron los ojos de Trini, de los que, para su asombro, manaba agua en abundancia, y los gritos de Angelita pidiendo a la Topete:

—¡No la traten así, que es un trozo de pan!

Los guardias y las dos funcionarias la arrojaron a la parte trasera de un camión, donde tres mujeres vestidas y pintadas de forma más o menos escandalosa —Jimena no necesitó que nadie le dijera que eran prostitutas— la acogieron, y, con un pañuelo que olía a pachuli, una de ellas intentó restañarle la sangre que le brotaba del labio partido. Nunca supo cuánto duró el viaje, y tardó días en interesarse por saber dónde estaba.

6

A los habitantes de la población toledana de La Calzada de Oropesa no les gustaban aquellas mujeres presas que, cada mañana, en fila y con un cubo en cada mano, iban a coger agua a la fuente del pueblo. Las vigilaba la pareja de monjas oblatas que, con las manos escondidas bajo el hábito negro, sólo dejaban ver sus caras, enmarcadas por las tocas blancas.

Aquellas mujeres no les gustaban porque estaban sucias. Era lógico, disculpaban los más viejos y benévolos, pues más de quinientas presas sin agua y en aquel convento a medio restaurar, que había quedado en ruinas tras la guerra, sólo podían estar hechas un asco. Pero, sobre todo, no les gustaban porque eran putas. Era verdad que algunas no tenían esa pinta. Y también que eran las menos las que miraban con cara picara a algún viejo que calentaba los huesos al sol, al que sacaban la lengua o hacían un guiño descarado, para espanto de las monjas que las vigilaban.

La mayoría de ellas, vestidas con bata color ratón, zapatos rotos y calcetines las que los tenían, miraban sin levantar la vista del suelo, como si estuviesen avergonzadas. Con la experiencia que dan los años, una guerra y una posguerra que les estaba matando de hambre, aquellos viejos podían distinguir quiénes eran las putas encerradas hacía poco de las que llevaban mucho tiempo en prisión. Las primeras estaban más gordas, mantenían los rizos y las ondas de sus melenas a lo Jean Harlow, aunque nunca lograban el rubio de la admirada actriz americana. Las segundas estaban más flacas, no levantaban la vista del suelo por vergüenza, tenían el pelo ralo, ronchas de sarna y las caras patibularias. En muchos de los casos, había sido la guerra o la posguerra, el hambre de sus hijos o de sus viejos, los fusilamientos del padre, del marido o el hermano lo que las había llevado a hacer la calle. Por eso, aquellos viejos de solana que habían visto tanto, cada mañana observaban callados, frente a los aspavientos y la cantidad de santiguados que se hacían las beatas del pueblo, que, cubiertas con el velo negro y el misal contra el pecho, salían para la misa de nueve. No eran las únicas. Camino de la escuela, las madres tiraban a sus hijos de la mano para que no se detuvieran a decir inconveniencias tales como: «¡Qué sucias están!» o «¡qué mal huelen!».

Aquella mañana había una presa que sobresalía entre las otras. Era de las más altas, flaca, aún joven —aunque la mayoría estaban tan machacadas que era difícil calcular su edad—, con un cuello largo y un perfil hermoso, de nariz perfecta, el pelo rizado y cortado un poco a lo chico, aunque tenía los pómulos hundidos y unas profundas ojeras le entristecían las facciones.

Llamaba la atención porque estaba rígida. No miraba ni arriba ni abajo. Su cabeza se sujetaba al frente, sin girar a ningún lado, o quizá miraba al infinito, algo que extrañó a los viejos de la plaza. Las mujeres, aunque miraran para abajo, aprovechaban el viaje a la fuente para observar a escondidas la vida del pueblo. Muchas de ellas llevaban años sin pisar las calles. Algunos de aquellos ancianos lo sabían por experiencia. Rara era la familia que no tenía algún allegado, cercano o lejano, en la cárcel.

A la mujer que miraba al infinito le tocó el turno para poner los cubos debajo del caño, pero no se movió. Tuvo que ser empujada por la presa que iba detrás, que la avisó de que la monja ya se acercaba a ellas. La chica estaba totalmente ida, como atolondrada. Sin expresión y sin ver a su compañera, la escuchó como si le costara entender lo que le decía. Por fin, ayudada por otra, metió el asa del cubo en el caño y apretó fuerte.

Al brotar el agua, Jimena soltó las asas de golpe y mojó sus manos en aquel chorro abundante y con presión que sonaba como las caceras de su pueblo, como la fuente de enfrente del ayuntamiento. Era el primer chorro de agua auténtico que veía en tres años. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se inclinó para meter la cara y la cabeza debajo del caño, pese al frío de la mañana y ante el asombro de las monjas y de sus compañeras.

Unas manos fuertes la apartaron.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loca? —le gritó una monja—. Llena los cubos y vuelve a la fila si no quieres otro castigo.

Otro castigo. En las semanas que llevaba en aquel convento siempre había estado castigada, en la capilla, de rodillas, durante horas y horas. No podía explicar que era incapaz de estar de pie, que no quería comer, que no quería hablar, que no quería gritar, ni dormir, ni respirar, ni vivir. Que sólo quería morirse en un rincón como la vieja perra trujillana de su padre.

Sólo cuando el día anterior una de las presas políticas que hacían las tareas administrativas y ayudaban a las monjas, pero con buen cuidado de no mezclarse con las prostitutas, entró a su pasillo de celdas desnudas y heladas buscándola, para entregarle una tartera, Jimena resucitó. Sabía lo que significaba aquella tartera de latón. Dentro venía un minúsculo trozo de pan negro, pero en el doble fondo encontró una carta de letra diminuta. Se incorporó en el jergón y dobló el petate para pegarse al ventanuco de la celda y capturar el rayo de sol que entraba.

Luisito está bien. Angelita o yo aprovechamos la hora para hablarle de ti. Angelita más, porque juega con él y con Pepi. He enviado nota a Ramón. Pronto saldrás de ahí. No puedes estar más de tres meses sin hacer papeles. Atenta a la información de esta compañera. Levántate por todas Trini.

La compañera se llamaba Serapia y esperaba a la puerta de la celda. Recuperar la tartera era primordial y ver la reacción de Jimena, también. Tenía que contestar a su cantarada, tal y como le habían pedido desde San Isidro y desde Ventas, donde las mujeres del PCE estaban ya bien organizadas. A Serapia le bastó ver la expresión de Jimena para comprender que había entendido y que algo se movía en su cuerpo. Un simple pestañeo, una caída de ojos y una mueca por sonrisa que descubrieron unos dientes blancos y perfectos, algo que no dejó de asombrar a la comunista, acostumbrada como estaba a ver entre las prostitutas dentaduras destrozadas por el bismuto. Aquella chica no tenía pinta de puta. Debía de ser de las ocasionales, de las que no había podido resistir el hambre o la presión. A saber. Serapia era más tolerante que sus camaradas desde que estaba allí. Había oído historias brutales. ¿Quién no se acostaba con un asesino si se trataba de salvar a tu marido o a tu hijo del paredón? Una caída más por culpa de aquella asquerosa dictadura.

—Habrá más —le susurró Serapia, que recogió apresurada la fiambrera de la mano de la muchacha al oír los hábitos que se acercaban, arrastrándose por el pasillo.

Aquel día fue el primero que Jimena acudió a la cola del rancho de la cárcel reformatorio de La Calzada de Oropesa, donde centenares de mujeres estaban encerradas por ejercer la prostitución. El antiguo convento, ahora hacinado, pretendía ser una muestra más de la buena disposición del régimen para redimir también a las descarriadas. De nuevo, el director de Prisiones, el general Máximo Cuervo, y el cura Martínez Colom, el amigo de la Topete, de Acción Católica —la organización hacia la que la carcelera más se inclinaba—, ofrecían muestras de la magnanimidad para con las pecadoras al poner en marcha el Patronato para la Redención de Penas de las Mujeres Caídas.

Al día siguiente de recibir la nota de Trini, Jimena pudo sostenerse de pie, sonámbula pero de pie, y marchó con sus compañeras a por agua. No fue consciente de lo que le estaban haciendo, de adónde la habían arrastrado su suegra y la carcelera, hasta que sintió el ruido del agua clara correr en sus manos, el chorro de la fuente en la cara, que la transportó hasta los recreos infantiles en la escuela de Rascafría. Sus lágrimas volvieron a brotar porque su hijo nunca había visto correr el agua en sus tres años de vida. Y se lo habían robado.

7

Desde que se marchó de la casa de Don Ramón de la Cruz y se llevó a Vicenta a otro piso alquilado, esta vez en la plaza del Conde de Barajas, muy cerca de la Nunciatura, de la Puerta del Sol y de las pañerías —podía ir a trabajar al almacén y a su oficina de la esquina con Correos andando y no corría el riesgo de toparse con doña Elvira—, Ramón esperaba el golpe de gracia de su madre y de la Topete. En cuanto descubrió el encuentro de Sevilla, supo que algo estaban tramando. Y ese algo era contra Jimena y su sobrino.

No se había estado quieto. Había vuelto a importunar de nuevo a su amigo de Gobernación, ahora un altísimo cargo de la Dirección General de Seguridad, para sacar a su cuñada y al niño de la maternal, pero sin resultado alguno. Aunque algo sí había sacado en claro. Su poderoso amigo le había confesado que el mismísimo general Cuervo le había insistido en que para sacar a esa muchacha de la cárcel tendría que fulminar a la misma Topete, algo que no estaba en las manos ni del propio director de Prisiones. María era respaldada no sólo por doña Carmen Polo, sino por las mujeres de los empresarios y la aristocracia del norte y del sur, que encargaban a las prisiones los ajuares de bautizos, de bodas o de comuniones para sus hijos o nietos: ropas de cama y mesa, encajes de bolillos, cortinas, sábanas, colchas, toallas de hilo de finas vainicas. Las aristócratas estaban entusiasmadas de poder contribuir a la causa para redimir a los niños y a las mujeres descarriadas.

Además, las grandes damas se peleaban por invitar a las hermanas Topete. A María, por su cargo y porte; a Blanca, por su distinción y simpatía; a Amalia, Josefina o Rosita, porque en aquel Madrid de hábitos, tener uno a tomar el café y a rezar el rosario, vestía mucho, muchísimo.

A cambio, esas señoras entregaban donativos importantes para el funcionamiento de las cárceles. La Topete había logrado montar un negocio con los bordados y los cosidos que, además, permitía a las presas ganar algo de dinero. Era el mismo sistema que el del Patronato para la Redención de Penas para los presos políticos. De esa forma se estaban reconstruyendo las infraestructuras del país y hasta el mausoleo del Generalísimo, en el Valle de los Caídos. De paso, les descontaban unas pesetas para pagar su manutención, porque eran cientos de miles los hombres y mujeres los que pagaban sus pecados republicanos en centenares de prisiones. Y María Topete era un puntal intocable en cuanto a las mujeres se refería.

Con todo, Ramón no se había dado por vencido. Visitó a dos abogados, que seguían trabajando en el asunto, buscando las fórmulas más variopintas para rescatar a Jimena y a Luisito. Desde adoptar al niño hasta pedir un permiso especial para casarse con Jimena —ya vería luego cómo lo deshacían en cuanto encontraran a Luis—, puesto que el matrimonio civil, cuyos papeles él había encontrado en el piso de Pontejos, no era válido para las autoridades. Pero ninguna de las dos fórmulas era viable sin un gran enchufe y mucho dinero. La corrupción estaba a la orden del día, no sólo en el estraperlo de mercancías, sino en todo lo que fuera conseguir avales, certificados de buena conducta, documentos de servicio militar en la zona nacional e

incluso honores y medallas de guerra. El dinero no era problema porque había conseguido dos grandes contratos con el ejército para entregar capas y pantalones uno, y de suministro de mantas el otro. Le sobraba el dinero, incluso aunque iba apartando religiosamente la mitad para su hermano, Jimena y el niño.

Pero, de momento, ni él podía adoptar como soltero ni podía intentar sacar a Jimena y a Luisito con el argumento de que se casaba con ella. El matrimonio civil de la República era un obstáculo. La Iglesia católica jamás les casaría, a no ser que pudiera demostrar que su hermano estaba muerto y Jimena fuera viuda. Y sin boda católica no había adopción posible, además de que, con un expediente carcelario como el de Jimena, nadie le iba a dar un niño en adopción.

Todas estas cuitas le mareaban la cabeza un domingo por la mañana mientras mareaba también un café con la cucharilla y saboreaba unos churros. Desde que había sido autorizada su venta dos días a la semana, se había reconciliado con el desayuno. En La Mallorquina pagaba a diez céntimos el churro. Un lujo, aunque sabía que de Cuatro Caminos para arriba o de Atocha hacia abajo, se podían conseguir por cinco céntimos. La harina era un manjar en aquella capital de posguerra en la que la autarquía económica estaba arruinando el país, tal y como él comentaba con algunos de sus principales suministradores de paños y lanas.

Mientras desayunaba, estaba echando un vistazo al *ABC* y aún mantenía en su cara la sorna motivada por la noticia que acababa de leer. Glosaban el poema del poeta oficial del régimen, José María Pemán, que los niños repetían en la escuela, además del *Cara al sol*, el *Oriamendi*, los rosarios y demás parafernalia. Leyó dos veces la estrofa para convencerse de en qué país vivía.

> *Cuando hay que consumar la maravilla de alguna nueva hazaña, los ángeles que están junto a su silla miran a Dios y piensan en España.*

Sujetaba el churro en la boca intentando disimular su triste sonrisa por la brillante intelectualidad del país cuando observó que el camionero amigo de Angelita entraba en la cafetería y se dirigía directamente a su mesa.

—Perdóneme, don Ramón. Ha habido suerte y está usted aquí. Tengo un recado urgente de Angelita para usted desde ayer, pero se me complicó mucho el día y tuve que ir fuera de Madrid, más allá de Álava. Por la noche ya no sabía dónde localizarle y esta mañana he pensado que quizá los domingos también desayunaba aquí.

—¿Qué recado es ése? —Ramón refrenó su ansiedad—. Pero, siéntese, hombre, ¿quiere usted un café?

—Gracias, don Ramón. Se agradece. Salen unos olores de aquí a la calle que le recuerdan a uno el hambre que pasamos.

Ramón hizo una seña al camarero y pidió otro café y unos churros para el chófer.

—Y bien, ¿qué es eso tan urgente?

—Se han llevado a su cuñada a otro sitio. Ya no está en la maternal. Angelita me dijo que le dijera que se la han llevado a un convento que hace de cárcel y de reformatorio de mujeres de la vida en La Calzada de Oropesa. Eso está en Toledo, ya le digo. Por lo visto, la Trini ha sido la

que se ha enterado, porque también las monjas han pedido presas políticas para que las ayuden, aunque ya sabe usted que las comunistas no quieren saber nada de las piculinas.

Ramón tardó unos segundos en procesar lo que le estaba diciendo. Después, un puñetazo en la mesa hizo saltar la taza y el plato por los aires, dejando perplejo al camarero, que venía con la bandeja y el nuevo café con churros, y poniendo perdidos el jersey y el pantalón del chófer, además de su propia chaqueta y camisa.

—Don Ramón, cálmese, que estamos enfrente de ya sabe usted dónde —le susurró el camionero, mirando hacia la Dirección General de Seguridad al tiempo que se ponía de pie y se sacudía como podía.

—Perdone, Felipe —se disculpó Ramón ante el camarero—. Este amigo me acaba de anunciar una desgracia de un familiar. Tráiganos algo con que limpiarnos. Mire, mejor nos trasladamos a aquella mesa. Póngame otro café, por favor.

Cuando se sentó en el velador que daba a la acera de la calle Mayor, Ramón había recuperado ligeramente el color. Comenzó a hacerle al hombre todas las preguntas posibles, pero de interés sólo pudo añadir que la habían sacado sin el niño. El niño se quedaba con la Topete, pero sabía que Angelita jugaba todos los días con su Pepita y Luisito y le susurraba el nombre de su madre. Así había insistido Angelita que se lo transmitiera.

Ramón pagó rápidamente los cafés y la excelente propina que siempre daba al camionero, que en los últimos años le había ayudado en más de una docena de ocasiones gracias a su lealtad para con Angelita. En el mundo aún quedaba gente honrada o leal a algo, porque Ramón sabía que por muy buena que fuera la propina, aquel tipo se la jugaba si se enteraban de que trapicheaba con la información de las presas. Pero necesitaba salir corriendo de allí o le vomitaría encima y entonces tendría que explicar a Felipe y al mensajero —nunca quiso preguntarle el nombre— lo importante que era para él aquel familiar tan querido y su sobrino.

A última hora de la mañana, tras pasar tres horas tirado en la cama y sin ganas de moverse para preocupación de Vicenta, decidió que se iría ese mediodía. Ya buscaría dónde dormir, pero hasta ese pueblo, con su coche recién adquirido —un auténtico lujo en aquellos tiempos— no podía tardar mucho. Era consciente de la preocupación de Vicenta, que obstinadamente seguía manteniendo el cubierto y la mesa puesta, pero él era incapaz de probar bocado.

La vieja criada no le dejaba ni a sol ni a sombra en aquel enorme piso, con siete balcones a la plaza del Conde de Barajas, un lugar recoleto pero continuamente atravesado por altas jerarquías de aquel clero todopoderoso, camino de la Nunciatura.

—Vicenta, dóblame una camisa y una muda, por favor.

—¿Adónde va? ¿No me va a decir qué pasa?

La fámula le había apeado del «señorito», pero era incapaz de volver a tutearle, salvo en momentos muy especiales. Ramón miró su noble cara, marcada por las arrugas y la preocupación. Sabía que aquella mujer daría la vida por él y por Luis, por ver de nuevo a Jimena en casa y por conocer al niño. No quería que sufriera más. La necesitaba. Era lo único que le quedaba en la vida, alguien que, mientras desayunaba o comía, cuando agachaba la cabeza para esconder el dolor ante su mirada escrutadora, aún se permitía acariciarle la nuca con sus bastos dedos deformados de tanto fregar. Y Vicenta conocía su tormento, su culpa, su contradicción, su pecado, su dolor gracias a la indiscreción de su madre.

—Tú no tienes la culpa. Estas cosas suceden, hijo, y uno es dueño de la razón, pero no del corazón —le había dicho una noche cuando la despertó con sus gemidos de adolescente y le descubrió borracho y acurrucado en el salón.

Le mimó igual que cuando era pequeño y Luis le asustaba por la noche con el hombre del saco y el demonio. Vicenta se colaba en su cuarto para reñir al mayor, ocultando su risa mientras acurrucaba al pequeño. Aquella noche la criada olvidó el usted mientras pasaba las manos por la cabeza de aquel hombretón y le acomodaba en su regazo como si fuera el niño de antaño.

Pero Ramón no sólo lloraba por él, por el asco y el dolor que se daba y sentía, sino por Jimena, por el niño, por su hermano, por su padre, que tuvo la suerte de marcharse antes de ver en qué se había convertido la vida en ese puto país en el que tener libros en casa le convertía a uno en sospechoso. Eso también lo adivinaba Vicenta.

Por eso, y porque pensó que la anciana debía saber adónde iba por si le pasaba algo, le contó la verdad.

—Voy a Toledo, a un pueblo que se llama La Calzada de Oropesa. Han encerrado a Jimena allí, en una cárcel o reformatorio, lo mismo da, que es para putas.

La pobre mujer se sentó en el borde de la silla de la cocina. Apoyó el codo en la mesa y se sujetó la frente con la mano. Durante unos segundos permaneció callada. Cuando habló, de nuevo tuteó a Ramón.

—Perdóname, hijo, pero conozco a tu madre desde que se casó con tu pobre padre, y nunca tuvo muchas luces. Tu padre se enamoró de una carita mona y de un cuerpecito entonces gracioso, unos labios y unos ojos siempre bien pintados y oliendo bien, además de unas buenas… —Vicenta hizo el gesto, poniéndose las manos delante de los pechos—. Los hombres sois así, pero enseguida se dio cuenta de que muchas luces no tenía. A tu padre eso no le importaba. En la Institución estaba rodeado de mujeres demasiado listas y puede, digo yo, que menos femeninas. Ya sabes, tiran más dos tetas que dos carretas. Te digo esto porque tu madre es mala por ruin, pero ella no tiene cabeza para haber tenido la idea de mandar a Jimena a un reformatorio de mujeres de mala vida. Es tu madre y siento decirte esto, pero creo de verdad que es así. Es una jugarreta demasiado astuta para su torpeza.

Una vez más, Ramón se admiró de la inteligencia y la sabiduría de la criada. Él ya había reparado en eso a lo largo de todo el día, desde que se tiró en la cama, destrozado y tras echar la vomitona con el café y los churros de diez céntimos. En la penumbra de su cuarto, gimiendo como un niño impotente a veces, como un animal herido otras, comprendió que tenía que haber sido María Topete quien había ideado aquella historia. Una mujer que ha pasado por la cárcel de Ventas y San Isidro, y en cuyo expediente también figuraría un reformatorio de prostitutas, quedaría marcada de por vida. Por un momento se preguntó cómo habría evolucionado la mente de su hermano Luis. Si algún día apareciera, ¿sería capaz de entender que todo aquello era una gran mentira, una patraña para arruinar la vida de una muchacha de pueblo cuyo delito había sido amar a un señorito comunista? Habían pasado tres años desde que Luis había salido por última vez de su casa de Pontejos.

Sin pausa, y tras abrazar a Vicenta, que aún trató de preguntarle qué iba a hacer exactamente cuando llegara a aquel pueblo, se despidió de la anciana, rogándole que no le esperara. Iba dispuesto a dormir en el pueblo, a esperar a la madrugada a que alguna monja —el último detalle que le dio el camionero de parte de Trini es que era un convento cárcel que llevaban monjas

oblatas— saliera a maitines o a lo que fuera, porque él tenía que entrar allí y deshacer con la superiora aquel tremendo entuerto. Puede que las monjas no supieran de la maldad de su madre y la Topete.

Llegó al anochecer. Era imposible que una berlina Citroën negra, recién adaptada al gasógeno, con una caldera que pistoneaba de lo lindo, pasara inadvertida en aquel lugar. El gasógeno era el invento de Franco para disimular el bloqueo del petróleo y la consiguiente falta de gasolina. Por La Calzada de Oropesa debían de pasar, además del coche de línea y algún camión, dos o tres automóviles al día como mucho, y seguro que sólo uno que aparcaba en la plaza y cuyo señorito —porque por la pinta era sin duda un señorito, con americana y sin corbata, pero sí con sombrero— entraba sin reparos en la única tasca del pueblo.

Pidió un anís El Mono con agua —una pajarita— al que supuso que era el dueño, el hombre que había tras la barra, y se quedó un rato observando a los paisanos que echaban una partida de mus. En otra mesa, rodeada de banquetes de color abetunado y ya bien gastados, otro grupo de parroquianos estaban pendientes de una partida de dominó, aunque Ramón sabía que de lo que estaban pendientes era de su persona. No bajó el tono cuando se dirigió al hombre de detrás de la barra.

—¿Cómo puedo ir hasta el convento ese, hasta el reformatorio?

—Es el convento de las agustinas recoletas. Mejor dicho, era. Pero ¿a estas horas? Además, las monjas no dejan entrar a nadie. Perdone, a no ser que sea usted un inspector o algo.

Ramón sabía ya que lo que el hombre quería era chismorrear. Tan sólo tenía veintisiete años, pero los últimos seis habían supuesto la más rápida y triste carrera a la que un joven podía aspirar. No había ido al frente, porque había utilizado su prerrogativa de hijo de viuda —ahora en cierto modo se avergonzaba— y porque era un descreído, al contrario que su hermano. Después, el deseo de mantener a flote el negocio familiar le había disuadido, pero había tratado con tal calaña de comerciantes y estraperlistas que se había licenciado en saber nadar y guardar la ropa. Eso sí, no le había servido para salvar a las dos personas que más quería en este mundo.

—No, no. Iré mañana, desde luego. Pero, dígame por dónde puedo ir, si hace el favor. Daré un paseo. ¿Alguien alquila camas en este pueblo?

—No abundan las visitas, pero mi mujer es la que suele poner a disposición de los viajeros un par de cuartos. Es que ésta es la única tasca. ¿Quiere usted una tajada de lomo de la matanza? Es de la olla. Hemos guardado después del hornazo. El primer año que hemos hecho matanza desde la guerra.

A menos de doscientos kilómetros de Madrid ya había matanza. El hombre tenía ganas de hablar para que le oyeran los parroquianos lo bien que se desenvolvía. O quizá era sólo hospitalidad y él ya no creía en esas cosas. Había pensado echar una cabezada en el coche hasta que las monjas tocaran a maitines, pero comprendió que la brigada de la guardia civil no le hubiera dejado en paz y habría despertado sospechas. Bastante había sido llegar con el coche.

Escuchó las indicaciones del tabernero para bajar hacia el sur del pueblo y se marchó, no sin antes preguntarle a qué hora cerraba, pues tenía que enseñarle dónde estaba la habitación.

—No se preocupe. Recojo tarde. Mientras barro, pongo las banquetas en la mesa y preparo las copas del aguardiente para las seis, nunca me acuesto antes de las doce o doce y media. Los dos cuartos están subiendo por esa misma escalera, encima de la taberna. Le diré a mi mujer que le prepare el mejor.

Ramón deambuló por el pueblo hasta que llegó a la puerta del convento y sus tapias de más de tres metros. No había luz —la superiora ya se había quejado de que sólo tenían electricidad dos horas al día— y por algunos de los ventanos enrejados, de vez en cuando, se atisbaba el temblor de una vela. No eran ni las nueve de la noche y el silencio rodeaba el lugar. Una tenue brisa agitaba los olivos, y supuso que también las hojas de los castaños o los fresnos que había en los prados, al fondo. Era noche cerrada.

Se recostó en una pared de piedra desde la que dominaba la inmensa mole del convento. La luna estaba en cuarto creciente y la noche era despejada, salvo alguna nube que la cubría, pero rápidamente el viento la alejaba, como si la media cara lunera inflara sus carrillos para arrojar a las tinieblas a quienes la molestaban. Era una imagen de algún libro que le había enseñado su padre. La luna soplando.

Jimena estaba a pocos metros de él, en aquel lugar tenebroso, con aquellos muros que él venía dispuesto a escalar para sacarla de allí en brazos, como los príncipes de los cuentos. Pero él sólo era un fracasado. El verdadero príncipe estaba lejos y el fracasado príncipe había dejado de cumplir su principal encargo, cuidar de la princesa, que ahora era mucho peor que una triste cenicienta. Pensó de nuevo que Jimena podía morir, recordó que el niño podía perderse en esa amalgama de seminarios, Auxilio Social y demás supuestas ayudas en las que sabía que tantos niños desaparecían. Niños de rojos. Se lo había preguntado a su amigo el de Gobernación. Serían buenos curas o soldados, o criados para casas bien. Algunos, incluso, adoptados de verdad por buenas familias.

Ya no podía más. Aquella carcelera y su madre habían ido demasiado lejos y él estaba dispuesto a tirar balas de cañón sobre aquellos muros, a derribar aquellas puertas, a arrancar aquellos barrotes de las ventanas. Pero ¿a quién quería engañar? Lo único que lograría sería montar otro escándalo, meter en más líos a Jimena e incluso a sí mismo, con una situación que comprometería la vida del niño y de ellos tres: la de Luis, si aún vivía, la de su cuñada y la de él. Estaba desesperado porque sentía que el tiempo se acortaba. Era fácil suponer lo pronto que Luisito se olvidaría de su madre y adivinó una parte de lo que Jimena estaba sintiendo en su alma.

El dolor de la muchacha de cuerpo enflaquecido, y, pese a todo, hermosa, se le hizo insoportable a Ramón, que sentía que le estaban sacando las entrañas con un hierro candente, que el corazón se le salía por la boca, mientras se recitaba a sí mismo: «Jimena se va a morir y el niño va a desaparecer…».

Metió la mano en el bolsillo para buscar el tabaco. Sacó un papel arrugado. Era el recorte del *ABC* con la foto de March y Matilde Reig. Por un segundo, la brisa suave en las hojas de los olivos le transportó a su infancia, a las lejanas vacaciones de verano en Burriana, a la casa de su abuelo el zapatero, a Luis y a él, en la plaza, sentados cada uno a un lado de Matilde Reig en unas incómodas sillas de tijera de madera mientras unos titiriteros intentaban que una cabra se subiera encima de un cubo.

¡Matilde Reig! A Ramón se le aceleró el pulso a la misma velocidad que cuando soñaba con Jimena y su sobrino. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? La amiga de la infancia de su madre había vuelto después de la guerra con su jefe, March, el gran banquero, el gran empresario del régimen, el hombre que había pagado el vuelo del *Dragon Rapide* desde Londres para recoger a

Franco y llevarle de Canarias a Tetuán para tomar el mando del ejército de África y confirmar el golpe militar.

Cuando volvió de Roma, con la guerra ganada, Matilde Reig, que siempre había sido tan cariñosa con ellos dos, se había pasado a preguntar por ellos después de que su padre hubiera muerto. Ahora era una de las mujeres más poderosas del país, porque todo Madrid y todo Mallorca, y las élites del poder de toda España sabían que Matilde Reig era la amante de don Juan March desde hacía años, aunque eufemísticamente, en aquella cínica sociedad, fuera conocida como «la secretaria de don Juan». Ella era la ayuda que necesitaba. Su último cartucho.

Estrujó el papel, se lo guardó y volvió a la tasca con pasos apresurados. El hombre tenía la puerta entreabierta. Le saludó y le pidió que le despertara muy temprano. En una brevísima conversación, con un diálogo tan bien llevado que Ramón no fue consciente de la lucidez que había adquirido en los últimos minutos, pudo averiguar que entre las ocho y media y las nueve las prostitutas salían en fila a por agua a la fuente del pueblo.

Se tomó el vaso de leche que la mujer del tabernero le había dejado en la mesilla e intentó conciliar el sueño. Le fue imposible. Por primera vez en tres años creía ver la luz al final del túnel. Una inmensa alegría le taladró el pecho, pero si lograba sacarlos a los dos, madre e hijo, ¿qué harían sin Luis? Sin saber qué había sido de su hermano, él nunca se atrevería a hablar de sus verdaderos sentimientos. La duda recorrió el mismo surco que había dejado el fogonazo de alegría.

A las cinco de la mañana estaba en la puerta del convento, ante el asombro de un padre y un hijo que, azadón al hombro, se dirigían a cambiar el riego de una acequia y se pegaron un susto de muerte al encontrar a un hombre a la sombra de los enormes muros del convento. Faltaban tres horas para que las presas salieran hacia la fuente, pero necesitaba moverse. Hacía frío, un relente que calaba los huesos, aunque no lo sentía. La ansiedad le corroía. ¿Y si Jimena no salía a por agua aquella mañana? Le habían dicho en el pueblo que había más de quinientas mujeres allí encerradas, en unas pésimas condiciones, aunque algún albañil local había hecho pequeños arreglos en el tejado para eliminar las goteras y tabiques de panderete para hacer más celdas. Con todo, no había agua suficiente y apenas luz. Fallaba continuamente el suministro. Lo único cierto que sabía era que las presas iban en procesión a la fuente, y más cerca de las ocho y media que de las nueve, porque así no se encontraban con las beatas de la misa.

El tiempo le devoró las uñas de las manos, los padrastros de los dedos, los brazos, que se frotaba como si tuviera frío, cuando en realidad todo lo que sentía era un enorme vacío en el estómago y un corazón que galopaba al menor síntoma de que algo ocurría en el convento. Apostado en la misma pared del huerto de la noche anterior, vio cómo titilaban las velas en las ventanas. Encendió uno, dos, tres cigarros para no asustar más al ganadero o al pastor que atravesaran el lugar. Tenía la cabeza tan despejada y esperanzada que hasta tuvo tiempo de apreciar el amanecer extendiendo su manto por los altos muros y la iglesia del convento, todo aún vestido con los restos de la guerra, aunque se notaban varios goterones de cemento reciente en algún trozo del muro y de las paredes.

Cuando se había quedado ensimismado con el sol ya en alto y una nube en forma de pico nevado, las puertas del patio chirriaron. Una monja toda de negro, arrastrando el hábito, las abría mientras otra sujetaba el candado y la cadena. Detrás, una fila de mujeres uniformadas con una

bata de color indefinible cuchicheaba entre ellas, para irritación de las hermanas. Salieron despacio.

Ramón no podía ni respirar. Tenía los ojos clavados de tal forma en aquella hilera de hormigas que pasaban a cinco metros de él que ni siquiera fue consciente de la enorme sorpresa y atención que suscitaba.

Algunas de las mujeres, más descaradas, le miraron de arriba abajo e incluso esbozaron un mohín con los labios. La mayoría iban con la cabeza gacha, el pelo recogido o muy corto y sólo parecían interesarse por los zapatos impecables del hombre, pese al polvo y el pantalón de raya arrugado. La vio. Iba recta como una estaca tallada, sin mirar a ningún sitio. No pudo remediarlo. Tiró el cigarro y dio un paso al frente, pero, en ese momento, como si adivinara que algo se movía a su alrededor, Jimena giró ligeramente el rostro y posó sus enormes ojos negros en su cuñado. Fijamente, sin parpadear, en un impulso de dejarle clavado donde estaba. Y eso hizo Ramón. Quedarse quieto, sus ojos enganchados en los de su cuñada, leyendo sus pensamientos.

«Por Dios, no te acerques, que me matan o me complicas más la vida», decía aquella mirada profunda, dos pozos negros orlados por unas enormes ojeras que al hombre le taladraron la vista, la garganta, el corazón, los pulmones, el estómago, el vientre. No hubo parte del cuerpo de Ramón que no temblara como un tallo que trata de arrancar el viento del norte en el páramo de la meseta.

Se quedó allí, como una estatua, entendiendo que había cometido una estupidez. Que lo último que creerían aquellas monjas y aquellas presas es que era sólo su cuñado. Con las manos en los bolsillos de la americana y un pie delante del otro, dejó sus ojos fijos en los de Jimena mientras ésta cerraba un segundo sus hermosos párpados para decirle que todo iba bien. Que le entendía, que se alegraba de saber que estaba allí, pero que le faltaba su hijo. Ramón la siguió, tratando de curvar su boca en una tenue sonrisa cuando ya casi la tenía de perfil, justo a tiempo para que él también asintiera con sus ojos cerrados por un segundo. Movió los dedos de su mano izquierda sin levantarla mientras observaba que Jimena también movía los suyos de uno en uno, porque los tenía aferrados al cubo de cinc. Ramón se hundió en el alma de su cuñada en aquellos escasos minutos en los que sus ojos se ahogaron en los dos pozos negros.

Para después de comer ya estaba en Madrid. Mucho más tranquilo, entró en su despacho y pidió que le buscaran el teléfono de las oficinas en la capital de don Juan March. El viaje no había sido inútil. Jimena sabía que él estaba al tanto de la situación y, aunque hasta entonces no había sido de gran ayuda, quizá esta vez tuviera más suerte.

8

Al principio, no resultó fácil dar con la señorita Reig Figuerola; oficialmente, la secretaria del todopoderoso don Juan March, y extraoficialmente, su amante. Matilde había sustituido en ese puesto a su propia hermana, Mercedes, de la cual Ramón apenas se acordaba, porque la amiga de su madre y con la que habían paseado por Burriana era Matilde.

Según su amigo de Gobernación, las relaciones del banquero con Franco no pasaban por su mejor momento, puesto que se sospechaba que ayudaba a los servicios secretos británicos —Intelligence Service, decía en un esfuerzo por pronunciar bien— y a don Juan de Borbón, el hijo de Alfonso XIII, ahora aspirante a la corona. De hecho, March y su inseparable secretaria se pasaban la vida entre Estoril —donde el banquero mallorquín pagaba los gastos de la familia real española— y Ginebra. Su amigo le dio un detalle clave. Cuando venían a Madrid, don Juan y Matilde se hospedaban en el hotel Palace, el favorito de Ramón para encontrarse con alguna amiga de tiros largos y discreta, y donde alojaba a los militares y a los comerciantes de provincias cuando venían a la capital. Disfrutaba con sus magníficos cócteles, famosos en toda España, que habían hecho olvidar a los madrileños que una parte del hotel había sido la sede de la Embajada de la Unión Soviética durante la guerra.

En el Palace se alojaban los actores y actrices más famosos del mundo cuando pasaban por la ciudad, camino de algún rodaje. En su gran rotonda, construida como salón de baile bajo una hermosa cúpula —la misma que durante la guerra sirvió como quirófano por su magnífica luz, ante los constantes cortes de fluido eléctrico—, tomando un café, uno podía sentir que la caspa de la capital desaparecía por un rato. Naturalmente, esas invitaciones le costaban su dinero, pero también le daban prestigio entre los empresarios pañeros de provincias. Todo el personal de recepción, los camareros y el director le conocían perfectamente. Pero sabía que el tiempo corría en su contra. Luisito seguía en la maternal, sin su madre y con la Topete. Y Jimena entre prostitutas.

Según terminó la charla con su amigo de la secreta, Ramón se dirigió al Palace sin dilación. Bajó desde la Puerta del Sol a paso ligero, sentía que en aquella carrera le iba la vida. Llegó al hotel y entró sin saludar al portero, al que dejó con su chistera en la mano enguantada y el saludo en la boca.

En el vestíbulo, trató de serenarse un poco. Quería ver al director. Pero en un segundo cambió de idea: en la entrada estaba José Luis, el recepcionista con el que más confianza tenía. Y el más discreto. Le constaba. Sobando discretamente el billete que llevaba en el bolsillo, se acercó a él para pedirle el favor.

—José Luis, necesito su ayuda.

—A sus órdenes, como siempre. Usted dirá, don Ramón.

—Necesito que me diga cuándo están aquí don Juan March y doña Matilde Reig. No se alarme. Doña Matilde es una amiga de mi madre. Sólo le pido que le pase usted un sobre con una

nota mía.

—Está usted de suerte. Tienen reserva para la semana que viene. Estarán quince días. Aunque con don Juan nunca se sabe.

—Me basta. Déjeme dos sobres y una pluma, por favor.

Ramón escribió una escueta nota a Matilde diciendo que estaba en apuros y que necesitaba su ayuda. Puso su dirección y su teléfono, un cariñoso saludo, y cerró el sobre. En el otro, metió la espléndida propina para José Luis.

Diez días después, cuando la angustia se había vuelto a apoderar de su ánimo y creía que otra vez le iba a fallar a Jimena, sonó el teléfono de la mesa de su despacho. El propio recepcionista del Palace le pasó con Matilde Reig. Bastaron diez minutos de conversación telefónica para quedar citados unos días después. Se le hicieron eternos, pero llegó el momento.

La encontró sola, sentada discretamente en una mesa de detrás de una de las grandes columnas en las que se apoyaba la magnífica cúpula. Ramón tuvo tiempo de preguntarse si la discreción obedecería a su propia situación o a la de él. Terminó pensando que lo haría por prudencia. A una mujer que viajaba por el mundo con un hombre que poseía una de las fortunas más importantes del planeta, que pasaba la vida entre Estoril y Ginebra y que trabajaba como su mano derecha y apoyo, además de como su pareja, la pacatería de aquel Madrid ramplón debía de importarle muy poco.

Matilde se puso de pie cuando tuvo enfrente al elegante joven de traje gris oscuro y finas rayas blancas, muy al estilo del duque de Windsor. La antigua cómplice adulta —lo que no fue su madre— de los veranos de los hermanos Masa en Burriana le miró con cariño, y aunque Ramón le tendió la mano, ella le dio un beso en la mejilla, impecablemente rasurada. No necesitó inclinarse, porque Matilde era alta, redonda de formas y de cara, franca y directa en la mirada, quizá un poco desafiante.

Llevaba un traje de chaqueta exquisito, de pata de gallo blanco y negro, con solapas de terciopelo negro y una camisa blanca. En la mesa reposaban un bolso de cocodrilo y unos guantes blancos, rematados a juego con el traje. El pelo en ondas, una melena corta y pegada a la amplia cara, no le favorecía especialmente, pero tampoco le robaba nada.

—¡Estás muy guapo, Ramonín! Perdona, Ramón. La última vez que te vi en el salón de tu madre sólo te paraste unos minutos y no te pude admirar a gusto.

—Tenía que dejaros hablar de vuestras cosas. No os habíais visto desde antes de la guerra.

—Tu madre y yo hacía tiempo que no teníamos nada que decirnos. Pasaba por Madrid y necesitaba saber cómo os había ido durante la guerra. Me enteré de la muerte de tu padre, pero sin tiempos ni detalles. Afortunadamente para él, fue antes de esa locura de guerra. Elvira me contó algo de tu hermano Luis, pero, ya sabes, todo con medias palabras. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, Matilde. Muchas gracias. Y gracias por recibirme. No te hubiera molestado si no tuviera problemas. Bueno, yo no, mi hermano Luis. No sé si mi madre te dijo que, un año antes de desaparecer por la entrada de los nacionales, se casó.

—Ni una palabra. Es la primera noticia que tengo. Sólo se me quejó de sus malas ideas de rojo. Por favor, toma lo que quieras y cuéntame.

—Es una larga historia. No sé cuánto tiempo tienes.

—El que quieras. Don Juan tiene un montón de citas esta tarde. Cada vez que venimos a Madrid, le lleno la agenda porque no nos gusta mucho estar más de dos o tres semanas aquí.

Entre visitas oficiales, negocios, alemanes, ingleses y demás, no para. He quedado con él a las nueve para ir a cenar con unos íntimos. La tarde es nuestra, querido jovencito.

Ramón no protestó porque le llamara jovencito ni movió un músculo cuando nombró a su amante como don Juan. Inmediatamente sintió que podía confiar en aquella mujer que siempre había gustado a su padre y a su abuelo y cada vez menos a su madre. Comenzó su relato procurando ser justo, no cargar las tintas en el dolor y sí en los hechos, incluyendo a su madre y a María Topete, la militancia de su hermano y haciendo hincapié en las dos víctimas principales: su cuñada y su sobrino. Estuvo dos horas hablando y sólo se dejó en el tintero sus profundos padecimientos por lo que él sentía como un pecado atroz, pese a que Vicenta le dijera que al corazón nadie lo podía dirigir.

Tomaron un par de cócteles y fumaron tabaco americano. Matilde le ofreció incluso uno de los puros Hoyo de Monterrey que llevaba siempre en el bolso, en una hermosa purera de haya y carey, para suministrar a su jefe cuando se le habían terminado. La mujer no despegó los labios nada más que para hacerle preguntas necesarias, claras, exactas, nombres y apellidos, fechas, que apuntaba diligentemente en un elegante cuaderno pequeño, forrado de tela de color dorado. No dejaba de ser una secretaria o colaboradora más que eficiente.

Cuando la luz que filtraba la cúpula del Palace ya sólo era una tenue sombra y todas las lámparas se encendieron, Ramón dio su relato por terminado y se bebió un vaso de agua de un trago.

—Desde luego, tu madre y la Topete han trabajado a fondo. ¡Cuánto esfuerzo para arruinar la vida de una muchacha de pueblo y de un niño! Perdóname, pero no voy a decirte nada que calme tu rabia y tu dolor contra tu madre. Mujeres como ella y la Topete han intentado arruinar también mi vida hace mucho tiempo. No sé si podré ayudarte todo lo que necesitas, pero sospecho que sí lo bastante.

Matilde bajó la voz, aunque toda la exposición de Ramón y sus preguntas habían tenido lugar en un tono muy mesurado.

—Pese a que las relaciones entre Juan y Franquito no pasan por el mejor momento, éste le debe mucho. Muchísimo. Y no te cuento nada los militarones. Ten por seguro que nos ayudará, aunque sólo sea por molestar en El Pardo. Están de los nervios con nosotros por la relación con los Borbón en Estoril. E histéricos por la evolución de la guerra. Los alemanes van a perder y Franco está aterrado. Las presiones de los nazis y los ingleses, cada uno en sentido contrario, como puedes imaginar, para que España entre en guerra o se mantenga neutral, le tienen noqueado. Juan está en medio de todo eso porque conoce bien los dos bandos. Y esa situación, aunque te parezca que no es la mejor, nos va a ayudar. O tu cuñada y su hijo salen de la cárcel, o dejo de llamarme Matilde Reig Figuerola y de haber nacido en Burriana. También voy a buscar a tu hermano. Mi jefe nos ayudará. O le encuentra él o no le encuentra nadie.

La oleada de agradecimiento que invadió a Ramón fue tan enorme que estuvo a punto de estrecharla entre sus brazos, pero se contuvo a tiempo. Después, pasaron a hablar de los negocios de los paños y de cómo le iban las cosas a él personalmente. Sólo respecto a sus sentimientos, Ramón fue prudente. Salió del Palace poco antes de las nueve de la noche, no sin antes escuchar unas palabras que fueron un bálsamo.

—Ramón —le dijo Matilde mientras, ya de pie los dos, ella se ponía los guantes—, soy consciente de que el tiempo corre en nuestra contra. Pero no te angusties. Yo te llamaré. José

Luis, el de la recepción, ¿sabe dónde encontrarte?

—Por supuesto. Todos en recepción, además del director, me conocen.

Se despidieron en la puerta del hotel mientras las tristes luces de las pocas farolas de la Carrera de San Jerónimo iluminaban los leones del Congreso, un lugar que ya no servía para nada.

Aquella noche, Ramón durmió mejor, pero no profundamente. Lo último que pensó fue en cuántos hombres debían de llorar mientras se acariciaban en la soledad de su cuarto al recordar a una mujer que nunca podría ser suya.

9

El embajador inglés en España colgó el teléfono con una sonrisa satisfecha.

Sir Samuel Gurney Hoare era un buen protestante, pero no creía en los milagros. Churchill, su viejo contrincante político, le había enviado a España en misión diplomática, no tanto por quitárselo de encima, como muchos creían —que también—, y por sus iniciales simpatías hacia Hitler y Mussolini, como por sus contactos en las cañerías más secretas que circulaban por las embajadas de Europa. En ese momento, sabía muy bien que la guerra estaba a punto de entrar en una segunda fase definitiva, que sus simpatías hacia Hitler habían quedado sepultadas por los bombardeos salvajes sobre su Gran Bretaña natal y que Mussolini era la cuarta parte de lo que había aparentado.

La entrada de los americanos en la guerra hacía menos de un año, la contraofensiva rusa contra los ejércitos alemanes comandados por el propio Hitler —en un error garrafal de apreciación por parte del Führer, pensaba el embajador— y la neutralidad de España frente a las presiones alemanas y las suyas eran temas que le tenían muy ocupado, además del asunto del wolframio. Por Madrid y por Lisboa desfilaba una parte de los espías del viejo continente, por no hablar de los pocos judíos y refugiados que podían salvarse de la policía secreta española gracias a la ayuda de algunas otras legaciones diplomáticas.

Sir Samuel Hoare tenía sus amigos y sus propios contactos, aunque su entrada en la capital no fue precisamente halagüeña. El ciruelo de Serrano Súñer —la palabra se la había aprendido con ganas por su doble significado— le había enviado a cientos de estudiantes y falangistas para que se manifestaran a las puertas de la embajada al grito de «¡Gibraltar español!».

Aquel desagradable recibimiento le fue luego de gran utilidad. Las cancillerías que tenían sede en Madrid y todos los salones gubernamentales se habían enterado de lo que Hoare le había dicho al cuñadísimo del Caudillo cuando le llamó para enviarle más guardias para protegerle.

—No, señor Serrano. Gracias. Me conformo con que no me mande más estudiantes.

Esta anécdota, relatada una y otra vez, le había granjeado muchas simpatías, porque ya no corrían los mejores tiempos para el otrora poderoso y conspirador ministro de Exteriores de Franco. Ramón Serrano Súñer era mucho más pronazi de lo que lo había sido Hoare durante los años treinta, y ahora, con los aliados al alza y las victorias alemanas en la picota, estaba de capa caída. Otros hombres volvían a ser claves de nuevo y tocaban todos los palos. Y uno de ellos, quizá el más importante por sus contactos con todos los bandos, era un viejo conocido suyo, el empresario y banquero Juan March.

Acababa de colgarle el teléfono y estaba muy satisfecho. Aunque no creía en los milagros, sí lo hacía en su excelente memoria. Si todo era como recordaba —y estaba seguro de ello en un noventa por ciento—, podría más que satisfacer el favor que le había pedido el banquero mallorquín. Buscando entre sus carpetas de la mesa, rememoró la breve conversación.

—Embajador, ¿cómo estás?

—Bien, bien, Juan. ¿Dónde estás?

—En Madrid, en el Palace. Ya sabes, nos vemos cuando quieras. Pero, oye, que luego queden nuestras secretarias. Te llamo para pedirte un favor. Necesito que recibas a un hombre. Ya te explicaré la historia, pero la cuestión es que necesito unos papeles para una mujer y un niño, a los que tú vas a avalar para sacarlos de España, ¿verdad?

—Ya sabes que si está en mi mano…

—Está en tu mano. Es una tarea humanitaria.

—¿Judíos?

—No, mucho más fácil.

—¿Cómo se llama el hombre al que tengo que recibir?

—Espera, lo tengo aquí. Sí, aquí está. Ramón Masa Pérez de Santos.

—Ah, ya sé para qué viene. Tengo la petición de un familiar suyo, debe de ser hermano, en una carpeta que me llegó por valija desde Londres hace unos días.

—Pero ¿qué me estás diciendo? ¿Estás seguro? No sabemos si el hermano está vivo o muerto.

—Desde luego, hace un mes o dos, estaba vivo.

—¿Seguro, Sam? —Al banquero se le escapó el diminutivo con el que le trataba familiarmente desde que le había conocido en Londres, en los tiempos en los que frecuentaba esa ciudad, previamente a las negociaciones para el alquiler del *Dragón Rapide*.

—Juan, tú sabes cómo es mi español. Y lo que agradezco un apellido donde hay dos palabras con sentido: Masa y Santos. Por eso le he perdonado el Pérez. Pero espera, que te lo confirmo. Lo tengo en la carpeta verde de asuntos pendientes, aquí encima.

Durante unos segundos, el banquero sólo escuchó el ruido de papeles.

—Lo tengo. Un español, llegado a Londres herido, miembro de la resistencia francesa, pide que le ayudemos a buscar a su mujer y a un hijo que cree tener. Se llama Luis Masa Pérez de Santos.

—Gracias, embajador. Te voy a pasar con Matilde. —Hoare no necesitaba más explicaciones, conocía a Matilde de sobra—. Dale tú mismo la noticia. Ya quedaréis. Luego hablamos tú y yo. Tengo algo para ti que te interesará referente al wolframio.

El sir de Su Graciosa Majestad británica colgó el teléfono muy satisfecho. Tanto por la conversación que había cerrado con el banquero y la cita que se habían apuntado ambos —los alemanes lo iban a sentir— como por la alegría que le había dado a Matilde Reig. A él, aquella española que desafiaba todo tipo de convencionalismos siempre le había hecho mucha gracia. Y los favores ya se cobrarían, porque March siempre sabía corresponder en ese tráfico como el gran comerciante que era.

Aunque no creía en los milagros, sir Samuel Hoare se felicitó por su excelente memoria y su español. Si el banquero y empresario March, un pirata, como le bautizaron los republicanos, tenía razón y Franco le recibía en el Pazo de Meirás para resolver el tema del wolframio gallego —imprescindible para los nazis en el revestimiento del armamento de guerra—, él, desde luego, podía sacar de España tranquilamente a uno, dos y tres españoles con documentación inglesa. Lo que le pidiera el poderoso mallorquín.

10

Ajena por completo a lo que se cernía sobre su destino, Jimena era un fantasma esquelético y pálido que se deslizaba sin pisar los sucios suelos del convento cárcel de La Calzada de Oropesa. Serapia, la camarada de Trini que ayudaba a las oblatas en tareas de administración, se había convertido en su ángel de la guarda, pero no sabía si podía ayudarla.

No había forma de ayudar a quien quería dejarse morir, y eso es lo que había decidido aquella muchacha. Morirse. Si, tras la visión de Ramón en la plaza, la esperanza de Jimena de que acabara la pesadilla la despertó del letargo durante unos días, al poco tiempo entró en un estado lamentable, en el que se movía como un ser amorfo, sin objetivos, sonámbula. Sus profundos ojos sólo miraban la nada. Pocos días después del encuentro con su cuñado en la procesión del agua, una noche todas sus expectativas se hundieron en un negro abismo al comprender la inmensidad de lo que le habían hecho.

En el hipotético caso de que Ramón pudiera sacarla de allí, ya nunca podría recuperar a su hijo. Jamás entregarían un niño a una madre que había estado en un reformatorio de putas, y menos la Topete. A ella no la había convencido para que entregara a su niño en adopción, como a Pepi, pero no lo necesitaba. Con sus antecedentes y un padre comunista, huido y quizá muerto, ya había visto y aprendido lo suficiente en aquellos años de calvario como para saber que no volvería a ver a Luisito en su vida. Una noche, perdida la lucidez, la conciencia de su futuro le hizo decidir que no quería vivir, que se moriría. Habían pasado tres años. «*Si a los tres años no vuelvo, viuda te puedes llamar*», decía el conde Sol, y Luis no había vuelto.

Quizá estuviera muerto junto a cualquier tapia de cualquier cementerio, en cualquier cuneta, en algún barranco de los Pirineos. Daba igual. Habría muerto como cientos de miles de españoles, maridos, padres o hermanos de los miles de mujeres que habían estado con ella en las cárceles. Sólo que muchas de ellas sabían por qué estaban encerradas. Y a ella nadie le había dicho por qué. Con el tiempo, supo que era la mujer de un comunista, pero, sobre todo, de un hombre bueno y culto, generoso, que había luchado donde creía que debía. Más tarde confirmó que tan grave para su futuro como la militancia y los ideales de Luis había sido la maldad de su suegra. Jimena, ahora madre, no concebía cómo había sido una mujer tan ruin, capaz de sacrificar lo único que quizá le quedaba de su hijo mayor —a su nieto— y a ella misma. ¿Qué moral le habían metido en la cabeza a doña Elvira?

Y, por último, estaba lo más intangible. Lo más complicado de explicar. El odio, la venganza, el resentimiento de una mujer como María Topete. Pero ¿por qué? Aquella mujer lo había tenido todo. Había estado unos pocos meses en la cárcel, sí, pero seguro que había sido menos duro que lo que ella aplicó después cuando se convirtió en carcelera. ¿Y por qué se había cebado en ella, si eran miles y miles las presas, muchas jóvenes madres, con una ideología mucho más pronunciada que la suya, más formadas, más peligrosas?

Jimena no era tonta, ni bruta, ni inculta, ni puta, ni siquiera roja declarada. Era una simple mujer a la que había que aplastar para que no rompiera la arquitectura interior de la carcelera y de otras muchas mujeres que la secundaban. Les había robado a Luis Masa, un joven de su clase. ¿Con qué artimañas le habría envenenado la sangre? Porque a esas alturas, la carcelera, doña Elvira y cualquier otra mujer de esa sociedad opresiva, cruel, de falsa caridad cristiana, echaría la culpa a Jimena de todo lo que hubiera hecho o dicho Luis.

De todo eso la culpaban. Y por eso la castigaban con años de encierro sin ninguna explicación. Le habían robado la luz del sol, las risas y las caricias de su hijo, que eran el único alimento para su alma. ¡Cuán larga le parecía en ese momento aquella escasa hora al día que había tenido para estar con él! La ausencia del agua, del cielo, del río, del olor de la leña de pino, del humo, de Peñalara, de sus padres, de sus hermanas, de los copos de nieve como trapos que su hijo nunca vería con ella, de las violetas silvestres y de las lilas, de las que ya nunca podría enseñarle el olor, de la perra trujillana sentada a los pies de la estufa de su padre, de los pinos empapados por el aguaviento de otoño y de primavera, del amanecer sobre el Puerto de la Morcuera… De Luis, de sus besos, de sus manos perdidas en su cuerpo, de sus temblores y sus gemidos, de sus miedos y sus pasiones compartidas. Luis nunca conocería a su hijo. Por todas estas razones, Jimena había decidido que ya no quería vivir.

Serapia y las otras compañeras lo notaban. Y también algunas oblatas, aunque la docena de monjas bastante tenía con sacar adelante aquel enorme cuchitril, repleto de centenares de mujeres, muchas de ellas enfermas. Serapia se dejaba las pestañas para que Jimena comiera, porque allí, por lo menos, la comida era algo mejor que en Ventas y en San Isidro. A veces, buscando en el caldo de agua sucia, se encontraba restos de una patata deshecha, de una hoja verde, ya fuera berza, acelga o lechuga. Además, Ramón le había enviado paquetes que ella había entregado a Serapia para que lo compartieran. A las prostitutas casi nadie les enviaba nada. Y muchas no estaban allí más de los tres meses reglamentarios, a no ser que tuvieran otras condenas. Pero costaba que Jimena abriera la boca. Sólo el día que llegaba la fiambrera con las notas de Trini, con algún detalle sobre Luisito, sus ojos renacían durante unos minutos y luego se convertían en un manantial silencioso para acabar secándose, como si fueran la inmensidad de un desierto sin final.

Fue Trini la que dio una pista a Serapia para que su amiga reaccionara. «Di a las monjas que la pongan a trabajar en la enfermería», decía una diminuta tira de papel, la mitad del dedo meñique de un niño, que venía en el doble fondo de la tartera junto con la nota para Jimena, además de alguna instrucción política o información para sus camaradas.

A Serapia, al principio, la idea le resultó repugnante, pero después se encogió de hombros. Quizá la miseria y las terribles enfermedades venéreas de aquellas mujeres la sacaran de su ensimismamiento. Decidió pedírselo a la hermana ecónoma, que era con la que más trato tenía.

Dos días después, a la sonámbula Jimena la fue a buscar una de las oblatas que se dedicaba a la enfermería. El médico estaba de visita y necesitaban ayuda. En una de las camas, abierta de piernas, una mujer se desesperaba de dolor. La monja cogió a Jimena de la mano y la acercó. Tenía una enorme llaga en los labios exteriores de la vagina, y el médico, con guantes, gasas y unas pinzas, intentaba aplicar unos polvos sulfamidas.

—Ayúdeme, por favor —le dijo el médico a Jimena, tendiéndole una cajita de polvos—. Hermana, ¿cuántas nos quedan?

—Cuatro o cinco. Está la cieguita, doctor. Yo creo que está muy mal.

—Dios mío, ¿cómo se ha hecho eso? —le preguntó la muchacha al hombre mientras observaba dónde ponía la gasa y no reparaba mucho en los juramentos bajos y las quejas de la mujer a la que estaba curando.

—Es chancro. La primera manifestación de la sífilis. Quizá a ésta la podamos salvar si logro que me envíen más inyecciones de Salvarsán. Si ya me dieran algo de penicilina, sería un lujo, pero con eso no puedo soñar. ¡Para estas desgraciadas nunca hay nada! —se lamentó el médico.

Tras poner una inyección a la prostituta, joven aún y no del todo fea, a pesar de la horrible dentadura negra, acompañó a la monja enfermera y al médico durante el resto de la consulta. Las desgracias y los secretos de aquellas mujeres, vergonzosas para sorpresa de Jimena, pese al descaro aparente de unas pocas cuando iban a por agua, la obligaron a olvidarse de sí misma, de su dolor, de su autocompasión. De su falta de ganas de vivir.

En una mañana aprendió qué era la gonorrea y por qué la sífilis estaba matando a aquella otra que no tenía ni cincuenta años y aparentaba estar totalmente loca y ciega.

—No lo aparenta. Está loca. Éste es el último estadio de la enfermedad —le susurró la monja —. ¿No te importa ayudarme los próximos días? He visto que no te da asco.

Jimena negó con la cabeza y se acordó de Trini y de Paz. De todo lo que habían hecho ellas y otras muchas en los espantosos primeros meses de Ventas, de su parto y del de Petra, del de Angelita. Con un hilo de voz, contestó a la monja.

—Cuente conmigo.

—Cuento contigo, Jimena. La hermana ecónoma y Serapia dicen que eres limpia y muy manitas, además de caritativa, que es lo que más se necesita aquí. Pero para eso necesito que te despabiles la modorra.

La modorra. Jimena sonrió con una enorme tristeza. Modorra era el insulto preferido de su madre para con sus hijas, para con Lorenzo, su padre. Cada vez que algo salía mal, o cada vez que su padre, sus hermanas y ella se quedaban extasiados por algo —por ejemplo, mirando la carnada de la perra trujillana—, su madre les espetaba:

—¡Parecéis unos modorros!

Sacudió la cabeza para ahuyentar la nostalgia y los pensamientos dolorosos. Acompañó al médico y a la hermana enfermera hasta el lavabo, donde le dieron un desinfectante que olía a arseniato para que se lavara las manos. Cuando salió de la enfermería, se juró que, mientras se dejaba morir, en lo que le quedara de vida no volvería a quejarse y con las fuerzas que le restaban ayudaría a aquel médico y a aquella monja. Después de todo, ella sólo se dedicaba a esperar la nada.

No se murió. Unas semanas después, una tarde, la madre superiora la llamó al pequeño refectorio que utilizaban las monjas.

—Jimena, prepárate. Mañana sales en libertad. A las nueve de la mañana vienen a buscarte.

En el centro de la sala, Jimena se tambaleó. La superiora la sujetó por el brazo.

—Perdona, no debía habértelo dicho así. Pensé que lo esperabas o lo intuías.

Jimena no podía articular palabra. Negó con la cabeza.

—¿No se estará equivocando?, —pudo al fin susurrar, blanca como la pared.

—No, hija. No me equivoco. Además, tengo que decirte que me alegro. No sé muy bien por qué estás aquí. Y quiero darte las gracias por el trabajo en la enfermería. Estoy informada.

—¿Quién viene a buscarme? —Tampoco lo sé. Pero la orden es taxativa y viene firmada por el ministro de Gobernación y el director general de Prisiones. Algo poco habitual, te lo aseguro.

No quería llorar ante aquella mujer. En los últimos tiempos había vertido demasiadas lágrimas para lo que un día se había jurado. Además, pese al trato que le estaba dando ahora y que sus ojos no eran los de María Topete, había visto a la superiora dar más de una buena bofetada y quejarse de tener que cuidar a aquella escoria de mujeres. Sabía por Trini y otras presas políticas que todas las órdenes religiosas se embolsaban su buen dinero por hacer de carceleras. Era una manera de suplir a los funcionarios de prisiones que el régimen había depurado sin piedad.

Pero en ese momento tuvo que llevarse las manos a la cara para restañar las lágrimas como hubiera hecho su padre, de un manotazo, y preguntar lo que le abrasaba los labios.

—Y de mi hijo, ¿sabe usted algo?

—Lo siento, ni siquiera sabía que tuvieras un hijo. Ahora, perdóname, tengo que ir al rosario con las hermanas.

Jimena giró sobre sus zapatos de cordones rotos y gastados por las suelas —ya no se ponía los que le había enviado Ramón durante esos tres largos años— y salió hacia su celda, atravesando las sombras de los pasillos del convento como un fantasma. Se iba, sí, pero ¿y su hijo? Cuando Serapia subió a verla por la noche, Jimena no había preparado nada.

—Me lo ha contado la ecónoma. ¡Te vas! —Y la comunista le dio un abrazo—. Todo llega, hija, mujer de poca fe. ¿No has hecho la maleta?

Negó con la cabeza.

—No quiero nada. Te lo regalo. Lo único que te pido es que una parte se lo hagas llegar a Trini y a Angelita a la maternal.

—¿De dónde has sacado ese libro sucio?

—Es el *Romancero viejo*. Es lo único que me voy a llevar.

—Me dejas perpleja, como siempre. Pero ¿por qué lloras?

—Por mi hijo, Serapia. Por mi marido. No estarán.

La noche caía sobre el convento de La Calzada de Oropesa cuando Serapia y Jimena se abrazaron, mientras las dos sollozaban por los que ya nunca estarían, por los que no volverían a ver. La luna llena las alumbró un segundo, filtrando su luz por el ventanuco y las rejas, vistiendo el rostro de las dos mujeres de un blanco lechoso y lleno de rayas. Las sombras de los barrotes se movían al ritmo de la luna.

11

Ramón conducía por aquellas carreteras penosas. Ya habían dejado atrás Toledo. A su lado, en el asiento delantero, Matilde Reig luchaba por poner un cigarrillo en la larga pipa de ébano, pero tenía las manos enguantadas. Desde el asiento de atrás, Luis Masa se inclinó.

—Dame. Te ayudo.

Matilde soltó una carcajada cantarina. Estaba contenta. La mañana era espléndida y ninguno de los viajeros de aquel coche —el Citroën de Ramón— podía esperar más en esos momentos.

—¿Cómo que te dé? ¿Puedes usar bien la mano?

—He aprendido rápido y, además, he recuperado toda la movilidad en los dedos. Me aconsejan que haga ejercicios con ellos todos los días. Llevo el cabestrillo porque se me inflaman un poco y en el hospital eran muy pesados con eso de que era la segunda vez que me herían en el mismo brazo. Esos ingleses tienen muchas virtudes, tenemos mucho que aprender de ellos. Pero son excesivamente rígidos en sus costumbres. Se lo he contado estos días a mi hermano. Dame, Matilde, por favor.

Matilde, vestida con un traje de chaqueta beis, de excelente paño y corte, tendió la boquilla y el cigarrillo a Luis, girándose pero sin darle con el pequeño casquete que llevaba puesto. Estaba imponente. Cuando los Masa aparecieron en el vestíbulo del Palace a recogerla a las siete de la mañana se les cortó la respiración. Tacones, medias de seda con costura, falda por debajo de la rodilla, chaqueta sastre y aquella estola de piel, además del sombrerito y los guantes. Parecía una actriz de cine ya talludita. Luis pensó que su hermano había tenido razón cuando se la describió en una de las primeras charlas que mantuvieron nada más salir del aeropuerto: «Matilde es muy elegante, pero no tiene clase. Eso, al menos, es lo que tú dirías, hermano». Y eso era lo que él había pensado cuando le recibió dos días después. Pero aquella mañana estaba actuando.

—Os habéis quedado tiesos, queridos niños. Está claro que no os dais cuenta del intensísimo día que tenemos. Y hay que causar una impresión apabullante. No voy a ser yo menos que vosotros. Estáis también muy guapos.

Y moviéndose con soltura por la escalera, cogió a cada hermano de un brazo y los encaminó hacia la puerta del hotel, donde esperaba el coche de Ramón para ir a La Calzada de Oropesa. Había sido el propio Luis quien les había rogado a ambos que le acompañaran. Tenía miedo, mucho miedo.

Se lo había confesado a Ramón en cuanto estuvieron juntos en el piso de Conde de Barajas, mientras la vieja criada iba de un sitio para otro, atareada y desconcertada, sin saber muy bien qué más servir de comer a sus niños. Vicenta llevaba en la mano un moquero que ya no metía en los bolsillos de su delantal, porque las lágrimas se le caían cada vez que entraba en la salita y veía a los dos hermanos, mano a mano, delante del café, del agua y de los bollos de La Mallorquina que ninguno de los dos había tocado.

Hacía rato que había anochecido, pero tampoco habían encendido la luz. Los cortes de suministro eran continuos, por eso Ramón había pedido a la mujer que encendiera la Petromax que reposaba sobre la mesa de la esquina y que había sido menos eficaz de lo que pensaba cuando la compró. Los rostros de los dos hombres estaban ahora iluminados por el candil alemán y su luz azul les daba un aspecto algo tétrico y espectral.

Llevaban horas hablando y callando. Desde que se abrazaron en el aeropuerto, primero conteniéndose, después mirándose al separarse, para volver luego a abrazarse.

Matilde Reig había cumplido y ellos no sabían que Juan March y el embajador Hoare también. Hoare tuvo su visita a Franco en el Pazo de Meirás en pleno agosto y, a principios de otoño, Luis Masa bajaba de un avión procedente de Londres, con documentación a su nombre, pero como ciudadano británico. Nunca se sabría cuántos tratos más, cuántos hombres más se beneficiaron de aquel encuentro, salvo el asunto del wolframio que habían negociado Hoare y el embajador norteamericano, Carlton Heyes. Franco no vendería más wolframio para el armamento de los alemanes.

Luis no había tenido ni un inconveniente, ni un problema, en el control del aeropuerto. Ramón ya le había puesto en antecedentes de que todo se lo debían a Matilde el primer día que hablaron por conferencia, otro hito en su reencuentro que nunca podrían olvidar. Oírse la voz el uno al otro, aún distorsionada por el cable y los aparatos de baquelita, fue un choque emocional para ambos hermanos, que trocaron los nudos de sus gargantas en toses de circunstancias.

Ahora estaban allí, sentados tras haber comido un festín de cocido madrileño —¡con garbanzos, morcillo y bola!—, preparado por Vicenta y que ambos habían intentado digerir como habían podido, escasos como estaban de hambre y ahítos de emociones.

Raros, tan cercanos a veces, tan lejanos a ratos. Con tantas cosas que explicarse que iba a ser difícil resumir todo en los pocos días que tenían antes de ir a recoger a Jimena a La Calzada y luego a por el niño. Ése había sido el calendario que había marcado Matilde, cumpliendo con mucho las expectativas de Ramón. Todos, absolutamente todos los papeles estaban arreglados. Mano de santo la de Matilde Reig y Juan March.

El pequeño de los Masa no había querido llevar a su hermano al piso de Pontejos. Todo a su debido tiempo. Sería mejor que regresara allí con Jimena. O eso pensaba Ramón, aunque en lo más profundo de su corazón no sabía si entrar en ese piso le costaba más a su hermano o a él mismo. A ráfagas de segundos, sentía que estaba partido, que sus sentimientos eran un infierno o un glaciar, pero no se daba tregua. Nunca podría confesarse que, quizá, en el abismo del amor que él vivía como un pecado imperdonable, había esperado que Luis no regresara. No, jamás podría abrir ese agujero negro.

Le había puesto al día de la situación de Jimena, de la historia de Luisito. Luis tenía noticias gracias a los del partido, que, por una sinuosa red de informadores, se las habían hecho llegar durante los primeros meses al campo de concentración de Argelers. Un camarada que acabó en el campo francés había dejado a su mujer presa en Ventas y él había salido de la de Porlier. Mientras el matrimonio estuvo encarcelado, gracias a la comunicación oficial y a la secreta entre las dos prisiones, se enteró de que la mujer de Luis estaba en la cárcel con su compañera y que había parido una criatura. Madre e hijo habían sobrevivido gracias a la ayuda de un grupo de comunistas que la habían arropado en la prisión. Ésa había sido la primera noticia que el mayor de los Masa tuvo de su mujer y de su hijo desde que cruzó los Pirineos.

Tampoco le ocultó Ramón el papel de su madre, aunque no utilizó calificativos. Entre ambos hermanos sobraban, porque conocían bien a la mujer que les había traído al mundo. Sí le explicó quién era María Topete y la situación en la que se encontraban ahora Luisito y Jimena. Luis pidió a su hermano todos los detalles de las veces que había podido visitarla en la cárcel y de las gestiones hechas, aunque en este punto el pequeño fue modesto, muy modesto, y se mostró descorazonado por cómo le había fallado en la petición de cuidar a Jimena. Luis sonreía, al tiempo que le cogía por los brazos, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Es ridículo, Ramón. Has hecho mucho más de lo que podías. No te imaginas lo que he visto, lo que he vivido. Desde la ruindad más terrible entre hombres y mujeres, hasta los más generosos actos de entrega. Pasé los Pirineos gracias al esfuerzo de un par de hombres que se jugaban la vida por sacar a los comunistas de aquí. Sentí el desprecio de los franceses y su cobardía cuando nos encerraron en Argelers y nos trataron peor que a los perros. A muchos los entregaron a la Gestapo y a las SS. He visto tanto, tanto…

Luis se tapó la cara con las manos, como si una película de lo que había visto en esos tres años estuvieran pasándola por el nodo, a ese tamaño de pantalla, pensó Ramón, tratando él a su vez de consolar a su hermano con una mano sobre su hombro.

De Argelers se escapó gracias a la documentación preparada por un compañero del campo de concentración para él y otros camaradas. El partido les había enviado las coordenadas para que se incorporaran a la resistencia francesa, pero, por aquellos tiempos, Luis ya tenía muchas dudas. Muchísimas. Tal y como había intuido Jimena en la cárcel de Ventas, dentro de su marido se había desatado una lucha ideológica brutal cuando se enteró de la firma del pacto germano-soviético. Una brecha se abrió en su interior contra aquella URSS que lo había sido todo para él en la Guerra Civil española y ahora se aliaba con Hitler.

Luego, las noticias sobre la muerte de Quiñones, las críticas que les habían llegado por parte del Comité Central a su escondite de los primeros tiempos en San Juan de Verges, donde se habían integrado como *chantiers* en las explotaciones de carbón vegetal tras salir de Argelers. ¡Qué buenos beneficios daban al partido por la escasez de carburante durante la Segunda Guerra Mundial y el agobio de los nazis! Las críticas del Comité Central contra la dirección de Madrid, contra los que no habían podido o querido escapar, fueron ahondando sus dudas ideológicas. Él, que tantas veces había pensado que no había hecho bien en salir de Madrid y menos para caer en manos de la Francia colaboracionista.

Sobre quién era el enemigo no albergaba ninguna duda. Y el enemigo era el nazismo, el fascismo de Mussolini, todo tan copiado por Franco como le habían contado, y la repugnante colaboración del Gobierno de Pétain. Por eso, un día de 1941, cuando estaba ya harto de las disputas entre los comunistas y pese a que el pacto germano-soviético ya había volado por los aires y los alemanes atravesaban las fronteras rusas, decidió aceptar el paso a la resistencia francesa.

En esta decisión pesó un golpe de suerte definitivo, tal y como le contó a Ramón. Un día, en San Juan de Verges se presentó un grupo de resistentes a buscar carbón vegetal. Y entre ellos se encontraba un francés que hablaba un excelente español. Había estado en España, en la guerra. ¡Era Michel! Uno de los pocos brigadistas internacionales que había entrenado al Batallón Alpino en el invierno del 36. Aquel chaval era ahora un hombre. Había abandonado España en 1938, desde Barcelona, con una enorme tristeza, junto con el resto de brigadistas. Luis y él

hablaron de la sierra de Guadarrama, del Puerto de Somosierra y de la despedida que los catalanes habían hecho a los internacionales.

Una vez que hubieron pagado a los comunistas el carbón, Luis se marchó con los resistentes. Sintió despedirse de sus camaradas de los últimos meses, pero no lamentó nada dejar de obedecer las directrices del partido. En realidad, en los últimos tiempos las había seguido porque no encontraba otra manera de luchar.

Resultó que aquel grupo de la resistencia era mucho más activo de lo que Luis nunca hubiera podido imaginar, y estaban en contacto permanente con los británicos y la gente de De Gaulle en Inglaterra. Volaron puentes, desestabilizaron a los alemanes en la retaguardia, se escondieron en casas y en los bosques y durante algunas semanas también recibieron entrenamiento en cuarteles secretos, al mando de franceses gaullistas y de oficiales y espías británicos.

A menudo, tras una operación en la que se habían jugado todo, Luis pensaba en abandonar, en buscar la forma de volver a Madrid. Si su hijo seguía vivo —sabía de las condiciones de las presas por algunas mujeres que habían logrado salir en el primer año, tras el triunfo de Franco—, ya andaría, ya diría sus primeras palabras, y él ni siquiera lo conocía.

Y Jimena. Su Jimena. Ni una noche, ni un día, ni una hora de cada uno de esos cientos de días, Luis dejó de pensar en su mujer, de amarla, de quererla, de recordar sus ojos negros, su hueco en el cuello, su pelo rizado, su cuerpo de pechos pequeños y bien formados que él evocaba cada noche, sus caderas, su respiración, su risa, las escasas veces que había visto su llanto, pero cuando lo había visto, él se lo había bebido. En la oscuridad de la noche de un bosque francés, o en un cuartel o en una casa de apoyo, cuando ya no podía más, el sabor de las lágrimas de Jimena que se había bebido primero al pie del arroyo Garcisancho y luego en las despedidas de Pontejos invadía su boca, su paladar, le bajaban esas lágrimas por la garganta, quemándole como si tomara alcohol puro o aguardiente seco.

Se sentía culpable. Culpable por amarla tanto y ser tan egoísta como para sacarla de su pueblo en plena guerra; culpable por no haberse plantado ante el partido y haber dicho que él, sin su mujer, no se iba a ninguna parte. Culpable por no saber que lo primero era Jimena, que aquella última noche en que no le dejó escapar de dentro de ella era porque había intuido el calvario que les esperaba y necesitaba preservar lo que les había unido; culpable porque por él, por ser la mujer de un comunista, había ido a parar a la cárcel y eso, eso sí que no se lo podría perdonar nunca. Pero ¿ella se lo perdonaría?

Ese pensamiento le producía un dolor lacerante que se había hecho más profundo cuando, en la primera conferencia telefónica, su hermano le confirmó que su mujer y su hijo estaban aún presos. No pudo hablar, no pudo sino tragar hiel e intentar controlar la oleada de odio que le invadió, las ganas de matar a quien fuera el responsable de tanto dolor de su Jimena, de su hijo, de toda aquella locura que arrasaba el mundo desde hacía ya demasiado tiempo.

Ahora estaba allí, frente a su hermano Ramón, en un Madrid por el que sólo sentía resentimiento, en un piso que no tenía nada que ver con ellos, ni con su historia, ni con su infancia, ni con su inmediato pasado. Pero no quería ver a su madre. Allí estaban los dos hermanos, ambos rostros bajo una luz azul fría y una atmósfera irreal, tan irreal como todo lo que le había pasado en los últimos tiempos, desde que fue herido en el mismo brazo que en la refriega del Guadarrama, cuando Jimena cruzó el arroyo para arrojarse en sus brazos una noche

de nieve. ¡Cuánto tiempo! Seis años parecían un siglo. Nadie les devolvería el tiempo robado, aunque él no hubiera cumplido la treintena y Jimena ni el cuarto de siglo.

Durante los últimos meses se había entrenado en clandestinidad e integrado plenamente en el grupo de resistentes. Con ellos había llegado a la región del Aude, donde estaba el campo de concentración de Argelers de sus primeros meses, y allí encontraron a españoles que se organizaban en guerrillas en Francia. Pero él prefirió seguir con los franceses de Michel y un par de británicos que enlazaban con las fuerzas en Gran Bretaña. Por alguna razón, no quería encontrarse de nuevo con camaradas del PCE ni depender de ellos. Tampoco quería cruzar los Pirineos pidiéndoles ayuda.

Le hirieron de forma estúpida. Fue durante una operación para levantar la moral de un pueblo de la zona y volar un pequeño convoy de suministros, escoltas motorizados y camiones nazis. Sólo sintió un enorme estallido a su espalda, que le arrojó contra el suelo y le dejó sordo. El dolor en el brazo al lanzar la granada le desvaneció poco a poco hasta llevarle a la oscuridad. No se dio cuenta de que otra granada había explotado a su espalda. Despertó en un barco que le evacuaba a Inglaterra. Tan irreal era ahora estar frente a su hermano como en aquel hospital repleto de heridos de los frentes europeos, de civiles víctimas de los bombardeos sobre Londres.

Volvió a mirar a Ramón bajo aquella extraña luz de gas. Le estaba hablando de su hijo y le decía que sus ojos verdes, orlados de enormes pestañas negras, eran clavados a los suyos.

—Aunque debo decirte que es más guapo que nosotros, porque ha sacado la nariz de Jimena. Y sus pómulos. Va a ser grande, aunque hace tanto que no le veo…

—¿Desde cuándo no le ves?

Ramón reflexionó un momento. Pero no por el motivo que creyó su hermano, para contar ese tiempo que tenía tan medido, sino para evaluar si le decía o no por qué se había quedado sin verlos en Navidad, sin poderles entregar los juguetes. Tantos y tantos meses. En un niño, demasiados. Como demasiado era el tiempo que llevaba Luisito sin ver a su madre, solo con la Topete, pese a los esfuerzos de Trini y Angelita para que en la memoria del niño permaneciera la madre.

—Muchos meses —respondió a Luis—. La cuestión es lo que te he explicado. No querían aceptar que fuera mi sobrino. Por eso esto es un milagro. Todo lo conseguido por Matilde es increíble, Luis.

Instintivamente, Ramón posó su mano sobre la carpeta con los membretes oficiales del Gobierno y del Ministerio de Gobernación y del de Justicia. Allí estaba todo. Lo que él no había podido en tres años, Matilde Reig lo había logrado en unas pocas semanas.

—Ya. Claro que es increíble, pero no ha sido ella, sino su amante. Es el hombre más poderoso de este país y uno de los más influyentes de Europa. No deja de ser un pirata del dinero y de la influencia.

—Deberías ser más generoso y cauto. Si no hubiera sido por ellos…

—Lo sé. Nunca lo olvidaré. No creas que no he pensado que éste es mi colmo, un comunista salvado por el capitalismo más brutal…

—Luis… Matilde nos conoce desde la infancia, ha salvado a tu mujer y a tu hijo…

—Todavía no los he visto…

—Quedan días. No entiendo cómo puedes ser así, después de todo lo que has pasado.

—Por eso, por todo lo que he pasado. Tienes toda la razón. Perdóname. Aún no he digerido lo que me está sucediendo, y tengo tanto miedo, hermano… No tienes ni idea del infierno que es Europa, de lo que he visto… Y sí, tengo mucho miedo de volver a ver a Jimena, aunque me muero por hacerlo. ¿Y si no me quiere ya? ¿Y si no me perdona todo esto que les he hecho? ¿Y si no recuperamos a nuestro hijo?

El silencio se extendió por el salón de la casa de Conde de Barajas. Los tres balcones que daban a la plaza filtraban una luz más amarillenta que la fría que transmitía el candil. Los dos hombres tenían la cabeza baja, pero sus pensamientos volvían a marchar por derroteros bien diferentes. Uno jamás podría confesar al otro su verdad, ni siquiera quejarse de los sufrimientos del alma que ocasionaban el amor y una pasión enfermiza. Porque comparado con lo que había sufrido el otro, nunca podría ser comprendido. Eran tiempos para el hombre de acción, no para los pasivos. Ramón pensó cuán fácil era confundir a los aparentemente pasivos con los cobardes, y no pudo reprimir la oleada de autocompasión que le invadió. En la historia nunca habría un hueco para él. Sin embargo, los hombres como su hermano sí tendrían sus líneas.

Vicenta entró, encendió las luces y les dijo que la cena estaba lista. Además, Luis podía ya disponer de su dormitorio e incluso darse un buen baño. El depósito enorme de encima del fogón estaba rebosando de agua ya caliente y de la cocina salía un apetitoso aroma a ajo frito. Luis reflexionó sobre cuánto tiempo llevaba sin oler a ajo frito, y Ramón sobre los esfuerzos de Vicenta para conseguir todo aquello, desde el cocido y el café, hasta los ajos que olían friéndose en algún tipo de aceite. Y la leña y el carbón. Todo un lujo.

Al cabo de tres días de encuentros y charlas similares, por fin aquella mañana los hermanos Masa Pérez de Santos marchaban a La Calzada de Oropesa, acompañados por Matilde, su magnífica mentora, que, desde luego, no iba a dejar a nadie indiferente con su espectacular aspecto. La primera parada era para recoger a Jimena.

12

Llegaron con la correspondencia de cada mañana, atados con unas gomas. A un lado de la mesa, la funcionaria encargada del correo durante esos días había dejado las cartas dirigidas a la directora. Al otro, una pila de sobres mucho más abultada y ya abierta. Era la correspondencia de las presas. Un tercer lote lo componían cartas ya fuera del sobre, con éste incorporado para ver la dirección y el remitente, y cuyo contenido estaba lleno de tachones unas veces y otras de unos pocos emborronados. Eran las que no habían pasado la censura y debían ser revisadas por la directora de la maternal de San Isidro.

A María Topete le irritaba a menudo lo poco cuidadosas que eran sus empleadas con aquellas misivas. No le gustaba que lo borraran todo de forma sucia, pero tenía la batalla perdida. Como ella, muchas de las mujeres que la acompañaban en la prisión ocupaban sus cargos como recompensa a su entrega en el bando nacional. O por haber sido viudas de nacionales o por militancia destacada en el Glorioso Alzamiento, pero eran las menos las que se daban cuenta de la grandiosidad de su trabajo. Para eso, reconocía ella, estaban mejor las funcionarias profesionales que habían sobrevivido a la purga después de la victoria.

Lanzó un suspiro. Estaba cansada. Había sido un verano muy duro, de excesivo calor, algo que le perjudicaba mucho a la circulación de las piernas. Movió los pies debajo de la mesa mientras apartaba la vista de las cartas censuradas y pasaba sus ojos por encima de la correspondencia a su nombre. Dos sobres abultaban ligeramente más. Estaban lacrados con cera roja. Soltó la goma marrón y los cogió directamente. Uno llevaba membrete de Gobernación, otro de Justicia.

Leyó y se quedó pasmada. La mano ni siquiera le temblaba. Era de piedra. En las dos misivas, idénticas, sólo cambiaban las firmas. En una, la del ministro de Gobernación, Blas Pérez González. En la otra, la del titular de Justicia, Esteban Bilbao Eguía. El texto era el mismo. Lo leyó una y otra vez con los ojos abiertos como platos. ¡Tenía que entregar al niño Luis Masa Bartolomé, retenido en prisión con los apellidos de su madre, a sus progenitores, Luis Masa Pérez de Santos y Jimena Bartolomé Morera, que se personarían a por el susodicho niño en la cárcel de la Carrera de San Isidro la primera semana de noviembre! La orden era clara, taxativa, escueta. Y a una profesional como la carcelera de la maternal no se le pasó por alto que el niño era citado con los dos apellidos de los padres.

Se ahogaba. No podía respirar. Una enorme fatiga le agitaba el pecho. Se agarró con fuerza a los bordes de la mesa de roble. Apretó tanto que los dedos pulgares se le pusieron blancos. De un manotazo retiró todo lo que su mano izquierda encontró en la mesa mientras con la otra se sujetaba la cabeza, que le daba vueltas. ¡Aquella zorra pelandusca lo había logrado! ¡No era posible! ¡No lo iba a consentir! Pero ¿y cómo? Su niño Luisito, el más hermoso, se notaba que venía de familia bien… Aquellos ojos verdes, aquellas risas jugando al corro en la terraza… Ni siquiera había consentido en que le sacaran en las fotos de los reportajes nacionales e

internacionales porque era demasiado guapo. Tenía miedo de que alguien más lo quisiera cuando ella ya le tenía reservado un buen lugar en el futuro. Lo había hablado con el padre Martínez Colom y con el obispo. Haría la carrera eclesiástica, naturalmente con una excelente formación previa, como su hermana Josefina, que ya había llegado a Roma y de quien tanto esperaban.

No. No podía ser. En algo fallaba el sistema, aquel Glorioso Alzamiento Nacional por el que ella lo había dado todo. Al menos lo que le había quedado tras su juventud frustrada y apaleada. Aquél había sido su refugio: la religión y rescatar a los niños de aquellas mujeres tan miserables y equivocadas, tan ignorantes que había sido fácil inocularles el virus del marxismo. Pero eso no podía volver a suceder con los niños, y con su Luisito, menos que con nadie.

María Topete utilizaba el teléfono que reposaba sobre su mesa en tontadas ocasiones. Su despacho estaba impoluto, repleto de luz y plantas sin flor, con muebles de roble que había ido rescatando aquí y allá; todas las paredes pintadas de blanco, con dos únicos retratos, el del Caudillo y el de José Antonio. Un oasis en aquel desierto sucio que a diario era la maternal de San Isidro. Su mano, ahora ya temblando, descolgó el auricular para pedir que la pusieran con el director de Prisiones. Ya no era Tomé, ni tampoco estaba el general Máximo Cuervo, pero ella tenía su prestigio y posición intactas, salvo la faena de que la querían volver a hacer depender de Ventas. Pero eso ahora no importaba. Tenía que quejarse, que decir a alguien lo que pasaba. Pero no al director de Prisiones, no era el indicado viendo que los dos ministros que firmaban eran sus superiores.

Volvió a colgar y se acercó a la ventana. El Manzanares, después de tres veranos de asquerosa y pertinaz sequía —qué monserga de adjetivo, que tan pertinazmente le gustaba al Caudillo—, traía ese otoño un cauce medio, el suficiente para que la humedad regresara a aquellas paredes de papel del chalé prisión. La humedad y las aguas estancadas y pestilentes seguían siendo un brote de enfermedades para aquellas mujeres y niños débiles que ella tenía allí encerrados. Terrible para la tuberculosis, por no hablar de los huesos y el frío. Por más que se hubieran prohibido los baños en el río esos veranos, cada otoño pasaba lo mismo: crecidas y arrastre de la mierda acumulada en julio y agosto. Pero ¿en qué estaba pensando?

«Piensa, María, piensa deprisa. Te quieren quitar al niño. Te lo han quitado ya. Una bruja y un comunista. Como esas que tú viste, oíste y padeciste en la cárcel de Conde de Toreno. Milicianas pajoleras, conmigo no vais a poder, porque esta nueva España está edificándose sobre cimientos inamovibles. Llamaré hasta a doña Carmen Polo, si hace falta, pero a mi Luisito no me lo vais a quitar. Y él, el comunista, ¿cómo ha podido volver si es del partido? Habrá sido el hermano. Claro, ha revuelto cielo y tierra, bien enamorado que estaba de ella. No, si ellas saben enredar a los hombres. Acuérdate de la Pasionaria, María. Más fea y ordinaria no podía ser y mira, dicen que tiene un montón de hijos y en aquel mitin en Toreno hasta embobó a tus compañeras. Bien contenta que estará ahora, allí, en la Rusia roja, mientras los nazis pierden. Todas son unas pasionarias, tenía razón el padre Sánchez del Pulgar y, ahora, Martínez Colom. Son mujeres de la vida, más allá de los ideales. Proclaman el amor libre y echan la culpa a las anarquistas. Ni ideas ni nada, todo lo que quieren es hombres, calor de hombres. ¡Qué asco, María! Porque a ti te da asco hasta pensarlo. ¿O no? Sí, sí, Señor, Sagrado Corazón de Jesús, apiádate de mi alma y aleja de mí cualquier pensamiento pecaminoso, por palabra, obra u omisión. Pero no me dejes, Dios mío, que no se lleve al niño, que él no es culpable de los pecados de esos sinvergüenzas de sus padres… Eso es, el padre Martínez Colom. No pueden

sacarla de las oblatas de La Calzada de Oropesa así como así. El padre, que llamará a quien haga falta, pero no me quedaré quieta. Incluso puedo hablar con Girón. Acaba de llegar al Ministerio de Trabajo, es el más popular de todos los ministros. No, primero el padre Colom».

Aquella noche no se quedó a dormir en la prisión. Se marchó a su casa, con su hermana Blanca. Se ahogaba en la maternal. Sólo pensar que en unos días le quitarían a Luisito, se le partía el alma. El padre Colom se había quedado tan de una pieza como ella. No podía ser. ¿Cómo habrían logrado saltarse todas las barreras? Dedicaría el día a las gestiones, a enterarse.

—Tranquilícese, María. Seguro que las altas instancias no saben a quién están ayudando. Esta tarde hablo con el obispo y con el mismo ministro de Gobernación.

—Padre, es algo raro. Las cartas son taxativas e idénticas. Conozco estos asuntos. Tiene que venir de arriba, muy arriba.

—Por muy arriba que venga, el más alto es Dios, hija mía. Tranquila.

Su hermana Blanca adivinó inmediatamente que algo anormal sucedía. María no abandonaba la cárcel así como así, ni siquiera en los meses más duros del invierno, cuando la humedad le hacía polvo los huesos y la circulación.

—¿Me vas a contar qué pasa? Sólo te he visto así de pálida y contrita aquella vez que se escaparon dos presas nada más ingresar en Ventas. Las que tenían que fusilar al día siguiente. ¿Se te ha escapado alguien?

—No. Perdóname, Blanca. No tengo ganas de hablar. ¿Tienes algo pensado para cenar? Sólo quiero un poco de caldo, lo más frugal posible. Tengo frío.

—Sí, María. No necesito ordenarme monja, ya me ordenas tú. Hay un poco de caldo con hueso de caña. ¿No estarás enferma?

Blanca sabía de sobra que aquel latiguillo de «¿para qué me voy a ordenar si tengo a María que me ordena?» siempre daba resultado. El sentimiento de culpa de su hermana era evidente a los pocos minutos y terminaba por ceder. Sintió sus pasos por el pasillo de la cocina. Ahora estaban solas, aunque a temporadas María daba trabajo como criada en la casa a algunas presas comunes, de demostrado buen comportamiento, cuando salían de prisión y hasta que les encontraba algún portal para fregar escaleras y asistir. Un lujo con los tiempos que corrían. O las enviaba, de acuerdo con Amalia, a ayudar a las del Sagrado Corazón en alguno de los colegios o casas de recogimiento. Pero ahora era Blanca quien guisaba. Hacía un mes que se había ido la última reclusa con destino a una buena casa de un terrateniente de Toledo y su hermana estaba buscando una expresa adecuada. Estaban dando muchas condicionales en aquellos días.

María también enviaba a las mejores presas que salían a su amiga Encarnita, tanto a la finca de caza como a otras propiedades de los Aznar. Sin embargo, a la duquesa de Medinaceli aún no habían podido colocarle ninguna. A Rafael Medina se le ponían los pelos de punta al pensar que una mujer que había estado encarcelada se quedara en su casa. Aunque fueran presas comunes, siempre pensaba que disimulaban, todas eran unas auténticas rojazas.

Blanca sonreía pensando en Medina mientras pelaba un par de patatas y sentía a su hermana a la espalda. Durante unos minutos fingió no percibir su presencia.

—Perdóname. No quería ofenderte.

—No me ofendes, tú eres la que trabaja.

—Blanca, por favor, no sigas por ese camino. Hoy no.

—Sólo estoy preocupada por ti. ¿Qué te pasa?

—Me quieren robar a un niño. A Luisito.

—¿El nieto de Elvira Pérez de Santos?

—No sabemos si es su nieto, Blanca.

—Por Dios, María. A ti misma te he oído hablar de ese niño y sus ojos verdes, clavados a los de su padre. ¿Por qué te ha dado tan fuerte con esa criatura?

—Como con todas.

—No es verdad. Con los otros niños, presionas para que les den en adopción esas malas madres. Les buscas conventos o seminarios. Hablas con el Auxilio Social. Pero para esa criatura te has molestado más que por Pepita o Clementín. Todas las familias que conocemos te parecen poco, inadecuadas, ¿qué te ha dado, María? No es tu hijo.

—No digas eso. Ese niño tiene algo diferente.

—¿Qué es hijo de un señorito que se ha hecho comunista y de una chica guapa?

—Puede ser. Es menos zafio, más guapo y listo que los demás, pese a la madre que tiene.

—¿Te das cuenta de que a esa madre la juzgas aún peor que a las rojas, que a las peores milicianas?

—Es que ésta es peor, porque disimula lo que es. Es más peligrosa que las que vienen de frente, diciendo o reconociendo que son comunistas o anarquistas.

—No lo sé. No la conozco, pero no estoy convencida de que no te haya influido el odio de Elvira por esa chica. Y tú y yo sabemos que Elvira Pérez de Santos tiene mucha culpa, como madre, del resultado que le han dado sus hijos.

—Sí, lo sé. Es un desastre, no tiene dos dedos de frente. Ya viste con quién se casó…

—Sí, pero se casó, María.

El tono socarrón de Blanca volvió a herir a la Topete. Aunque entre aquellas dos mujeres, ya maduras y solteras, el amor se había convertido en tema tabú desde hacía años, Blanca tenía aún el suficiente humor para reírse de sí misma y de su propia hermana. También Blanca había estado profundamente enamorada de otro gran partido, un hombre que había bebido los vientos por ella, pero, de nuevo, las circunstancias familiares, el estatus del pretendiente, había sido demasiado elevado para lo que ella podría ofrecer en aquel Madrid, San Sebastián o Sevilla de altas apariencias. También se había quedado para vestir santos, aunque a ella no le amargaba la vida de la misma manera que a María.

Su forma de defenderse era la ironía. Además, tenía grandes amigas, como la misma infanta María Cristina de Borbón, señora de Marone, o la propia duquesa de Medinaceli, sus íntimas, que la sacaban de aquella triste y honorable vida, ya fuera llamándola a Roma o a Turín —la infanta María Cristina tenía niños pequeños— o a Sevilla. El ambiente que le brindaban sus dos amigas la distanciaba de aquella sordidez del quiero y no puedo del barrio de Salamanca en plena posguerra, pero María no siempre quería acompañarla, y mucho menos a Italia. Seguía encerrada en su trabajo de carcelera y en su deseo de redimir a los hijos de los que tanto la habían hecho sufrir.

Blanca no esperó respuesta de su hermana a la mención de que una boba como Elvira Pérez de Masa había logrado casarse. Sabía que María, si optaba por responder, jugaría a una conversación ya conocida. Le diría que para casarse con un comunista o un socialista y ateo, como Luis Martín Masa, más valía quedarse soltera.

—Vamos a cenar y acuéstate pronto. Pero recuerda que quizá Dios ha querido que ese niño se marche de tu lado. No puedes salvar a todo el que se te cruza en el camino, María. No son tus hijos. No lo olvides.

Tras santiguarse y dar gracias a Dios por los alimentos en aquellos tiempos tan duros, comenzaron a tomar la sopa con un cuidado exquisito. No se oyó ni el más mínimo sorbo. Únicamente el tintineo de los cubiertos de plata al chocar con la vajilla, un regalo de bodas de sus padres que ellas cuidaban con mimo, rompía el silencio. María mantenía fijos los ojos en el mantel de hilo bordado en el taller de Ventas por algunas de las modistillas de manos primorosas que se habían salvado del paredón. «O tal vez no. Tal vez ha sido bordado por alguna de las que ya han purgado sus pecados. O por Petra Cuevas, esa indomable que pronto saldrá otra vez de Ventas para volver a formar el Sindicato de la Aguja. Pero ¡qué manos tiene para el hilo! Mañana temprano llamaré al padre Colom. Tiene que parar esta locura».

Sólo que el padre Colom no pudo parar ninguna locura. Ni al día siguiente ni a la semana siguiente. Le costó mucha ayuda de Dios enterarse, más o menos, de cómo habían sido las cosas, y no comprendió nada. Nada de nada. Unos días después fue a la maternal a visitar a la directora y se mostró explícito.

—Lo siento, María. No tenemos nada que hacer. Asuntos serios de Gobierno. Juan March, el banquero, el que financió el vuelo del Generalísimo en el *Dragon Rapide*, es quien está detrás de la liberación de esa mujer de la mala vida y del niño. Contra eso no podemos hacer nada. Me lo ha dicho el mismo Blas Pérez González. Ese muchacho, el supuesto cuñado, Ramón Pérez de Santos, ha sabido a quién pedir ayuda, justo ahora que March vuelve a estar de moda en el Gobierno, con los falangistas de capa caída y los alemanes retrocediendo en Europa. Hay mucho nerviosismo alrededor de nuestro Caudillo y dicen que va a dar un giro de ciento ochenta grados a favor de los aliados.

Desde la visita del padre Martínez Colom hasta aquella mañana en la que María Topete tenía sobre sus rodillas, en su despacho, a Luisito, vestido de punta en blanco y con el pelo bien atusado con brillantina, esmeradamente peinado en la nuca para que no se le vieran las calvas de la sarna, la directora de la Prisión de Madres Lactantes de San Isidro, modelo de cárceles italianas y latinoamericanas, adelgazó varios kilos y su rictus de coronela distante y fría y sus arrugas pétreas se le tallaron en aquel rostro que un día fue de valquiria.

13

El cerrojo de la puerta del convento chirrió y una toca negra que arropaba una cara algo arrugada, enmarcada en blanco, asomó por la rendija. La hermana portera de La Calzada de Oropesa parpadeó ante aquel destello de mujer imponente en lujo, tocada con un casquete, guantes de cabritilla y una cartera de piel color caramelo sujeta en la mano derecha y pegada contra el pecho. Detrás asomaban dos hombres con traje, bien vestidos.

—Perdone, hermana —dijo Matilde Reig a la monja, sin titubear—. Venimos a buscar a doña Jimena Bartolomé Morera. Nos están esperando. Llamé a la superiora ayer por la tarde.

Matilde habló sin mirar demasiado tiempo a la hermana, porque con sus manos enguantadas buscaba un papel en la cartera de piel, de la que había hecho sonar el broche para sacar un documento.

—Jimena les está esperando. Pasen. Está en el cuarto de recibir.

—Gracias, hermana, pero no vamos a pasar. Avise usted a la superiora de que tengo el papel para dárselo. Y luego diga a la señora de Masa que la están esperando. Condúzcala hasta aquí, por favor.

—¿A quién, perdone?

—A la señora doña Jimena Bartolomé de Masa. Su familia la está esperando. Pero antes, por favor, vaya usted a entregar este papel a la madre superiora.

En el umbral del frío portalón del convento, Luis y Ramón presenciaban mudos la escena, asombrados del tono de ordeno y mando, pero sin agraviar, que utilizaba su vieja amiga de la infancia. A Luis, las entrañas se le salían por la boca, las piernas no le daban para tenerse en pie y apretaba una mano contra otra sin recordar sus dedos aún doloridos. No supo apreciar en todo lo que valía el porte de la Reig, porque su pensamiento estaba en otra parte: en quién y cómo sería la mujer que apareciera en unos minutos por aquel hueco oscuro que se perdía en un agujero negro de pasillo.

Pero a Ramón, tan emocionado como Luis pero más contenido, la situación le divirtió profundamente. Era su pequeña revancha de tres años, y el empaque de la amante de Juan March y sus modales, que sin duda había aprendido a fuerza de sufrirlos, le hicieron olvidar la opinión de su hermano. Matilde no tenía una clase innata, pero sabía cómo actuar, cómo ordenar incluso en las situaciones más paradójicas y crueles de la vida, como en aquella ocasión. En cuanto la monja portera balbució unas palabras que sólo escuchó su hábito y se escurrió por el pasillo negro, la secretaria del magnate más poderoso del régimen cogió a Ramón del brazo con una inusitada fuerza, le obligó a girar sobre sus pies y a salir fuera del convento. Ya en la puerta, se volvió a Luis.

—Os esperamos fuera.

Luis estuvo a punto de gritarles que no, que se moría de angustia, que tenía la tripa descompuesta y la boca como si hubiera estado tragando tierra del Sáhara durante días y días,

que se iba a caer allí mismo, muerto de miedo y de emoción, pero no tuvo tiempo. Por el túnel oscuro que segundos antes había recorrido la monja portera se recortaba una figura alta, un junco que avanzaba muy despacio y del que sólo se podía distinguir la mancha blanca y pálida de su cara y las manos de dedos largos que sujetaban lo que creyó percibir como un misal o un libro.

En aquel marco de madera carcomido que daba al portalón se apoyó una mujer flaca y alta, con unos ojos más negros que el agujero del que salía. Parpadearon a la luz que se filtraba por detrás de su visita, gracias a la puerta, que Matilde había dejado entreabierta. Las manos de Jimena se fueron abriendo lentamente, tan lentamente como aquel haz que iba iluminando su rostro cadavérico y el color violeta que rodeaba sus ojos. Los dedos terminaron de abrirse y el libro cayó al suelo, produciendo un ruido que asombró a las dos personas que en aquel momento se miraban, frente a frente, en un cuarto que les pareció enorme, húmedo, insalvable, mientras trataban de adivinarse, de confirmar que cada uno era el que el otro pensaba, bloqueados por el pánico a equivocarse y también a acertar. Más de mil días, se decía Luis.

Jimena se llevó una mano a la boca y con la otra se aferró a la madera podrida del quicio, pero esta vez, al contrario que aquel día en el patio de Rascafría, cuando los palos de pino le dieron en el empeine, ni sintió dolor cuando el libro la golpeó ni de su garganta pudo brotar una sílaba. Sólo se esforzó en que sus piernas no se doblaran.

Despacio, Luis se desplazó como si los pies le pesaran para recorrer aquellos escasos metros. Hasta el último momento, cuando creyó que ella iba a desvanecerse, no reaccionó con una zancada más larga para sujetarla entre sus brazos y susurrar una única palabra que fue un quejido:

—¡Jimena!

Jimena no habló. Una laxitud de muerta se había apoderado de su cuerpo. Las escasas fuerzas que le quedaban la habían abandonado. Sólo cuando su marido puso la mano en su nuca y la condujo para esconder el rostro en su cuello, mientras con el otro brazo la sujetaba por la cintura, sólo entonces, al notar los golpes del corazón de Luis, con la garganta y el pecho a punto de estallar, Jimena supo que quería seguir viviendo. Si aquél era su Luis, salido de no se sabía dónde, ella no iba a morir. Para entonces, gotas de agua silenciosas empapaban el cuello almidonado de la camisa blanca, impoluta, del hombre. Hundió la cara en el cuello de cisne de su mujer para luego sacar la boca de aquel hoyo de huesos de cristal y piel transparente, y beber de su rostro el agua salada que resbalaba. Tragó a borbotones, como el sediento que encuentra el oasis después de días y días perdido, cuando ya va a desfallecer. Las lágrimas de Jimena bajaron por su garganta y entonces pudo susurrar lo que tantas veces había soñado:

—Tenía tanta sed, vida mía. Si a los tres años no vuelvo, viuda te puedes dar. Ya no. Ya estoy aquí, porque no me he dejado matar en estos años. Perdóname.

Sujetándola entre sus brazos, arrastrando sus pies, metidos en unos viejos zapatos con las punteras abiertas, Luis cruzó la puerta como si él ocupara el puesto de la Virgen en la Piedad, con una mujer medio en brazos, medio arrastrada, porque Jimena se negaba a levantar los pies de la tierra, como si al despegarse del suelo, el sueño fuera a desvanecerse.

Ésa fue la imagen que quedó para siempre en el recuerdo de Ramón y de Matilde cuando se giraron al oír chirriar los goznes de la puerta del convento. Un Luis que arrastraba a una Jimena por la cintura y escondía la cara de ella en su cuello. Ramón hizo ademán de acercarse a ayudar a su hermano, si es que las piernas le daban para llegar hasta ellos. Pero la Reig tiró el cigarrillo al

suelo —no había dado más de tres caladas, pero suponía que la superiora estaba mirando por algún ventanuco y quería que la vieran con la boquilla negra y larga de ébano— y le sujetó del brazo con fuerza, para que se quedara donde estaba.

—Tu sitio está aquí. Abre la puerta del coche y metedla dentro. Ellos dos atrás, y esperadme mientras despacho con la superiora. No tardo nada.

La imponente mujer no tardó ni diez minutos en regresar del convento y, para entonces, Luis y Ramón ya habían acomodado a Jimena en el asiento de atrás. Su marido le seguía escondiendo el rostro en su cuello, pero de aquel cuerpo no salía nada. Ni un suspiro más alto que otro, ni un gemido, ni un parpadeo. Sólo una fuente de agua seguía empapando aquella camisa blanca y aquellas solapas grises de finas rayas. Tampoco levantó la mano para coger el pañuelo que Luis había sacado del bolsillo de su chaqueta. Sólo cuando Ramón pasó su palma por los cortos rizos, Jimena abrió sus ojos de pozo llenos de agua para dejar caer los párpados anegados de nuevo.

Matilde llegó al pie del coche, se inclinó sobre la puerta de atrás, en el lado en el que estaba la muchacha, y apoyó sus labios en la cabeza morena. Después, depositó el *Romancero* en su regazo.

—Todo ha terminado, cariño. La pesadilla ha terminado. Vámonos, Ramón.

Sólo entonces, antes de que se cerraran las puertas, Luis entendió las dos únicas palabras que murmuró su mujer.

—Mi hijo…

El hombre volvió a recorrer con su boca aquel rostro amado, ahora enrojecido por el caudal sin ruido que seguía manando de aquellos enormes ojos y que trató de secar a la altura de la barbilla con el pañuelo blanco, para luego levantarle la cara con el dedo índice y rozar sus labios agrietados.

—Nuestro hijo…

—Vamos a por él, Jimena. Pero antes, pararemos a desayunar unos huevos con jamón. Y tú y yo nos vamos a adecentar estas caras tan hermosas que tenemos, querida.

Mientras esbozaba una sonrisa, la gran Matilde de casquete y traje de chaqueta beis sacó un pañuelo de encaje del bolso y se lo pasó a Ramón. Lo pensó un segundo y, antes de que él soltara las manos del volante, se inclinó y le limpió las mejillas húmedas.

Nadie más volvió a hablar en el coche hasta que entraron en Madrid y pararon a la puerta del Palace.

Matilde no había dejado ni un detalle al azar. Sólo las emociones. Cuando estuvieron en su *suite*, pidió el almuerzo y llamó a una doncella. Entre las dos ayudaron a Jimena a darse un baño, a vestirse con la ropa que Matilde había encargado gracias a las medidas que Ramón llevaba grabadas a fuego en su cerebro. Con todo, la magnífica ropa le quedaba holgada. Jimena no era más que un trozo de hueso y poca carne. Una muñeca a la que llevaban de un lugar a otro en aquel dormitorio de lujo exquisito y asombroso a tan sólo un par de horas del averno en el que ella había vivido.

Cuando salió a la sala, sujeta del brazo por Matilde, los dos hombres no daban crédito a lo que estaban viendo. Una maniquí flaca en demasía, pero con unas piernas perfectas y un óvalo de cara más perfecto aún, con unas mejillas retocadas ligeramente con colorete y unos labios con *rouge* que contrastaban con aquel cabello bien peinado y ensortijado. Una perla blanca y menuda en cada lóbulo y un collar del mismo tamaño de perla rodeaba el cuello de cisne, que se perdía en

un traje de chaqueta blanco marfil y unos zapatos de medio tacón, a dos colores, blanco y negro, con medias de costura.

Matilde sonrió y se sintió satisfecha al observar la cara de pánfilos de sus dos antiguos niños de Burriana.

—Me falta lo mejor —dijo, agitando en sus manos otro casquete del mismo blanco que el traje y unos guantes—. Si la tal Coco la viera, diría que es la clase y la sofisticación personificadas. Pero vosotros, chicos, no sabéis quién es Coco. Jimena, si mañana paseáramos por Biarritz, en una semana habrías puesto de moda ese pelo travieso y esa mirada perdida. Ahora, a comer. Con cuidado. Tenemos media hora para ir a por Luisito y a por la Topete, queridos.

Jimena tampoco pudo balbucir ni una palabra. Pero sí que tomó una taza de café con leche y un trozo de pan blanco. ¡Existía el pan blanco! No quería, no podía pensar. Temía despertarse del sueño, pero allí estaba la mano de Luis sujetando sus dedos cada vez que el plato y la taza temblaban demasiado entre sus manos. Ya no lloraba.

14

Si para La Calzada de Oropesa Matilde había preparado todo a la perfección, para la puesta en escena del chalé de la maternal de San Isidro había echado el resto. A esas alturas ya sabía muy bien quién era la Topete y todas sus amistades. Tampoco le había costado mucho, porque una parte importante de los hombres que rodeaban a la carcelera —incluidos los maridos de sus amigas aristócratas— habían intentado en alguna ocasión contactar con Juan March, ya fuera para pedirle un favor o dinero o influencia, o sólo para decir que habían estado con el poderoso banquero. Y para acceder al magnate mallorquín, inevitablemente había que pasar por el filtro endemoniado de su secretaria.

En cuanto Matilde y Ramón se despidieron la noche que habían quedado en el Palace, hacía unas semanas, habló con Hoare y algún otro diplomático más, por si acaso, y no tardó en informarse del pasado y del presente de toda la familia Topete y sus allegados. Pero especialmente de quién era María Topete Fernández y su entorno, justo el estilo de mujeres que le habían tratado de hacer la vida imposible a ella, tal y como le había confiado a Ramón antes de conocer los detalles que confirmaron sus sospechas.

Había tenido tiempo suficiente de medir las posibilidades de la escena —porque del éxito de su jefe y de Hoare en la liberación de la madre y del hijo no había dudado nunca, y el golpe de suerte de encontrar a Luis Masa con Hoare la había convencido de que todo estaba predestinado — y de planear el desarrollo de los acontecimientos, incluidos los tiempos. Las horas del día, el traje de chaqueta blanco roto que escogió para Jimena como si de una novia se tratase, los guantes del mismo color, el bolso y el casquete. Sólo los zapatos con un toque de negro, todo en un estilo de figurín perfecto.

Matilde había preguntado a Ramón cómo era Jimena, y la mujer sonreía con ternura al escuchar al joven mientras se compadecía de él. Llevaba escrito en la cara que estaba enamorado de su cuñada, pero la nobleza de los Masa y del viejo zapatero materno, que nada tenía que ver con la boba de su hija Elvira, le ayudaría a superar todo aquello. Luis estaba a punto de llegar a Madrid, según Hoare, y Matilde intuía lo que Ramón iba a sufrir.

Matilde se hizo una idea muy clara de cómo era Jimena. Mientras encargaba toda la indumentaria, pensó en algún momento si a la muchacha le gustaría aquel tipo de venganza, que ella sabía que era la suya propia.

Cuando vio la cara de embobados de los Masa y el porte hierático y algo ido de Jimena, sintió en su interior que alguna vez, sólo alguna vez, la vida podía hacer justicia. Una oleada de satisfacción y calor recorrió su cuerpo. No estaba dispuesta a perderse ni un momento la expresión de la temible carcelera.

Con lo que no había contado Matilde fue con el efecto de elixir del café y el pan blanco en su protegida ni con la ira dormida que una mujer masacrada, humillada y malherida por los

colmillos de otra puede sentir al despertar y recordar en unos minutos el dolor de tres años de oscuridad.

En el trayecto del Palace a la maternal de la Carrera de San Isidro, Jimena no volvió a esconder la cara en el cuello de su marido, aunque sí dejó que él le cogiera sus manos enguantadas. No apartó los ojos de la ventanilla del coche y sus tres acompañantes, de nuevo silenciosos, pensaron que estaba asombrada, mirando las calles, evaluando su libertad y muerta de temor por su hijo.

Pero sólo lo último era cierto. En aquel trayecto de escasos veinte minutos, lo que Jimena sintió fue la risa y el llanto de Luisito, mezclado con las manos deshechas de Petra por las torturas en Gobernación y su llanto ante la hija muerta; los ojos silenciosos de Trini y el abrazo de su compañera de cárcel mientras sonaban los tiros del Cementerio del Este y contaban los disparos de gracia; la mirada de la abuela Canuta, enfadada con San Antonio, que no había logrado salvarle la vida y por eso la llevaban al paredón; los cuerpos de los niños hinchados y comidos por los gusanos en los Altos del Hipódromo; cientos de presas aporreando las puertas en la despedida de Matilde Landa y la mirada triste de la maestra Sánchez Arbós; sus propios gritos al parir y las heridas de chancro de las prostitutas de La Calzada de Oropesa; el dolor de Paz y de tantas y tantas otras, de las que jamás podría escribir todos los nombres, y que nunca, nunca ya, porque el silencio de los cementerios había acallado a miles, o porque los altos muros de las inmundas prisiones tapaban sus gritos de ira y protesta, tendrían la oportunidad única que ella estaba viviendo. Y como fondo de todo ello, de tanto dolor absurdo, de tanta muerte sin sentido, el rostro de María Topete, de la Drácula, de la Veneno, de tanta hiel y odio.

En aquel corto trayecto, la muchacha crecida a las faldas de Peñalara comprendió que era una privilegiada, y un enorme sentimiento de culpa se extendió por su alma, deseando por momentos regresar al lado de las que tanto iban a tardar en salir. Y cuando lo hicieran, ya no serían las mismas, porque habrían dejado atrás su juventud, una parte de sus creencias y lo mejor de una vida. Sólo portarían con ellas la solidaridad inenarrable de la cárcel.

Por esas y otras muchas razones, por todas las Trinis, las Petras, las Paz y demás compañeras que habían compartido baldosín y catre, piojos, miseria y hambre, por su hijo, por Lorenzo, *el Lorito*, y Carmen, su madre, mujer de negro, por su abuela Justa, por la dignidad que nunca habían podido robarle, cuando bajó del Citroën de su cuñado Ramón pidió el documento de reclamación de Luis Masa Bartolomé a Matilde y se encaminó a la puerta de la maternal. Llamó y a la mandamás que le abrió sólo le dijo dos frases.

—Vengo a por mi hijo. Vaya usted a buscarle.

—Doña María te está esperando —atinó a murmurar la guardiana, tras unos segundos para intentar adivinar de qué le sonaban aquel rostro y aquella muchacha.

—Usted y yo nunca hemos compartido rancho, así que no me tutee. Usted tenía qué comer. Dígale a la Topete que quiero a mi hijo en la puerta. No voy a pasar.

Perpleja, la guardiana se giró para dirigirse al interior.

—Ah, y por favor, tengo permiso para ver a Trinidad Gallego y a Angelita Fernández.

La guardiana se encogió de hombros.

María Topete había dejado al niño en el suelo en cuanto escuchó el coche de gasógeno, las cuatro puertas y el timbre. Desde lo alto de la ventana de su despacho, mientras sujetaba a Luisito de una mano, observaba al espectacular cuarteto que se apeaba en la puerta de su prisión.

«Ellas parecen salidas de una película americana pecaminosa y ellos, un par de bobos», pensó con irritación mientras enviaba un último y maldito pensamiento a las debilidades que, como madre, había cometido Elvira Pérez de Santos.

Ya sabía quién era la mujer más fuerte y redonda: Matilde Reig, la querida de Juan March que todo el mundo fingía conocer como su secretaria. ¡Qué desfachatez! Y la pelandusca, vestida como una maniquí de revista. Sintió una punzada en el estómago que trató de reprimir al tiempo que pasaba una mano por el rostro de Luisito, que le reclamaba otra violeta de las que siempre llevaba en el vestido del uniforme.

—*Sita, oto melo, sita.*

—Aguarda, cariño, espera…

Antes de buscar en su bolsillo, se pasó el dedo índice por sus ojos azules, que en aquel momento no eran fríos. Cuando entró la guardiana y le transmitió lo que sospechaba, la Topete ya estaba detrás de su mesa y el niño, de pie, a su lado.

—Dice que no va a subir. No me ha dado el papel. Viene con tres personas más.

—Yo tampoco los quiero aquí.

—Quiere ver a la comadrona y a la mechera.

María esbozó una sonrisa amarga. Cogió al niño en brazos y se dirigió a la puerta. Unos metros antes, le bajó al suelo y, apretándole fuerte la mano, se dirigió a la salida.

Frente a frente, las dos mujeres se sostuvieron la mirada. Fue Jimena la que habló, tratando de no posar más los ojos en su niñito, porque entonces desfallecería. ¡Cuánto había crecido! Sintió detrás el movimiento de Luis y de Ramón, pero los paró en seco con un ademán. Alargó el brazo con el sobre a la Topete.

—Vengo a por mi hijo, el niño Luis Masa Bartolomé.

Ya no pudo más. Se agachó sobre sus zapatos bicolores y se quito los guantes para acariciar la cara de su hijo mientras el corazón se le escapaba por la boca. Sintió cómo Luis se inclinaba tras ella y estuvo a punto de caerse. ¡Los tres!

—Mi vida, soy mamá. Tu mamá. He venido a recogerte con papá.

El niño dio un paso atrás, atemorizado, agarrándose más fuerte al borde de la falda del uniforme de la Topete, intentando esconderse tras ella, y Jimena estuvo a punto de despeñarse por el abismo. Mientras, Matilde se encaró con la Topete para pedirle que avisara a las dos compañeras de Jimena.

—Lamento contradecirla, señora —el «señora» perfectamente entonado—, pero la orden no establece que también sean familiares de la excautiva. —Y la negativa, con la sonrisa despectiva, fue su triunfo.

En cuclillas, desde el suelo que era el borde del despeñadero, frente a su hijito, Jimena sintió la mano en el hombro de su marido, que le apretaba cada vez más fuerte. Alargó los brazos y, arrastrando al niño hacia ella, arrimó la boca a su oído para comenzar a murmurar:

—*Grandes guerras se publican en la tierra y en el mar y al conde Sol lo nombraron…*

Y el pequeño Luis Masa Bartolomé terminó la estrofa —«capitán general»—, se relajó en los brazos de su madre y miró con cara extraña a aquel señor que lloraba detrás de ellos.

Sentada al lado de Luis en el escaño de la vieja cocina, Jimena miraba a su madre y a sus hermanas faenar para preparar la cena. Habían pasado los años e Irene ya no se sentaba entre su hermana y su marido, como aquella noche de la Peña Hueca, ni ellos temblaban mojados por las aguas del Garcisancho.

Sus hermanas no la dejaban moverse y ella cruzaba las últimas miradas de ternura con Carmen, una madre que hasta aquella noche parecía no haber comprendido y ahora la miraba devorándola, como si lo hubiera adivinado todo. Al día siguiente volverían a Madrid. Desde allí a Gibraltar, donde la gente de March y de Hoare les tenían preparado el embarque hacia Londres.

El miedo a que todo fuera un sueño la asaltó de nuevo. Pero no. La realidad estaba allí. Frente a ella. Era real su padre, Lorenzo, *el Lorito*, que en el escaño de enfrente acunaba en brazos a su nieto mientras le recitaba la loba parda y luego atacaba con el conde Sol.

Despacio, los párpados de Luis caían lentamente. Tan lentamente como los copos que parecían trapos cubrían las calles y el olmo centenario de la plaza de Rascafría.

Epílogo

Es verosímil que Jimena Bartolomé Morera y Luis Masa Pérez de Santos regresaran a España hacia 1977, con Franco enterrado y la Transición en marcha. Jimena seguro que tuvo tiempo de volver a Rascafría, estar con sus padres, ya muy ancianos, y sus tres hermanas, casadas con tres mozos serranos. Tuvo la suerte y la tristeza de estar al lado de sus progenitores cuando murieron. Éstos llegaron a ver a su nieto Luis convertido en un arquitecto con un futuro prometedor en la capital azteca y a las familias que formaron sus hermanas en México.

Durante los años setenta y ochenta, la pareja repartió su tiempo entre España y México, donde finalmente habían recalado tras unos meses en Londres, después de dejar España por Gibraltar.

Es verosímil también que, gracias al dinero enviado por Ramón, ambos pudieran realizar estudios, apoyados por el importante número de exiliados españoles que encontraron en México, muchos de ellos viejos conocidos del padre de Luis. Quizá el joven acabó su ingeniería y Jimena pudo estudiar enfermería, una vocación que ya se había despertado en ella a la sombra de Trinidad Gallego y tras su experiencia en La Calzada de Oropesa.

Luis no estuvo presente en la muerte de su madre, ocurrida en los años sesenta. Una vez más, fue Ramón quien le solucionó la papeleta y se ocupó de los últimos días de doña Elvira, que murió acomodada, pero sufriendo el distanciamiento de sus dos hijos, aunque el pequeño estuviera en España.

Ramón sí que iría a México para pasar parte de las vacaciones con su hermano y su cuñada. Le solía acompañar Margarita, una joven que Matilde Reig le presentó y con la que nunca se casó, pero que sí compartió su vida.

Es verosímil que otra presa histórica del PCE, Tomasa Cuevas, amiga de Petra Cuevas, Paz Azzati, María Valés, Juana Doña, Mercedes Núñez, Trini Gallego y tantas y tantas otras, intentara recabar el testimonio de Jimena para los tres tomos de *Mujeres en las cárceles franquistas* y la chica de Rascafría prefiriera no poner su nombre. Lo que el lector debe saber es que sin ese magnífico trabajo de Tomasa Cuevas, que en los inicios de la Transición y magnetofón en ristre recorrió la Península para grabar las experiencias de sus compañeras de cárcel, esta novela nunca hubiera sido la misma.

Cualquiera de las mujeres que Tomasa entrevistó podía haber sido la protagonista de esta historia, junto con María Topete. Pero ¡era tan difícil la elección! Jimena ha intentado ser un

poco el reflejo de todas ellas.

Hasta aquí lo verosímil.

Lo que es cierto es que María Topete Fernández murió en su piso de Velázquez, 15, en Madrid, un día del año 2000. A los cien años. Hasta el último momento, mantuvo la cabeza lúcida. Murió rodeada de un puñado de sobrinos nietos que siempre la quisieron y que jamás sospecharon que aquella anciana elegante, seria y que los fines de semana les hacía macarrones y un pollo exquisito, todo ofrecido en una casa en la que la muchacha llevaba guantes para servir la mesa, había sido una carcelera brutal para las mujeres rojas y republicanas.

Nunca una mujer estuvo tanto tiempo —veintiséis años— al frente de una prisión.

Fue de una dureza de pedernal. Como si el corazón se le congelara cada vez que franqueaba la puerta de la prisión maternal de San Isidro, en donde fue reina y señora hasta que en 1944 volvió a Ventas. Allí, en el departamento de madres, reinó hasta 1966, fecha en la que se jubiló tras haber conseguido una prórroga.

Al igual que en San Isidro, en Ventas tenía un despacho y unos aposentos pequeños y dignos, donde se quedaba muchas veces a dormir, sobre todo en los primeros tiempos. Su nombre se convirtió en una leyenda entre presas y funcionarias, con sus luces y sus sombras. Más estas últimas.

Durante aquellos terribles años negros de la posguerra, no hubo presa que pasara por la cárcel de Ventas que no recordara su figura, su crueldad, su frialdad, su distanciamiento y el miedo que infundía. Las memorias de todas ellas —tanto en los libros de Tomasa Cuevas como en los de los historiadores Ricard Vinyes, Fernando Hernández Holgado o Mirta Núñez— han dejado un rastro más que extenso de quién fue la Topete. La maternal de San Isidro fue su culmen del dolor y el daño que hizo a tantas mujeres.

Por esta razón, algunos de los episodios que se relatan sobre el personaje de María Topete están novelados, en un afán de intentar comprender las causas que hicieron que el carácter de esta mujer resultara de tal dureza para las presas, mientras que para sus familiares y amigos esas facetas fueran desconocidas.

En los testimonios recabados para esta historia —excluidos los de sus sobrinos nietos—, esa dureza se mitigaba con los niños. Quizá los hijos que no pudo tener los intentó siempre adoptar de una u otra forma, ya fuera enviándolos a los conventos, a los seminarios o a los colegios del Auxilio Social, convencida como estuvo de que lo importante era que aquellos ángeles crecieran lejos de las malas influencias de sus padres y sus madres, unas veces por sus ideas, otras por sus comportamientos en la vida, ya fueran prostitutas o mecheras, como Angelita.

Ahí se abre una brecha sobre los niños perdidos del franquismo.

Aún hoy, la niña Pepita —a la que únicamente hemos cambiado los apellidos y que sigue buscando a su hermana Tere—, la hija de la mechera Angelita, recuerda a la señorita Topete con una mezcla de la ternura que le quedó de su brutal infancia y con el dolor de saber —ya de adulta — que ella y su madre dieron a Tere en adopción. Hoy, Pepi es una mujer peleona, que ha cumplido los setenta y lucha por no llorar cada vez que recuerda su vida hasta que salió de los colegios del Auxilio Social para marcharse a servir. Sigue esperando a Tere, de la que hace unos años supo que estaba viva.

Esta novela, además de sin Tomasa Cuevas y Pepita, tampoco hubiera sido la misma sin la increíble, la única, la nonagenaria y privilegiada cabeza de Trinidad Gallego.

Una «*dona* del 36» que cada día lucha desde su luminoso piso de Barcelona, donde recibe a historiadores, periodistas, novelistas y todos los demás *istas* que ustedes deseen, con una generosidad y unas ganas que nunca un papel podrá reflejar. Para Trini, al igual que para todas las presas políticas que la conocieron y la sufrieron en la posguerra, la Topete nunca dejó de ser una mujer castrada, empeñada en robar a las rojas los niños que ella no tenía.

Volviendo a María Topete, están también los recuerdos de las funcionarias que la conocieron a finales de los años cincuenta, cuando ya era toda una leyenda pero había comenzado su ocaso. Entre 1957 y 1958 accedieron a la carrera de funcionarios de Prisiones licenciados universitarios y otras generaciones mejor preparadas. Ése fue el caso de Ana de la Rocha —después directora de Ventas y asesora con una objetividad encomiable para esta novela—, de Francisca Tolbaños y Ana Alfonso. Las tres conocieron a una Topete que no levantaba la mano a nadie ni necesitaba levantar la voz, pero que seguía manteniendo su aura intocable y fría. Eso sí, siempre dentro de la maternal, porque fuera, en lo que a la institución de Prisiones se refería, ya había dejado de estar en primera línea.

A todas ellas, la Topete les sorprendió por su rigidez y frialdad, pero también por su cuidado inmaculado para con los niños. Obsesionada con la alimentación de las criaturas, con la limpieza y la crianza, la maternal de Ventas fue un lugar que después, cuando a finales de los sesenta y setenta comenzó a entrar la droga y entre las madres presas se extendió la desidia, más de una se acordó del modelo rígido y disciplinario de la Topete, que para los niños y muchas de las mujeres —sus talleres de costura y bordados hicieron escuela— fue operativo y práctico. Cuando abandonaban la cárcel sabían a qué dedicarse.

Con María Topete y sus talleres de costura se asentó la etapa de colaboración con las «bubillas». Todos sus contactos con la aristocracia y el mundo empresarial mencionados en este libro son ciertos. Las «bubillas» era el apodo con que funcionarias y presas llamaban a las marquesas, condesas y esposas del régimen o de grandes empresarios que, uno o dos días a la semana, iban a la prisión y ayudaban a María con las presas, siempre bajo la supervisión omnímoda del capellán de turno. Esa colaboración fue evolucionando y hoy hay organizaciones de esas damas que cumplen una tarea reconocida en ayuda y apoyo a prisiones y a la colocación de los excarcelados en su nueva vida. Eso es lo que también he aprendido con Concha Yagüe, autora de *Madres en prisión,* exdirectora de la cárcel de Alcalá de Guadaíra y subdirectora de Tratamiento y Gestión Penitenciaria, otra mujer clave para esta novela.

Respecto a la Topete, al lector quizá también le interese saber que hasta el último momento siguió de cerca la evolución de las cárceles. Se jubiló bien pasados los sesenta y seis años. Ya en 1964 estuvieron a punto de echarla, pero ella se resistió y salvó su situación un par de años más. Su retirada estuvo tan anunciada que hasta las funcionarias se vieron obligadas a dar un dinero para la clásica cena homenaje. Una vez que logró que se pospusiera su retiro, un grupo de ellas pidió a la dirección que les devolvieran el dinero.

Fue forofa del Real Madrid y mantuvo su carné de abonada hasta su muerte. Discutía con sus sobrinos nietos cada jugada, porque «estoy sorda y veo mal, pero de esto sí que entiendo», les decía, para asombro y divertimento de quienes la visitaban en su piso de Velázquez, donde siempre les acogía —junto con su hermana Blanca y la fámula Aurora— con un buen *gin tonic*.

Continuó cultivando la amistad de sus viejas amigas, la infanta María Cristina, la duquesa de Medinaceli y otras damas de su juventud, así como la relación con muchas de las hermanas del

Sagrado Corazón de Jesús. No en vano, Josefina Topete, además de ser fundadora de la casa de las esclavas en Camerún, ocupó un importante puesto en Roma; Rosita, la más dulce de todas según los familiares, estuvo mucho tiempo en las esclavas de Salamanca y fue la encargada de preparar para la comunión a decenas de sobrinos y sobrinos nietos; Amalia fue profesora en el Sagrado Corazón de Martínez Campos hasta que en los años setenta se exigió a las monjas ser titulares de magisterio para enseñar. Recuerda la hermana Elisa Calvo, otra nonagenaria única y hermana esclava desde la posguerra, experta en recorrer Japón y Camerún, que la más bronca y enérgica de las Topete Fernández, la fuerte Amalia, se lo tomó con humildad. ¡Eran todas tan orgullosas!

No hay más que leer *Catorce meses de aventuras bajo el dominio rojo* —al que hemos tenido acceso gracias a la inestimable ayuda de la hermana Angelines— para comprender quién era Amalia Topete. O mejor, quiénes fueron las Topete durante la posguerra y hasta bien entrados los años sesenta entre las esclavas del Sagrado Corazón de Jesús y la sociedad más cercana al régimen.

En los últimos años de sus vidas transitaron por los cambios religiosos —la renuncia al hábito o la abolición de clase entre coadjutoras y de coro entre las monjas— con la mejor voluntad que pudieron, siempre evocando a lo que Dios les había enviado.

Motivos para percibir los cambios de los tiempos tenían. María Topete, por ejemplo, viajaba a menudo al extranjero. Pasó por Gran Bretaña, su recordada Noruega e Italia.

El 23-F, cuando el teniente coronel Antonio Tejero asaltó el Congreso de los Diputados, las Topete Fernández tenían ya «el corazón *partío*», que diría la canción. En el Congreso de los Diputados estaban tres sobrinos elegidos diputados —Víctor Carrascal Felgueroso, secretario de la Mesa de las Cortes, un Satrústegui y un Gil Casares— y fuera había un militar, el general Aramburu Topete, que optó por Juan Carlos I y la democracia.

Portillo (Val de San Vicente)
Rascafría, septiembre de 2010

Agradecimientos

Esta historia no habría sido posible sin los recuerdos de Trinidad Gallego, de Pepita, de algunos sobrinos nietos de María Topete —ellos saben quiénes son— y de las esclavas del Sagrado Corazón de Jesús: Elisa Calvo, en La Moraleja, y Angelines, en Santander, además de las hermanas porteras y del costurero de los miércoles del colegio de Martínez Campos, en Madrid.

Sin la memoria y la generosidad de Ana de la Rocha, que me llevó hasta Pepita y me enseñó mucho sobre la cárcel y su funcionamiento, y la ayuda de Francisca Tolbaños, Ana Alfonso y Concha Yagüe, que me descubrieron por qué amaban el oficio de carceleras, esta novela sería diferente. Mariano Fernández Bermejo me proporcionó pistas sobre el registro civil de Madrid y los libros de adopciones, pero sin los trabajos de Tomasa Cuevas, Ricard Vinyes, Fernando Hernández Holgado y Mirta Núñez no hubiera podido terminar.

Laura Díaz y Ana Kuntz me llevaron hasta los *Catorce meses de aventuras bajo el dominio rojo*, cuyas páginas me resultaron claves para intentar comprender a María Topete.

Gracias infinitas a Victorio y Julián Ramírez Aguirre, que me prestaron su memoria durante décadas; a Pilar y Carmen Marcos García, que perfilaron a la abuela Justa y su entorno; a Sagrario, José Miguel y Mila, que me ayudaron con las localizaciones y los topónimos; a Luz, Rosa, Pilar, Montse y Mariajo, por sus opiniones y sufridas lecturas.

Un recuerdo muy especial para la orientación inapreciable de Amparo Fernández Blanco y Lourdes Toscano, que tantas mañanas me soportaron en la Biblioteca de Instituciones Penitenciarias mientras repasaba las carcomidas hojas de *Redención* y los informes de la *Revista de Estudios Penitenciarios*.

Lamento no haber preguntado los nombres de otras personas que me ayudaron a tirar de la madeja, como el portero de la finca de Velázquez, 15, al que mareé varios días; el sacerdote de la iglesia de la Concepción que conoció al último confesor de María Topete, que me dedicó una larga explicación sobre las hermanas, a las que había conocido de pasada; el anciano inquilino de la casa de la Puerta de Alcalá que me ayudó a localizar el portal de la tetería Sakuska… En fin, gracias a todos esos personajes secundarios sin los cuales las historias no perdurarían.

Y me fallan las palabras para Belén Bermejo, Miryam Galaz y Ana Rosa Semprún, editoras de esta historia que ha terminado en novela gracias a sus sugerencias. Lo tuvieron claro desde el primer borrador.

ROMANCE DE LA CONDESITA[I]

Grandes guerras se publican
en la tierra y en el mar,
y al conde Flores[II] *le nombran*
por capitán general.

Lloraba la condesita,
no se puede consolar;
acaban de ser casados,
y se tienen que apartar:

—¿Cuántos días, cuántos meses,
piensas estar por allá?

—Deja los meses, condesa,
por años debes contar;
si a los tres años no vuelvo,
viuda te puedes llamar.

Pasan los tres y los cuatro,
nuevas del conde no hay;
ojos de la condesita
no cesaban de llorar.

Un día, estando a la mesa,
su padre le empieza a hablar:

—Cartas del conde no llegan,
nueva vida tomarás;
condes y duques te piden,
te debes, hija, casar.

—Carta en mi corazón tengo
que don Flores vivo está.

No lo quiera Dios del cielo
que yo me vuelva a casar.
Dame licencia, mi padre,
para el conde ir a buscar.

—La licencia tienes, hija,
mi bendición además.

Se retiró a su aposento
llora que te llorarás;
se quitó medias de seda,
de lana las fue a calzar;
dejó zapatos de raso,
los puso de cordobán;
un brial de seda verde,
que valía una ciudad,
y encima del brial puso
un hábito de sayal;
esportilla de romera
sobre el hombro se echó atrás;
cogió el bordón en la mano,
y se fue a peregrinar.

Anduvo siete reinados,
morería y cristiandad;
anduvo por mar y tierra,
no pudo al conde encontrar;
cansada va la romera,
que ya no puede andar más.

Subió a un puerto, miró al valle,
un castillo vio asomar:

—Si aquel castillo es de moros,
allí me cautivarán;
mas si es de buenos cristianos,
ellos me han de remediar.

Y bajando unos pinares,
gran vacada fue a encontrar:

—Vaquerito, vaquerito,
te quería preguntar
¿de quién llevas tantas vacas,

todas de un hierro y señal?

—Del conde Flores, romera,
que en aquel castillo está.

—Vaquerito, vaquerito,
más te quiero preguntar
del conde Flores tu amo,
¿cómo vive por acá?

—De la guerra llegó rico;
mañana se va a casar;
ya están muertas las gallinas,
y están amasando el pan;
muchas gentes convidadas,
de lejos llegando van.

—Vaquerito, vaquerito,
por la Santa Trinidad,
por el camino más corto
me has de encaminar allá.

Jornada de todo un día,
en medio la hubo de andar;
llegada frente al castillo,
con don Flores fue a encontrar
y arriba vio estar la novia
en un alto ventanal.

—Dame limosna, buen conde,
por Dios y su caridad.

—¡Oh, qué ojos de romera,
en mi vida los vi tal!

—Sí los habrás visto, conde,
si en Sevilla estado has.

—La romera, ¿es de Sevilla?
¿Qué se cuenta por allá?

—Del conde Flores, señor,
poco bien y mucho mal.

Echó la mano al bolsillo

un real de plata le da.

—Para tan grande señor,
poca limosna es un real.

—Pues pida la romerica,
que lo que pida tendrá.

—Yo pido ese anillo de oro
que en tu dedo chico está.

Abriose de arriba abajo
el hábito de sayal:

—¿No me conoces, buen conde?
Mira si conocerás
el brial de seda verde
que me diste al desposar.

Al mirarla en aquel traje,
cayose el conde hacia atrás.
Ni con agua ni con vino
se le puede recordar,
si no es con palabras dulces
que la romera le da.

La novia bajó llorando
al ver al conde mortal;
y abrazando a la romera
se lo ha venido a encontrar.

—Malas mañas sacas, conde,
no las podrás olvidar;
que en viendo una buena moza,
luego la vas a abrazar.
Mal haya, la romerica,
quien te trajo para acá.

—No la maldiga ninguno,
que es mi mujer natural.
Con ella vuelvo a mi tierra;
adiós, señores, quedad;
quédese con Dios la novia,
vestidica y sin casar;
que los amores primeros

son muy malos de olvidar.

ROMANCE DE LA LOBA PARDA[III]

Estando yo en la mi choza
pintando la mi cayada,
las cabrillas altas iban
y la luna rebajada;
mal barruntan las ovejas,
no paran en la majada.

Vide venir siete lobos
por una oscura cañada.
Venían echando suertes
cuál entrará a la majada;
le tocó a una loba vieja,
patituerta, cana y parda,
que tenía los colmillos
como punta de navaja.

Dio tres vueltas al redil
y no pudo sacar nada;
a la otra vuelta que dio,
sacó la borrega blanca,
hija de la oveja churra,
nieta de la orejisana,
la que tenían mis amos
para el domingo de Pascua.

—¡Aquí, mis siete cachorros,
aquí, perra trujillana,
aquí, perro el de los hierros,
a correr la loba parda!
Si me cobráis la borrega,
cenaréis leche y hogaza;
y si no me la cobráis,

cenaréis de mi cayada.

Los perros tras de la loba
las uñas se esmigajaban;
siete leguas la corrieron
por unas sierras muy agrias.
Al subir a un cotarrito
la loba ya va cansada:
—Tomad, perros, la borrega,
sana y buena como estaba.
—No queremos la borrega
de tu boca alobadada,
que queremos tu pelleja
pa' el pastor una zamarra;
el rabo para correas,
para atacarse las bragas;
de la cabeza un zurrón,
para meter las cucharas;
las tripas para vihuelas
para que bailen las damas.

Notas

[I] Ramón Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos* (Espasa-Calpe, Madrid, 1976). <<

[II] La versión que conoce Jimena es la que se recita en la zona de Somosierra y Guadarrama, en la que el protagonista es el conde Sol. El romance transcrito aquí se corresponde con la versión canónica, recopilada por Ramón Menéndez Pidal en *Flor nueva de romances viejos* (Espasa-Calpe, Madrid, 1976). <<

[III] Ramón Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos* (Espasa-Calpe, Madrid, 1976). <<